

✧ X PREMIO DE NOVELA ATENEO JOVEN DE SEVILLA ✧

CRISTINA CERRADA

Calor de Hogar, S.A.



Lectulandia

Víctor Ripstein era un hombre feliz, aunque probablemente él no lo supiera, por más que a lo largo de su vida no hubiera hecho otra cosa que pensar en sí mismo. Pero el día en que su esposa lo abandona, toda su existencia se viene abajo, y los infructuosos esfuerzos por superar la ruptura matrimonial se agravan con toda suerte de desdichas: desde su incapacidad genética para hacer frente a las insignificantes tareas domésticas, hasta la amenaza de perder su trabajo en la empresa de climatización Calor de Hogar, S.A. En vísperas de Navidad, su jefe le encomendará un último trabajo: cerrar una venta a una peculiar familia en el pueblo de Próspera. Víctor viaja hasta aquella apartada población sabiendo que es su oportunidad de eludir el despido, pero ignora que tan inusitado viaje también puede cambiarle la vida.

Calor de Hogar, S. A. es una novela de aprendizaje sobre el doloroso camino de la felicidad, y la necesaria adecuación entre existencia y sentimientos, donde cada suceso cotidiano se convierte en una historia. Y todo ello con un inteligente sentido del humor y una prosa limpia y envolvente, que le valieron a Cristina Cerrada el x Premio Ateneo Joven.

Lectulandia

Cristina Cerrada

Calor de Hogar, S.A.

ePub r1.0

Titivillus 21.09.2018

Título original: *Calor de Hogar, S. A.*
Cristina Cerrada, 2005

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Félix

TUYAS, no mías, tejo estas guirnaldas,
que en mi frente renovadas pongo.
Para mí teje las tuyas,
que las mías no veo.
Si no pesa en la vida mejor gozo
que vernos, veámonos, y, viéndonos,
sordos conciliemos
lo sordo insubsistente.
Coronémonos pues unos a otros,
y brindemos unísonos a la suerte
que haya, hasta que llegue
la hora del barquero.

Fernando Pessoa «*Odas a Ricardo Reís*».

I

—¿A qué viene eso ahora? —preguntó Diana.

—¿Por qué no? —le dije—. Hace sólo un año querías tener uno. No veo por qué no podemos tener ese niño ahora.

Volvíamos de la costa, donde habíamos pasado los últimos días de agosto para que Diana asistiese allí a la Convención Médica Cardiovascular. Yo conducía. Diana iba sentada a mi lado, atenta a mis maniobras, abanicándose con el catálogo de una feria gastronómica que había cogido en el restaurante donde habíamos parado a comer. El sol caía a plomo sobre la carretera. El Chrysler no tenía aire acondicionado y dentro hacía mucho calor.

—Dime, ¿por qué no? —insistí.

—Eso fue hace un año, Víctor —dijo ella—. Ahora las cosas son distintas.

—¿En qué son distintas?

Diana resopló.

—Hace mucho calor. Será mejor que tomes esa salida, necesito ir al lavabo.

Puse el intermitente derecho, pero pasé de largo la indicación.

—Si quieres ser un buen conductor, tienes que ir más atento a las señales, Víctor —dijo ella.

—¿En qué son diferentes? —insistí.

—Víctor, me gustaría parar —dijo Diana, echándose hacia atrás el cabello. En su hombro se insinuaba apenas la marca del bañador. Los dos volvíamos pálidos. Yo, porque siempre había odiado la playa, y ella porque apenas la había pisado. Se las había arreglado para estar siempre haciendo alguna cosa: asistiendo a conferencias, pasando sus notas a limpio, hablando con ese doctor.

Invadí el carril contrario para adelantar a una furgoneta toda llena de anuncios publicitarios que iba bastante deprisa. Despedía un humo negro por su tubo de escape.

Unos metros más adelante, tras la siguiente curva, apareció la amenazadora silueta de un camión.

Diana se irguió en su asiento.

—Víctor, tendrás que adelantar ahora.

—No sé —vacilé—. ¿No te parece que sería mejor volver atrás?

Diana agarró el salpicadero con la mano, y fijó la vista en la carretera.

—Víctor, adelanta ya —me ordenó.

Pisé el acelerador hasta el fondo. El motor estalló en un estruendoso rugido, como el de las turbinas de un avión. La furgoneta fue zarandeándose un poco, y cuando por fin pude adelantarla, el camión pasó tan cerca de nosotros que el Chrysler se bandeó. Las manos me temblaban alrededor del volante.

—¿Es que te has vuelto loco? —exclamó Diana—. Hemos estado a punto de

matarnos.

—Lo siento —dije—. Ha aparecido tan de repente que yo... ¡Dios mío! Pensé que no me iba a dar tiempo a adelantarlo —aparté una mano del volante, y me enjuagué el sudor de la frente—. ¿No sería mejor que lo cogieras tú?

Diana se hundió en el asiento.

—Está bien, Víctor, perdona. Me he puesto un poco nerviosa —se subió el tirante del vestido y sonrió—. Sigue conduciendo un rato, ¿de acuerdo? Tienes que acostumbrarte a llevarlo.

—Pero es que... —dije—. No sé para qué quieres que lo lleve, Diana, sabes de sobra que no me gusta conducir.

—Como quieras. Entonces párate en algún sitio.

Era temprano y no había mucho tráfico. El sol caía a plomo sobre los arrasados trigales. Habíamos dejado atrás varios pueblos con sus almacenes de madera y sus fábricas de material de construcción. Campos de girasoles y áridas tierras de labranza, rojas y secas, flanqueaban el camino, donde no crecía un solo árbol. Frente a nosotros, la carretera reverberaba convirtiendo el horizonte en un espejismo impreciso y sutil.

Unos quinientos metros más allá tomé un desvío que decía «Nacimiento». En las afueras del pueblo había un pequeño parque de atracciones, desierto a esa hora de la mañana. A lo lejos, la estructura de hierro de una noria relampagueaba al sol. Aparqué junto a un camión con un león pintado en el remolque.

Diana cruzó los brazos bajo el pecho, y miró por la ventanilla.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Bueno... ¿Lo coges tú?

—Aquí no hay nada, Víctor. ¿Pretendes que haga pis detrás de unos matorrales?

Miré en torno a mí; no se veía a nadie. Bajé un poco el cristal. En el interior del Chrysler hacía tanto calor que casi no se podía respirar.

—Bueno, ¿y qué hacemos? —dije.

Diana bajó del coche. Pensé que íbamos a cambiar de asiento. Yo pasé al suyo, pero en vez de hacer lo mismo, ella se puso a otear el horizonte.

—Puede que aquí cerca haya un bar —dijo.

Miré por la ventanilla haciendo pantalla con la mano.

—Vamos, Diana, aquí no hay nada. Será mejor que nos vayamos y paremos en una gasolinera de verdad.

—Un momento —dijo—. Hay alguien allí.

A lo lejos, en un pequeño tendido que se hallaba junto a la noria, alguien estaba sentado en una silla de tijera.

Diana echó a andar hacia él.

—¿Adónde vas? ¿Crees que es prudente que...? —empecé a decirle.

Pero ella siguió caminando sin darme tiempo a acabar. Abrí la puerta del coche, y la observé. El camino levantaba un polvo fino y reseco bajo sus pisadas. Tras ella, el

hombre saludó con la mano. Cuando Diana llegó a su altura, permanecieron el uno frente al otro un instante. No les oía. Luego, él se puso en pie. Tenía la cara arrugada. Tuve que entrecerrar los ojos para darme cuenta de que se trataba de un enano.

Diana cargó el peso del cuerpo de una pierna a la otra, y miró a su alrededor. Le dijo algo al enano que no oí. De pronto, éste dio un salto hacia delante, y Diana retrocedió.

Tragué saliva con dificultad, y pensé si debería hacer algo.

Agarré la puerta, y grité:

—¡Diana!

Un instante después, Diana dio la vuelta y regresó.

Cuando estuvo en el coche, cerré la puerta.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunté—. Podía haber pasado cualquier cosa.

Diana me miró perpleja.

—¿De qué estás hablando?

—Este lugar está apartado de todo, y tú te pones a hablar con un... Dios sabe quién era.

—Era sólo un enano.

—Pero podía haber sido cualquier otro, qué sé yo... Alguien que quisiera hacernos daño. Y tú vas y te acercas a él. ¿Pero te has fijado bien en el sitio?

A lo lejos, tras un desnivel del terreno, asomaba la gran circunferencia de la noria. Uno de los cestillos se mecía en el aire con un leve chirriar.

Diana puso en marcha el motor.

—Y por eso me has dejado ir sola, ¿verdad? —me dijo.

Por algún motivo no supe qué contestarle. Diana siguió allí, con la mano sobre el contacto.

—¿Recuerdas cuando hablamos de tener un hijo hace un año? —me preguntó.

—Diana, yo...

—Entonces dijiste que no podías imaginarte la vida teniendo que pensar en un niño, ¿te acuerdas? Pensar en darle de comer, en estar continuamente pendiente, en protegerle para que no se hiciera daño —un brillo empañó sus ojos—. Dijiste, Víctor, y eso fue lo que me hizo entenderlo al final, que no te imaginabas cómo sería, por ejemplo, querer suicidarte, y tener que pensar en qué sería de él. ¿Lo recuerdas?

Una ráfaga de viento arrastró un matorral seco hasta el coche. Chocó sin ruido contra el panel inferior.

—No sé —dije—. Puede que lo dijera, puede ser. ¿Y qué? Uno puede cambiar de opinión.

—Claro —dijo Diana, tan bajo que casi no la oí—. Ahora soy yo quien ha cambiado.

—Pero, no lo entiendo, Diana. ¿Por qué has cambiado? —Me revolví furioso contra ella—. Es ese tipo, ¿verdad?

—No se trata de él ni de ningún otro. Se trata de ti, Víctor. Creo que eres incapaz

de pensar en alguien más desvalido y necesitado que tú.

Después encajó una marcha, y avanzó lentamente por el arcén. Un tráiler pasó junto al Chrysler a toda velocidad, y mientras el sonido de su claxon se iba apagando en la distancia, pensé que, si hubiera podido, habría hecho cualquier cosa por que nada tuviese que cambiar.

II

CUANDO DIANA se hubo ido estuve durante un tiempo dándole vueltas a la idea de la muerte. Tenía la impresión de que no iba a poder sobrevivir. Hasta me tragué un tubo de tranquilizantes cuando ella me dejó, pero me puse tan nervioso que los vomité.

Fue una locura. Llevaba un par de días solo en casa, sin noticias suyas. Me dolían la cabeza y los dientes, como si fuera a volverme loco, y no dejaba de vomitar. Estaba asustado. Me atormentaba la idea de no saber dónde localizar a Diana en caso de tener que comunicarle algo importante. Qué estupidez. Ahora que me había dejado, ¿qué podía tener que comunicarle? ¿Que habían llamado de la consulta del dentista para cambiar su cita del próximo mes? ¿Que había muebles rebajados en los almacenes Delorian's? ¿Que no sabía usar el microondas? ¿O quizás que volvían a emitir su serie favorita por televisión?

Ella había prometido que me llamaría al llegar adonde quiera que pensase instalarse en su absurda huida de mí. Durante días fui de un lado a otro de la casa con el teléfono en la mano. Me pasaba el día esperando que sonase para oír su voz. Había planeado lo que iba a decirle. Unas veces me decidía por abrirle mi corazón, eso tendría que funcionar. Ensayaba muy en serio, como si se tratase de una interpretación para una prueba teatral. En un arranque de ternura al cual, suponía, ningún ser humano podría sustraerse, ella me diría que me *amaba*, que no podría amar nunca a otro, y volvería a mi lado. Cuando tales pensamientos habían conseguido aliviarme, no me cabía duda de que Diana era humana, de que se ablandaría. Durante unos instantes me animaba. Iba a preparar café, o revisaba mi trabajo, moviéndome por la casa con los delicados movimientos de Diana, imitándola. Qué disparate.

Pero el teléfono no sonaba y la casa se me hacía un lugar asfixiante, como la madriguera de un ratón. Yo habitaba en ella a duras penas, con el espacio limitado de un títere. Un ruido sordo, como el de la cafetera a punto de romper a hervir, se elevaba entonces desde mi interior, y un sentimiento malévolo, rencoroso, comenzaba a roerme por dentro, ascendiendo desde mis entrañas a la materia gris de mi cerebro.

Hacia el segundo fin de semana la odiaba. Entonces deseé con fuerza que el teléfono comenzase a sonar. Durante horas, me sentaba en el suelo a mirarlo. Lo invocaba. Los movimientos pulcros y acendrados de Diana daban paso a la economía enfermiza, brutal de Víctor Ripstein. Mejor no moverse. Un solo movimiento, y me habría desintegrado. Había que darse prisa. Tenía que apresurarme y pensar antes de que ese hijo de puta comenzase a sonar. Mis pensamientos corrían más que yo: sin apartar la vista del teléfono planeaba entonces mi discurso. Sería el discurso más frío, más perverso, con las frases más elaboradas y penetrantes que nadie hubiese pronunciado nunca, como cuchillos que se clavarían en ella hasta aniquilarla, hasta

reducirla a la nada. La verdad pulverizaría a Diana.

Pero Diana no llamaba. El teléfono no sonaba nunca y el martes de la segunda semana empecé a vomitar. No fui al trabajo. No comí. Vomitaba. La casa era sólo una vaga forma que me circundaba sin llegar a contenerme. La sentí muerta. Y a mí. Me imaginé cadáver; ser un cadáver tenía que ser como eso.

Entonces, un día que estaba viendo la tele en el cuarto de estar sonó el teléfono.

—Víctor.

Era Diana.

—¿Diana?

—Hola, Víctor —su voz tenía el tono suave y neutro de cuando estaba de buen humor—. ¿Cómo estás?

—¿Diana? Esto... ¡Vaya! Qué alegría oírte. Estoy bien, ¿y tú?

Todo en la casa volvió por un instante a recuperar su materialidad de siempre. Fui a la cocina y me serví café frío mientras sujetaba el teléfono entre la barbilla y el hombro. Por un momento me vi reflejado en la pantalla del televisor: demasiado alto, demasiado delgado, más encorvado que nunca y con una melena de pelo negro demasiado larga encima de una cara pálida y sin afeitar. Parecía un *ecce homo*, sujetando la taza como si fuese un cáliz. Ella hablaba y yo escuchaba su voz seca, pausada, diciendo algo referente a una libreta de ahorros.

—¿Que has hecho qué? —le pregunté.

—Es sólo por si lo necesitaras, Víctor. Además, ingresé ese dinero antes de que decidiéramos separarnos...

—Antes de que lo decidieras *tú*, querrás decir.

—Está bien, Víctor. Ahora no es el momento de discutir. Me quedaría mucho más tranquila sabiendo que puedes utilizarlo en caso de necesidad.

—Tú te quedarías más tranquila, Diana, pero ¿y yo? ¿Qué rayos crees que significa eso de que me des dinero?

—No significa nada, Víctor, no seas niño. El dinero era de los dos.

—Era de los dos cuando había dos, pero ahora... —Me detuve a tomar aire—. Supongo que él te puede mantener con holgura, ¿no es así?

—Si pretendes ofenderme, no lo vas a conseguir, Víctor. Ya aclaramos ese asunto, él no ha venido conmigo. Quiero que dispongas de ese dinero si te hace falta, nada más.

—Y yo no quiero.

—El Chrysler es un coche muy viejo, y al fin y al cabo era mío, Víctor. Podría estropearse.

—¿Es eso lo que te preocupa? ¿El Chrysler?

—No te hagas el mártir, por amor de Dios. Ese dinero es de los dos. Últimamente las cosas nos habían ido bien, eso es todo.

—¿Bien? ¿A esto le llamas irnos bien? Si crees que con ello vas a limpiar tu conciencia, allá tú.

—No digas tonterías, Víctor, sólo quiero que estés bien.

—Entonces, vuelve —le dije, y el silencio se hizo al otro lado—. Te necesito —mi voz me sonó terriblemente patética. Le dije también que iba a esperarla todo el tiempo que necesitase, porque yo había sido siempre un hombre comprensivo—. Somos adultos, Diana —concluí—, estas cosas ocurren.

Pero el silencio persistió.

—¿Diana? ¿Estás ahí?

—Claro, Víctor —respondió tras una pausa—. Aún no puedo darte un número, pero te llamaré, lo prometo. En otra ocasión.

«Por favor», dije. «Claro, mi amor». Y después, ella colgó.

Luego fregué mi taza. Fregué los platos del día anterior. Fregué el suelo de la cocina y el resto de la casa, hasta que los pobres baldosines resplandecían con un brillo que no habían tenido nunca. Pero todo seguía igual. De modo que me bebí una botella de vino, y abrí aquel frasco de pastillas. Fue una tontería: diez minutos más tarde vomité.

Después de aquello llegué a odiar tanto a Diana que en ocasiones me sorprendía deseando que estuviese muerta. Me habría facilitado las cosas. Si estuviese muerta no tendría más remedio que acostumbrarme a vivir sin ella; años atrás ya había superado mucho mejor la muerte de mi padre que la ominosa huida de mi madre. Sin embargo, durante las primeras semanas me fue imposible poner en práctica mi plan. La mayoría de las personas con las que me relacionaba eran amigos de los dos, y sabían que Diana no había muerto, sino que me había abandonado. ¡Cómo olvidarlo, Dios mío, si no paraban de telefonar! Sentado con un trozo de *pizza* en el sofá de la sala, delante del televisor apagado, yo les contestaba como un robot. «Estoy bien», «No, gracias, no necesito nada». «Vaya, ya me han invitado a cenar, otro día será». Mientras, mi borrosa y desaliñada imagen me estudiaba desde el negro cristal: el cuello del suéter desbocado a la altura del hombro, la corbata aún sin quitar, los pies vueltos uno sobre otro, como acobardados.

Pronto empecé a sentirme atosigado. Todo el mundo quería algo de mí. Y no sólo los amigos. La gente con la que hasta entonces sólo había tenido que mostrarme cortés, o mínimamente educado, de pronto esperaba respuestas: el conserje, el empleado del garaje, el tipo de la lavandería; o el de la tintorería, que llevaba más de dos meses esperando que fuésemos a recoger las alfombras. Todos querían respuestas.

Pero yo no las tenía. Empecé a encerrarme en la cocina al volver del trabajo. Desde allí no oía sonar el teléfono, y si conectaba el microondas, tampoco el timbre de la puerta. Me compré un libro que alguien me había recomendado sobre el cuidado de la motocicleta y el zen —te vendrá bien para *lo tuyo*, me dijeron—, y pasaba el tiempo leyéndolo. Tanto llegué a aficionarme a su lectura que compré unos cuantos libros más de la misma colección. *Apuesta por ti mismo*, *Por qué son sabias las plantas*, *El tibetano que hay en ti*. Encontré que todos tenían algo en común: iban

dirigidos a personas que, ya de partida, eran esencialmente bondadosas. Y por lo tanto, pensé, no servirían para mí. Realmente eran inoperantes para el tipo mezquino que era yo, que oprimía con insistencia el botón del ascensor para que las puertas se cerrasen antes de dejar entrar a nadie más; o el cínico recalcitrante que pasaba de largo ante los indigentes con el clásico argumento en la cabeza de que el único responsable de ello era el sistema. Pero su lectura llegó a aislarme de tal modo que me olvidaba incluso de comer. La vida se había convertido para mí en algo que requería demasiada atención, y esos libros eran tan ingenuamente inocuos que llenaban mi tiempo. Pronto la suciedad y el desorden empezaron a enseñorearse de la casa: las coladas acumulándose en el cesto, los platos sucios en el fregadero y las broncas de la asistenta cada vez que le tocaba venir a limpiar. Las facturas, los seguros, los impuestos. Estaba aturdido. Cada vez me costaba más trabajo tomar decisiones. Por las noches, ni siquiera estaba seguro de cuál era el volumen adecuado para el televisor.

Para evitar que aquello me sobrepasase decidí vaciar ciertos lugares de la casa. Si acotaba mi espacio, me dije, acotaría también mi parcela de realidad. Así, los dos cuartos pequeños y la terraza quedaron limpios. Vendí los muebles en el mercadillo del barrio y con el dinero me compré una videoconsola y la conecté al televisor. Pasaba las noches jugando a videojuegos. Pero, aún así, la casa siguió haciéndoseme insoportable. No es que fuera de ella estuviese mejor, al contrario; a veces sufría ataques de ansiedad en el metro si el vagón se detenía, y sólo lograba que mi pulso se regularizase cuando alcanzaba a introducir la llave en la cerradura del portal.

¿Por qué no me marchaba entonces? Quizás hubiera sido lo mejor. La casa era demasiado grande para mí. ¿Qué demonios hacía un hombre solo en un ático de doscientos metros en pleno barrio residencial, donde la edad media de los vecinos rondaba los sesenta años, y lo más animado que podía hacerse era sacar al perro a pasear? Además, era una finca muy antigua. Había que estar siempre pendiente de las goteras, las hormigas, la humedad. Sin embargo... ¿Y si me mudaba de barrio y ella decidía regresar? No; no podía arriesgarme. Lo malo era que todos sus rincones me la recordaban una y otra vez. Fue Diana quien encontró la casa, quien escogió el color de las paredes, quien la decoró (hasta mi improductivo estudio, donde una gran e inútil mesa de dibujo hacía las veces de tabla de planchar), y todo lo que ahora quedaba de ella eran un bote de té verde en la nevera y unas viejas zapatillas de invierno olvidadas en el zapatero del recibidor.

Una noche hasta estuve a punto de prenderle fuego. Había pasado la tarde sentado ante la mesa de dibujo, tratando inútilmente de escribirle una carta de amor. El resultado fue un paquete menos de cigarrillos y una tremenda jaqueca. Docenas de folios arrugados se amontonaban en la papelera cuando me levanté para irme a dormir. Vacié el cenicero y al cabo de unos minutos, el olor a humo me despertó. La papelera estaba ardiendo. Habría muerto asfixiado de no ser por la alarma antiincendios que Diana hizo instalar al poco de venir a vivir. Recordé que al

principio a mí me pareció un gasto superfluo.

—Las casas no arden así como así —le había dicho.

—Hay muchos libros en la casa. No quisiera tener que lamentarlo.

—Umm. Quizá tengas razón.

Pensándolo bien, le dije, un edificio como el nuestro estaba lleno de peligros. ¿Y esas viejas cocinas de los ancianos? ¿Y su manía de amontonar basura, bombonas de gas? Por no hablar de los ladrones. Al fin y al cabo, vivíamos en un barrio lujoso. ¿Cómo iban a saber los ladrones que nosotros éramos personas humildes? ¿Y si entraban por la noche, mientras estábamos allí? De repente me di cuenta de lo desprotegidos que habíamos estado hasta el momento.

—Deberíamos contratar los servicios de una empresa de seguridad —le dije.

Diana se rió.

—Hay que ver qué exagerado eres —dijo dándome la espalda como a un niño pequeño.

Aquella noche habría podido morir y ella ni se habría enterado, así que, ¿no significaba eso que, de hecho, estaba muerto para ella? Y si yo estaba muerto para ella, aun estando vivo, ¿no debía también ella estar muerta para mí?

—Pues claro que me he enterado, Víctor —me dijo Agar por teléfono—. Como quieres que no me entere de algo así. Al principio me hizo gracia, menuda ocurrencia. Entre nosotros, Víctor, si quieres considerar muerta a tu mujer, por mí estupendo. ¡Pero no puedes ir diciendo eso por ahí! No está bien, ¿me oyes? Montes me ha dicho que los de la cadena de restaurantes se lo contaron a él. Les había afectado de veras. Por Dios Santo, Víctor; Calor de Hogar, S. A. es una empresa seria. Se trata de una cadena entera de restaurantes, nuestros mejores clientes. ¿Es que quieres arruinarme?

—Lo siento —respondí—, no pretendía perjudicar a la empresa. Sabes que haría cualquier cosa por ti, Carlos, pero lo último que necesito en este momento es un sermón.

—¿Un sermón? —repitió Agar. Lo dijo en tono ofendido, pero no lo estaba. Agar era mi jefe en Calor de Hogar, S. A., una empresa dedicada a los sistemas de acondicionamiento de ambientes. Si no fuera por sus cincuenta y pico años, se diría que acababan de licenciarlo del servicio militar; era pura energía. Lo malo es que le gustaba actuar conmigo como una especie de padre—. ¡Caray, Víctor, sabes de sobra que te entiendo! Pero esto es demasiado.

—Ya —contesté—. De todos modos, si están tan afectados no creo que eso pueda perjudicar a la venta.

—¿Qué demonios te pasa, Víctor? ¿Dónde está tu ética? No está bien. Creí que ya habías superado lo de Diana.

—Y lo he superado —confesé—. Pero esto me ayuda.

—¿Cómo?

—Al principio, cuando se lo conté a aquellos tipos de la Glaxo...

—¿Lo saben también en la Glaxo? —me interrumpió—. Joder, Víctor. Aún no hemos empezado a instalarles el aire acondicionado en las oficinas del sur y tú...

—¡Nunca lo dije con maldad, créeme! En realidad sufría. Pero luego, cuanto más me lo creía, más me aliviaba, ¿comprendes?

Me había inventado hasta la variedad de cáncer que se había llevado a mi mujer: cáncer de colon. Había oído que era rápido, totalmente eficaz. Los rostros condolidos de las personas a quienes les contaba mi tragedia no hacían más que aumentar mi certeza de que así había ocurrido. Lo hacían cada vez más real. Que Diana hubiera muerto hacía inevitable el hecho de que ya no se encontrase junto a mí. No era culpa de nadie. No había nada que hacer. Yo sabía que era algo enfermizo, pero de alguna forma tenía que sobrevivir.

—No estás bien, Víctor —dijo Agar.

—Pues claro que no estoy bien. Mi mujer me dejó hace sólo un mes.

—¿Has recibido alguna noticia de... bueno, noticias tuyas?

—Si te refieres al doctor, estoy seguro de que no está con él.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé, joder.

—Escucha, Víctor, esta noche nos vamos a cenar por ahí, ¿de acuerdo? Y después iremos a dar un paseo los dos: hoy hay reunión en el Templo. Te reconfortará, ya verás.

—¿El Templo? —pregunté—. Ni hablar de eso, Carlos. Sabes que no soy creyente.

En las últimas semanas había recibido ya varias de sus interminables charlas acerca de cómo la vida le había vapuleado, y cómo su Iglesia le había devuelto la esperanza. Por ahí se decía que en realidad había sido alcohólico, y que esa secta era un centro de desintoxicación. Lo mismo podrían hacer conmigo, ¿por qué no me dejaba ayudar? A veces podía resultar autoritario, pero ya me había sacado de un par de apuros que en los últimos meses habían estado a punto de costarme el empleo. Por eso yo le apreciaba.

—No hace falta que seas creyente, demonios —protestó—. Además: ¿te parece más sano ir diciendo esas barbaridades que vas diciendo por ahí? La gente empieza a hacer comentarios.

—Oh, vamos, ¿no pensarás que estoy loco sólo porque me alivie un poco con un par de inofensivas fantasías acerca de mi mujer?

—Tiene que verte un doctor, Víctor —y agregó en tono de pesar—. Tu trabajo se resiente. Esto tiene que acabar.

—Por favor, Carlos, te digo que estoy bien.

—No lo sé, Víctor. No lo sé.

Luego dijo que no hacía falta que fuera a la oficina al día siguiente y que me tomara unas vacaciones. Y que visitara a un doctor.

Pasó más de un mes antes de que acudiera a la primera visita con el doctor André. Al fin y al cabo, para mí no se trataba más que de un mero trámite. Lo hacía por Agar. Se había empezado a poner nervioso en septiembre, después de que los de la Glaxo cancelaran algunas de nuestras visitas a sus almacenes del sur. Así que le hice caso y concerté una cita un miércoles después de comer.

En la consulta del doctor André todo eran almohadones y tranquilizadoras líneas curvas. Me deslicé en una redondeada silla y relaté a grandes rasgos mi problema. El doctor se puso enseguida a garabatear.

—Así que sentí que todo se me venía encima, doctor y... sobre esa pequeña mentira... —confesé con embarazo—. Bueno, veré, fue la solución menos dolorosa que se me ocurrió.

—Uhummm —o lo había oído o no. En cualquier caso, el doctor Lupi siguió escribiendo sin alzar la cabeza del papel—. ¿Es usted fumador, señor Ripstein? —preguntó de improviso.

—¿Eh? Sí.

Volvió a garabatear. Su cabeza asumió el aspecto de estar concentrada en los trazos.

—¿Tiene hijos? —dijo alzando los ojos apenas.

—No.

—Uhummm —apuntó—. ¿De modo que su mujer y usted se han separado?

—No... Es decir, sí —me incliné hacia él—. Veré, ella se marchó. Al principio yo no estaba seguro, doctor, pero ahora pienso que creía estar enamorada de un tipo, un cardiólogo bastante mayor que ella que quería llevársela a trabajar a otro hospital. Debí seducirla; tiene dinero, ¿sabe? —Me froté las sudorosas palmas de las manos en las rodilleras del pantalón—. Yo siempre estuve fuera de su pequeño club de diosas y dioses, doctor, soy un insignificante vendedor. Pensé que tener un hijo la retendría, pero lo pensé tarde.

—¿Ha pasado usted alguna enfermedad importante, señor Ripstein? ¿Paperas? ¿Rubeola?

Tuve la sensación de estar hablándole a una pared. Me pregunté si el doctor me estaría escuchando, si se estaría dando cuenta de que era *mi* vida lo que estaba desnudando ante él. ¿O es que no le interesaba? Ese tipo de sentimiento me asaltaba a menudo cuando me relacionaba con los demás. Resignado, le contesté:

—No. A excepción de una amigdalitis, y una pequeña escoliosis.

—Continúe —dijo, elevando sus cejas sin llegar a mirarme.

—Le estaba hablando de los niños —dije—. Hubo un tiempo en que Diana quería tener uno, pero últimamente ya no hablaba de ello, y por eso yo pensé que en realidad nunca había sentido un auténtico deseo, ¿me comprende? Ella está siempre muy ocupada, es una mujer muy... moderna, ya sabe. Trabaja muchas horas en un hospital, es internista, y además, pasa consulta en una clínica. Entre todo eso y la

casa, en fin, no le habría quedado mucho tiempo para... Bueno, y yo también estoy muy ocupado.

Sorprendentemente, el doctor asintió. Pensé que por fin estaba captando su interés.

—¿Le molesta el ruido de la calle? —dijo, señalando la ventana con la cara vacía de expresión.

—Emm... No —acerqué mi silla un poco más—. Lo que quiero decir, doctor, es que aunque yo al principio no quería ni oír hablar del asunto, más tarde cambié de opinión.

—Uhummm.

Durante los veinte minutos restantes me dirigí al doctor Lupi cada vez más desinhibido. Sí, por supuesto que seguía teniendo mis reservas, le dije. Un niño lo habría trastocado todo, se habría, ¿cómo decirlo?, interpuesto entre las cosas y nosotros. «Nos habría robado un montón de energía, doctor». Sentí que me quitaba un peso de encima al confesarlo. El doctor sonrió. Realmente, había hecho bien siguiendo el consejo de Agar. Y luego estaba la principal cuestión, continué, porque evidentemente aquello era algo que Diana no había tenido en cuenta:

—¿Qué demonios hubiera podido inculcarle yo a un niño de provecho, si ni siquiera soy capaz de organizar mi propia vida?

El doctor Lupi dejó de escribir, y se empujó la montura de las gafas.

—Sin embargo —me apresuré a decir antes de que pudiera interrumpirme—, decidí dar mi brazo a torcer. Cedí, doctor. Y lo hice porque la quería. ¿No cree que fue una concesión? Pues a ella no le pareció suficiente. Es decir, le pareció una monstruosidad. Me llamó egoísta. Egoísta, cuando en realidad fue ella quien me dejó. Dígame, doctor, ¿usted no cree que yo había dado muestras suficientes de amor hacia ella?

El doctor consultó la hora en su reloj.

—Lo siento, se nos ha acabado el tiempo.

Me acompañó a la puerta y me despidió hasta la semana siguiente con un breve apretón de manos.

Acudí a las entrevistas durante el resto del otoño. El doctor Lupi me dejó hablar, y hacia noviembre, cuando Agar me llamó de nuevo para que me reincorporase al trabajo, ya le había confesado la forma abyecta en que me escabullía cuando Diana quería que la ayudase a limpiar; la manera en que dejaba que fuese ella quien se ocupara de las compras, la comida, el tiempo libre, las facturas, la comunidad. Y la desconocida cólera que me sobrevino cuando me enteré de que hacía el amor con otro hombre. Al final, saqué la conclusión de que ni el doctor Lupi ni nadie podía responderme a la pregunta de por qué me había dejado mi mujer. Aunque una cosa sí había sacado en claro: ahora que se había ido, Diana se había vuelto más importante que cuando estaba. Su ausencia se hizo más patente que su presencia real. Me sentí desanimado.

Sin embargo, el doctor ya me había advertido de que en esta clase de *tratamientos* no se podía esperar ver resultados de inmediato. Todavía, cuando algún cliente se mostraba arrogante o antipático, yo dejaba caer pesadamente los brazos, bajaba los ojos, y pronunciaba las palabras mágicas con gravedad: mi esposa había muerto de cáncer. Agar tuvo que cederles mis mejores clientes a otros vendedores. Y eso no era todo. El rumor había circulado y la gente ya no me llamaba para cenar ni ir a fiestas. Cuando salía, si es que lo hacía, me iba solo a vagar por ahí.

—Te enfurruñas como un niño pequeño —me había dicho una vez Diana—. Sales corriendo a tu rincón y esperas que todos vayamos a pedirte disculpas.

—De ninguna manera —había dicho yo—. Yo no espero nada. Es sólo que deseo estar solo, no tengo la culpa de ser una persona sensible.

—Tú nunca has deseado estar solo, Víctor. Yo creo que cuando estás solo hasta imaginas que hay una cámara filmándote. Diría que incluso oyes una banda sonora musical.

—Claro, como tú nunca has necesitado a nadie...

Ni siquiera a mí, habría debido decir, si hablábamos en rigor. Diana era una persona independiente. Cuando otro médico del hospital necesitaba que le hiciesen su turno, ahí estaba ella, la primera, como si no necesitara descansar, como si yo no necesitara también tenerla a mi lado durante la cena, o para ver la televisión. Si algún paciente recaía, ni la burocracia ni el papeleo la achantaban. Removía cielo y tierra hasta conseguir una cama para los cálculos de la pobre abuela, un método menos doloroso para la infección del muchachito, un braguero más cómodo para la hernia del sufrido conductor. Nunca desfallecía. Arremetía como un moderno caballero andante sin importarles si tenía que elevar cartas a la dirección, recorrerse el hospital, o rellenar interminables formularios, cosas todas que para mí habrían supuesto un infierno, con todos esos deprimentes pasillos llenos de gente moribunda. Raras veces iba yo a verla al hospital, en cambio ella lo encontraba fascinante. Hasta le gustaba que nuestros amigos le comentasen sus dolencias. Yo no entendía cómo podía alguien estar tomando un canapé de salmón o bebiendo un poco de ponche mientras otro le describía el color de un absceso, la tumoración de un uñero, o el proceso de descamación de un eccema. Acababa poniéndome malo, y entonces Diana atravesaba el salón con un vaso en la mano y los abrigos en la otra, disculpándose con todo el mundo porque el pobre Víctor se sentía indispuerto otra vez.

Ahora, ya no iba a ninguna parte. Sin ella no me apetecía. A veces arrancaba el Chrysler y me iba a vagar con él por los sitios donde había estado con Diana.

Diana y yo nos habíamos conocido gracias al Chrysler. Yo tenía entonces veinte años y ella veintitrés. Fue una noche al salir de una discoteca adonde había acudido con una excompañera de la universidad. Yo no era asiduo de las discotecas, es más, detestaba esa clase de lugares en los que no se puede hablar, pero me había dejado arrastrar por una vez. Luego, como siempre, había permanecido apartado, pegado al altavoz, viendo cómo ella y los demás bailaban. Era la época del *breakdance*. Los

otros chicos iban con pantalones vaqueros y aparatosos deportivos, mientras que yo llevaba mi holgada camisa ibicenca, mis pantalones de lino y el pelo largo peinado a lo *new age*, lo cual me daba la oportunidad de mirar sin ser visto. Esa música era demasiado prosaica para mí, así que me despedí de la jovencita en cuestión, de la que ahora ni siquiera recordaba el nombre, y salí a tomar el búho. Un poco más abajo Diana, por entonces una chica de largo pelo castaño y vestido verde de tirantes, estaba en medio de un ruidoso grupo. Era más alta que las otras, de formas redondeadas y movimientos pausados, aunque había algo marcial en su voz cuando entró en el coche, un modelo anticuado de Chrysler color rojo, y se despidió de los demás. Desde la marquesina, observé cómo intentaba poner en marcha el motor. Al cuarto intento, tras pensarlo muchísimo, me acerqué.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunté.

Diana miró por la ventanilla. Sus serenos ojos grises se clavaron en mí. Su linda boca sin maquillaje se plegó en una fina línea recta cuando habló.

—No.

Era de esperar. Las chicas guapas se fijaban sólo en los fuertes y en los aduladores; y yo no era más que un tipo larguirucho con pretensiones de intelectual. Volví a la marquesina, humillado, y antes de darme cuenta, un niño estaba a mi lado poniéndome una navaja en la tripa. Iba a darle sin rechistar cuanto llevaba encima, cuando los faros de un coche nos deslumbraron a los dos.

—¡O te largas ahora mismo o me pongo a gritar, mamón! —dijo la voz de Diana, bronca y expeditiva, desde la oscuridad.

Se largó. El resto de la noche la pasé como en un sueño. Diana me llevó al hospital donde trabajaba como residente para que examinasen mi herida.

—No te van a dar puntos, pero vente mañana para que te quite la venda y desinfectar.

Ese algo resolutivo de su voz... Me envolvía. Me sentí sin tuerzas para declinar su amable invitación cuando se ofreció a llevarme a casa en su coche. Realmente me encontraba bien, en la tripa tan sólo tenía un rasguño, pero esa noche, mientras trataba inútilmente de dormir, me di cuenta de que Diana sólo se había dignado acercarse a mí después de verme en apuros. «Será porque es médico», me consolé. «Hum. Pero por otra parte, ¿por qué arriesgarse?», me pregunté. En adelante, lo mejor sería seguir mostrándole mi lado más desvalido.

Y no era difícil. Ella hacía que me sintiera como un recién nacido, vulnerable y satisfecho; feliz. Como era residente de primer año ganaba más dinero que yo, de modo que al principio no resultó extraño que siempre pagara ella. Íbamos a comprar provisiones —salmón ahumado, champán—, y pasábamos el fin de semana en su casa. Diana cocinaba, ponía la mesa, servía el café. El viernes por la tarde me llamaba a la hamburguesería donde por entonces yo trabajaba para saber qué película quería que alquilase en el videoclub. Me había comprado un cepillo de dientes y un albornoz que usaba mientras estaba allí. No se me había ocurrido trasladar algunas de mis

cosas. Aunque tampoco tenía muchas. Desde que había abandonado la residencia de alumnos para compartir piso con unos polacos, sólo poseía lo que cabía en una habitación. Mi padre había muerto hacía unos meses y yo no había tenido ánimos para acabar de estudiar. Por entonces, ser ingeniero no me parecía importante. Diana me animaba a continuar. Los domingos por la noche, mientras apurábamos juntos el último programa de la tele —antes de que me llevase de vuelta a mi solitaria habitación—, insistía.

—Sólo son siete asignaturas, Víctor, deberías matricularte e intentarlo otra vez.

—Umm.

—Sabes que mi padre fue directivo de la Shell, y aún conserva allí unos cuantos amigos. En un año estarías ejerciendo.

—Lo sé, lo sé —contestaba yo.

Pero en aquel momento, nada en el mundo me habría hecho coger los libros otra vez. Sabía que Diana se preocupaba por mí, y también sabía que con mi sueldo no podía pagar las películas, ni el salmón, ni el champán. Eso me hacía sentir culpable, y la única esperanza que tenía era la compasión.

—Es que... con la muerte de mi padre tan reciente... no es como si no quisiera... ¡Es que no puedo!

Me derrumbaba en el sofá, con la cabeza hundida entre los hombros y los ojos caídos, perdidos en algún lugar de la sala, sabiendo que cuando Diana me contemplase vería a su lado la viva imagen de la indefensión. Y dio resultado.

—Está bien, no te preocupes. De todos modos hablaremos con mi padre —me dijo un día, después de recogerla en el hospital—. Tal vez pueda hacer algo por ti. Pero, Víctor, deberías plantearte seriamente acabar la carrera alguna vez.

Yo me enrosqué alrededor de su cuello en la frialdad del Chrysler, mientras ella ponía en marcha el motor.

Sólo había una persona que hacía que Diana aún siguiese comportándose como una niña pequeña e insegura: su padre. Fuimos a verlo en Navidad, la primera que pasábamos juntos. Diana me había comprado un elegante y carísimo jersey de lana virgen que me hizo poner antes de salir. «¿Para qué esperar?», dijo. (Yo fui a buscar el mío al anorak, una caja de música en forma de tortuga que tintineaba *Love Story* al levantar el caparazón, y dentro de la cual brillaba una modesta circonita). Para su padre llevábamos un distinguido batín Burberrys, elección en la que Diana había empleado un día entero.

El señor Reno era de origen francés y algo de francés, era verdad, había en la boca de piñón de Diana. Vivía en una magnífica casa en las afueras, rodeada de magnolios y macizos de rosas que su esposa había plantado allí antes de morir. Fumaba en pipa y opinaba que ningún hombre debería carecer de la experiencia de haber salido de caza al menos una vez en su vida. Al decirlo, clavó sus pequeños ojos en mí, unos ojos grises iguales a los de Diana —sólo que algo bovinos—, como si no estuviera seguro de mi virilidad. Diana, ajena a mis dificultades, discutía con la

cocinera sobre la mejor manera de servir el rosbif.

—¿Así que no piensas acabar tus estudios? —me preguntó el señor Reno durante la cena, como si en realidad quisiera decir: «¿Así que no piensas ocuparte de mi hija, eh, so gandul?».

Miré a Diana con la expresión que debió dibujarse en el rostro de César el día que Bruto lo apuñaló en el Senado.

—Emm... Bueno, lo cierto es que no lo sé —dije—. Este año ha sido un poco...

—Pues claro que piensa acabarlos, papá —dijo Diana con una risa nerviosa. Se llevó un extremo de la servilleta a la comisura de la boca, y se levantó a servir más vino—. Es sólo que ahora... Víctor está de duelo, papá. Pero lo hará. Es pura cuestión de tiempo. ¿Verdad?

Sus ojos grises eran dos puntos acobardados y opacos cuando alcé mi copa para que la rellenara.

—Ah, sí... supongo que sí —dije.

—Eso está bien, muchacho, porque hoy en día no llegarás muy lejos sin una buena educación.

Diana se precipitó hacia el árbol, a cuyo pie se amontonaban los paquetes.

—Papá, ven a ver tu regalo —exclamó.

Pero el señor Reno procedió a hacerlo a su manera.

—Diana, no seas impaciente —la amonestó—. Tomemos primero un trozo de pastel.

Y hasta que el señor Reno no hubo probado todas y cada una de las capas de su delicada milhojas, nadie se levantó de la mesa. Entonces, Diana corrió al árbol de nuevo y le hizo entrega del batín. Su padre rasgó el papel, y examinó la prenda con aire casual.

—Umm, un batín. Estupendo —dijo, mientras su hija bajaba los ojos con arrobo y se pellizcaba un volante del vestido.

Los licores se sirvieron en una gran sala con chimenea y paredes forradas de nogal que ellos llamaron «el gabinete». Me dio la sensación de haber ido a cenar a Mansfield Park. El señor Reno abrió la conversación refiriéndose al tiempo. ¿No nos parecía que el invierno estaba resultando más cálido que el anterior? Después envió a Diana a la cocina con una excusa cualquiera, y él se acomodó en un sillón. ¿No quería sentarme? Hizo un ademán con la mano, indicándome que ocupara la butaca situada frente a él. El cuero crujió bajo mi peso.

—Supongo que has pensado en casarte con mi hija —dijo.

—Bueno, yo... —carraspeé. No imaginaba mejor manera de pasar la vida que junto a Diana pero... casarnos—. En realidad nos acabamos de conocer, señor.

—Cierto. Y cuando llegue ese momento, no creo que penséis manteneros del aire, ¿verdad, muchacho?

—Oh, pues...

—Bien. ¿Tienes algún plan?

—¿Algún plan?

El señor Reno se acomodó y miró el chisporroteante fuego con expresión remota. Sus ojos eran casi blancos, translúcidos.

—Voy a darte la tarjeta de un amigo, Víctor. Quiero que le llames.

Diana entró en el gabinete en ese instante. Se sentó en el suelo, y se enroscó mimosamente a los pies del señor Reno.

—Comprenderás que hasta que no te licencies no podemos hacer gran cosa por ti, pero algo te ofreceré.

Las cosas no cambiaron mucho durante el año siguiente, cuando la empresa de exportaciones O'Henry, del amigo del señor Reno, me contrató como administrativo. Pasaba ocho horas en una oscura oficina con mi cargo —*Víctor Ripstein. Auxiliar*—, serigrafiado en la puerta, mirando por la ventana y manteniendo tediosísimas conversaciones en inglés con importadores de prensas y máquinas fresadoras. Me aburría. Llamaba a Diana a la hora de comer para preguntarle cómo estaba pasando ella el día. Diana me contaba alguna anécdota sobre su última consulta: la úlcera de la 313 había empezado a sangrar. Dos gemelas habían ingresado con amigdalitis. Yo la escuchaba con creciente ansiedad.

—¿No podrías decirme algo cariñoso? ¿Me estás echando de menos?

Diana contestaba incómoda: claro, esa noche hablaríamos.

Yo pasaba el día impaciente, sin importarme realmente si las prensas y las fresadoras habrían llegado a su destino, y deseando encontrarme con ella a la salida del hospital. Por entonces, yo ya tenía en su apartamento algo más que un albornoz. La mitad de mi ropa estaba en su armario; y también los libros de termodinámica y de cálculo que no había vuelto a tocar. «¿Cuándo te vasa poner a estudiar seriamente, Víctor?», me preguntaba cada noche, mientras repasaba el historial de turno sentada a mi lado ante el televisor. Entonces yo me llevaba las manos a las sienes y me quejaba del dolor de cabeza que me entraba en aquella deprimente oficina. Aún tenía que echar mano del número del desvalido para que Diana dejase lo que estuviera haciendo y me prestara atención.

—Deberíamos casarnos —dijo mientras me friccionaba la cabeza con sus dedos largos y firmes—. Ahorraríamos dinero, y creo que estaríamos mejor.

Yo me incorporé al instante y la observé preocupado. Diana me hacía sentir reconfortado, seguro, feliz. Sin duda, quería pasar con ella el resto de mi vida, pero... en fin... ¿matrimonio? ¿Y si no era capaz de cuidarla? ¿Y si ciertamente no llegaba nunca a ser capaz de cazar para ella un mamut? Ese papel indefenso que había aceptado desde que la conociera, se había ido adueñando poco a poco de mí. Y, sin embargo, por qué sería que ya entonces lo que más me inquietó, —y quizá, lo que hizo que me decidiera—, fue esa cartesiana lógica suya al enfocar la cuestión: «Ahorraríamos dinero». Como un tonto, me propuse que algún día, fuese como fuese, conseguiría que Diana vibrara por mí. No sólo que se preocupara o me quisiera, sino que anhelara mis besos, mis caricias, mi sola presencia física. Que me necesitase

tanto como yo.

—Está bien —le dije—. Si crees que es lo mejor.

Cuando ahora lo pensaba me sentía herido y colérico. Todos aquellos planes parecían las absurdas ensoñaciones de un adolescente febril, y Diana una fría y calculadora mujer que todo el tiempo, desde el primer encuentro, había encaminado sus pasos hacia algún sitio muy lejos de mí (quien sabía si hacia el Nobel de medicina o algo así). Mi enfado daba paso a la tristeza, y yo me tendía en el sofá, impotente, como un árbol caído.

III

—¡MUEVA ese trasto de ahí en medio!

—¡Hay que ver! ¡No deberían permitir circular con esas antiguallas!

Dejé de intentar arrancar, y volví la cabeza. Detrás de la luna empañada del Chrysler había una hilera de coches parados, con el motor rugiendo, ansiosos por cruzar el semáforo en verde. Algunos tenían el morro ya un poco fuera prestos a adelantarme.

—Un momento, un momento —supliqué.

El semáforo volvió a cerrarse y, momentáneamente, la lluvia de bocinazos cesó. El Chrysler se había parado en el cruce de dos calles poco importantes cerca de las oficinas de Calor de Hogar, S. A. No era la primera vez que lo hacía; la última había tenido que dejarlo caer cuesta abajo en pleno tráfico de la hora punta. Tiré del estárter y mantuve el pie en el pedal durante un par de segundos. Crucé los dedos. Giré la llave en el contacto, y el Chrysler arrancó.

Era un sábado por la tarde a primeros de diciembre, un día lluvioso y gris oscuro. Agar me había telefoneado para que fuera a verlo a su despacho en las oficinas de Calor de Hogar, situadas en un lujoso edificio del centro, pero no me había indicado para qué.

Al salir del coche, noté el frío del invierno en la punta de la nariz. Dios quisiera que a la vuelta pudiera poner de nuevo en marcha el motor. Cuando saqué la mano del bolsillo y cogí el picaporte para abrir la puerta del *zaguán*, lo encontré desagradablemente perlado de gotitas de lluvia. Mi nariz moqueaba. Probablemente me iba a constipar. Sin demasiado ánimo, avancé a pasos cortos por el embaldosado de mármol del pasillo, y toqué con los nudillos en la gran puerta de roble del despacho de Carlos Agar.

—¿Quién hay ahí?

—Soy yo, Víctor.

—Pasa.

Agar estaba solo, de pie junto a la ventana, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, de espaldas a la puerta y mirando a la calle a través de la veneciana.

Se volvió lentamente y dijo:

—Ya era hora.

La chaqueta de su traje, que nunca solía llevar puesta, estaba colgada en el respaldo de su sillón. Había dos pequeños círculos a la altura de las axilas de su camisa rosa de seda. No parecía enfadado, pero se veía claramente por su ceño fruncido que se estaba impacientando de esperar.

—Siento llegar tarde, Carlos —dije—. El coche se me paró en plena calle.

—Víctor, no sabes la imagen de abandono que ofreces saliendo de ese coche ruinoso. ¿Cuánto tiempo piensas seguir llevándolo?

—Bueno, no tiene sentido comprar uno nuevo cuando prácticamente estoy aprendiendo a conducir.

—Te pago un buen sueldo. ¿No podrías volver a los taxis como hacías antes?

—No, no... Quiero acostumbrarme a conducir.

—Sí, eso ya lo veo —dijo Agar—. Sólo a ti se te podía ocurrir empeñarte en conducir a tu edad —hizo sonar unas monedas dentro del bolsillo. Luego dijo—. La cuestión es por qué.

Nos sentamos cada uno a un lado del macizo escritorio de nogal. Agar encendió una cerilla con la que prendió su puro en varios tiempos. Era un hombre enérgico, de aspecto vigoroso, facciones endurecidas y maneras rudas, con su poco pelo peinado hacia delante. Se notaba a la legua su procedencia humilde, pero él hacía todo lo posible por dejar constancia de que aquellos días hacía mucho que habían quedado atrás. A mí me parecía que todo aquel vestuario y esos perfumes no servían para ocultar gran cosa; siempre acababa aflojándose la corbata y remangándose la camisa al final de cada reunión. Fumador empedernido, hablador infatigable, asiduo visitante de las *boîtes*, había levantado él sólo aquel imperio del aire acondicionado y la calefacción, y aunque ahora no era más que otro socio, ni por un momento se comportaba como si realmente no siguiera siendo el dueño de Calor de Hogar, S. A. En este instante se hallaba repantingado en su sillón de cuero como un auténtico emperador.

—¿Has hecho ya planes para Navidad?

—No.

—Mejor.

Agar estiró una mano y alcanzó una botella de la mesita auxiliar. De pronto me pareció que en su tono había cierto matiz de misterio.

—¿Por qué lo dices? —le pregunté.

—Porque tengo un trabajo para ti.

—¿En Navidad?

—Si eres listo estarás de vuelta mucho antes.

—¿De vuelta? ¿De dónde? Carlos, no irás a enviarme ahora a algún sitio fuera de la ciudad.

—Escucha, llevo meses esperando que te recuperes de lo de tu... Pero ya no puedo esperar más, Víctor. Tienes que vender algo, hombre. Eres vendedor.

Agar rodeó el escritorio mientras hablaba. Sacó un par de vasos de un archivador y se sentó.

—¿Has sabido algo de ella?

—¿De quién?

—De tu mujer, Víctor, de quién va a ser.

—Pues no... Pero estoy seguro de que estas navidades tendré noticias tuyas.

—¿Ah, sí? Y eso, por qué.

No podía decirle por qué. Diana había mandado un telegrama en octubre desde

Mauritania, adonde había ido a jugarse la vida para una ONG. Decía que quizá volvería en Navidad: «Sigo en Mauritania. Posible vuelta Navidad». Eso era todo. Pero yo creía leer algo entre líneas, ¿por qué escribirme si no? Fui hasta la ventana y me tomé mucho tiempo para mirar las sombras de la calle a través de la persiana. Luego dije:

—Bueno, lo sé. Créeme.

—Vamos, Víctor. En mi opinión no deberías seguir esperando que ella... Así te vas a hacer más daño.

—No lo creas. Estoy perfectamente bien.

—¿En serio?

Asentí.

—Caray. ¿Entonces me puedes decir por qué te ha dado ahora por conducir esa reliquia de coche? ¿Acaso crees que no sé que era el coche de Diana?

Pasé por detrás de Agar, cogí mi copa y bebí un trago. El alcohol me bajó haciendo raya. Mi garganta se inflamó y durante unos segundos me faltó el aire. Me alegré de no tener que contestar.

—Me parece muy bien que te atrevas por fin a hacer cosas, hombre. Conduce, sal por ahí. Pero cómprate un coche como Dios manda. Nuevo. Un modelo deportivo. Y vete a ligar con él.

Dejé el vaso en la mesita, y volví a pasar tras su silla para quedar de nuevo frente a él.

—Lo pensaré —le dije. Me sentía ridículo con mi aire nostálgico y mis ahogos. Me senté en la silla, y le pregunté—. ¿Qué clase de trabajo es ese?

Agar iba a decirme algo cuando la puerta lo interrumpió. Su secretaria, una chica rubia, de metro setenta y labio inferior carnoso llamada Mambi, asomó medio cuerpo dentro del despacho.

—El señor Dantón quiere que vaya a verlo ahora —dijo.

Era la última adquisición de Agar, que parecía reclutar a su personal femenino en esas *boîtes* que frecuentaba.

—Pasa Mambi, pasa.

Al viejo se le iluminaron los ojos cuando la rubia muchacha atravesó el despacho cimbreado sobre sus altos tacones.

—Aquí tiene lo que me pidió.

Dejó una carpeta en su escritorio y se quedó esperando instrucciones.

—¿Conoces a Mambi, Víctor?

—Ah... Sí, claro. Hola.

La chica levantó una ceja.

—Es bonita, ¿eh?

La miró de arriba abajo sin ocultar su descaro.

—Pues... sí. Supongo.

Mambi le lanzó una mirada fulminante. Después de todo, quizás no se

considerase a sí misma como una pieza más del mobiliario.

—Mambi ha estudiado leyes, ¿verdad? —Agar cogió la carpeta, y la abrió—. ¿Qué es esto que me traes?

—Lo de Próspera —dijo ella, con sequedad.

—Lo de Próspera, ¿eh? Estupendo —se rascó la barbilla—. Víctor, ¿sabías que Mambi habla tres idiomas? —dijo mientras Ungía examinar el contenido del informe.

De pronto caí en la cuenta: era el inevitable numerito del casamentero. Últimamente, para el resto de la gente yo representaba una especie de premio gordo de las obras de caridad. Todo el que tuviese una prima, cuñada soltera, o vecina en edad de merecer, se sentía en la obligación de presentármela. No parecían darse cuenta de que resultaba humillante.

Compuse una sonrisa de compromiso.

—El caso es que tengo un poco de prisa —dije.

—¿De verdad? —Pareció decepcionado—. Está bien, Mambi, puedes irte. Dile a Dantón que ahora voy. A ver si podemos irnos de aquí antes de las seis.

La chica abandonó el despacho caminando con aire aristocrático sobre la mullida moqueta. Agar no le quitó la vista de encima hasta que desapareció. Luego me dirigió a mí una mirada incrédula.

—¿Pero se puede saber qué te pasa? ¿Es que te has vuelto de corcho?

—Ya vale, Carlos.

Agar me miró frunciendo el ceño.

—Está bien, está bien —dijo poniéndose en pie—. Vete leyendo ese informe mientras voy a ver a ese cretino. Enseguida hablamos de tu nueva misión.

Y salió del despacho con su habitual despliegue de energía.

Agar y yo nos habíamos conocido unos ocho años atrás. Yo aún trabajaba para la empresa de exportaciones O'Henry, del amigo del señor Reno, pero estaba más que harto. Odiaba deberle ningún favor a ese hombre, que seguía fustigando a su hija para que reconsiderase otros candidatos más inclinados que yo al matrimonio. De modo que respondí a la primera oferta de empleo que llamó mi atención: «Calor de Hogar, S. A.», sonaba bien. «Empresa líder en el sector de acondicionamiento de ambientes, necesita Product Manager». Diana intentó disuadirme (a ella nunca había llegado a gustarle Agar). Más tarde descubrí que, en Calor de Hogar, S. A., un Product Manager era sencillamente un vendedor. Tras un período de prueba, un día fui por fin enviado a hablar con el director de una sucursal bancaria cuya instalación había quedado obsoleta. Mi misión era mostrarle nuestro nuevo catálogo: sistemas por aire, por agua, sin conductos, con conductos, fancoil... Cuando estaba esperándolo en el sótano para ver el cuarto de calderas, me di cuenta de que me había olvidado el catálogo. ¡Madre mía, pero cómo había podido ocurrirme una cosa así! ¿Qué clase de vendedor era yo? ¿Y qué iba a decirle a Agar?

Después de pensarlo un momento, decidí que lo mejor sería contarle la verdad. Justo en ese momento, la caldera del establecimiento se puso en marcha con un

estertor. Asustado, retrocedí en busca de la puerta, pero todo estaba oscuro y no la encontré. Tras unos segundos, me pareció notar allí dentro un terrible olor a gas. Se me doblaron las rodillas. Detrás de unas cajas vi el letrero reflectante con la palabra *Exit*, y corrí hacia él. La cabeza me daba vueltas. Tenía ganas de vomitar. ¡Era una intoxicación! Alcancé la puerta, y la aporreé.

—¡Socorro! ¿Es que no me oyen? ¡Abran de una vez! —grité con todas mis fuerzas.

De repente algo hizo clic, y la cerradura cedió.

Dejé atrás al bombero, y corrí sesgadamente atravesando el *hall*, provocando un silencioso revuelo entre las recepcionistas. Vomité en las escaleras. El director de la oficina quiso llevarme al hospital.

Me sentí tan avergonzado que, a la mañana siguiente, no pude mirar a nadie a la cara en la oficina. Sin embargo, a Carlos Agar le pareció estupendo.

Me llamó a su despacho.

—¿Cómo te encuentras hoy, chico?

—Bien —dije, bajando los ojos.

Agar me miró divertido.

—También es mala suerte, ¿no crees?

—Lo siento... esto... no había desayunado y... me temo que me mareé.

—No, hombre, no. Mala suerte para ellos, con esa caldera a punto de reventar. No han tenido más remedio que aceptar el presupuesto. ¿Qué te parece?

Esa noche me invitó a cenar y luego me llevó al Cool & Fool, un bar de estilo americano donde las camareras servían las bebidas en patines. «Son muy simpáticas, ya verás», dijo mientras una de ellas nos conducía adentro. Vestía camiseta ajustada y *short*. Agar no le quitó el ojo de encima hasta que nos sentamos. Él lucía un *blazer* marino con botones dorados, camisa abierta y pañuelo de seda al cuello. Se peinaba como se peinaban los calvos en los tiempos de mi niñez: el pelo más largo del cogote tapando las entradas.

—Verás lo que he pensado —dijo, desembarazándose de la americana—. Como este proyecto, en rigor, te lo debemos a ti, voy a dejar que supervises la instalación.

—¿Yo?

—Pues claro —sacó un puro, y mordió la punta—. ¿Es que no quieres, o qué?

—Bueno —dije—, supongo que sí. Pero...

—Pero qué.

—Es que... Pues que, en rigor, aún no soy ingeniero.

Una camarera se acercó a tomar nota de las bebidas.

—Hola, guapa. —Agar volvió la cabeza sonriente—. Ponnos dos *cooly girls*, y vuelve con una amiga —dijo sin darme tiempo a rechistar. Mientras encendía el puro, me explicó—. Bueno, no corras tanto, hombre. No creas que vas a empezar haciendo nada de cuidado. Sólo se trata de observar, controlar, y hablar con el cliente. Pero es un trabajo vital. En esta clase de instalaciones hay cosas que no se pueden pasar por

alto, ya me entiendes, no es lo mismo sisar en el peso que saltarse una norma de calidad. Luego ocurren desgracias como las de ayer. ¿Sabes que podías haber muerto?

—Bueno, en realidad no ocurrió nada —dije—. Sólo fue un escape de gas.

—¿Un escape de gas? —Sacudió la cabeza—. Se ve que aún no conoces el negocio. Una caldera es como una bomba. ¿No te enteraste de lo sucedido hace unos años? Una familia entera voló por los aires. Una mañana, cuando la encendieron... ¡Bum! —hizo una pausa para enfatizar el resultado—. Sólo el perro se salvó. ¿De verdad que no te enteraste? Fue muy sonado, pero como aún no trabajabas en Calor de Hogar. A partir de ahora, ya verás, cada vez que una chica te invite a su casa, lo primero que harás será curiosear su caldera.

Me pregunté si esa sería su idea de un futuro prometedor.

—No lo creo —dije, mostrándole mi dedo anular.

—¡Vaya, vaya!

—Bueno, aún no estoy... em... casado. Pero ella quiere...

—¡Ajá! Conque ella quiere. Ellas siempre quieren, chico, ese es el problema.

La camarera vino con las bebidas, dos recipientes del tamaño de un jarrón cada uno. Agar sacó un billete del bolsillo, y lo encajó en el *short* de la chica cuando ésta se volvió.

—Así que, ¿qué me dices del trabajo, te interesa?

—Pues... no sé. Supongo que sí.

—¿Supones que sí? No eres muy decidido, ¿verdad? Verás, chico, puedes estar seguro de que, en cuanto pongas el pie en el altar, aumentarán tus gastos. Ya lo creo que sí.

—¿El puesto incluiría un aumento de sueldo? —le pregunté.

—¿Quién habla de sueldo? Te hablo de comisión. Después de todo, hiciste un buen trabajo ayer, así que, ¿por qué no? En adelante trabajarás a comisión. ¿Qué te parece?

Yo ni siquiera sabía exactamente qué suponía trabajar a comisión. En realidad no sabía casi nada del mundo de las ventas, pero lo fui aprendiendo. Nunca me hizo falta el título de ingeniero para «observar, controlar, y hablar con el cliente». Me hice un hueco en el negocio gracias a mi carácter poco porfiado. Me compré una larga gabardina que me hacía parecer más delgado y me hundía los hombros, y exploté mi figura un poco triste. Nadie pensaba que alguien de aspecto indefenso como yo pudiera querer engañarlos. Empecé a ganar dinero. Hubo meses en los que incluso gané más que Diana.

Ahora Agar volvía a entrar en el despacho con su característico aire de determinación.

—¿Lo has leído ya? —Se sentó.

—Eh, pues...

—Víctor —dijo, mientras echaba el cuerpo hacia atrás—. Sabes de sobra que

siempre he hecho por ti cuanto he podido, ¿verdad?

—Claro que sí, Carlos, ya sé que...

—Has pasado una mala racha, lo entiendo. Nadie tiene la culpa de lo que te ha ocurrido, le puede pasar a cualquiera. Pero ya llevas tres meses sin hacer una venta en condiciones, y las cosas no pueden continuar así.

Hubo una pausa durante la cual nos miramos. Luego le pregunté:

—¿A qué te refieres, Carlos?

Se incorporó.

—A que voy a tener que despedirte.

Me quedé perplejo.

—¿Despedirme? ¿Por qué?

—¿Por qué? No creo que necesites ni preguntarlo —Agar suspiró sonoramente, y caminó hacia el ventanal—. En los últimos meses has ido perdiendo las mejores oportunidades. No te puedo mandar a ningún sitio, Víctor —se enjugó la cara con un pañuelo—. Calor de Hogar atraviesa un mal momento. La decisión viene de arriba, yo he tenido que dar la cara por ti. Ahora tendrás que demostrarme que aún se puede confiar en ti.

—¿Cómo?

—Yendo a ese lugar —anunció—. Tienes que venderle algo a esa gente. Es una mierda de encargo, lo sé, pero si no eres capaz de hacer una cosa como esa, tendré que despedirte. Esta vez no puedo hacer nada por ti.

El eco de sus últimas palabras se desplazó por mi cabeza como una pesada bala de cañón. Por un instante me vi haciendo cola de nuevo. Otra vez las agencias de empleo, las enmoquetadas salitas, las competiciones con otros candidatos más jóvenes y más preparados que yo, los rechazos. Una especie de inmensa fatiga me invadió.

—Está bien —le dije—. Iré.

Agar se guardó el pañuelo, y sonrió.

—Bien dicho, Víctor, así se habla. Sé que no me defraudarás.

Le miré abatido. Agar se movió como para rehuir el examen, y volvió a hacer sonar las monedas en el bolsillo.

—Debes telefonar enseguida a esa gente —dijo. Revolvió en un cajón—. ¿Dónde demonios he dejado tu billete?

—¿Qué billete? —pregunté.

—Tu billete de avión.

—Ah, no. Yo... prefiero ir en mi coche.

—¿De qué estás hablando? —dijo Agar—. Esta sí que es buena, pero si se cae a pedazos. Víctor, por amor de Dios. ¿Sabes a qué distancia está el dichoso Próspera?

—No.

Y me daba igual. Como si estaba en el centro de la Tierra.

—Esto que tengo aquí es un billete de avión —me mostró un trozo de papel—.

¿Lo ves, Víctor? Ida y vuelta. Con él viajarás cómodamente. No tendrás que preocuparte de conducir.

Negué con la cabeza. Había decidido ir en el coche, y nadie iba a hacerme cambiar de opinión.

—Te lo agradezco, Agar. Pero esto prefiero hacerlo a mi modo. Necesito ir en el coche, no te lo puedo explicar, yo...

—Está bien. Allá tú.

Alcanzó el informe y me lo alargó. Aún seguía mirando por la ventana cuando abrí la puerta de su despacho para salir.

Roberta había decidido limpiar de arriba abajo la casa y darle de paso un nuevo aire a la decoración. Estaba cantando una de sus canciones desgarradas, *Llevo tus mentiras grabadas a fuego en mi piel*, mientras le sacaba brillo al mueble, el cual aparecía ahora vacío, con los estantes desnudos y polvorientos y las fotografías de Diana yaciendo boca abajo en el sofá. Era temprano, y una lluvia tupida y mansa se dejaba caer con desgana tras los cristales abiertos. De la calle entraba un aire gélido. Roberta pasó por delante de mi mesa, donde yo ponía en orden mis papeles, y silabeó: *tendré que arrancármela para olvidar*.

—Roberta, ¿no podría cerrar ya las ventanas? —le pregunté—. Hace un frío de muerte.

—No, señor —dijo, mirándome con serenidad—. Si las cierro, la casa olerá a cerrado, y cuando ese olor se adueña de una casa, créame, ya no se puede arrancar.

—Si usted lo dice —dije, renunciando a porfiar—. ¿Ha visto mi maletín?

Tenía que repasar el informe de Próspera para preparar el viaje, y no lo encontraba. Roberta, nuestra asistenta desde hacía más de siete años, tenía su particular manera de ordenar las cosas.

—Lo he dejado en su habitación —contestó.

—¿Allí? Está bien. ¿Querría traérmelo?

Se quedó mirándome con la bayeta en la mano.

—Oiga, señor Ripstein, si creyera que no puede usted moverse por sí mismo le aseguro que iría corriendo a por él.

Y siguió desempolvando figuritas. Roberta era así, áspera y eficaz. Había criado a cinco hijos que le habían dado ya diez nietos, y tenía un marido al que criticaba continuamente, aunque por debajo se veía que era todo pura fachada. En todo el tiempo que llevaba con nosotros nunca había dejado de refunfuñar. Fui al dormitorio y recuperé el maletín. Lo dejé en la mesa de dibujo del estudio, y me desplomé perezosamente en el diván. No tenía ganas de ponerme a trabajar, ese asunto de Próspera me producía dolor de estómago. ¿Sería posible que Agar quisiera echarme? ¿Cómo había dejado que las cosas llegasen hasta ese punto?

Sobre la mesita auxiliar estaba el catálogo de la Convención Médica

Cardiovascular a la que Diana y yo habíamos asistido ese verano. Lo hojeé. En la cara interior había una preciosa imagen de la playa, del salón de actos y del magnífico restaurante del hotel. Y en la exterior, el equipo de cardiólogos encargado de la conferencia, todos muy serios, con sus batas blancas y su aire profesional. Gente ambiciosa, me dije. «¿Y qué hay de malo en tener ambiciones?», oí la voz de Diana. Mientras miraba el catálogo, tuve una imagen muy precisa de ella en bikini, insistiendo en que había dejado pasar mi oportunidad. Silvia Briz nos sacaba una foto en el Paseo: «Un poco más juntos», decía, mientras su marido agitaba la mano desde la mesa de la terraza de un café. El marido de la doctora Briz, Sebastián, estaba metido en el negocio del aire acondicionado y andaba buscando un socio, alguien con conocimiento del ramo que estuviera dispuesto a invertir. Ese era el motivo por el que Diana me había pedido que la acompañase a la convención. Estaba convencida de que en Calor de Hogar no tenía ningún futuro. Y probablemente no le faltaba razón, pero a mí no me interesaba el futuro.

—Lo que pasa es que tienes miedo de cambiar —me dijo.

—No es eso.

—Ya lo creo que sí —porfió—. Cuidado, no vayan a alterar el plan de vida que se ha trazado Víctor Ripstein.

—Muy graciosa —protesté.

Durante uno o dos días no nos separamos de los Briz. Mientras Diana y su amiga acudían a las conferencias, a mí me tocaba cargar con Sebastián. Era el típico hombre de negocios. Si jugábamos al tenis, continuamente hacía pausas para hablar de la última cotización. En realidad, confesaba mientras tomábamos un tentempié, ninguna actividad se había recuperado del todo tras la última crisis. Yo no sabía ni de qué crisis me hablaba, y a él se le ocurrían cien maneras distintas de rentabilizar aquel hotel. Desde luego, aquella no era mi idea de unas vacaciones con Diana.

—¿No podríamos salir solos a cenar alguna vez? —le pregunté.

—No sé, Víctor, va a pensar que le evitas. ¿Cuándo vas a hablar con él?

—¿Yo? Yo no pienso hablar con él.

Diana se cruzó de brazos.

—Dijiste que lo pensarías.

—¿No te parece que es muy arriesgado?

—Supongo que sí. Pero en la vida hay que arriesgarse, ¿no crees?

—No sé, no sé... ¿Y si no tengo la preparación adecuada?

¿Y si después de dejar mi trabajo, el negocio fracasaba? ¿Y si no era capaz de hacer lo que se esperaba de mí? ¿Y si, sencillamente, no soportaba esa clase de responsabilidad? Diana me recriminó que si todo hubiese dependido de mí, me habría quedado para siempre jugando cerca de casa, alejado del peligro. Y puede que tuviese razón, tenía miedo. Había ciertas consideraciones que ella no había tenido en cuenta para nada, como por ejemplo la cuestión del dinero. ¿De dónde íbamos a sacar el dinero para invertir?

—Pedídselo a un banco —sugirió una noche el doctor Cox, el cardiólogo jefe *del* hospital de Diana, un hombre de unos cincuenta años, de aspecto juvenil e impecable, con modales de lord inglés—. Es la única solución.

Se había presentado en la convención con su hija, una pequeña repelente que vivía con su madre y que trataba a su padre como si fuese un secuestrador. Durante el resto de la cena respondió aburrida sólo cuando se le preguntaba, y criticó la habitación que le había proporcionado el hotel.

—Dori, cariño, no protestes tanto —decía el doctor Cox sonriendo beatíficamente. Sirvió con ceremonia un poco más de vino en la copa de Diana, y luego en la mía—. El año pasado compré un balandro —dijo. Su hija resopló, y el doctor Cox siguió hablando—. Aún estoy pagando las hipotecas de la casa y de la consulta, pero... ¡Qué caramba! ¿Quién no tiene al menos un par de hipotecas hoy en día?

¿Quién? Verdaderamente los cardiólogos debían de ganar una fortuna, pensé. Es posible que el doctor llevase a su hija a un colegio caro, y hasta que tuviese un balandro atracado en el puerto del hotel, pero nosotros... En fin, me habría gustado que viese la clase de coche que conducía Diana. Sin embargo, Diana parecía estar pendiente de cuanto decía el doctor.

—Siempre podríamos hipotecar la casa —sugirió.

—¿La casa? —dije.

—Mi consejo es que te arriesgues, Víctor —dijo el doctor.

Sus facciones regulares y su forma cordial de sonreír inspiraban confianza, pero había algo... Me pregunté si el doctor sería tan honesto como aparentaba ser. Cuando el camarero vino con los licores, su hija quiso probar el champán —mamá se lo permitía en las ocasiones especiales—. El doctor allanó tranquilamente su servilleta, la colocó sobre el mantel y pidió al camarero una crema de avellanas sin alcohol.

—Es muy tarde, cariño, y no queremos que te marees, ¿verdad?

La niña se puso en pie, le llamó aguafiestas y, provocando algún que otro comentario, salió corriendo del comedor.

El doctor Cox se excusó.

—Está un poco malcriada —dijo—. Supongo que no soy lo que se dice un padre ejemplar para ella —sacudió la cabeza con estudiado pesar—. Nos pasamos la vida trabajando, creyendo que hacemos lo mejor —dijo en tono profesoral—. Me temo que lo que pasa es que Dori necesita más atención.

—Bueno, está en una edad difícil. ¿Quién no era rebelde a su edad? —dijo Diana, sonriente.

El doctor Cox también sonrió.

—Desde luego. Yo hacía novillos para ir a nadar. ¿Qué me dices, Víctor? ¿Tú no?

—Ah... yo... Pues no. No lo creo —contesté.

—Ay, ya no se acordará, doctor —se apresuró a decir Diana—, pero en primero de Anatomía, cuando usted aún daba clase, unos cuantos secuestramos a *Mister*

Bones.

—¿De veras? —El cardiólogo rió con complicidad—. ¡Ah, aquel viejo esqueleto! Cómo ha pasado el tiempo, ¿verdad? —Y arqueando las cejas con aire remoto—. Pensar que Dori pronto abandonará el colegio.

La cena estaba empezando a decaer. Bostecé. Le hice una seña a mi esposa, pero ella la ignoró por completo. Para cuando el camarero vino a servir los licores, el doctor Cox ya nos había contado la vida y milagros de su hijita. Estaba en esa edad tan difícil, se lamentó. Verdaderamente, él ya no sabía qué hacer.

Algo picado, dije:

—Yo diría que es demasiado pequeña para arrastrarla a una aburrida reunión como ésta.

Diana me lanzó un rodillazo por debajo del mantel.

—Lo sé —dijo el doctor, mirando hacia la puerta por donde había huido—. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

—Podrías haberla dejado con su madre, o...

Antes de que pudiera concluir, Diana me interrumpió para preguntar al doctor si quería más café.

—Son las hormonas —le dijo cariñosamente—. A su edad, el hipotálamo trabaja noche y día —se inclinó sobre la mesa y sonrió levemente al llenar la taza del doctor—. Pero no te preocupes, Félix; se le pasará.

¿Félix? Vaya, ¿qué demonios había ocurrido? ¿Ya no era el autorizado «doctor Cox», ahora era el cercano y familiar Félix? ¿De repente ese hombre y mi mujer eran amigos de confianza? ¿Y ese tono comprensivo y maternal?

El médico frunció el ceño, y se llevó la servilleta a la comisura de los labios.

—Su madre y yo no nos llevamos demasiado bien —dijo dirigiéndose a mí—. Dori era muy pequeña cuando nos separamos y no se enteró, pero ahora... —exhaló sonoramente—. Quisiera de todo corazón no tener que hacerle pasar por todo esto. Sin embargo, jamás me alegraré lo suficiente de haberla traído al mundo.

Hubo un silencio durante el cual Diana evitó mirarme. Lo noté en la tensa línea de su boca. Luego, sacó un cigarrillo del paquete y se dirigió al doctor.

—Te envidio —le dijo con rotundidad.

El doctor acercó su mechero, y lo prendió. Me moví incómodo en la silla. De alguna manera, sentía que había sido desplazado de la conversación. Me serví un poco más de licor, y comenté animadamente:

—Lo más probable es que eche de menos estar con sus amigotes en una de esas discotecas. Seguro que fuma, y ni os habéis enterado.

Diana me miró con dureza.

—¡Víctor! Sólo tiene once años.

Su protesta sonó tan admonitoria que durante el resto de la cena ninguno de los tres volvió a añadir nada más.

Al día siguiente, mientras yo me disponía a acudir a la improrrogable cena con

Sebastián Briz, Diana se arreglaba para salir con la pequeña Dori y el doctor. Había sido formalmente invitada a ir al cine.

—¿No crees que sería mejor que fuésemos los dos a cenar? —le pregunté.

—Sebastián quiere hablar contigo —dijo ella—, no con los dos.

—Ya, pero es que yo no quiero ir. Voy a estar muy incómodo. Y de todas formas ya sé lo que quiere.

Diana me lanzó una furibunda mirada. Se estaba quitando su vestido playero, y poniéndose otro; uno negro con el escote barco que le había regalado yo. «Está bien», dije, «iré a la salida del cine a esperarte». Cuando abandoné la habitación los celos me atenazaban.

Sebastián se había empeñado en ir a una marisquería del puerto. De haber podido elegir, hasta habría preferido llevar yo mismo al cine a la niña del doctor. Sin embargo, allí estaba, cenando en un pintoresco restaurante marítimo donde el detalle más sobrio de la decoración lo constituían los palillos.

La sopa no estuvo mal del todo, pero el segundo plato, dos bandejas llenas de crustáceos, me revolvió el estómago en cuanto lo vi. Sebastián hablaba animadamente de su proyecto. Tenía la empresa prácticamente montada. Había contratado una flota de comerciales, un par de secretarias, una empresa de *marketing* cuyos estudios de mercado eran... Y así durante media hora. Naturalmente, concluyó, el negocio iría creciendo a medida que lo hiciesen nuestras necesidades, como yo comprendería, claro.

—Claro —contesté.

Sin embargo, me di cuenta enseguida de que, de hecho, no le prestaba a Sebastián ninguna atención. No podía dejar de pensar en Diana.

—Seremos cuatro socios —decía él—. Cada uno aportará una parte equivalente de capital —parecía joven, pero al reírse, la frente se le replegaba hacia la raíz del cabello—. Tú podrías ser uno de esos cuatro hombres, Víctor. ¿Qué te parece?

—¿Eh? Pues... no sé qué decirte —dije, dándole a la objeción un matiz de pesadumbre—. Es que yo sólo soy un simple vendedor.

Miré los cuadros que colgaban de la pared, todos ellos representando crustáceos. Me pregunté qué clase de película estarían viendo Diana, Dori y el doctor. Ella era casi una niña (¿no había sido ese el reproche de Diana?), de modo que por fuerza tenía que ser algo tolerado. Pensar en ello me alivió.

Un camarero se acercó a la mesa y preguntó si tomaríamos caviar. Sí, tomaríamos, dijo Sebastián.

—Tu mujer me ha dicho que llevas más de diez años en el negocio, ¿verdad?

—No, qué va —le corregí—. Sólo ocho. Vendiendo esos sistemas.

—Razón de más —dijo—. Debes de conocerlo a la perfección.

¿Y si la niña se había enfadado nuevamente con su padre y había decidido no ir al cine con los dos? Me imaginé a Diana sentada en la oscuridad de la sala junto al doctor, que tenía los ojos brillantes y sostenía un cubo lleno de palomitas entre las

piernas. Aquello era demasiado.

—Verás, Sebastián —dije para zanjar lo antes posible la cuestión—, el trabajo que yo hago es más bien de relaciones públicas. No creo que tenga madera de ejecutivo.

—Ahí es a donde quería ir a parar —dijo, apuntándome con el dedo—. La cuestión de tu experiencia es vital.

A mí no me importaba un comino lo que a Sebastián le pareciese vital, pero tuve que escucharlo. A continuación soltó una interminable parrafada acerca de la conveniencia de incorporar a la empresa a un trabajador de campo como yo. Traté de poner buena cara. Yo era el hombre perfecto, dijo, pero a mí no me importaba si lo era o no. Tenía que irme enseguida. Si me daba prisa, incluso podría llegar a tiempo de ver la segunda proyección.

—Lo cierto es que te lo agradezco mucho, Sebastián —dije—, pero he de pensarlo un poco.

Pedí un taxi, y me marché.

Diana ni siquiera había ido al cine. Dori quería cenar hamburguesas, y su padre la llevó al Mc Donald's de un concurrido centro comercial.

—Entonces, ¿qué has hecho toda la tarde? —le pregunté.

—Estuve poniendo en limpio mis notas —dijo ella, mientras abría un pote de crema hidratante para extenderse un poco en la nariz. Ya tenía puesto el camisón.

—¿No has salido del hotel?

—No.

—¿Y el doctor?

Me miró en silencio un instante. Al final habló con voz Iría.

—¿Cómo ha ido la cena?

—Bueno...

En realidad no era un negocio tan seguro, le dije. Ese tipo vacilaba mucho al hablar de ciertos detalles, y se veía que no conocía el terreno donde se movía demasiado bien. En fin que...

—No vas a aceptar —concluyó Diana.

—Yo no he dicho eso —protesté.

Se sentó en la cama y conectó la alarma de su reloj. Me desvestí apresuradamente. Cuando estuve a su lado entre las sábanas y la abracé, ella se apartó de mi lado.

—Diana, ¿tú me quieres? —le pregunté.

Su voz se hizo de hielo.

—Víctor, deja de ser un niño, por favor.

Miré el folleto una vez más, las palmeras, la playa, la lujosa habitación del hotel... Aún me parecía oír abajo el rumor de los cláxones, de la gente paseando, de las olas rompiendo contra el espigón.

Me erguí bruscamente. Allí estaba ese dichoso informe. La mañana se estaba

poniendo más gris. Pronto empezaría a llover, las gotas golpearían el cristal con su desesperante monotonía, y eso siempre me hacía difícil concentrarme.

—Oh, mire cómo está todo —dijo Roberta, entrando con la aspiradora en la habitación—. Es usted el hombre más desordenado que conozco. Vamos, tengo que limpiar este cuarto.

Me levanté del diván.

—Roberta, cuando estoy trabajando no debería usted interrumpirme.

Roberta se quedó mirándome con los brazos en jarras. Apenas debía rebasar el metro y medio, pero esa mujer destilaba autoridad.

—Disculpe, señor Ripstein —dijo—, si hubiera creído que estaba usted trabajando no le habría interrumpido. Pero me pareció que dormía.

Mi cara enrojeció.

—Oh, bueno... No dormía, sólo estaba... descansando la vista.

Me miró de reojo mientras ponía en orden el diván.

—En mi opinión, descansa usted demasiado —dijo—. ¿Sabe que antes de que las personas empezásemos a soñar por las noches no existían los problemas mentales? Ah, sí, descansamos demasiado. Mire a su alrededor. En las oficinas, la gente ansia que llegue la hora del descanso, para luego ponerse a esperar la hora de marcharse a su casa, donde seguirán soñando con las vacaciones. Y muchos de ellos tendrán accidentes mientras viajan, por dormirse al volante. Sí, señor, descansamos demasiado. ¿Ha visto a algún animal salvaje con problemas de salud mental? ¿Qué me dice?

—Que piensa usted demasiado.

Me dirigí a la puerta, pero Roberta se interpuso con su aspirador.

—Vamos, levante la alfombra un momento mientras yo lo paso por debajo.

—No es necesario que pase este artefacto ahora.

Roberta pellizcó una esquina de la alfombra, y me la tendió. Yo la cogí.

—¿Ah, no? Si va a estar fuera unos días será mejor que no les demos a las polillas ocasión de celebrarlo. No me gusta meterme donde no me llaman —dijo por encima del ruido ensordecedor de la máquina—, pero sé cuándo hay que airear una casa. ¿Recuerda cuando los vecinos de abajo se mudaron?

Asentí.

—No se mudaron —dijo.

—¿Cómo que no se mudaron?

—Yo lo supe desde el principio. Carcoma, decía el portero. Problemas de ventilación, dije yo. Luego pensé, ¿por qué iba a dejar de cuidar su casa una encantadora pareja de recién casados, una casa tan bonita y recién arreglada? Porque ya no les importa la casa, me dije. Y tenía razón —detuvo el aspirador y el aire del cuarto se llenó de un maravilloso silencio—. Cuando una casa deja de ventilarse, el polvo se acumula de tal forma en cada rincón que se mete por los ojos y acaba irritando la nariz. Y al final hay que marcharse con viento fresco, ¿entiende lo que

quiero decir?

La miré perplejo.

—Roberta, no creo que se mudaran por una cosa tan tonta.

—¿Usted ha visto la carcoma por alguna parte?

—No —admití.

Arqueó una ceja con aire triunfal. Llevaba una bata rosa abotonada hasta el cuello, que le daba a su menudo cuerpo un aspecto juvenil. Apartó el aspirador, evitando pisar el cable, y cerró la puerta del estudio. Le aplicó una generosa porción de cera, y comenzó a extenderla en círculos.

—También esta casa debería haberse ventilado más. Mire cómo lo tiene todo últimamente. Fíjese en esas pelusas, y esos ceniceros llenos de colillas. Ya me lo estoy imaginando dentro de no mucho tiempo. Está usted postrado en su diván, rodeado de papeles, envoltorios, bolas de polvo del tamaño de un puño. Dice: «No sé cómo ocurrió. Estaba cansado y cerré las ventanas para que el ruido no me molestase».

—Muy graciosa —dije.

Agarré el pomo de la puerta para salir.

—¿Adónde va? Vamos, señor Ripstein, no sea perezoso y ayúdeme con el cristal.

—¿También el cristal? Tiene razón, preferiría descansar.

De mala gana abrí la ventana. Afuera, había empezado a llover.

—¡Vamos allá! —dije—. Puede que esté en lo cierto, creo que debimos haber ventilado esta casa mucho más.

—Ya se lo he dicho.

Desencajé la hoja y, con gran esfuerzo, apoyé sobre la alfombra el pesado armazón. Roberta me seguía con los brazos extendidos. Continué sosteniéndolo mientras ella le pasaba un paño húmedo al cristal.

—¿No puede darse prisa? —dije—. Tengo frío.

—Es saludable —replicó—. ¿Por qué no lo hicieron?

—El qué.

—Ventilar sus problemas. ¿Por qué dejó que se fuera?

—¡Vaya! En primer lugar, no voy a ventilarlos ante usted; y en segundo, yo no *dejé* que se fuera. Ella me abandonó.

—¿Por qué?

Renuncié a seguir regateando.

—Porque quería tener hijos —dije.

—Eso no es nada raro.

—Pero yo no quería.

—Eso sí.

—Entonces aún no estaba preparado.

—¿Cuándo era «entonces»? Porque yo le veo ya muy crecido.

—Bueno, pues a ella no se lo parecía.

Se inclinó sobre el barreño, y preguntó:

—¿Fue por una cuestión de edad?

—No.

—No será que tenían problemas de... ya me entiende, de cama, ¿verdad?

—¿Qué? Por favor, Roberta.

—Es una cosa muy normal —se incorporó sonriente—. Cualquier matrimonio que lleve casado mucho tiempo sabe que esa clase de problemas van y vienen.

—Yo no era su hombre ideal —dije.

—¡Oh, vamos! Eso sí que es una tontería.

—A ella le habría gustado que yo fuese más maduro, que asumiese más responsabilidad, que quisiera tener hijos y pagar hipotecas. Pero yo nunca he sabido ser de esa forma.

Roberta dejó de frotar.

—Sin hijos, ni hipotecas, ¿eh? ¿Cree que el resto nos morimos de ganas, o qué?

—Lo sé, lo sé. Intenté complacerla. Le pedí que tuviésemos un niño, pero cuando lo hice ya era tarde para mí —suspiré—. Ahora es el turno del doctor.

—Vamos, ya puede subir el cristal —dijo Roberta.

Pesaba como una sentencia. Estuvo a punto de caer por la ventana, y yo de ir abajo con él.

—Vamos, señor Ripstein, déjese de equilibrismos y bájeme ahora el otro.

—Roberta —dije, mientras lo ponía en el suelo—, me va usted a matar.

—Y ahora que su mujer, y perdone mi crudeza, se ha marchado con oíro, ¿ya no piensa tener relaciones con oírás chicas nunca más?

—¿Qué? Por favor, Roberta, yo qué voy a pensar ahora en eso. Le estoy diciendo que incluso estaba dispuesto a tener un hijo. Habría hecho cualquier cosa para que Diana no se fuera. Ella era mi mujer; la quería, ¿comprende? Es más, todavía la quiero, y aunque ella haya sido capaz de hacerme esto, a mí no me interesa ni lo más mínimo pensar siquiera en dar la vuelta a la manzana acompañado de nadie que no sea ella.

—Vaya, pobrecito —dijo Roberta con sarcasmo, mientras frotaba concienzudamente el cristal—. Así que ha decidido entregarse al celibato. Sí, señor, ya me lo imagino encerrado lo que le queda de vida, llorando amargamente su pena, rodeado de sus propios desperdicios y esperando que la fiel empleada rellene su cuenco de comida y vacíe los ceniceros para variar. Mire, señor Ripstein, le digo esto por vieja y no por sabia: las personas no se quedan paradas viendo pasar la vida. Cuando a alguien le ocurre lo que a usted, pasa un tiempo lamiéndose las heridas, y luego vuelve a vivir. No se puede uno quedar fuera.

—Bueno, hoy en día, Roberta, no hacer nada es una opción...

—No hacer nada, ¿eh? —dijo Roberta. Dejó el trapo en el barreño, y se secó las manos en el delantal—. Le aseguro que todos los grandes problemas que tenemos hoy en día los ha causado la ociosidad. Adelante, ya puede subir el cristal.

Mientras lo hacía, traté de exponerle mi versión.

—Yo no he hablado de ociosidad, Roberta, sino de no acción, que no es lo mismo...

—Bobadas. Cuando yo era joven trabajábamos de sol a sol, y con el tiempo que nos sobraba bordábamos sábanas para el ajuar, o nos cosíamos alguna prenda para ir al baile. Ahora las personas se estresan si tienen mucho que hacer, y se deprimen si no hacen nada. Tienen enfermedades imaginarias, van a exposiciones y hablan de la muerte en los cafés, aunque no asistirían a un anciano moribundo en su lecho porque ello les produciría ansiedad.

Corrió las cortinas. Recogí el barreño y la seguí a la cocina.

—Bueno, no todo el mundo es tan animoso como usted.

Roberta se volvió y me miró con aire maternal.

—Tengo sesenta y un años y a lo largo de mi vida he tenido ocasión de sufrir y de ver sufrir a otros muchos, pero puedo asegurarle una cosa: en todo ese tiempo no he dejado ni un momento de estar viva.

—Eso es estupendo —sonreí—. ¿Quiere que la lleve a la parada del autobús?

—Sí, quiero que me lleve —contestó—. Y hágame caso: salga, airéese. Ventile su vida, y no tenga miedo de conocer a otras chicas ni de hacerse mayor.

—¿Está intentando ligar conmigo, Roberta?

—Oh, pero bueno...

IV

ME levanté de la cama decidido a hacer ese viaje en el Chrysler. Mientras planchaba en la cocina la ropa que me iba a llevar, lo calibré seriamente. Sería lo mejor. El coche me proporcionaba autonomía: podría escuchar música, dormir dentro de él, pararme cuando quisiera, o incluso no pararme. Además, me apetecía conducir. Casi me había convencido de que eran estos los motivos, cuando al abrir la bolsa de viaje, dentro del pequeño bolsillo del fondo apareció uno de los bikinis de Diana.

Para qué engañarse. Si quería viajar en el Chrysler era porque se trataba de su coche. Tenía que admitir que esa era la razón. En aquel momento me horrorizaba la idea de sentirme solo, y el Chrysler era un objeto familiar. ¿Y si tomaba un avión y algún tipo raro intentaba entablar conversación? Ni hablar. Yo nunca había sido muy sociable, no tenía paciencia. Diana solía reprocharme que en presencia de otras personas me volvía un erizo. Ella resolvía por mí ese tipo de situaciones: hablaba en las fiestas y en las reuniones, conducía el coche, compraba la comida y pagaba el teléfono, la luz, el gas. También calibraba si hacía demasiado frío como para subir unos grados la calefacción, o me desvelaba, por medio de un simple gesto, si había que sentirse indignado por lo que estaban diciendo en la tele. Actuaba como mediadora entre la realidad y yo. Ahora que no estaba, los objetos se revelaban contra mí, las cosas me salían al encuentro; unos calcetines en mitad del pasillo, el correo encima del televisor, una taza de café sobre el lavabo. Y el rapapolvo de Roberta después.

Lo primero que tenía que hacer era llamar al cliente para confirmar la visita, tal como había dicho Agar. Próspera, ¡vaya nombre para un lugar! Preparé café en la cocina y fui al estudio. A esa hora, una luz intensa del color de las ostras entraba por el ventanal y se reflejaba en las blancas cortinas casi hasta hacer daño en los ojos. Me acomodé en el diván con los pies sobre la mesa, y examiné la tarjeta donde Agar había garabateado unos trazos con su peculiar letra infantil: *Casi hecho. Samuel y Abril Ros. Calle Salvación, 6. Próspera. 555-438-856.*

Marqué el número y esperé.

—Aquí Samuel Ros —una voz de hombre contestó.

—Amm... ¿Hola?

—¿Quién es?

—Verá —dije, y me interrumpí para aclararme la voz—; recientemente concertamos una cita con ustedes. Pertenezco a la empresa Calor de Hogar, S. A.

—¿Qué demonios quiere usted?

Parecía un anciano, aunque no le oía muy bien. Paradójicamente fui yo quien gritó.

—Soy el hombre que irá a revisar su caldera. Las tuberías, ya sabe, la calefacción...

Al otro lado del hilo se oyó un improperio.

—No será usted ese tal Noel, ¿verdad?

—No, me llamo Víctor, Víctor Ripstein —dijo, elevando la voz—. Ustedes se interesaron por nuestros sistemas de calefacción y concertamos una cita, ¿lo recuerda?

—Porque si lo es, voy a decirle un par de cosas sobre eso de hacer que mi hija le lleve en coche a la ciudad.

—¿Cómo dice? Verá, señor Ros, si me deja que le explique...

—A mí no tiene usted que explicarme nada, váyase al diablo. Es con esa atolondrada con quien quiere hablar —se apartó del auricular, y bramó—. ¡Abril!

Dios mío, ¿con quién estaba tratando, con un sanatorio mental? Bajé los pies de la mesa y me enderecé. Unos segundos más tarde, la voz azorada de una mujer joven respondió.

—Ay, Noel, perdona a mi padre. Es un viejo chocho —dijo, recalcando sus últimas palabras.

—Perdone, señora, me temo que ha habido un error. En realidad, yo no...

—Usted no es Noel —me cortó.

—No, me llamo Víctor.

—Vaya, ¿no me diga? —dijo con fastidio—. Pues no conozco a ningún Víctor. Oiga, ¿quién es usted?

—Es lo que trato de decirles —carraspeé—. Me llamo Víctor Ripstein y trabajo para Calor de Hogar, S. A., la empresa de calefacción. Ustedes concertaron una visita.

Se oyó como un grito agudo. Por fortuna, la mujer pareció recobrar súbitamente la memoria.

—¡Ah, sí, ya me acuerdo! La empresa de calefacción, ¿verdad?

—Eso es —dijo aliviado.

Llevaba años vendiendo, sin embargo, aún no había podido acostumbrarme a entablar nuevas relaciones con extraños. Cogí mi taza de café. Alguien tenía que haber informado a esas personas a propósito de mi visita, ¿a qué venía tanto alboroto? Si Agar me había jugado una mala pasada se iba a enterar.

—Tenemos una caldera muy vieja —dijo la mujer, bajando considerablemente la voz.

—Disculpe, apenas la oigo.

Suspiró.

—Quiero decir que la muy... bueno, que se para, que se estropea a todas horas, ¿comprende?

—Comprendo —dije—. Entonces lo mejor será echarle un vistazo a toda la instalación. Espero estar allí mañana. Oiga, ¿me oye?

—Sí, sí —dijo.

—Déjeme que compruebe su dirección.

Le leí los datos del papel. Ella contestó en un susurro.

—Sí, sí, muy bien, de acuerdo. Adiós.

—Está bien —me despedí—. Hasta mañana.

Miré el teléfono con incredulidad y colgué. Inmediatamente después, el aparato comenzó a sonar. Durante un segundo pensé con irritación en la posibilidad de que fuese de nuevo esa mujer, pero... ¡A lo mejor era Diana! El corazón me dio un vuelco. ¿Quién iba a llamar a casa un domingo por la mañana, si no?

—¿Hola? —contesté—. ¿Diana?

Pero sólo era el viejo de la tintorería. Como hoy tal vez estuviera en casa había pensado que quizá podría pasarme por su tienda a retirar mis alfombras de una vez.

—Pero si es domingo —dije.

Me contestó que le daba igual. ¿Es que pensaba dejar las alfombras para siempre en su tienda, o qué? Le dije que iría enseguida, y colgué.

Por supuesto, no era ella. ¿Cómo podía haberseme ocurrido una cosa así? En el fondo lo había sabido siempre, cada vez que el teléfono sonaba durante los últimos meses, cada vez que regresaba a casa del trabajo y me encontraba con el felpudo perfectamente alineado en el umbral, o cuando al abrir la puerta creía olfatear en el ambiente un ligero toque a su perfume. De pronto recordé que esas dichas alfombras debían de llevar en la tienda desde el verano. Me estaba engañando; ella no pensaba volver.

Para el viaje a Próspera me puse un par de pantalones cómodos y un jersey. El traje lo guardaría en la maleta, y me cambiaría allí, una vez instalado en el hotel. Si es que había hotel. (Lo cierto es que ni siquiera me había molestado en buscarlo en la guía, ¿para qué?). Metí en la bolsa los avíos de afeitarse, un par de tabletas de antiácido y mis pastillas para dormir. Escogí del perchero mi abrigo ligero, el de vestir. No pensaba estar fuera mucho tiempo, de modo que nada más.

Cuando hube terminado de hacer el equipaje me senté en la cama a descansar. No exactamente a descansar, sino más bien a organizar el plan del día. Tenía que recoger un poco la casa, llamar a la grúa para que remolcasen el Chrysler, parado desde el día anterior, hasta el taller, y preparar el mapa y unos bocadillos para el viaje. Sin embargo, fui incapaz de moverme. Hacer planes me dejaba siempre en una especie de estado cataléptico.

Miré a mi alrededor. El dormitorio estaba muy desordenado; los cajones de la cómoda se habían quedado abiertos y de algunos de ellos se descolgaban solitarios calcetines sin emparejar. Las puertas del armario, abiertas, dejaban al descubierto su cruda desnudez. Pensé que debería hacer algo, quizá pedirle a Roberta que viniera un par de días más, u organizarme yo mismo los fines de semana. Tenía que planificarme.

Planes. Planes. Sin Diana, los planes habían perdido todo su significado para mí.

¿Qué sentido tenía pensar en mañana si no estaba ella? ¿Para qué demonios hacer ese viaje? ¿Qué me importaba si Agar me despedía o no? «Ya está ahí de nuevo tu sentimiento derrotista», me pareció oírla decir. Podía verla en la cocina, inclinada sobre la encimera preparándose un sándwich, cuidando de que las migas de pan no cayesen fuera del tapete de mimbre, mientras me recordaba lo fácilmente que tiraba la toalla a la menor complicación. «Pero es que..., ¿no te das cuenta de que no puedo vivir sin ti?», musité. «No tienes paciencia, Víctor», concluyó mientras se lavaba las manos bajo el chorro del fregadero, mirándome con ese brillo en los ojos y ese pliegue en la comisura de su boca tan revelador.

Cuando faltaban apenas dos horas para que oscureciese llamé al taller. Pasarían con la grúa en veinte o treinta minutos. Di una pasada por la casa; todo tenía un aspecto aceptable, pero los platos de la comida estaban sucios. Tendría que fregarlos si no quería que Roberta me maldijese al hallarlos resacos y malolientes cuando viniese la próxima vez. Me llevó más de lo previsto; aún estaba aclarándolos cuando llamó el tipo del taller. Cerré la bolsa de viaje, y salí. Al girar la llave en la puerta tuve la extraña sensación de que Diana me observaba. ¿Me habría dejado algo abierto? No lo comprobé.

El Viejo Imperio de Leo abría todos los días de la semana; era la única explicación posible a que ese viejo usurero tuviese un deportivo que costaba un riñón. Era Diana quien solía traer el Chrysler; sin embargo, desde que el coche había pasado a ser de *mi* propiedad, también yo lo frecuentaba. Antes de marcharse, había tratado de disuadirme de que me quedara con él.

—Lo mejor sería venderlo.

—¿A quién? ¿A un anticuario?

—Pero, Víctor, si tú no conduces.

—Y qué.

¿Había dicho yo que lo quisiera para conducir? Ay, si ella hubiese sabido lo poco que iba a ocuparme de su coche, dudo mucho que me lo hubiese dejado.

En las calles se respiraba un aire festivo. Tubos de escape, castañas asadas, puestos itinerantes de chocolate caliente y churros. Varios hombres del ayuntamiento empezaban a colgar entre los árboles las primeras luces de Navidad.

Pregunté por Leo en la recepción del taller a una chica que leía una revista de moda. Pareció ofuscada, como si la hubiese sacado de un estado de hibernación. No sabía dónde estaba, afirmó con mirada aburrida.

—Será mejor que hable con Matías —añadió, señalando con un movimiento de barbilla hacia el fondo del local.

Matías era uno de los mecánicos, un hombre de expresión canina con la cara arrugada como una nuez. No me gustaba; prefería al arrogante Leo, cuya condición de usurero ofrecía al menos una apariencia más tradicional.

Matías estaba hurgando en el rugiente motor de un Ford.

—Ejem... Buenas tardes —saludé.

Cuando me vio, todos los pliegues de su feo rostro apuntaron hacia mí con curiosidad.

—Hacía mucho que no les veíamos por aquí —contestó—. Pensábamos que se habrían mudado a otro barrio.

—¿De verdad?

—¿Y su mujer?

—Bueno, ella... No está.

—Es una mujer muy simpática —las comisuras de sus labios se aflojaron—. ¿Y qué se le ofrece?

—Verá, necesito que arreglen mi coche enseguida —dije. Tuve que elevar la voz para hacerme oír por encima del ruido del motor—. Ya se ha parado otras veces, así que no creo que sea algo serio.

—Eso cree, ¿eh?

—Pues, sí. La última vez sólo fue un cortocircuito.

—Quizá sí sea algo serio esta vez.

Era difícil oírle porque el Ford seguía rugiendo con frenesí.

—Bueno, a lo mejor es cosa de poco —dije.

—Tal vez no.

Renuncié a seguir porfiando.

—¿Por qué no viene a echarle un vistazo? —sugerí.

Matías se echó hacia atrás una gorra que tenía el rótulo de Lubricantes Wynn's en la visera, y me lanzó una mirada confusa. El mono que llevaba, de un rojo desgastado, llevaba el nombre del establecimiento en el bolsillo lateral: El Viejo Imperio de Leo. *Viejo y Leo* aparecían sobreimpresionados, no traté de comprender por qué. Evitando acercarse, abrió el depósito del aceite, y extrajo la varilla de metal de su interior.

—Este aceite está sucio —dijo.

—Está bien —contesté—. Pero voy a necesitarlo hoy mismo.

—Eso ya se verá.

Se frotó la nariz con apatía, como esperando que yo me atreviese a impugnar su juicio. Me pidió que lo arrancase.

—Esto suena muy mal, creo yo.

—¿Qué dice?

Sonreí pacientemente e insistí en que tenía que salir de viaje, un viaje muy largo. Esa misma noche, además.

—Si yo fuera usted me olvidaría del coche —dijo Matías—. Yo me iría en tren, sí señor. Ahora hay unos trenes muy modernos.

—Yo no quiero ir en tren.

—Esos trenes tienen televisión, y asientos muy cómodos.

—Prefiero ir en mi coche.

—O en avión.

Parecía que no iba a poder convencerle.

—Lamentablemente tendré que ir en mi coche. Al sitio donde me dirijo no llegan ni el avión ni el tren. Está muy escondido, ¿comprende? Ni siquiera hay servicio de autocar.

Matías resopló. Se caló más la gorra en el cráneo, y volvió a sumergirse dentro del capó.

—Yo sólo puedo hacerle un apaño —dijo.

—¿Aguantaría dos mil kilómetros?

—Pss. Quizá sí.

—Con un apaño estará bien —dije—. Fíjese, es un coche recio.

Lo miró un momento, pensativo. Era un modelo fabricado en mil novecientos setenta y dos, así que recio sí que era. Pero también muy viejo. La chapa de la parte trasera tenía una vieja abolladura, y hacía tiempo que la calefacción no funcionaba bien.

—Podría arreglárselo mucho mejor si lo dejase aquí —dijo Matías—. Tendría que examinarlo a fondo.

—No será necesario.

—Su mujer suele cuidar mucho este coche, es una pena.

—Gracias de todos modos.

—Quizás ella podría responsabilizarme a mí después —sacó un trapo del bolsillo, y lo estrujó—. ¿Por qué no alquila usted un coche, hombre?

Siempre había pensado que la gente descubría que era fácil abusar de mí. A Diana solía irritarle esa obsesión. Una vez, durante un viaje a París, un hombre me pidió cambiar de asiento porque se mareaba en el pasillo. Accedí de mala gana. El tipo se pasó el tiempo fumando un cigarrillo tras otro y hablando con Diana hasta que el avión aterrizó. Cuando desembarcamos le pregunté por qué se había mostrado tan coqueta con él, pero ella ni siquiera sabía de qué le estaba hablando.

¿Iba a tener que someter mis decisiones a la consideración de ese tipo en esta ocasión?

—Bueno —le dije—, no creo que mi mujer tenga nada que ver en todo esto.

—Quizá ella piense de otro modo.

—¿Cómo dice?

Matías se quitó la gorra y la miró con gesto distraído un momento. Después la estrujó.

—Una vez Rosi, mi mujer, estuvo sirviéndome cerdo para comer durante todo un año —dijo Matías—. Todos los días. Unas veces asado y otras, frito. Con patatas o con puré.

Estaba tan asombrado que le pregunté.

—¿Y qué?

—Herí sus sentimientos.

—¿Cómo?

—Herí sus sentimientos —repitió. Rodeó el coche y se colocó frente a mí—. Verá, ella estaba tomando unas clases de baile y quería que la acompañase. Estaba empeñada en que fuese con ella, pero yo no quería bailar. Cuando llevaba seis meses comiendo cerdo me pregunté qué importancia tenía hacer un poco el ridículo en aquellas clases, comparándolo con la dicha de volver a probar otros platos. Y se lo dije a mi mujer. «Me gustaría que me perdonases. Estoy algo cansado del cerdo». Y ella me dice: «¿Y sólo lo haces por eso?». Era la hora de comer. Me siento frente al plato y le digo: «Rosi, me gusta la carne de vaca», le digo. Ella a lo suyo. «Y tú la guisas muy bien», le digo. «Hiciste pollo asado el primer día de casados», le digo, «y ¿yo qué te dije, Rosi? Te dije que estaba de muerte». Pero ella ni caso. Se volvió y me sirvió más cerdo. Así, hasta que se cumplió el año y comprendí de qué se trataba. Había herido sus sentimientos. Entonces pensé que si realmente quería escucharme decir que lo sentía, y que la quería, y si verdaderamente quería verme hacer el ridículo en esas clases de baile, pues que así sería. Y se lo dije. Ella me preguntó si había echado más de menos su pollo asado o el filete a la parrilla, y supe que se le había pasado.

Se dejó caer sobre el capó con una sonrisa expectante.

—¿Lo entiende?

—Si entiendo, ¿qué?

—Pues que si ha herido los sentimientos de su mujer, debería pedirle disculpas cuanto antes. No merece la pena estar enfadado todo el tiempo.

—Oiga, yo no estoy enfadado. No sé qué quiere decir.

—Su mujer es muy simpática. Arréglenlo, hombre.

—A ver, un momento, un momento. Ni mi mujer me sirve cerdo a diario, ni yo he venido aquí a escuchar sermones. Es usted quien tiene que arreglar mi coche de una vez.

—¿No se da cuenta? Yo también estaba de muy mal humor.

Dejé escapar un gemido, y me erguí.

—Mire, Matías, le agradezco sus puntos de vistas, pero usted no tiene ni idea.

—Está bien —dijo. Entornó sus ojos de rapaz, y retrocedió un par de pasos—. Pero usted la eligió, es su mujer.

—Mi mujer ya no está entre nosotros —concluí.

No me había propuesto decirlo, simplemente me salió. Abatí los hombros y, adoptando un aire de derrota, bajé los ojos para decir:

—Ha muerto.

Miré a ver cómo reaccionaba ese tipejo.

—Cielos —dijo, con la boca contraída de asombro—. Vaya, lo siento de verdad. No quería...

—No se preocupe.

Miró su gorra y, al cabo, se la encasquetó de golpe en la cabeza.

—Y cómo...

—Cáncer —suspiré—. Cáncer de colon.

Matías permaneció en silencio. Al parecer mi número había surtido efecto. A juzgar por el aire culpable con que me observaba, lo más seguro es que tuviera mi coche listo en un santiamén.

No imaginaba qué habría dicho Diana de haber presenciado mi actuación. Después de todo, quizá se sintiese orgullosa.

Durante las primeras horas de viaje fui escuchando la radio. De cuando en cuando, las voces de los locutores hablando de maquinillas de afeitar o de reafirmantes para el cabello se apagaban, emitiendo una especie de estertor, y poco a poco daban paso a otras emisoras locales que se fueron sucediendo hasta que el receptor no recibió señal alguna, salvo un zumbido lejano y adormecedor. Entonces, todo quedó en silencio.

En general, los viajes me desagradaban. Me molestaba tener que acostumbrarme a la cicatería de una habitación de hotel, aunque fuese durante pocos días. Tenía mis estrategias para esas ocasiones. Por ejemplo, siempre llevaba conmigo un par de videocasetes con mis películas favoritas —nada ofrece mayor seguridad que las familiares escenas de una película que se ha visto más de una docena de veces—. A Diana le parecía infantil. Yo extrañaba las sábanas, la almohada me olía mal, me costaba conciliar el sueño, mientras que ella caía fulminada en la cama como si ésta fuese la más confortable del mundo. Realmente me pasmaba que nada le hiciese sentir temor. Era tenerla a mi lado lo que hacía que yo pudiese dormir; de otro modo, no lo habría soportado.

Hasta el momento de abandonar la autopista me detuve en todas las gasolineras que hallé. Para evitar que se recalentara el motor. Para hinchar las ruedas. Para limpiar los cristales, que se empañaban a causa de la calefacción. Tenía la corazonada de que este viaje no acabaría bien. Probablemente, no era más que una obsesión. A veces me sobrevenían intensos ataques de descrédito durante los cuales me sentía torpe y terriblemente desdichado. Hasta que asistí al colegio, si mis juguetes se rompían yo pensaba que ello era debido a que alguien había *tangado* a Papa Noel. Más adelante, cuando en el instituto conocía a una chica, ella siempre se las arreglaba para establecer comparaciones odiosas entre su anterior novio y yo. Una incierta sensación de desconfianza, de inferioridad, se alojó en mi pecho y ya no me abandonó jamás.

Dejé descansar un momento los párpados, y al instante siguiente me vi con horror invadiendo el carril contrario. Di un volantazo y rectifiqué. ¡Jesús! Cientos de veces había oído hablar de esos descuidos, y siempre los había juzgado una exageración. Busqué algo de música para distraerme. En la guantera encontré una casete con la letra de Diana: *Los Cantores de Achichahua*. Era una de esas cosas serias que a ella le gustaba escuchar. Tras tantas horas al volante empecé a arrepentirme de veras de no

haber tomado ese tren.

Sería mejor parar. El cielo era un mar calmo y oscuro, interminable y azul. Me escocían los ojos. Llevaba más de seis horas conduciendo, cuando tomé una desviación señalizada que decía *Servicios*. La carretera, en aquel lugar, corría hacia al norte atravesando un páramo. Parecía conducirme hacia una meseta abrupta y achaparrada que, agrandada en la distancia a causa de la claridad de la luna, sugería una fortaleza medieval. Sentí una extraña sensación de vacío en el estómago.

La gasolinera no era más que un grupo de edificios ruinosos proclamados por varios carteles de neón. La clase de sitio que escogería un director de cine independiente, pensé. Detuve el Chrysler junto a un camión sin remolque aparcado en la puerta del bar. Afuera soplaba un viento que se enroscó en mis pantalones. Un papel de periódico pasó rozando mis pies. Sin duda, aquí hacía frío de verdad. Me arrebujé cuanto pude en mi ligero abrigo, y avancé hacia el bar. En las escaleras había un muchacho fumando un cigarrillo. No era más que una sombra en la oscuridad.

—Buenas noches —saludé.

Un hombre con aspecto de camionero empujó la puerta en ese instante.

—Ah, estás ahí. Vuelve al camión, ¿me oyes? —dijo dirigiéndose al primero.

La luz pobre, procedente del interior, salió emitiendo un zumbido.

—Disculpen —dije—. ¿Hay alguien aquí que pueda echarme gasolina?

El segundo hombre lanzó un bufido y me examinó de arriba abajo.

—Pregúntele al camarero —dijo. Se hizo a un lado y empujó la puerta para dejarme pasar—. Hace una noche muy fría, ¿eh?

—Así es —contesté.

Dentro, unos azulejos desvaídos cubrían sólo la mitad de la pared. Algunos adornos navideños se balanceaban en el techo. Ofrecían un triste aspecto, con aquellos flecos ralos y roñosos, y yo pensé en unos pollos recién salidos del cascarón. Una mujer y un niño sentados a una de las mesas levantaron la vista de sus bocadillos. El pequeño me sacó una lengua rosada y redonda como una pelota de ping pong.

Me senté en la barra y eché un vistazo alrededor. Había dos personas al fondo, el hombre de la puerta y una llamativa mujer envuelta en un abrigo de piel. Un jirón de vaho como una gasa se desprendía de sus bocas. Tras echarme una ojeada, ambos reanudaron su charla por debajo del zumbido de la radio.

—La cocina está cerrada —dijo el camarero, un hombre corpulento y malencarado, que apareció de improviso tras el mostrador—. Sólo tenemos lo que ve por aquí.

Tenía hambre, pero después de echarle un vistazo al triste expositor de bocadillos, pedí tan sólo café. A mi espalda, un par de sillas chirrió, y al cabo, la mujer y el niño cruzaron ante mí en dirección a los lavabos. Observé al pequeño; un mechón de pelo rubio le caía alevosamente sobre los ojos, dándole un aire traicionero. Antes de

desaparecer en el lavabo se volvió y me sacó la lengua por segunda vez.

Qué simpático, pensé. Cosas como esa hacían que los niños me parecieran tan poco de fiar. Podías sonreírles o mostrarte amistoso, pero nadie sabía lo que pasaba por esas cabecitas suyas. No me gustaban. Los cachorros de animales eran otra cosa. Una vez Diana se había presentado en casa con un cachorro de fox terrier. Lo había encontrado Silas, el celador, escondido en los sótanos de la facultad. El pobre animal era del tamaño de un mitón y parecía bastante amistoso. Pensé que Diana querría quedárselo, sin embargo no fue así. Dijo que los animales no podían sustituir a las personas, como si yo hubiera sugerido lo contrario. Gastamos una fortuna en vacunas para, finalmente, llevarlo a la perrera. El pobre bicho nos miró meneando tristemente la cola mientras una funcionaría lo arrastraba a lo largo de un corredor.

El camarero regresó trayendo mi taza de café.

—Qué va a comer —preguntó, pronunciando las palabras como si las escupiera.

—Nada —le sonreí—. Muchas gracias.

Pero no se movió. Se quedó plantado allí en actitud desafiante, con las manos apoyadas sobre el mostrador.

—Bueno... —vacilé—. Quizás un *croissant*.

Me sirvió de la vitrina el último bollo reseco. Hacía frío y me froté las manos con disgusto, mientras echaba un vistazo a los otros. El hombre y la mujer hacían una pareja extraña, él con su tosca chaqueta de coderas y ella con su abrigo de piel. No cabía duda de que no tenían nada en común. Aunque eso no parecía importarles; ella le estaba besando ahora el cuello sin el menor pudor. Viéndoles, se me ocurrió preguntarme por qué Diana insistiría tanto en eso de la incompatibilidad. Incompatibilidad. Sonaba a lenguaje jurídico: *Mediante demanda, el procurador indicado formula la solicitud de divorcio en base a los hechos de incompatibilidad...* Qué necesidad había de que fuésemos iguales.

El camarero regresó. Cada ángulo de su rugosa piel me apuntaba. Sacó un trapo del bolsillo, y lo estrujó.

—Si quiere gasolina, andando.

—¿Cómo dice?

—Oiga, no tengo toda la noche.

Ese tipo era un maleducado. Iba a decirle cuatro cosas sobre eso de hablarme así, cuando a mi espalda, una desagradable voz tronó:

—¿De quién es esa ruina de coche que hay aparcado ahí afuera?

Por fuerza, quienquiera que fuese tenía que referirse al Chrysler, ya que era el único coche del *parking*. Me volví con intención de disculparme y salir a moverlo de inmediato. Delante de mí había un muchacho con dos palmos de melena desgredada, camiseta hecha jirones y un magnífico tatuaje asomando en su antebrazo.

—Supongo que te refieres al mío —le dije.

Arrastró entre las mesas los bajos de un pantalón militar, y se aproximó al mostrador. Era el muchacho que fumaba en la escalera. No podía ser un honrado

camionero, ni siquiera un camionero. Tenía que ser un delincuente. Un ligero escozor me recorrió la nuca. Allí estaba otra vez esa incómoda sensación de inferioridad.

—Es una reliquia —dijo—. Ni siquiera mi viejo conduce una ruina así.

El hombre del fondo intervino.

—Ey, oye, Conejo. Deja de meterte con la gente, ¿quieres?

—¿Quieres tú dejar de llamarme esa mierda? —Al chico, una vena le palpitó en el cuello—. Estoy harto de ese maldito apodo.

—Vamos, cariño, déjalo —terció impaciente la mujer—. Es sólo un chiquillo.

¿Un chiquillo? Tal vez fuese sólo un chiquillo, puede que sí; pero de esa clase a quien Clint Eastwood hacía morder el polvo en sus películas. Sólo que esto no era ninguna película.

—Vuelve al camión —se le ordenó—. Siempre estás igual.

—No me digas lo que tengo que hacer —el chico se enjugó la frente con el dorso de la mano. Después se dirigió a mí—. Se cree que es mi padre. ¿Puedo sentarme?

Asentí pacientemente. Cuando ocupó el taburete, todos los rasgos de su siniestra cara se clavaron en mí con curiosidad. No podía tener más de veinte años.

—Mi viejo tiene uno igual —me informó—. ¿A que sí, Candi? Tiene ese puto coche desde hace años, cuando yo era un mocoso ya lo tenía. Se lo trajeron de algún lado. Siempre lo está lavando, y revisándolo y sacándole brillo. Cuida a ese coche más que a mí, ni siquiera deja que nadie se acerque. Es ridículo, joder. Yo le digo: «¡Venga, hombre, déjamelos!». Para cabrearle, ya sabes. Pero no se fía de mí, ¿te figuras? —Sacudió la cabeza, y sonrió. Casi pude ver al completo su amarillenta dentadura—. ¿No te parece que eso no está bien?

De nada hubiera servido que tratara de ignorarlo. En una situación como aquella, Agar habría recomendado indiferencia y serenidad. Indiferencia significaba seguir actuando como si, de hecho, el chico no se encontrase sólo a un taburete de mí, lo cual era difícil. En cuanto a la serenidad, mejor olvidarse. La mano me temblaba cuando la aferré al asa de mi taza de café.

—Escucha —dije—. Esto... no quiero problemas.

—Pero hombre, ¿qué problemas ni qué problemas? Sólo estamos hablando, ¿no? —repitió—. ¿No?

Me llevé la taza a los labios, intentando no mostrar desprecio ni excesivo interés.

—Oye, ¿te estoy molestando? —insistió.

—En absoluto.

—¿No crees que el viejo debería confiar en mí?

—Pues... supongo que sí.

—¿Tú no lo harías?

—Bueno, tal vez sí —concedí.

El chico me apuntó con el dedo.

—Que comprensivo —dijo. Hizo girar su taburete y se echó a reír—. ¡Eh, Candi! ¿Has oído? Este tipo es muy comprensivo.

Pero el otro hombre y la mujer ya no estaban.

—Está bien, acepto —dijo el muchacho. Apoyó el codo sobre el mostrador, y me contempló sonriente—. Me daré una vuelta en tu coche, hombre, si así lo quieres.

—¿Cómo?

—Déjame las llaves, vamos.

No podía creer que aquello me estuviese sucediendo a mí. Por un momento, pensé en partirle la cara, pero su musculatura me acobardó. ¿Para qué crearse problemas? Esos chicos eran peligrosos, nunca me había enfrentado a ninguno, pero tenía clientes en zonas poco recomendables y los había visto por ahí. En el cine todo era muy sencillo: partirle la cara a un tipo, conservar la dignidad. Pero esto era la realidad, y en la realidad nada merecía tanto la pena como para arriesgar la vida por ello.

—Oye, mira —le dije—, resolvamos esto como personas adultas, ¿quieres? Yo pagaré las bebidas, ¿de acuerdo?

Eché mano a mi bolsillo, pero él hizo un movimiento brusco, y se me adelantó.

—Puede que esto te ayude a decidir —dijo sacando algo—. Bueno, ¿qué me dices ahora? Sí o no.

La navaja estaba cerrada, pero las blancas cachas de la empuñadura resplandecieron con un brillo nacarado. Dejé caer la taza sobre el platillo, provocando en el camarero una mirada de desaprobación. Tuvo que ver cómo cambiaba mi expresión; cómo se destensaban mis músculos y mi mandíbula perdía de golpe su firmeza. Pero no hizo nada.

—Escucha —sugerí con un ligero temblor de voz—. Hmm..., será mejor que no nos pongamos nerviosos.

—¿Nerviosos? ¿Quién está nervioso? —dijo él.

La mujer y el pequeño salieron en ese instante del lavabo. El niño, con el pelo humedecido, nos miró con curiosidad. El chico chasqueó la lengua.

—Gamberro —dijo la mujer. Tomó de la mano al pequeño, y tiró de él hacia la mesa.

El chico los siguió.

—Óigame, ¿a qué viene llamarme gamberro?

—¡Mi marido nos espera fuera, así que déjanos! —dijo furiosamente ella—. Vamos, Iván.

En ese instante debió de ver la navaja en su mano, y su rostro se desdibujó. Sin mover apenas el cuerpo dirigió su mirada hacia mí, una mirada suplicante. Yo busqué al camarero. Ni rastro de él.

—¿A qué viene llamarme gamberro? —insistía el chico—. ¿Me he metido yo con usted?

Sentí una náusea. Una súbita oleada de calor me ascendió desde el estómago hasta la raíz del pelo. Todo me parecía irreal. La mirada del chico, la posición alerta de la mujer. ¿Qué me importaba a mí el coche? De repente comprendí que ni siquiera me afectaba que hubiera sido de Diana. ¡Que se lo llevase! Estaba a punto de

entregarle las llaves, cuando él se adelantó.

—¡Y tú, chaval! —dijo dirigiéndose al niño—. Para de sacarme la lengua o te enteras.

La madre lo apretó contra sí.

—Deja a mi hijo en paz.

—Ah, a él no le regaña, ¿verdad? ¿Qué clase de educación es esa? Ahora verás, mocoso.

—¡Haga algo! —me gritó la mujer.

Di un respingo. Bajé un pie del travesaño y de repente me vi rodando por el suelo, entre colillas y basura. La navaja fue a parar a algún sitio más allá del mostrador; vi a la madre del niño salir corriendo tras ella. Entonces recibí un fuerte golpe en la boca y me mareé. Todo fue tan repentino que ni siquiera sentí dolor.

Cuando recobré la conciencia el muchacho ya no estaba. Me dolía la mandíbula y la boca me sabía a metal. Al pasarme la lengua por el paladar... ¡Cielos! ¿Qué había ocurrido allí? Un hueco blando y extraño se abría allí donde antes había estado mi colmillo. Me sentí más desvalido que nunca. Pensé en telefonar a Diana, necesitaba tanto oír una voz familiar, pero ¿dónde encontrarla? Me pregunté cómo era posible que no me hubiese derrumbado ya, tan solo y desamparado como me hallaba. Y, sin embargo, allí estaba. Sin un diente, pero entero.

Salí del lavabo casi arrastrando los pies.

—Oiga, espere —me llamó la madre del niño—. ¿Le duele mucho?

—No se preocupe —contesté.

—Ese trozo de papel que le he puesto es poca cosa. ¿Por qué no nos deja que le llevemos al hospital?

—Descuide, con esto bastará. Estoy bien.

—Ha sido usted muy valiente —dijo la mujer—. Gracias por todo.

Apretó contra el faldón de su abrigo al pequeño, quien me estuvo observando fijamente, con los ojos inmóviles y asombrados, hasta que salí del bar.

V

CUANDO tenía quince años mi madre hizo las maletas mientras yo estaba en el colegio y nos abandonó a mi padre y a mí. Mi padre, que era un hombre recto y paciente, sin imaginación, dueño de la ferretería del barrio, me pintó la cosa en pocas palabras.

—Tu madre no era una mujer corriente, no la juzgues con dureza —dijo. Estaba agachado debajo del fregadero, cerrando la válvula de paso—. Pásame esa llave, ¿quieres, Víctor? Esa nueva de ahí.

Su caja de herramientas ocupaba toda la mesa. Él conocía muy bien cada uno de los artículos que vendía en su establecimiento, como antes lo había hecho su padre, y el padre de éste antes que él. Al parecer, los Ripstein descendíamos de una larga y rancia estirpe de comerciantes judíos. Se la pasé. Mi padre era tan concienzudo que no hubiese dejado escapar la ocasión de probar esa nueva llave arreglando un viejo grifo estropeado. Ni siquiera en una situación como aquella.

—Pero ¿estás seguro de que se ha ido? —le pregunté.

—Sí. Se ha ido.

—¿Y adónde?

—No lo sé. No se lo he preguntado.

—Pero... ¿por qué no se lo has preguntado?

—No me ha parecido oportuno —dijo mi padre, resoplando. Se pasó el dorso de la mano por la frente, y continuó—. Si ella hubiera querido decírmelo lo habría hecho. Bien, esto ya está. Ahora vamos a desmontar el grifo. Ayúdame, ¿quieres?

Desenroscó el tornillo con toda facilidad, y lo separó.

—¿Por qué se ha ido, papá?

Sabía que estaba a punto de desmoronarse teniendo que hablar de todo aquello conmigo. Vi cómo sus dedos, gruesos y endurecidos, se ponían blancos al presionar para sacar la goma. Pero no me importaba. A mí lo único que me importaba en ese instante era que mi madre se había ido sin mí.

—A partir de ahora —dijo mi padre tras cambiar la vieja y deshecha por una elástica nueva goma—, tú me ayudarás en la ferretería. Dos fines de semana al mes.

—¡Yo no quiero ayudarte! —grité, sin poder contenerme ya—. ¿Por qué se ha ido mamá? Quiero saberlo. ¿Por qué?

Enroscó el grifo de nuevo y lo atornilló al fregadero. Después, mi padre se dirigió al comedor y se sentó en su sillón de orejas, conectó la tele y se dedicó por un rato a pellizcar las bolitas de su chaleco de lana con aplicación.

Fui a su lado y me senté.

—Volverá, ¿no, papá?

—No, Víctor, no va a volver.

—Pero, eso es imposible —sentí que mis ojos se inundaban y tuve que mirar a mi

padre, su cara relajada vacía de expresión, su chaleco de lana impecable (el mismo que mi madre habría lavado por última vez), su ausencia de furia—. ¡La odio! — exploté.

—No digas eso, Víctor. Es tu madre.

—Pues la odio.

—No debes odiarla. Nunca se puede saber qué nos deparará el futuro a cada uno de nosotros, Víctor, ni de lo que seremos capaces.

Lo dije con tal convencimiento y apatía que me lo creí, y durante mucho tiempo lo odié a él. Echaba tanto de menos a mi madre que me dolía. Por las noches, si alguna pesadilla me asaltaba, me sentaba en la cama atemorizado. El período crítico de la adolescencia, yo me lo pasé durmiendo con la luz encendida, temiendo quedar para siempre convertido en un cobardón. Y la culpa fue de mi padre. Él era el único responsable de que mi madre no estuviese conmigo, de que su vida fuese tan mala, o tan sin sentido, que hasta había tenido que renunciar por ello a mí.

Pero mi padre nunca pareció darse cuenta de la profunda brecha que nos separaba. O tal vez sí.

Durante largos años se pasó el tiempo encerrado en la polvorienta trastienda de la ferretería. Él lo llamaba su taller. Inclinado sobre la endeble mesita de *camping*, bajo la luz del flexo, vestido con su inevitable guardapolvo y sus gafas redondas de montura de metal, se afanaba en soldar las alas de un diminuto avión. No sudaba, practicaba aquel *hobby* con la mayor seriedad. En casa había tres cajones llenos de sus pequeñas maquetas, y aunque yo intentaba interesarme por su afición, no podía evitar encontrarla un poco triste.

Después de haberse pasado todo un domingo de agosto en la ferretería, contando las cerraduras del último pedido, me anunció que mi madre y él habían estado ahorrando para que, llegado el momento, yo pudiese estudiar; y ese momento había llegado. «¿Cuándo piensas marcharte?», me preguntó, «quiero instalar un taller nuevo en tu cuarto».

Y, enseguida, sus maquetas empezaron a llenar las baldas del mueble de la sala, donde antes habían estado las fotografías familiares: el abuelo y papá, un muchacho con orejas de soplillo. Un joven de indecisa y familiar sonrisa sosteniendo con miedo entre sus gruesas manos a un bebé. Yo en mi triciclo con mi madre detrás, mirando enigmáticamente a algún punto en la distancia más allá del objetivo.

Fue por entonces, después de irme a la universidad, que mi padre conoció a una mujer en la parroquia con la que empezó a salir. Él mismo me escribió una carta contándomelo. Yo estaba en mi habitación de la residencia de alumnos, estudiando para un examen de cálculo, cuando un bedel me la entregó. Como en rigor aún seguía casado, decía, iba a oficiarse una especie de ceremonia informal.

¿Ceremonia informal? «Víctor», terminaba, «Mabel y yo estaríamos muy orgullosos de que nos acompañases en un día tan especial».

Por supuesto, no fui. A mí qué me importaba, al fin y al cabo, lo que hiciera con

su vida. No esperaba que mi padre me consultase con quién se iba a la cama, pero... vivir con esa mujer. ¡Qué poco se había esforzado en encontrar a mi madre!

Para entonces yo ya me había instalado definitivamente en la ciudad. Tenía mi empleo en la hamburguesería, y por las noches, con mis compañeros de clase, proyectaba viajar a Silicon Valley, donde nos haríamos ricos diseñando circuitos integrados.

Un día, una mujer me llamó por teléfono. «Tu padre no se encuentra muy bien», dijo, «le gustaría que vinieses». Era *esa* mujer. Al parecer, mi padre había sufrido ya otro infarto antes. En esta ocasión, el médico había ordenado absoluto reposo.

—No es grave —me explicó Mabel. Había instalado un lavaplatos en la cocina. La cocina de mi madre—. Pero creo que ha llegado la hora de que descanse un poco. Trabaja demasiado, créeme.

Después de comer, ayudó a mi padre a levantarse y lo acompañó a la sala de estar; y ella se marchó a la parroquia, donde, al parecer, daba clases de canto.

—Quiero que arregles las cosas para vender la ferretería —me dijo mi padre cuando nos quedamos a solas—. He pensado que tú tendrás tus propios planes, así que, si no te importa, guardaré ese dinero para Mabel.

Estaba recostado en su sillón de orejas, el mismo donde tantas veces había ido a refugiarse cuando yo aún vivía con él. Después, parsimoniosamente, se arrancó una pelusa del chaleco y me señaló una caja de cartón que había a sus pies.

—Estas cosas eran de tu madre —dijo—. Creo que deberías tenerlas tú.

Pensé que a lo mejor mi madre había muerto, y que tal vez aquella fuese la forma que mi padre tenía de comunicarme una noticia así.

Dentro había un ejemplar amarillento de *Elle*, un anillo de latón, unas gafas con el cristal rayado, un espejo de carey. Yo ni siquiera recordaba aquellas cosas. Las guardé como si fueran las cosas de un muerto, y cuando mi padre murió, sólo un par de años más tarde, abrí la caja con intención de mezclarlas con las de él (una pequeña maqueta, sus gafas de metal). Pero no me atreví.

Esa noche, durante mi viaje a Próspera, parado junto a la carretera con el hueco de la encía taladrándome el maxilar, soñé que mi padre tocaba en la ventanilla del Chrysler y me despertaba. Llevaba una sábana blanca que le caía por los hombros, y se movía ágilmente.

—Así que tú también has perdido a tu mujer, ¿eh? —dijo con una voz que parecía salir de una tumba.

—¿Te refieres a Diana?

—A quién si no. ¿Qué me dices ahora de lo de mamá?

—Diana volverá. Es sólo que ha estado enfadada conmigo. Últimamente no hacía más que reprocharme cosas, pero se le pasará.

—Vamos, Víctor. Madura. Tu mujer no te quiere.

—¡Sí me quiere!

Después me persiguió alrededor del Chrysler con su voz de muerto, pretendiendo

que me despidiera de él. Yo eché a correr delante de él.

—¡Ella volverá! —le grité—. ¡Apártate de mí, estás muerto!

Y mi padre sacudió la sábana y se despidió:

—Adiós, Víctor, adiós.

Abrí los ojos y desperté. Aún podía oír en el coche el eco de su voz; una voz membranosa, como la de un fantasma. Permanecí un rato más en el arcén, y luego arranqué y reanudé la marcha. Al cambiar de velocidad, la caja de cambios rascó. Diana solía reprocharme que conducía muy tenso. «Relájate, Víctor. Parece que te vienen siguiendo», me decía. Me pareció que oía su voz monótona cada vez que un nuevo tronco de árbol pasaba junto al Chrysler a toda velocidad. «Re-la-ja-tee...». Reproches.

Siempre reproches. Últimamente habían sido demasiados. Pasividad. Cobardía. Falta de responsabilidad. Esos eran los favoritos. Mi padre no había sido justo conmigo. ¿Cuántas veces había sido Diana quien había coartado mis iniciativas? Y después, claro, ¡qué fácil era acusarme de cobarde! Quizá, lo que debía haber hecho hacía tiempo era lanzarme en paracaídas, eso la habría impresionado. Debería haberme arrojado al vacío, como uno de esos locos suicidas, desde un avión en marcha. Girar en el aire como un proyectil y no preocuparme por lo que encontrara al alcanzar el suelo.

Una señal a mi derecha anunció el nombre del pueblo: Próspera, menudo nombre para un lugar. Avancé a sacudidas por una retorcida carretera de segundo o tercer orden, con altos abetos flanqueándola. Tras una curva cerrada, la luna iluminó de improviso un viejo puente de madera frente a mí, y tuve que dar un frenazo. Pensé si sería prudente atravesarlo; no parecía muy de fiar. «¿Pasividad?», dije en voz alta. «¿Cobardía?». ¡Ja!, me reí. Pisé a fondo el acelerador y pasé aquella endeble estructura a la imprudente velocidad de ¡treinta kilómetros por hora! «Ahí lo tenéis», dije para mí.

Próspera era un pueblo de verdad. Las calles, en cuyas fachadas aún se reflejaba el cono de luz de las farolas, tenían nombres de altos ideales. Clemencia. Audacia. Libertad. ¿Quién los habría puesto, un misionero? Busqué en mi agenda la dirección de la familia Ros: calle Salvación, número seis. Umm, eso podía estar en cualquier parte. Por fortuna, di con ella enseguida, al final de una hilera de feos edificios de cemento ya casi en las afueras.

Era demasiado temprano para aporrear la puerta, así que aparqué el Chrysler al otro lado de la calle y me arrebujé en mi abrigo con el motor aún en marcha, dispuesto a esperar. La luna había desaparecido del cielo cubierta por una espesa capa de nubes. La encía me punzaba. Intenté mirármela en el espejo retrovisor. Estaba fea, húmeda y ensangrentada. Volví a cubrirmela y me recosté. Me sentí desanimado; jamás podría volver a sonreír de nuevo sin que ese ominoso hueco acechara entre mis dientes como un agujero abismal.

Sentí los párpados pesados y cerré los ojos un instante. Al abrirlos, una bombilla

iluminaba el porche de entrada del número seis. Una mujer salió, descendió la escalera, y miró inquieta a ambos lados de la calle. Me incorporé. Ella dudó un momento. Finalmente, el humo de mi tubo de escape debió alertarla, y agitó una mano. Sólo podía dirigirse a mí; no creía que hubiese nadie más despierto en todo el pueblo.

Paré el motor y salí. El viento se enredó en los faldones de mi abrigo. Hacía un frío glacial. Antes de cruzar la calle, oí:

—¡Por favor, dese prisa!

De pie en el porche había una mujer joven, delgada, envuelta en una bata y con la nariz cubierta de una pringosa pasta azul. Tenía el pelo amarillo y alborotado, como el mocho de una fregona puesto del revés.

—¿Le ocurre algo? —pregunté.

—¡Es mi padre! —dijo ella apurada, mientras señalaba hacia el interior—. Creo que le ha dado un ataque al corazón.

Había agarrado la manga de mi abrigo; empujó la puerta de entrada y atravesé detrás de ella un corredor.

—Haga algo, por favor. Creo que está muerto.

—¿Muerto...?

En la habitación a donde me condujo no se veía nada. Estaba llena de muebles, cuyas sombras se proyectaban misteriosas. Escuché un gemido procedente del sofá, y me acerqué. Un hombre corpulento, un anciano, estaba tendido allí. Afortunadamente, parecía respirar. O más bien, roncar. De vez en cuando balbucía alguna palabra y... Un momento, me dije. ¿No estaría...?

—Ha sido culpa mía —se lamentó la mujer—, no debí gritarle de ese modo. ¡Oh, pero cómo iba yo a saber...! Volvió a escaparse con mi camioneta por tercera vez, ¿entiende? ¿Puede figurarse cómo estaba de preocupada? En plena noche, y a su edad. Llevaba horas esperándole, imagínese. ¿Usted no le habría gritado? Y encima va y se desploma en el suelo, con lo que pesa. No sabe cómo he sudado para poder ponerlo en el sofá, por poco se me cae sobre la mesa. ¡Dios, mío! Le he matado, ¿verdad?

—No se preocupe —le dije—. No está muerto.

—¿Ah, no?

—Creo que sólo está... esto... mareado. Vamos, tranquilícese.

El anciano dejó escapar un ronquido y ella se arrodilló junto a él.

—¡Ah, papá! —Sacudió la cabeza. Y volviéndose de nuevo hacia mí—. Tendremos que hacer algo, ¿no?

—Bueno... ¿Qué quiere que hagamos? —pregunté.

—Llémosle al hospital.

—¿Al hospital? Claro, pero... ¿hay alguno por aquí?

—Oh, sí, desde luego —dijo con desenvoltura mientras se ponía en pie—. En San Antonio, a unos ochenta kilómetros. Yo fui una vez a que me vendasen la muñeca.

Permaneció mirándome, a la espera de mi contestación.

—Está bien —dije—, vamos.

Al fin y al cabo, quizá se tratase de un infarto. Yo no sabía cómo era un infarto. A lo mejor era como una curda.

Después de llevar al anciano a mi coche, nos pusimos en marcha. La mujer se sentó a mi lado y me indicó el camino. Tenía los ojos grandes y un poco hundidos, y un rostro mate y sin color. Había cambiado la bata por un grueso plumífero, gorro de lana y manoplas; y de su nariz había desaparecido la pasta azul.

Me froté las manos y golpeé la tobera de la calefacción.

—A veces se estropea —expliqué.

—La semana pasada condujo doce kilómetros —dijo ella—. ¿Se imagina? Llegó hasta el río, salió a la intemperie y allí se quedó plantado hasta el amanecer. Un hombre que ya ha cumplido los setenta años —sacudió la cabeza—. «¿Qué hacías?», le pregunto, «¿esperar la llegada de Papá Noel, o qué?». «No me acuerdo», me contesta él. «Es que no me acuerdo». ¿Se da cuenta? No se acuerda de lo que hace. Luego regresó a pie.

—¿A pie?

—¿Qué le parece? Y ya van tres veces. Un día de estos se caerá en un barranco, y ya verá. ¡Señor! No sé qué voy a hacer con él —dijo encogiéndose de hombros—. Me llamo Abril.

Parpadeé. Cuando volví la cara, ella aún me estaba mirando.

—Ah... Yo soy Víctor, encantado.

El viejo se lamentó y los dos echamos una ojeada al asiento de atrás.

—Siento mucho crearle tantos problemas —dijo ella—. Normalmente no somos tan estrambóticos. Tenemos un negocio en el pueblo, y le aseguro que mi padre es un buen trabajador. ¡Oh, claro, a veces bebe un poco! Pero ¿quién no?

—No se preocupe —contesté.

No cabía duda de que aquellas personas eran los clientes a quienes había venido a visitar. Después de todo, pensé, tal vez fuese una ventaja haber estado ahí.

—Abastecimientos agrícolas —dijo.

—¿Cómo?

—Eso es lo que vendemos. Creo que por su culpa he cogido un resfriado —se lamentó. Sacó un inhalador del bolsillo, y se lo introdujo en la nariz—. He de hacer esto continuamente, discúlpame. No te importa que nos tuteemos, ¿verdad? Y a todo esto —se volvió—, ¿qué hacías a estas horas parado ahí?

La encía me palpitó. Pensé si sería mejor presentarme o esperar. Mordí el vendaje, y contesté:

—Emm... Soy... viajante...

—Me pregunto dónde se la habrá llevado esta vez —me interrumpió.

—¿Perdón?

—La camioneta. Con la falta que me hace. En mi trabajo no se puede prescindir

del medio de locomoción. Oh, no es más que una vieja Vanette, pero me sirve. Imagino que a ti te pasará lo mismo, si eres vendedor. ¿Y, dime, qué vendes exactamente? ¿No serán biblias, verdad?

—Oh, no. Lo cierto es que vendo sistemas de acondicionamiento. Calefacción, ya sabes.

La miré un momento de reojo, para comprobar su reacción.

No hubo la que esperaba.

—¡Cuidado con el giro! —gritó.

La luz reflectora de un letrero emergió tras la curva. La tomamos a demasiada velocidad. El coche se escoró y estuvimos a punto de llevarnos por delante el cartel. Detrás de nosotros, el anciano gimió.

—Lo siento —me excusé—. Cuando lo he visto era demasiado tarde para...

Abril tenía medio cuerpo en el asiento de atrás; sus deportivos llenos de barro pisando la tapicería del Chrysler. Estaba sacudiendo a su padre por los hombros.

—Papá, ¿te encuentras bien?

Mala idea, pensé.

—Será mejor que no lo... —empecé a decir.

Demasiado tarde. El viejo emitió una especie de gorgoteo, y a continuación, vomitó.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Abril.

El hospital no resultó ser más que un centro de salud. Dos celadores medio adormilados se llevaron al viejo en una camilla, y Abril desapareció con los tres.

Me pregunté si debería quedarme a esperar. Era evidente que aquello no era asunto mío, pero... ¿Con qué cara me presentaría después ante ellos si salía ahora huyendo como un miserable? No. Definitivamente debía quedarme.

Entré en una sala de espera y levanté la cortina de una de las ventanas para examinar mi cara en el cristal. La parte izquierda de mi rostro estaba ligeramente hinchada a la altura del colmillo. Es decir, de donde *debía* estar mi colmillo. Sonreí de mala gana al insidioso agujero que ahora ocupaba su lugar. Me sentí como uno de esos boxeadores de las películas, mutilado y vencido. Todo estaba saliendo mal. Y por si fuera poco, ahora el Chrysler olería a demonios para siempre. ¿Por qué no podía tener una tapicería que oliera simplemente a tapicería, en vez de a vómito? El estómago se me revolvió. ¿Qué le diría a Diana cuando lo viera?

Un repentino mareo me hizo ir en busca del lavabo. Escupí el vendaje y vi que había sangre en él. El intenso color rojo me asustó. ¡Cielos, yo sí que necesitaba un médico! Abatido, me llevé la mano a la frente. «¡Ajá!», sacudí la cabeza. «Lo sabía». Tenía fiebre. Allí estaba la infección.

Recorrí el pasillo de nuevo hasta la entrada. La enfermera, una mujer de pelo gris con cofia y gafas sin montura al cuello, levantó la vista del papel.

—Disculpe —le dije—, necesito ver a un médico.

—Ah, por fin ha vuelto usted —dijo sin mirarme siquiera—. Dígame los datos de su padre.

—No es mi padre.

—Está bien, del anciano que acaba de ingresar.

—No sé sus datos. Ni siquiera sé su nombre.

Me miró por encima de las gafas.

—¿No ha venido con ellos, o qué?

—No les conozco —respondí, de mal humor—. Sólo les he traído. Oiga, necesito ver al médico.

—El anciano está bien, no se preocupe. Si no conoce sus datos, me valdrá con los suyos. Nombre.

Le di mi nombre, mi dirección y mi número de la seguridad social, como si estuviese siendo fichado en comisaría.

—¿Qué le ha pasado en ese diente? —Reparó, por fin, toda perspicaz.

Abrí la boca y se lo mostré.

—Ya le he dicho que necesitaba un médico.

—Tiene mal aspecto, pero no será necesario molestar al doctor. Yo misma lo curaré.

—¿Usted? Oiga, no es que desconfíe, pero... Me duele mucho, ¿sabe?

—No se preocupe —contestó con apatía—. Llevo veinte años haciéndolo. Ande, vamos allá.

Me condujo a una fría sala de curas donde los fluorescentes zumbaban, y me hizo tumbar en la camilla.

—¿Se han peleado, o qué? —me preguntó mientras introducía en mi boca todo el instrumental que halló a mano—. Puede que esto le duela, se lo advierto.

—Naturalmente que n... ¡Ahh!

Al finalizar me dio un calmante para el dolor.

—Tómese uno cada doce horas —dijo, entregándome el tubo—. No conduzca. No beba. Duerma mucho si es preciso. Dígale a su mujer que cambie el emplasto por uno nuevo esta noche, ¿de acuerdo? Aquí le doy la receta.

—De acuerdo —dije, renunciando a porfiar. Esa mujer sacaba sus propias conclusiones de todo.

Volví a la sala de espera y descansé la cabeza en un sillón. Sentía los párpados pesados. Ese calmante era de rápido efecto, pensé. Cerré los ojos un momento y me sentí amodorrado. De repente, me hallé en un hospital de verdad. Era la Nochevieja de hacía dos años, cuando a Diana la llamaron para una urgencia y tuvimos que abandonar la fiesta a la que habíamos asistido. Desde el *hall*, vi como se alejaba persiguiendo una camilla hacia el quirófano, pero en mi sueño no transcurrían seis horas de ininterrumpida espera, sino que Diana regresaba al momento a la habitación.

—Ya está —dijo, recogiendo con diligencia sus cosas.

Yo aún llevaba en la mano mi copa de champán.

—¿De verdad? —le pregunté—. ¿Podemos volver a la fiesta? ¿No tendré que esperar toda la noche a que alguien muera en una dichosa operación?

Ella levantó una ceja. Luego sacudió la cabeza, y sentenció:

—Ay, Víctor. ¿No te das cuenta de que ya no estoy aquí? —Pero Diana, si estoy hablando contigo.

Cerró su bolso y, despacio, se dirigió hacia la puerta.

—Estás hablando con un muerto, Víctor —dijo—. La que ha muerto soy yo.

Y desapareció.

Se me heló la sangre. Dejé caer al suelo la copa de champán y corrí en su busca, pero ya se había ido.

Desperté envuelto en sudor. Un tremendo ajeteo llenaba ahora el recinto, y tuve que hacer un esfuerzo para recordar dónde estaba. Claro, el centro de salud.

Encima de mi cabeza sonó una voz insistente.

—¿Víctor? Víctor. Vamos, despierta.

Era esa mujer, Abril.

—¿Te acuerdas de mí? —insistió.

Me miraba sonriente y enérgica como una instructora de aeróbic.

—Claro —intenté incorporarme, pero tenía la mandíbula y el cuello doloridos—. Ahh.

—Deja que te ayude —se ofreció.

—No... yo puedo. ¿Cómo está tu padre? —pregunté, mientras me erguía con dificultad.

—Oh, está bien —dijo ella—. Pero debe quedarse unos días en observación, lo ha recomendado el médico. No sé si te he dicho ya cuánto te agradezco lo que has hecho por nosotros, Víctor. Ahora nos iremos a casa y me dejarás que te cure, ¿verdad? La enfermera me ha contado lo de tu diente.

Me ardía la frente, y tenía los músculos entumecidos. Por poco no me fui al suelo al ponerme en pie.

—Apóyate en mí —dijo Abril.

—No hace falta, de verdad.

Pero cuando atravesábamos el *hall* insistió en pasar su brazo alrededor de mi cintura, como si yo fuese un herido de guerra. No tuve valor para apartarme.

—No te preocupes por nada —dijo—, yo te cambiaré el emplasto. De niña siempre quise ser enfermera. Pero debes ir al dentista cuanto antes. Una vez leí en una revista que los dientes son en realidad la parte más frágil del cuerpo. En el pueblo hay uno. No sé qué tal será porque no he ido nunca. Por suerte, tengo la dentadura a base de bien.

Su pelo enmarañado se me metía en la nariz. Parecía haber sido teñido a conciencia, como para durar siempre, y le daba a su piel una apariencia lechosa, ligeramente ictérica. La seguí sin decir palabra hasta el aparcamiento. Cuando intenté

ponerlo en marcha, el Chrysler petardeó. Se había quedado frío. Al levantarlo para echar un vistazo, Abril metió la cabeza bajo el capó.

—Yo no entiendo de coches —dijo—; de hecho mi furgoneta está siempre averiada, pero, en mi opinión, deberías dejar que lo viese Poli.

—¿Poli? —le pregunté.

—Es primo por parte de mi madre, tiene un taller. Pero no podrás llevarlo hasta mañana porque hoy es lunes, y los lunes, siempre cierra. No me preguntes por qué —hizo una pausa, y suspiró—. Conduciré yo.

—¿Cómo dices?

—Que yo conduciré —repitió alegremente, mientras rodeaba el coche—. La enfermera me ha dicho que podría ser peligroso.

Tal como me encontraba no le faltaba razón y, por otra parte, tampoco tenía fuerzas para discutir. Hasta Diana debería entenderlo.

Me senté en el asiento del acompañante. Abril arrancó y avanzó a trompicones los primeros metros. Después, al ascender la rampa, sujetó el volante con una mano mientras gesticulaba con la otra para hablar.

—Dime, ¿exactamente cómo... cómo te ha ocurrido lo del diente? —me preguntó.

En el carril de incorporación se saltó el ceda el paso. Me aferré a mi asiento y miré hacia atrás con ansiedad. Le dije que había tropezado con la manguera de un surtidor, en la última gasolinera donde paré a repostar. Demasiado enrevesado.

—¿De verdad? —Se echó a reír—. ¡Qué mala suerte!

La miré perplejo. ¿Qué clase de extraños modales le habían enseñado a esa mujer? ¿Y por qué no agarrar el volante con las dos manos, caray, y dejar para luego la conversación? Me dieron ganas de pedirle que se limitase a conducir. Sin embargo, reflexioné, lo mejor sería decirle cuanto antes quién era y para qué había venido, aprovechando su aparente buen humor.

—Tiene gracia, ¿no? —Me reí también—. Lo que es la vida. En realidad, yo estaba esperando delante de tu puerta a que saliese el sol.

—No me digas.

—Soy agente de ventas, ¿recuerdas? Calefacción —anuncié, con mi mejor sonrisa.

—Sí, claro. ¿Esto de aquí es la luz antiniebla?

—¿Cómo? Sí, sí... Esto... He viajado durante toda la noche. Acababa de llegar cuando saliste. No quería llamar tan temprano, por eso estaba esperando en el coche. Ha sido una suerte que estuviese allí, ¿no crees?

Ahora estaba manipulando el mando del limpiaparabrisas.

—¡Vaya! —dijo—. Este coche es viejísimo. ¿Cuánto hace que lo tienes?

Las escobillas se arrastraron a una velocidad de vértigo sobre el áspero cristal. Las detuve.

—Soy de Calor de Hogar, S. A. He venido a revisar vuestra instalación. Supongo

que te acuerdas de nuestra conversación telefónica, ¿verdad?

—¡Ah, sí! —dijo, dando un súbito golpe en el volante—. La calefacción, claro. Tenemos una caldera viejísima, ¿sabes?

—Umm. La caldera es lo más importante de una instalación.

—¿De veras?

—Ya lo creo.

A continuación pasé a hablarle de nuestra amplia gama de productos: aparatos de aire acondicionado, con o sin instalación; calefacciones por tuberías, por conductos de aire, por hilo radiante... y todas ellas alimentadas con electricidad o con gas. Calderas desde la más sencilla a la más sofisticada. Todo lo que necesitase lo teníamos en Calor de Hogar, S. A.

Sonreí satisfecho. Solamente en este rato había hablado más tiempo que en las últimas doce horas. Debí de parecerle un charlatán.

Abril chasqueó la lengua. —Vaya, te está sangrando la boca— dijo. Soltó una mano del volante, y se señaló la barbilla.

—¿Qué?

Me miré en el espejo: un fino reguero de sangre me resbalaba por el mentón. Casi me mareé al verlo. Me llevé la palma de la mano a la frente.

—No me encuentro bien —dije.

—¿Ves? Y tú querías conducir —sacó un pañuelo arrugado del bolsillo, y me lo tendió—. Será mejor que no hables por un rato.

Miré por la ventanilla. Por la carretera pasaban ahora muchos más coches que antes. Se cruzaban con el Chrysler a gran velocidad, provocando en cada encuentro leves sacudidas. Un paisaje yermo y blanco se extendía como una alfombra hasta fundirse con el cielo, donde el sol, una mancha turbia oculta tras una gruesa capa de nubes, parecía una enorme bola de algodón.

De día, Próspera no ofrecía mejor aspecto. Al cruzar las desiertas calles del pueblo me pregunté cómo podía alguien vivir en un lugar como aquel. Pasamos junto a edificios de cemento gris y contraventanas de aluminio, sin ningún elemento decorativo a la vista. Solares vacíos, patios llenos de latas, perros flacos con aire famélico. Las tiendas, a la luz de los fluorescentes, exhibían el género tras unos escaparates carentes de gracia. Algunos hombres de caras enrojecidas y mirada hostil, caminaban con las manos en los bolsillos de sus chaquetones a cuadros. Un grupo de mujeres congregado a la puerta de una casa volvió sus cabezas al vernos pasar.

Abril aparcó el coche, y vino en mi ayuda en el momento de salir, justo cuando un par de muchachas casi idénticas pasaban por delante de nosotros. Se detuvieron a saludarla.

—Hola Abril.

—Hola, chicas. ¿Qué tal va todo?

—¿Cómo es que no has abierto hoy? Gus y Ángel vinieron al almacén muy temprano. Necesitaban abono.

—Vaya —dijo Abril—. Tendrán que esperar a mañana. Hoy no pienso abrir.

—¿De dónde vienes? —preguntaron, mientras nos examinaban a conciencia al Chrysler y a mí.

—De San Antonio. Mi padre se ha vuelto a escapar, ¿qué os parece? Y otra vez ha vuelto a extraviar la Vanette. No sé qué voy a hacer con ese hombre.

—Jo —exclamaron al unísono.

—Tuvimos suerte de que Víctor estuviese aquí. Él nos llevó.

Cuando se alejaban, ahogando unas risitas, calle abajo, Abril me informó:

—Son Anabel y Bea; primas por parte de mi padre. Aquí todo el mundo las conoce como las hermanas Periquito, no me preguntes por qué.

No pensaba hacerlo.

Algunas gotas de agua empezaron a repiquetear sobre el deslucido techo del Chrysler. Pensé que lo mejor sería instalarme cuanto antes. Necesitaba dormir; me dolía la mandíbula y aún estaba mareado.

—Creo que iré a registrarme en el hotel —dije.

Abril me miró con cara de asombro.

—¿Hotel? Si aquí no hay hotel.

—¿Cómo que no hay hotel? Pero... tiene que haber algún hotel.

—Sí; pero está en San Antonio.

—¿San Antonio? ¿El lugar de donde venimos?

—Así es —dijo resueltamente—. Lo mejor es que entres y descanses un poco. Ahora no estás como para conducir. Te cambiaré el emplasto de la encía, y prepararé algo de comer.

—Pero...

Cerró con llave la puerta del Chrysler, y me la entregó.

Me sentí deprimido. Entramos en la casa y recorrí tras ella el mismo pasillo de la noche anterior.

—No te fijes mucho en el desorden —dijo, mientras recogía del suelo un calcetín.

El salón olía a humedad. Los muebles que me habían intimidado la noche pasada, se reducían en realidad a un sofá viejo, una mesita dorada con las patas en forma de arpía, una librería barnizada y una mesa redonda imitando nogal. En un rincón había un grupo de periódicos ajados con las páginas rizadas. Encima, una botella de Pepsi; un cenicero repleto de tornillos minúsculos junto a una radio medio destripada; un reloj, cortesía de fajas Elvira; un encendedor Bic. Por un momento reconocí en mi mente la visión familiar de cierta idea de fracaso, la del desmoronamiento lento de las cosas inútiles. (Como aquel barco con las conchas semidesprendidas de mi madre que mi padre guardó en la caja para mí). Abril entró en el salón con un pequeño botiquín.

—¿Sabes que una vez yo me caí por las escaleras?

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—Voy a cambiarte el emplasto.

Se había recogido el pelo, que pendía amenazadoramente como un penacho en lo

alto de su cabeza.

—¿Es... estás segura? ¿Aquí?

—Claro. Mira, aquí tengo de todo.

Abrió el botiquín, dejando al descubierto su dudoso contenido.

—Gasas, desinfectante, algodón, pinzas...

—¿Pinzas?

Eran unas pinzas para depilarse la nariz. Me sentí mareado. Estaba demasiado débil como para luchar con esa mujer. Por un momento me imaginé ingresando en San Antonio con la cara deformada. Diana nunca me encontraría, no podría ser identificado porque Abril me habría desfigurado con esas diabólicas pinzas.

—En realidad no me caí —siguió diciendo—, sino que al tropezar me aferré con tanta fuerza a la barandilla que un pequeño cartílago que hay aquí, en la muñeca, se rompió.

Me mostró un trozo fino como un palo de piel y hueso, mientras rociaba las pinzas con alcohol.

—¿Crees que es necesario? —le dije.

—Claro que sí —contestó—. Pues fue una lata, porque durante semanas no pude trabajar en la tienda, y mi padre tuvo que venir a ayudarnos. A Rai, mi exmarido, no le gustó —hizo una pausa y me miró—. Estoy divorciada, ¿te lo había dicho?

—Oye, me siento muy mal —le dije—. Yo creo que es mejor que no hagas nada.

—Vamos, no seas niño —cogió las pinzas, y me empujó contra el respaldo del sofá—. Sólo voy a sacar la gasa usada para cambiarla por otra.

El corazón me latía a un ritmo desenfrenado. Me sentí tan exhausto que abrí la boca y me dejé hurgar en ella como si fuera un buzón.

—A Rai no le gustaba atender el negocio, y por eso se fue. ¿Tú te crees que es normal? Tenemos un negocio de abastecimientos agrícolas; bueno, eso ya lo sabes. En fin, con mi padre aquí, él podía largarse. Y eso mismo hizo.

—Ahh... —protesté. Estaba a punto de vomitar.

—Perdona. Mi padre es muy testarudo. En realidad él es quien paga la calefacción, y lo malo es que unos días quiere y otros no. No le gusta gastar dinero. ¡Cuánto me gustaría que aún viviese con mi madre! Y lo malo es que la mitad del negocio es suyo, le compró su parte a Rai cuando se fue. Bueno, esto ya está —dijo. Terminó de hurgar en mi boca, y la gasa salió al fin—. Vive en una pensión al final del pueblo. Se empeñó en que alguien tenía que cuidarnos a mi hija y a mí. No sé si te he dicho que tengo una hija. ¡Vaya! —dijo sosteniendo la gasa en el aire como si se tratase de un trofeo—. Sí que estaba ensangrentada.

De pronto sentí un gran calor en las orejas. Una intensa luz se abrió paso a través de las cortinas, e iluminó de lleno el salón.

Ignoro cuánto tiempo permanecí desvanecido, pero en ese intervalo tuve visiones

absurdas. La huesuda muñeca de Abril aferrada a una barandilla. Luego, la barandilla ya no era una barandilla, sino mi mano. Y Abril que ya no era Abril y se convertía en Diana. Antes de caer al vacío, mientras sus manos se aflojaban, vi la señal que la alianza le había dejado en el dedo, un pálido brazalete de piel más clara. Sólo una señal.

Las ventanas estaban oscurecidas, pero al otro lado de la puerta había luz. Tenía en la boca un ligero gusto a hierro, como si hubiese chupado una moneda. Si había anochecido del todo, ¿cuánto tiempo había estado durmiendo? Una oleada de miedo me invadió.

Encontré a Abril en la cocina, un cuarto desangelado y angosto, con armarios desaparecidos y olor a moho.

—¡Vaya! ¿Te encuentras mejor, Víctor?

Se acercó y me puso una mano en la frente. Luego arrimó una silla para mí. Yo permanecí de pie.

—¿Cuánto... cuánto tiempo he dormido?

—Uhh, mucho —dijo animadamente.

Abrió la puerta de un armario.

—Has estado delirando —dijo—, y aún tienes mucha fiebre. Será mejor que te tomes el calmante que te dio la enfermera y te vuelvas a dormir.

—¿Qué es eso?

Mi bolsa, que yo había dejado en el coche, estaba ahora en el suelo junto a un cesto de patatas.

—Ah, sí —dijo Abril—. Pensé que podrías necesitarla.

Me dejé caer sobre la silla. De pronto sentí unos espantosos deseos de salir corriendo de allí. Pero no hubiera podido hacerlo, al parecer las fuerzas me habían abandonado.

—Víctor, en serio, deberías descansar —Abril me tendió el calmante junto con un vaso de agua. Me lo tragué sin rechistar. Sentía que la cabeza iba a estallarme—. Así está bien. Vamos.

Cogió la bolsa del suelo, y salió. Seguí su voz por el pasillo.

—Hay lugares en esta casa mucho más cómodos que el sofá —dijo.

¿Adónde demonios me llevaba?

Se detuvo frente a una puerta en la parte de atrás. El papel de las paredes tenía ositos dibujados. Temí que sí, que se tratara de la habitación de su hija.

—Emm. Será mejor que me vaya al hotel —dije—. No quisiera molestar...

—No es ninguna molestia —se encogió de hombros, y entró—. Hace años que Dani no duerme aquí. Además, ahora está en Toulouse con su padre, y no volverá hasta pasado mañana.

¿Dani? ¿No había dicho que se trataba de una niña? Lo cierto es que me encontraba tan débil que me daba igual ese cuarto o la habitación de un hotel. Ni siquiera sentía miedo. Lo único que quería era dormir.

—Está bien, si no es molestia... —Bostecé.

—¡Pues claro que no! Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, Víctor, tenemos sitio de sobra. A Dani le encantará hablar con un hombre que no sea su abuelo, para variar.

Se ofreció a trasladar unas cosas y hacerme sitio en el armario.

—No hace falta —dije, agarrando la bolsa antes de que decidiera vaciarla ella misma—. En realidad, no llevo mucho equipaje.

—Pues mejor.

Y abriendo un cajón, sacó de dentro un par de amarillentas fundas de almohada.

VI

ABRIL estaba cantando en algún lugar de la casa. *All you need is love, ra ta-tá, ta-tá*. Tenía una voz aguda, altisonante y quebradiza que resbalaba demasiado en todas direcciones. Podía escapársele una nota aguda y caer luego en una ronca exclamación.

Me di la vuelta en el colchón. Tenía los pies helados. La cama era demasiado corta, y debía de haber pasado la noche con ellos al descubierto. Me palpé la cara con la mano. Aún estaba caliente, pero no me dolía. En cambio, notaba todo el maxilar acorchado. Era como llevar una careta.

El sol se filtró a través de las cortinas de organdí y, por un instante, noté una agradable sensación. Oía los sonidos amortiguados, como desde el interior de un barril lleno de agua. Escuché el gorgoteo de un grifo. Un tintinear de platos. La cascada voz de Abril, *Love is all you need*.

Unos pasos en el pasillo se detuvieron a la altura del cuarto. Alguien llamó a la puerta y acto seguido, sin esperar respuesta, ésta se abrió. Abril asomó la cabeza.

—Víctor, ¿estás despierto?

Escondí los pies bajo la manta.

—Sí.

—¿Cómo te encuentras hoy?

Eso me habría gustado saber a mí. Habría preferido verme primero en el espejo y lavarme un poco la cara, antes de recibir visitas.

—Bueno, me gustaría ir al... —Asomé tímidamente un dedo.

—Oh, claro. He dejado toallas limpias para ti. ¿Necesitas que te ayude?

Hizo amago de entrar, pero pude convencerla de que no sería necesario.

El olor a humedad de la almohada me devolvió súbitamente a la realidad. Recordé la habitación de los ositos, la cama, un ruidoso amasijo de muelles que me había tenido toda la noche en un inquieto duermevela. Me incorporé de un salto y la cabeza me giró. Una náusea se precipitó hacia mi estómago, y tuve que volverme a sentar.

Después de una ducha me sentí algo mejor. Mientras me afeitaba, le eché una ojeada al baño. No podía decirse que hubiera nada superfluo en él, desde luego. Ninguna planta, figurita o recuerdo de boda; sólo una gran caja de plástico roja, un armarito con espejo, y un estante con botes de desodorante, colonia, champú... Del techo pendía una bombilla desnuda. Algo como el tableteo lejano de unas aspas de helicóptero sonó procedente del sótano. La caldera, pensé.

Seguí el sonido de la radio hasta entrar en la cocina. Era una estancia pequeña, con una ventana encima del fregadero y jirones tiesos de papel lavable colgando de la pared. Una cafetera humeaba en el fogón. Abril llevaba un moño en la nuca, una larga falda de lana y un jersey ajustado. El conjunto le daba cierto aire colegial.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días —respondí con embarazo.

—Debes de estar hambriento. Estoy haciendo café, siéntate.

Me derrumbé en una silla cerca de la ventana. Un gran roble goteaba agua de cada una de sus ramas en el jardín vecino, bajo un cielo luminoso y opaco del color del papel.

—Espero no haber causado demasiados problemas anoche —comenté.

—¡Qué va! ¿Qué tal has dormido en esa cama? ¿No era muy pequeña?

—Regular —dije, llevándome la mano a la boca—. Lo primero que haré en San Antonio después de registrarme en el hotel, será ir al médico. Supongo que después podríamos echarle un vistazo a esa caldera.

—Claro —dijo Abril de buen humor.

Oírla me animó.

—Hace mucho ruido, tenías razón. No me extrañaría que estuviese estropeada.

—Oh, lo está una vez sí y otra también —exclamó—. Es una carraca —frotó con la manga el cristal de la ventana, y se asomó—. Hace una mañana muy ventosa. Si hay temporal, quizá luego no puedas regresar de San Antonio.

—Debe ser muy antigua —comenté.

—¿La caldera? Oh, sí; Rai la compró de segunda mano —contestó. Sacó del armario un par de tazas, y un cestillo con cruasanes—. Están deliciosos, los hacen en el horno de aquí. Pruébalos.

—Gracias —dije—, pero no creo que sea bueno que coma aún. Umm, respecto a esa caldera... Yo me cercioraría de si está quemando mal los gases, podría ser peligroso.

Abril dejó lo que estaba haciendo, y se sentó a desayunar.

—No me digas.

—No quiero que pienses que soy un entrometido, pero...

—Pues claro que no, Víctor, ¿cómo voy a pensar eso? —me interrumpió—. De hecho, a mi me parece que deberías quedarte aquí en vez de ir a San Antonio. ¿Quieres leche con el café?

La sonrisa con que me obsequió me recordó extrañamente a un signo interrogativo.

—¿Qué? Bueno. Verás —continué—, una caldera en mal estado puede ser como una bomba a punto de estallar.

Cogí uno de esos cruasanes y sin darme cuenta, le arranqué un pedazo y lo mordí.

—¿A que están buenos? —dijo Abril.

Me pregunté si me prestaba atención. Adopté un aire mucho más circunspecto y dije:

—No quiero alarmarte, pero en cierta ocasión, una familia entera voló por los aires por culpa de una caldera en mal estado. Al parecer, cuando uno de ellos se levantó a encenderla por la mañana... ¡Bum! En fin. Sólo el perro se salvó.

Abril pareció considerarlo un momento.

—¿Y entonces por qué saben que fue así como ocurrió?

—¿Eh?

—Sí. ¿Cómo saben que ocurrió al encenderla? Quiero decir que, si sólo se salvó el perro... ¿Quién lo contó?

—Pues...

Me sentí desconcertado. Había escuchado esa historia cientos de veces, y nunca... ¿Cómo lo sabían, sí? Me apoyé en el respaldo de la silla abrazando con las dos manos la humeante taza de café. El viento azotaba las desnudas ramas del roble, que temblaban con un brillo acerado. En la cocina flotaba el olor agrio de la leche y el café. Me pregunté si aquello me iba a costar más trabajo del que yo imaginaba.

Lo mejor era salir cuanto antes hacia San Antonio. No era un pueblo grande, y en realidad quedaba bastante lejos de las pistas de esquí, pero aún así, si sólo había un hotel... Mejor no confiarse, le dije a Abril. Ella insistió de nuevo en que me quedase en su casa.

—Así no tendrías que hacer tantos viajes ni gastar gasolina.

—Son gastos de representación.

Antes de cerrar la puerta, mencionó:

—De todos modos, te esperaré para comer.

Las ruedas del Chrysler estaban semienterradas en un charco de porquería. Lo sorteé para subir. Al girar la llave en el contacto, el mecanismo de puesta en marcha emitió un inequívoco clic. El motor ni siquiera se encendió. Sentí un gran desasosiego. Lo intenté una vez más. Esta vez, el sonido se prolongó en una especie de jadeo, ronco y profundo, hasta que finalmente el motor enmudeció. ¿Qué diría Diana si estuviese allí? Podía verla a mi lado, sacudiendo la cabeza, reprochándome que no hubiese tomado ese tren.

Me sentí desolado. La cabeza me dolía tanto que parecía irme a estallar. Llamé de nuevo a la puerta de Abril. Me abrió sonriente, como si no le sorprendiera en absoluto verme allí.

—Hola, Víctor —saludó.

—Mi coche... —dije. Carraspeé—, que no arranca.

—Vamos, entra —dijo ella. Se echó a un lado, y cerró la puerta de un golpe—. Más tarde iremos a ver la caldera. Ahora hay que ir a avisar a Poli.

—¿Poli?

El mecánico de quien me habló, su primo. ¿Es que ya no me acordaba? Cogió su bolso y su abrigo del perchero, y salió a la calle delante de mí.

—Mi madre y mi padre están divorciados —dijo—, mi madre vive en un pequeño

pueblo francés desde hace tiempo. No sé cómo decirte, rehízo su vida un poco tarde, pero se las arregla muy bien. Es lo que yo digo, vive como quieras con tal de ser feliz. Está con un hombre que es algo más joven que ella, un francés, tienen una pequeña tienda de animales. Siempre estuvo un poco loca, en eso creo que he salido a ella. Pero es romántico, ¿no te parece?

Iba envuelta en un grueso anorak verde caqui, con capucha y cremalleras; el tipo de prenda que se había llevado hacía décadas. Le daba un aspecto montaraz.

—En cambio mi padre, ya ves —continuó—. Toda su vida se la ha pasado de acá para allá. Conducía un camión. Cuando era pequeña me creía que todos los niños tenían padre sólo durante el fin de semana. Qué ingenua, ¿no? De modo que al jubilarse, ya sabes, como no tenía lo que se dice un hogar, se vino a vivir con nosotras. Se trasladó aquí para ayudarme después de lo de mi divorcio; me pregunto para qué, porque no da más que problemas. No sé que voy a hacer con él, te lo juro. Cuando le compró su parte del negocio a Rai pensé que nos lo dejaría a nosotras y se iría, pero qué va. Alquiló una habitación en el pueblo, y desde entonces habla de montar allí un restaurante con Julia, la dueña de la pensión.

Caminábamos por la calle Mayor. Hacía un frío de muerte. El viento azotaba las copas de los castaños que adornaban la acera, y las ramas, secas y brillantes, golpeaban en los oxidados miradores de ajado aspecto señorial. Mi abrigo de entretiempo era demasiado fino para aquello. Empezó a sacudirme un violento temblor. Me abracé los hombros para atajarlo.

—¿Está muy lejos el taller? —pregunté a Abril. Me costaba creer que no se hubiera dado cuenta de que no me encontraba bien para una excursión.

Abril se subió al bordillo cuando un *jeep* destartado y ruidoso cruzó la calle.

—Qué va, está aquí mismo.

Se detuvo frente al escaparate de una tienda de ropa, y pegó la nariz al cristal.

—A veces es un viejo detestable y egoísta —dijo—. Ni sé cómo le soporto, te lo juro. Vaya, ¿te has fijado en ese vestido?

Empezó a caer una lluvia fina. Me refugié bajo el toldo.

—¿Sabes que una vez estuve a punto de montar una tienda de modas? —me preguntó—. Pero Rai no me dejó. Coartaba todas mis iniciativas. Lo del almacén fue idea suya, no mía. Como trabajaba en el ejército, los suministros nos salían a un precio regalado. Imagínate lo que tuve que pasar cuando se fue, no podía hacer frente a los nuevos pagos. Durante un tiempo, hasta estuve trabajando en la fábrica de embutidos. Aquí tenemos una de las más importantes. Cárnicas El Ruseñor, ¿te suena? ¡Ah, ahora sería una señora distinguida, dueña de una *boutique*!

Miró más allá de su reflejo en el cristal, su mano cóncava sopesando las puntas de la mata amarilla de su pelo. Supuse que se esperaba de mí algún comentario.

—¿Por qué no la montas? —sugerí.

—¿Ahora? ¿Dónde?

—En el almacén.

—Uf, aquello es un caos. Además, todos los del pueblo me matarían. ¿Quién les suministraría los piensos, las herramientas, las...?

—Podrías venderle a tu padre tu parte del negocio. Con el dinero, te compras un local y lo adecentas. Nosotros podríamos instalarte la calefacción.

—Imposible, mi padre no querría. Últimamente se está empezando a comportar... cómo te diría, de forma extraña. Eso de escaparse a medianoche, y no acordarse de nada... O lo de hace un par de días. Le pillé orinando en el jardín de Ismael, el vecino. ¿Te imaginas? Cielo, menuda vergüenza pasé.

—¿Quieres decir a plena luz?

Se encogió de hombros, y suspiró.

—Dijo que él pagaría la reforma de la calefacción, pero el muy ladino tiene memoria selectiva. Un día quiere y otro no. Ahora dice que necesita el dinero para ese restaurante.

Oír aquello me inquietó.

—¿Ah, sí?

—Hace meses que no me doy ningún capricho. ¿Y si me comprase el vestido? —dijo, haciendo pantalla con la mano frente al cristal—. ¿Crees que es demasiado caro?

—Pero él nos llamó. Concertó una cita.

—¿Una cita? ¡Ah, te refieres a mi padre! Bueno, en realidad fui yo. Un día estaba en el almacén y mi hija me llama por teléfono; (el almacén está al lado de la casa, ¿sabes?, pero Dani es una gordi perezosa, y por no bajar...). Me dice: «Hace mucho frío en casa, mami». Y se lo digo a mi padre: «Me gustaría que arreglásemos la dichosa calefacción, papá. Se estropea todo el rato». Y él me dice: «A mí qué me cuentas». Estaba en la pensión, con esa Julia. Agarro fuerte el teléfono y le digo: «Las tuberías de la calefacción parten del almacén, así que también es cosa tuya». Él ni caso. «Hazlo al menos por tu nieta», le digo. «A mí no me importa pasar frío, papá», le digo, «pero ella... ¿Tiene que cogerle una pulmonía para que entres en razón?». Aquello debió de ablandarlo un poco porque dijo: «Está bien, está bien, pero déjame en paz». Entonces comprendí que si realmente quería esa calefacción iba a tener que ocuparme personalmente de llamar. Así que llamé.

—Pero..., ¿entonces? —le pregunté—. Quiero decir, ¿vais a instalarla o no?

—Oh, por supuesto —saltó del bordillo, y reanudó la marcha sonriente—. Sólo que tendremos que convencerle. Es cuestión de tiempo, créeme.

¿Cuestión de tiempo? Como si yo dispusiera de él. ¿En qué clase de avispero había ido a caer?

El taller de Poli estaba a pocas manzanas. Había parado de llover, pero las calles se habían convertido en un mar de fango de difícil tránsito y apariencia desolada. Bajo la luctuosa luz, el gran cierre metálico del taller, lleno de pintadas y abolladuras, reveló su abandono y fealdad. Abril empujó la puerta del establecimiento adyacente. Una alegre campanilla tintineó en lo alto de nuestras cabezas. Tras el mostrador, una mujer embarazada, de aspecto sonrosado, saludó.

—¡Abril! ¿Cómo está tu padre?

La tez de porcelana de su rostro contrastaba con la ronca aspereza de su voz.

—Uff, bien, pero no me hables —dijo Abril. Tomó una lata de lubricante del expositor, y comprobó la etiqueta del precio—. ¿Sabes que ha vuelto a hacerlo otra vez?

—Me enteré por ahí. ¿Has encontrado ya la Vanette?

—No. Tendré que salir a buscarla a pie, ¿qué te parece? A Víctor se le ha estropeado su coche —dijo, señalándome por toda presentación—. Laura es la mujer de Poli.

—Encantado —dije.

Laura me tendió una mano de blandura infantil. Aún debía de estar de pocos meses; debajo de la camiseta, su tripa era como una leve hinchazón.

—¿Qué te ha pasado en la boca? —me preguntó.

—Eh... Oh... Bueno, es un poco largo de contar —contesté.

—¿Has venido a esquiar?

—No, no. Yo...

—Pues aquí todo el mundo viene a eso.

—Ah, pues... yo no. Soy agente de ventas.

Me miró con curiosidad. Luego miró a Abril.

—¿Agente de ventas?

—Sí, ha venido a revisar nuestra calefacción —dijo Abril, dejando la lata en su sitio—. ¿Dónde está Poli?

—Oh, aún no ha vuelto de Daitona. Estará aquí pasado mañana.

—Vaya, eso sí que es una contrariedad, Víctor.

—¿Estás alojado en San Antonio o qué? —preguntó Laura.

Abril contestó a su amiga antes de que pudiera hacerlo yo.

—Iba a hacerlo esta mañana —se mordió una uña—, pero me parece que en vista de los acontecimientos...

—Sí —corroboró su amiga.

Tenía la extraña impresión de que las dos estaban recitando un diálogo aprendido de antemano.

Laura sugirió con despreocupación:

—Tal vez podría quedarse en casa de la señora Lebón.

Abril rodeó el mostrador, y se apostó junto a ella.

—¿En casa de Julia? —dijo. Me miró arrugando la nariz—. Bueno, si te gusta el olor a vaca...

—¿Olor a vaca? —Me inquieté.

—Vamos, Abril, no huele tanto. Verás Víctor, Julia tuvo una vaquería, pero estaba en la parte de atrás de su casa. Oye, ¿y qué vendes? ¿Radiadores o algo así?

—Bueno —dije—, no. Básicamente lo que vendo son diseños integrales.

—Aunque lo peor son las pulgas —intervino Abril.

—Un momento —dije—. ¿Pulgas?

—Eres muy exagerada, Abril. Hace ya tiempo que Julia arregló ese lugar. Las vacas ahora viven lejos. Quizá podrías venderme un radiador para la tienda a buen precio, Víctor. Aquí paso mucho frío.

—¿Umm? Oh no, no vendemos...

—¿Exagerada? Prácticamente puedes oírlos roncar, cielo. Me lo ha dicho mi padre.

—Caramba, no lo sabía —dijo la otra, forzando una mueca de asombro—. Lo mejor sería, entonces, que se quedase en tu casa, ¿no crees, Abril?

Las dos me miraron inquisitivamente.

—Víctor, ¿te encuentras bien?

—Te estás poniendo azul.

—Pues...

Del hueco de mi encía se elevó un punzante espasmo que acabó incrustándose en mi sien.

—Si no hay otro sitio... —dije llevándome una mano a la cabeza—. Esto... yo... no quisiera molestar pero... ah... no me encuentro muy bien.

Desde mi cama en la habitación de los ositos, podía oír entre sueños el ruido de la caldera. Era como pasar en coche con las ventanillas bajadas junto a las tablas de un cercado. «Tum, silencio, tum, silencio, tum...». Sentía la cabeza abombada. Abril y Laura me habían traído desde la tienda de repuestos, después de que estuviera a punto de caer redondo a sus pies.

Me incorporé. Una náusea ascendió con rapidez desde mi estómago, se detuvo en mi garganta y pasó de largo hacia mi cabeza. En efecto, el ruido parecía provenir del almacén. Abril había dicho que ambos compartían el sistema de calefacción. Probablemente allí estuviese la acometida del gas. Las tuberías se ramificarían después hacia el resto de la casa. Unas tuberías viejas, viejísimas, podía imaginarlo. No podía pensar con claridad, seguramente a causa del calmante. Me llevé la mano a la frente: estaba ardiendo.

Para cuando llegó la hora de la comida, mis sábanas eran un amasijo empapado. Me pareció que Abril entraba en el cuarto con una bandeja. La radio sonaba en la cocina. «Se espera un descenso de las temperaturas y posibilidad de nevadas en toda la región», dijo la voz de un locutor.

—Tómate esta sopa, Víctor; te hará bien.

Apoyó la bandeja en la mesita junto a mí.

—La radio —balbuceé—. ¿Ha dicho que va a nevar?

—Seguro, aquí es normal —dijo casi en un susurro. Me ayudó a incorporarme, y se sentó en el borde del colchón—. He avisado al médico. Estará aquí en cuanto regrese de Bossost.

—Umm. Esa caldera me preocupa.

—Ahora no —dijo ella—. Vamos, sorbe a través de esta pajita, Víctor. Así, ya verás que bien.

Me la metió en la boca sin que me diera tiempo a rechistar. La sopa estaba tan caliente que no me supo a nada. Como si contuviese alguna droga, al menos al momento me adormeció.

—Cuando era pequeña quería ser bailarina. Fui a clases de *ballet*, ¿sabes? Era durísimo. Pasabas horas y horas entrenando frente al espejo, caminando sobre las puntas de los pies y siempre con los brazos lánguidos, así. Menos mal que era delgada —resopló—, las chicas gorditas lo pasaban fatal. Un día, la profesora le dijo a mi madre que tenía talento y físico, pero que me faltaba disciplina. «Sin disciplina no llegará nunca muy lejos». A mi madre le faltó tiempo para sacarme de allí. Faltaría más; a ella no le gustaba que nadie le pusiera impedimentos. Tampoco ella era muy disciplinada, pero mira si ha llegado lejos, hasta Francia, figúrate. Entonces me matriculó en patinaje. Soy muy buena patinadora, ¿sabes?

Abril estaba sentada en una silla a los pies de la cama, mirando al horizonte de la habitación. El médico se retrasaba, y me había preparado una bebida a base de zumo frío de frutas para que me bajase la fiebre. Al primer sorbo di un alarido; la boca me ardió.

—Quizá no debí añadirle jugo de pomelo —dijo arrebatándomelo, y saliendo de la habitación.

Me estremecí. Había sudado a chorros y ahora tenía frío. No estaba bien. Me tapé con la manta hasta la nariz, dando diente con diente. Abril apareció de nuevo con otro vaso de zumo. Esta vez no me atreví a beber.

—A lo mejor te extraña que una chica de pueblo como yo pueda ser una artista —dijo—. Te extraña. ¿Verdad que te extraña? Pero es cierto, fui campeona regional. Me quedé en los cuartos de final porque ya era demasiado mayor. No es que sea vieja, no creas, sólo tengo veintiséis. Lo que pasa es que para estas cosas enseguida te consideran vieja.

Volvió a sentarse. Un relámpago iluminó la penumbra del cuarto, y fue seguido de un lejano restañar. Hecho un ovillo bajo las mantas, me esforcé en no tiritar.

—Estuve en muchos sitios mientras competía. También hacíamos exhibiciones. En una de ellas conocí a Rai. No tardé ni dos segundos en enamorarme de él, por su uniforme. ¿Te imaginas, enamorarse de alguien por su uniforme? Qué cosa más idiota de mujer. Todos esos botoncitos dorados, esas hombreras, esas botas de aspecto marcial. Te aseguro que son la cosa más engañosa del mundo —sacudió la cabeza con pesar—. Un chico puede esconderse tras ellas y ser completamente distinto a la bonita idea que te has formado de él. Nos casamos antes de que yo acabara de estudiar, y entonces lo dejé.

Había cogido una muñeca y la hacía saltar en sus rodillas, al ritmo de la conversación. Traté de cerrar los ojos y no oírla.

—¿Nunca has pensado en vivir en otro sitio? —me preguntó—. Yo sí. Me gustaría vivir en la Provenza. ¿Te preguntarás por qué, verdad? Yo también, si ni siquiera hablo idiomas, pero me gusta cómo suena: «la Provenza». Mi madre me mandó una postal desde allí en cierta ocasión. Pero mientras tanto, aquí estoy —suspiró—. Lo bueno de vivir en el campo es lo saludable que es. No lo creerás, pero hace años estuve enferma de los bronquios. Fumaba mucho, ¿sabes? Y un día, el médico de Bossost me dijo que si apreciaba mi vida, más me valía dejarlo. Así que lo dejé. Bueno, ¿te tomas ese zumo o qué?

La miré sobresaltado.

—Es que... estoy empezando a tener sueño, ¿sabes?

Se levantó de la silla y alcanzó el vaso con un movimiento sutil. Tuve una imagen de ella ejecutando un delicado paso de baile sobre la pista de hielo.

—Siento ser un estorbo —balbuceé. Intenté incorporarme—. Si pudiera levantarme, quizás...

—¡De ninguna manera! —me ordenó. Se sentó en la cama y, con la mano libre, me obligó a recostarme otra vez—. Tienes mucha fiebre, y lo único que harías es ponerte peor. Lo digo por experiencia, de verdad. ¿Ves esta cicatriz que tengo en el mentón? Bueno, con esta luz casi no se nota. Es muy pequeña, ¿la ves? Justo en el mentón. Una vez me caí patinando y me rocé con la cuchilla de mi propio patín. Un rocecito nada más, ¿te imaginas lo afiladas que están? El caso es que no me dio la gana ir a Bossost a que me dieran puntos. «Ah, no, para que luego me quede una de esas horribles barbillas con costura tipo bruja», le dije a Rai. Y ya ves, fue justamente peor, porque la piel se juntó mal. Como cuando unes los bordes de esas tiras de césped. ¡Oh, aún se nota un montón!

Se acercó un poco más.

—Toca.

Carraspeé.

—Justo aquí.

Agarró mi mano por el pulpejo, y ella misma la guió. Tenía la piel suave y cálida, como la de un bebé.

—¿Lo notas? —preguntó con una sonrisa expectante.

La aparté de inmediato. Un trueno restalló cerca y durante unos segundos, el relámpago iluminó de nuevo la habitación.

Entre las cinco y las siete pasé soñando lo que me pareció una eternidad. Sueños absurdos, incomprensibles. Me vi en el supermercado de la calle Duran. Después, sin ninguna transición, aparecí en lo alto de una torre esgrimiendo uno de esos desatascadores de goma para las tuberías. Roberta me apuntaba con un arma. Mientras me encañonaba, Abril aparecía y se colocaba entre los dos. «No se deje engañar», decía Roberta, «esta es sólo una pelandusca que anda detrás de su dinero».

«Pero si yo no tengo dinero», decía yo. Entonces Abril me tomaba de la mano y tiraba de mí por una escalera oscura hasta un polvoriento cuartito donde había un colchón. A continuación empezaba a desnudarse. Mientras yo apartaba la vista hacia otro lado, su voz áspera y modulada me susurró: «Te gustará, ya verás».

Me desperté excitado. Cambié de postura en la cama, y me arrebujé entre las mantas con horror.

El doctor se presentó a las ocho. Más que un médico parecía un agricultor. Llevaba una camisa remangada con los botones de arriba desabrochados, dejando al descubierto una tupida mata de vello y un medallón de oro. Abril le trataba con familiaridad. Mientras me ponía el termómetro, le explicó lo que había venido a hacer allí, cómo había aparecido justo a tiempo de llevar a su padre al hospital, la buena noche que había pasado para, por la mañana, mientras hacíamos un recado, volverme a marear.

—Tuve que meterle en la cama otra vez.

El doctor me lanzó una significativa mirada.

—¿Le duele mucho?

—Sólo cuanto respiro —contesté con sarcasmo mientras me dejaba examinar.

Prescribió descanso, un calmante más fuerte, y un drenaje para mantener seca la herida.

Abril salió a buscarlo a la farmacia. Cuando estuvo de vuelta (toda paquetes y determinación), reanudó la conversación donde la había dejado.

—Los primeros meses de casados sí que fuimos felices —comentó. Me introdujo una cánula en la boca, y se quedó sentada a mi lado sosteniéndola—. El día de mi veinte cumpleaños me llevó con los ojos vendados en un *jeep* del ejército hasta una especie de cabaña situada en la ladera sur. Era donde iban a hacer sus prácticas de tiro. Aquella noche no había nadie. Rai hizo un fuego en la chimenea, sacó champán y un par de filetes de la nevera y cocinó para mí, ¿te imaginas?

Me revolví un poco en la cama. Sentía los músculos del trasero adormecidos; hubiera querido ponerme en pie. Abril se cambió de mano la cánula, pero no dejó de hablar.

—El primer año de casados fue muy romántico. Me traía flores cada vez que se cumplía un mes de nuestro aniversario de boda. A lo mejor era tarde y yo estaba en la cama esperando que llegase (eso sí, siempre fue muy golfo), y de pronto, cuando ya estaba que me caía de sueño, entraba tan campante en la habitación. Y claro, ¿cómo me iba a enfadar con él, si me había traído flores? Cualquiera sabe de dónde las sacaría a esas horas de la noche, mejor no saberlo. Hasta que nació Daniel, vivimos una época de idilio —sacudió la cabeza, y suspiró—. Supongo que entonces yo aún era una extraña para él.

La cánula me presionaba en la campanilla; estaba a punto de vomitar. Me la saqué

de la boca, y dije.

—No sé por qué iba a gustarle a nadie convivir con una extraña.

No es que me interesasen los pormenores de su vida conyugal, es que se me escapaba su lógica. Por otra parte, necesitaba respirar.

Abril se encogió de hombros:

—Pues, por el misterio, supongo.

—¿El misterio?

—Para él yo era ya como un viejo par de zapatillas.

—Pues no veo qué hay de malo —repliqué mientras le arrebatava la cánula, antes de que volviera a metérmela en la boca otra vez—. No hay nada tan comfortable como un viejo par de zapatillas completamente amoldadas a la forma del pie.

—Ya —dijo ella—. Pero uno no se las pone para ir a una fiesta.

Después se observó distraídamente una uña, y chasqueó la lengua.

—¡Vaya! Si se me rompe otra vez me muero.

Un viejo par de zapatillas. ¿Me habría convertido yo en eso para Diana? ¿Sería posible que hubiese preferido el lustrado par de zapatos del doctor —nuevos, sí, pero anticuados y ridículos—, para ir a esa fiesta de la que hablaba Abril?

En un alarde de valentía me levanté de la cama, y me dirigí al ventanal. El Chrysler seguía en el mismo sitio que el día anterior. Un borrón rojo sin brillo, con las ruedas enterradas bajo un palmo de agua, chorreando gotitas de cada espejo retrovisor.

¿Por qué la gente le daría tanta importancia a la novedad? ¿No éramos felices Diana y yo sabiendo tanto el uno del otro? Porque yo sí, desde luego. Yo era feliz. A veces, sólo por un destello en su mirada ya sabía que iba a decirme algo. «¿Qué?», le preguntaba entonces, antes de que tuviese tiempo de hablar. Diana protestaba, pero yo sabía que eso formaba parte del juego. ¿O no había sido así?

Contemplé la triste perspectiva que se extendía ante mí. La calle Salvación surcada por senderos trazados sobre el barro, toda su anchura gris. Las ramas negras de los árboles agitadas por el viento, que silbaba quejumbroso al transponer los estrechos callejones de las casas. Aun suponiendo que me hubiese convertido para ella en ese indeseable par de zapatillas, ¿por qué no decírmelo, caray? ¿Por qué no darme la oportunidad de cambiar?

Derrotado, me dejé caer de nuevo sobre el montón de sábanas.

—Cuando Dani no está en casa no suelo cocinar —dijo Abril—. Pero me gusta, no pienses que lo hago sólo por ti. Lo que pasa es que de momento no he tenido la motivación adecuada. A Rai no le gustaba nada de lo que le hacía yo. Decía que todo le sabía tan soso como si mordiese una bayeta. Una bayeta, ¿te figuras cómo me hacía sentir eso? Y mi padre nunca come aquí.

Se había sentado en el borde de una desvencijada butaca frente a mí, al otro lado

de la cama. Para cenar, había preparado un plato al que llamó «miscelánea». Me sorprendió que una mujer como ella conociera el significado de una palabra así. Luego comprendí por qué. «Miscelánea» eran las sobras de otros días mezcladas con un sobre de puré. Sabía a rayos.

—Rai era oficial de la Marina, te lo he dicho, ¿no? —me interrogó—. Así que siempre estaba por ahí. Supongo que por eso no me tomé muchas molestias en aprender a cocinar. ¿No te parece lógico? Y esa es otra, claro, que hoy en día las mujeres ya no sabemos cocinar. Bueno, supongo que tú ya sabrás cómo son estas cosas, ¿verdad?

—¿Umm? —pregunté. ¿Me estaba hablando en un idioma inteligente? Me saqué un grumo de la boca y le pregunté—. ¿Podría beber un poco de agua?

—Claro. Ahora mismo te la traigo.

Cuando acabamos, intenté ayudarla a poner los platos otra vez en la bandeja, pero ella levantó una mano y me objetó:

—De ninguna manera. Puede que a tu mujer le guste, Víctor, pero aquí no es necesario que lo hagas.

¿Había dicho «mi mujer»? Sí, lo había dicho. ¿Habría mencionado a Diana sin darme cuenta? Cielos, quizás había estado delirando.

—A mi modo de ver —continuó— el mayor problema de hoy en día es la vorágine de vida que llevamos, ¿no te parece? Toma, por ejemplo, mi caso. No es fácil dirigir el almacén, me ocupa muchísimo tiempo. A veces he de llevar pedidos a otros pueblos y tardo una eternidad. Claro, en esa camioneta tan vieja, tú me dirás. Luego tengo que recoger a Dani en el colegio, ayudarla con los deberes, bañarla... Y eso cuando no está resfriada, porque cuando está resfriada, fiuuu —silbó—, reza para que la caldera no se pare, o de lo contrario, además, me tocará salir a por leña al chiscón.

Aprovechando que sacaba el tema, dije:

—Con respecto a esa caldera...

—Si viviera con alguien sería distinto —me interrumpió—. ¿No te parece?

—Bueno...

—Mi padre no cuenta, porque siempre está en casa de Julia. Me refiero más bien a una pareja, ya sabes. En fin —suspiró—, yo no hago más que hablar de mí, y aún no te he preguntado por tu familia.

—No tengo familia —contesté.

—Ah. ¿Entonces no estás casado?

—¿Cómo? Oh, bueno... Sí. Quiero decir que..., ya no. Oye, con respecto a esa caldera...

—¡Vaya! Bienvenido al club.

Durante toda la noche, las palabras de Abril siguieron sonando en mi cerebro

como el eco de la música tras una tarde de verbena: «Si viviera con alguien sería distinto». «Mi problema es que no he tenido auténtica motivación». «Nadie usa un viejo par de zapatillas para ir a una fiesta». «¡Bienvenido al club!». Acabé por desvelarme. La encía me palpitaba enloquecidamente; me pregunté si me estaría poniendo peor. Tal vez ese médico de pueblo había pasado algo por alto. Puede que Abril me hubiese infectado la herida con sus pinzas para depilar. Me imaginé a mí mismo ingresando en un hospital de verdad para que me operasen la cara. Quizá el nervio óptico quedase afectado y yo perdiese la visión. Diana, al saberlo, regresaría a casa.

«¡Víctor! ¡Estás ciego!». Yo le diría: «¿Has visto en qué me he convertido por haberte marchado?».

O tal vez: «Debí hacerte caso y hacer ese viaje en tren».

Alzaría una mano temblorosa para tocarla y Diana la agarraría con firmeza. Con lágrimas en los ojos. Y yo no la soltaría nunca más.

El ruido de la caldera se hizo más intenso y me estremecí. ¿Cómo podía pensar siquiera en algo tan morboso como quedarme ciego? Debía de estar delirando. La culpa la tenía la incesante charla de esa mujer. ¿A qué clase de club me había dado la bienvenida exactamente? No creía haberle dicho que me hubiese divorciado. Porque, en realidad, no lo estaba. Y ni siquiera era seguro que lo fuese a estar.

Me levanté y acerqué una silla al radiador. Estaba frío. Diana jamás se habría portado así con un extraño. Era cauta y discreta. A veces, demasiado. Tuve una visión de ella entrando en la cocina de nuestra casa. Me estaba riñendo por haberme olvidado de nuevo de comprar las dos *baguettes* que me encargó. Lo cierto es que últimamente me había vuelto un poco olvidadizo. «No sé qué te pasa, Víctor. No quiero ni pensar en cómo te las arreglarías si tuvieses que responsabilizarte de... de alguien más». ¿Alguien más? Por aquella época, solía comunicarme las cosas por medio de enrevesadísimas metáforas: «No se puede ser siempre una mariposa dentro de la crisálida». O: «Eso, esconde la cabeza como un avestruz». Antes de oírla decir más, volví a la cama. Pero al rebujarme entre las mantas, su voz insistente me volvió a azuzar. «Explícame por qué motivo no quieres que tengamos un bebé», me instó. «¡Oh, Diana!». Y volví a explicárselo de nuevo: «Están los impedimentos económicos, y los logísticos... Pero ¡ahora que me acuerdo! ¡Si yo te dije que lo tuviésemos!». Diana sacudió la cabeza y desapareció.

De madrugada me despertó un ruido de golpes. El sonido procedía de la otra habitación. Avancé a tientas por el pasillo, a esa hora, sumido en una profunda oscuridad. Las baldosas estaban tan frías que al pisarlas se me cortó la respiración. La ventana de Abril estaba abierta, golpeando contra el cerco. No tenía intención de entrar ahí, desde luego. Sin embargo, una lluvia finísima, como polvo microscópico, estaba cayendo dentro de su habitación. Ella estaba tendida en su cama boca abajo; un barullo de sábanas se enredaba en sus pies. Pensé que así iba a morir congelada. Crucé la alcoba con sigilo, y cerré deprisa la ventana. Ella dio un respingo, pero por

fortuna no me vio.

Los calmantes hicieron su efecto, y a la mañana siguiente me levanté despejado y sin fiebre. Sólo sentía un lejano zumbido en la cabeza, como si llevara dentro un reloj.

Cuando entré en la cocina, Abril tenía visita. Demasiado tarde para retroceder.

—¡Vaya, ésta sí que es buena! —exclamó cuando me vio. Pensé que me iba a regañar—. ¿Te puedes creer que mi padre se ha llevado las llaves del almacén?

La casera del padre de Abril, la señora Lebón, la miraba frunciendo el ceño. Era una mujer menuda de aspecto pulcro. Había venido a traer noticias de las llaves. Cuando Abril había ido a buscarlas por la mañana a fin de poder abrir el almacén, se había encontrado con que no estaban por ninguna parte. Se había puesto tan nerviosa que hasta había telefonado a Toulouse, al padre de su hija, para preguntarle a la niña si se las había llevado. Pero padre e hija ya no estaban y, además, ¿para qué se las iba a haber llevado Daniel? Más tarde, se le ocurrió pedirle a la casera de su padre que registrara su habitación, lo cual la anciana había hecho con infinitos reparos. Abril me relató todo esto sin reparar en que ni siquiera nos había presentado aún.

La señora Lebón sujetó con remilgo el asa de su taza de café, y me envolvió en una mirada curiosa.

—Ah, este es Víctor, Julia —dijo Abril.

—¿Cómo está usted? —saludé.

—He buscado en todos sus cajones —me explicó la anciana—, pero nada. Y por Dios, Abril, espero que nunca llegue a oídos de tu padre que he andado entre sus cosas. Es muy celoso de su intimidad.

—¡Demonio de hombre! —se lamentó Abril—. ¿De qué piensa que vamos a vivir si no puedo abrir la tienda, se puede saber? —Puso los ojos en blanco, y suspiró—. Ahora no podré enseñarle la caldera a Víctor, ¿lo entiende, Julia? A menos que echemos la puerta abajo.

La señora Lebón recibió la noticia con sumo interés. Dijo:

—Si este muchacho quiere ver una caldera, yo puedo enseñarle la mía, no es problema.

Abril la miró malhumorada.

—Víctor trabaja para Calor de Hogar, Julia.

—¿Calor de qué?

—La empresa de calefacción —y levantando un poco más la voz—. Es vendedor. Ha venido a revisar mi caldera. Para arreglarla, ¿comprende? Es decir, si mi padre nos deja.

La anciana me contempló de arriba abajo.

—¿Un vendedor? —dijo con reticencia—. Pensé que era de la familia, como no lleva calcetines...

Mi cara enrojeció. Oculté puerilmente un zapato tras el otro. Abril se apoyó en la encimera abrazando su taza de café. Por debajo del albornoz asomaba una pierna del grosor de un palito que acababa en un grueso calcetín con la punta medio introducida dentro de una chinela. Pensé que debíamos de estar ofreciéndole a la anciana una imagen equívocamente familiar.

—No me extrañaría que quisieras irte, Víctor —se lamentó Abril—. Debes de estar harto de este pueblo. Y de mí.

Era justo lo que habría hecho... de haber podido, pensé. Pero no podía, así que dije:

—Está bien, no te preocupes. Llamaré a mi jefe y le diré que estaré aquí un par de días más. No creo que haya problema —mentí. Sabía de sobra que Agar pondría el grito en el cielo, aunque al fin y al cabo el muy mezquino se estuviese ahorrando el dinero de las dietas y el hotel.

El cuerpo de Abril hizo un súbito movimiento de rotación en dirección a mí.

—¡Ah, eso sería estupendo! ¿Te apetece primero una taza de café?

Me volví de mala gana.

—Lo mejor será que telefonee enseguida.

—Claro —sacudió el cestillo de los cruasanes llenando el aire de miguitas—. El teléfono está en el recibidor.

Cuando salía, la señora Lebón murmuró:

—No deberías dejar que los muchachos entren y salgan de tu casa con tanta familiaridad, Abril. Y respecto a eso de hacerme fisgar... ¡Si me pregunta, pienso decirle que me obligaste! Ya sabes que tu padre me tiene mucho afecto.

—Está bien, Julia. Cómase un cruasán.

El teléfono era un modelo anticuado rodeado de docenas de pequeños dioses de cristal. Los aparté para descolgar. Con un hombro apoyado en la pared y el cuerpo algo vencido, marqué el número.

Al oír la voz de Agar, me enderecé.

—Carlos, aquí Víctor. ¿Cómo estás?

—¿Víctor? —Su voz sonó muy lejana y llena de ruido residual—. ¿Por qué no has llamado antes?

—He estado un poco ocupado. Tuve algunos... contratiempos.

—¿Contratiempos, dices? —Agar hizo una pausa para encender un puro, y continuó—. Ya. Pero dime, ¿cómo están las cosas?

—Estupendas, Carlos, las cosas van bien.

—Porque el asunto debería estar ya prácticamente solucionado.

—Lo está, lo está, pero... —Tragué saliva—. Bueno, voy a necesitar un poco más de tiempo, Carlos.

—¿Cómo que más tiempo? —Oí cómo se incorporaba en su sillón—. Oye, Víctor...

—Verás, Carlos —me apresuré a decir—, es que el padre de Abril ha sufrido un

accidente. Ahora está en el hospital y aún tardará uno o dos días más en salir.

—¿El padre de Abril?

—Sí, ese hombre, el señor Ros. No va a resultar fácil convencerle de cambiar la calefacción, Carlos. Está un poco, cómo diría... —Bajé la voz— senil.

—Qué dices, Víctor; no te oigo. ¿Has revisado ya la instalación?

—No he podido —enrosqué un dedo en el cable telefónico—. Se ha llevado las llaves con él.

—¿Quieres explicarme *quién* demonios se ha llevado *qué* llaves, Víctor?

Me aparté hacia la ventana. Estaba empezando a llover. Un mosaico de gotitas suspendidas formaba una suerte de mapa indescifrable en el cristal. (¿El del rumbo que los acontecimientos estaban tomando para mí?).

—Es muy sencillo, Carlos, te lo explicaré.

A continuación, le hice un resumen de las últimas horas: la vieja caldera del sótano que se paraba continuamente, el almacén de la parte de atrás, los resfriados de la niña que tenía nombre de muchacho, y la decisión de Abril de arreglar la calefacción. Por último, el accidente de su padre.

—Lo malo es que el viejo se ha llevado las llaves, por eso todavía no he podido ver la instalación. Pero quizás le den el alta mañana —bajé de nuevo la voz—. Es cosa de poco, Carlos, para mí que fue una borrachera.

—Una borrachera, ¿eh? —repitió Agar—. Está bien, Víctor, no quiero que me cuentes los detalles, ¿de acuerdo? Habla con la hija, entonces.

—Lo malo es que su hija... —Hice pantalla con la mano sobre el auricular—, su hija tampoco es muy sensata, Carlos. No sé, he pensado que ofreciéndoles un descuento quizá...

—¿Un descuento? —bramó.

De ninguna manera, ¿es que me había vuelto loco? Y más valía que hiciera las cosas bien para variar, ¿o tenía que explicarme otra vez cómo demonios había que llevar a cabo una venta?

Miré con cansancio la ventana mientras me preparaba para oír nuevamente el inevitable decálogo del vendedor. *Destilar autoridad, mostrarse agresivo, no dar bajo ningún concepto muestras de necesidad...* «Claro», asentí. En la calle, la lluvia arreciaba. *Dosis adecuadas de persuasión, explotar el atractivo, localizar los puntos flacos del comprador...* «Por supuesto, Agar». Unos niños, con las capuchas de sus raídos chaquetones subidas, pasaron empujando en un carrito un viejo televisor.

Al finalizar, Agar añadió:

—No demuestres debilidad, Víctor.

¿Debilidad?, pensé. Debería decirle: «Oye, me han arrancado un diente, vomitado en mi coche —que ahora se oxida bajo capas de agua y suciedad—, y ni siquiera estoy alojado en un hotel como Dios manda. Por el contrario, duermo en una agobiante habitación decorada con ositos, en una casa sin calefacción, y acosado por una mujer verborreica que no sé qué demonios pretende de mí. ¿Te parece suficiente

valor para un solo viaje?».

Pero lo que dije fue:

—No te preocupes por nada, Carlos. Cuenta con esa venta, de verdad.

Y colgué. Por un momento sentí pánico. Permanecí un instante agarrado al teléfono, mareado. ¿Y si no lograba esa venta? ¿Y si Agar me despedía de Calor de Hogar? ¿Y si Diana, enterada de lo inútil que me había vuelto sin ella, decidía marcharse para siempre y no regresar jamás?

Una llave giró en la cerradura, y me enderecé. La puerta de entrada se abrió y la luz de la calle iluminó de lleno el vestíbulo. Una pequeña silueta quedó recortada contra el exterior.

—¡Pero mira quién ha regresado! —dijo Abril saliendo de la cocina como una exhalación.

Se arrodilló en el suelo, y la abrazó.

—¿Cómo ha ido el viaje, cariño?

—Papá no podía quedarse —dijo una voz de pito.

Era *la* niña. Su cara, una rolliza distribución de mofletes y hoyuelos, orlados por una escarolada mata de pelo rubio, tenía la forma de un corazón. Salvo por las gafas, de pasta rosa, parecía un muchachote. Iba embutida en un neumático plumas que le daba el aspecto de una bola de algodón, de donde sobresalían las recias manoplas y el gorro.

—Saluda a Víctor, Dani —dijo Abril—. Ha venido a arreglar la calefacción.

La niña me apuntó con sus ojillos.

—¿Qué tal? —dije. ¿Qué podía decirsele a una niña de su edad? Volví a mirar hacia arriba, y carraspeé—. Qué mona.

—Ay, estarás agotadita del viaje, ¿verdad? —Se azoró Abril—. Seguro que tu padre no ha parado ni una sola vez para que pudieses hacer pis. Anda, vamos a desayunar.

Daniel salió a la puerta de la calle y empujó dentro de la casa un macuto.

—Deja que, te ayude —me adelanté.

No contestó. Pero dejó que yo tirase de su equipaje mientras ella me seguía a un par de pasos de distancia. Su madre se aproximó para quitarle el abrigo y a continuación la tomó en sus brazos como si se tratase de un bebé.

VII

ME costaba imaginarme todo el día junto a esa niña. ¿Qué demonios se suponía que íbamos a hacer, ver la tele hasta la hora de acostarnos?

Aprovechando que habían salido, recorrí la casa palpando las paredes. Rastree una grieta. Perseguí el ruido de la caldera por las tuberías, atisbando el gorgoteo del agua a través de los conductos de la calefacción. El pasillo terminaba en una vieja puerta. La cerradura estaba casi desatornillada, y por el resquicio se filtraba un sordo y estremecedor zumbido. Me arrodillé y pegué la nariz a la hoja, pero no alcancé a distinguir otra cosa que un intenso olor a moho. Cada vez estaba más convencido de que aquello corría auténtico peligro de reventar. Tenía ganas de decirle a Abril: «¿No te lo dije? La instalación está fatal». Hacer que me escuchara sería otra cosa.

¡Ah, no podía creer que tuvieran tan sólo una llave del dichoso almacén! Si al menos el Chrysler funcionase para ir a recuperarla al hospital.

Por la tarde salí con mi portafolios en busca de Abril. Si no podía revisar la caldera, por lo menos podría ir tomando nota de sus datos. Estaba en la cocina preparando algo en el fogón. El aire picaba y olía a quemado.

—¡Ah, aquí estás! —dijo, animosamente. Llevaba pantalones vaqueros y camiseta de algodón. Parecía el miembro de un club juvenil.

—¿Se está quemando algo? —pregunté.

—Es repollo —dijo—. ¿Te gusta el repollo?

—Bueno, mira, me gustaría que echases un vistazo a estos papeles, Abril. Ya que no puedo trabajar en el presupuesto hasta ver el almacén, al menos podría ir rellenando tus datos personales.

—Claro —dijo ella.

Se secó las manos, y nos sentamos a la mesa. Desplegué los formularios, y miré a mi alrededor.

—¿Dónde está... tu hija? —pregunté.

—Oh, anda por ahí —contestó vagamente, pero justamente entonces la niña apareció en la cocina arrastrando un viejo neumático de bicicleta tras de sí.

—Se trata tan sólo de poner tu nombre aquí y allá —señalé, pero ya no me prestaba atención.

—¿Se puede saber de dónde has sacado esa inmundicia? —la regañó—. ¿Otra vez descalza?

Daniel avanzó otro paso y me examinó con una mezcla de curiosidad y recelo. Dos incisivos apuntaban sobre su labio inferior. Llevaba una sudadera del conejo Bugs Bunny algo desgastada y no muy limpia, puesta del revés.

—Mis zapatillas están en el armario —le dijo a su madre en tono criticón. Tenía un defecto en el habla que le hacía pronunciar las erres con un ligero acento gutural.

—Ay, es verdad —dijo Abril.

Y salió de la cocina dejándonos solos.

Callé por un rato. Ella me estudiaba en silencio. Sonreí. Alineé mis papeles. Crucé una pierna sobre otra. En un alarde de psicología infantil, le pregunté:

—¿Qué tal el viaje?

—Bien.

Colgó el neumático en el respaldo de una silla, y se sentó.

—Tengo una rana —dijo.

—Ah.

Abril, que entraba en la cocina en ese instante, replicó:

—Dani, te he dicho millones de veces que no mezcles las zapatillas de verano y las de invierno. Después no hay forma de encontrarlas.

—Yo no he sido.

—No me repliques.

—Jo.

Se arrodilló en el suelo, y la calzó. Yo me di un tironcito en las mangas y traté de conducirme como si en aquella habitación todos fuésemos adultos.

—Si te parece —le dije a Abril—, yo mismo puedo ir rellenando los huecos por ti. Veamos...

Como si no me hubiese escuchado, meneó la cabeza:

—Ay, no sé si sabes lo que son los niños a esta edad —se lamentó. A continuación se dirigió a la encimera, donde había un frasquito de esmalte de uñas y una bolsa grande de algodón, y me miró inquisitivamente—. Quiero decir que, de más mayores se hacen más razonables, ¿no?

—Emm... pues, supongo que sí.

—Dani cumplirá los ocho el mes que viene —añadió. La cocina era ahora una mezcla de olor a repollo y a barniz—. Pero es una niña muy despierta. Sabe muy bien lo que es entretenerse sola, ¿verdad?

La niña miró a su madre con expresión aburrida. Después se dirigió a mí.

—¿Sabes jugar a las cartas? —me preguntó.

Levanté la cabeza del papel.

—Bueno... algún juego, sí.

—¿Conoces el solitario de los cuatro palos?

—Em... no, no lo creo —carraspeé. Recogí mi bolígrafo y lancé una mirada de auxilio a Abril—. Necesito saber tu nombre completo y... a ver... tu número del carné de identidad.

Abril se repasó una uña con el pincel.

—¿Mi número del carné de identidad? Espera un... —Se mordió la punta de la lengua—. ¡Mecachis, ya me he salido!

—Si quieres, te lo puedo enseñar —insistió Daniel.

—¿Perdón?

En ese instante, Laura entró en la cocina cargada con bolsas de la compra. Me

echó un rápido vistazo, y fue a darle un beso a Daniel. La niña apartó la cara y se dirigió mohína al frigorífico, de donde sacó una botella de cola.

—Hola, Víctor —dijo Laura, con su aguardentosa voz—. Ya veo que sigues por aquí. Has hecho muy bien, créeme. ¿Cómo estás?

—Ah. Eh. Estoy... bien.

—¿Qué hacíais? —Se quitó el abrigo, y se sentó—. ¿Os he interrumpido?

—Qué va —intervino Abril, concentrada en frotarse una uña con una bola de algodón—. Dani, no se te ocurra beber de la botella, coge un vaso —ordenó a su hija—. Víctor me estaba tomando los datos.

—¿De verdad? —preguntó Laura, arrastrando innecesariamente las sílabas.

—Sólo estábamos rellenando la hoja de pedido —aclaré—, nada más. Aún no he podido revisar la instalación así que...

—Ah sí, la calefacción —dijo, perdiendo interés—. ¿Cómo ha ido el viaje?

Laura le preguntaba a Abril, sin embargo, siguió con la vista a su hija mientras ésta se encaramaba a una silla para coger un vaso del estante superior. Aún así, tuvo que alzarse sobre las puntas de sus pies. Nadie la ayudó.

—Imagínate —dijo Abril—. Ha vuelto tosiendo, y más rebelde.

Laura sacudió la cabeza.

—Hombres... —murmuró.

Me moví incómodo en mi silla.

—Quizá es mejor que dejemos esto para luego —le dije a Abril.

—¡Oh, no! —dijo ella—. ¿Qué me habías preguntado? Ah, sí. Abril Ros. 05423002.

Tomé nota de ello y lo escribí en el formulario.

—¿Algo más? —preguntó, mientras se soplabá los dedos.

«Sí, ¿qué más?», parecía inquirir la fisgona expresión de Laura.

—Profesión —leí. Levanté la cabeza—. Bueno, esto es por si tuvieses algún empleo. Quiero decir, aparte de lo del almacén.

—Anda, claro —contestó con resolución—. Llevo las cuentas en la cafetería de la estación de esquí.

—¿Las cuentas?

El teléfono sonó. Abril salió de la cocina, y tras un momento de vacilación, apunté: contable. ¿Contable? Regresó al instante.

—Vaya, ¿qué diríais que ha pasado? Se me ha chafado otra uña al descolgar. Mierda. Víctor, es para ti.

—¿Para mí? —me extrañé—. Pero si nadie sabe que estoy aquí aparte de mi jefe.

—Bueno, pues no es tu jefe —dijo ella—, porque tiene voz de mujer.

El corazón me dio un vuelco. No podía ser. Era imposible que Diana... Corrí hacia el teléfono como una exhalación.

—Hola.

—¿Señor Ripstein?

Era Roberta.

Relajé los músculos. Descansé el cuerpo contra la pared.

—Sí —dije.

—¿Señor Ripstein? —insistió.

—¿Qué ocurre, Roberta?

—Vaya, menos mal que lo encuentre —dijo. Sonó como si se hubiera sentado. Me la imaginé recostada con su bata rosa en el sofá del salón. Qué irreal me parecía desde aquí—. Debería usted dejar algún número de teléfono a mano cuando se marcha de viaje, señor Ripstein, he llamado a todos los números de su listín. Su jefe me lo proporcionó a regañadientes. Va a tener que pagarme un sobresueldo por hacerle de secretaria.

Suspiró.

—¿Ha sucedido algo, Roberta? —le pregunté, preocupado.

—¿Por qué no me dijo que no había recogido las alfombras, señor Ripstein, hubiese ido yo misma? El otro día por poco se me echa encima ese odioso viejo de la tintorería. Llevaban allí desde junio. Válgame Dios, es usted un desastre.

—¿Para eso me llama, Roberta? ¿Esa era toda la urgencia?

—Pues claro que no —protestó—. A ver si se cree que no tengo otra cosa mejor que hacer que sermonearlo a usted. Debería dedicarme a la noble tarea de ver, oír y callar.

—¿Va a decirme de qué demonios se traía, Roberta, o lo tengo que adivinar?

—No se impacienta, no se impacienta —me calmó—. Ha llamado su mujer.

—¿Quién?

Había oído bien, sí. Diana me había llamado.

—Dijo que necesitaba verle —añadió Roberta.

—¿De verdad? Quiero decir... ¿Es que ha vuelto?

—¿Que si ha vuelto? No lo sé —dijo Roberta—. Dijo que necesitaba hablar de algo importante con usted.

—¿Está bien? ¿Le ha sucedido algo?

—No, parecía estar muy bien, no se preocupe. Me dio un número de teléfono para que se pusiese en contacto con ella. Le dije que no sabía dónde encontrarlo, que no soy su secretaria, pero insistió tanto en que lo intentara... Mire, señor Ripstein, no me gusta decirle esto, pero debería usted solucionar sus asuntos antes de marcharse de ronda por ahí.

—Pero... Roberta, si estoy trabajando. ¿Tiene usted a mano ese número?

—Espere.

Sonó el golpe del auricular del teléfono contra la mesita auxiliar. Un instante después, la voz de Roberta me dictó el número. Comenzaba con el familiar prefijo de nuestra región.

Cielos. Diana había vuelto a casa y yo no estaba allí.

—Escuche, Roberta, apunte bien este número y no lo pierda. Si volviera a llamar

mi mujer...

—De eso nada —protestó—. Telefonéela enseguida, y arreglen las cosas entre ustedes. Yo ya estoy mayor para hacer de casamentera.

—Está bien, está bien —dije—, no se enfade. Le agradezco de veras su llamada, Roberta. Ah, y Feliz Navidad.

—¿Feliz Navidad? —refunfuñó—. Hágame caso: no remolonee y haga las cosas como Dios manda.

—Muy bien —contesté—. Adiós.

Cuando regresé a la cocina me encontré a las tres inusualmente calladas. Abril fingió no advertir que había vuelto a reunirme con ellas, y se enzarzó con Laura en una discusión sobre estética. Era increíble, estaba diciéndole, lo carísimas que eran esas clínicas. Que una operación de labios costase lo mismo que un ordenador, cuando, en rigor, te ibas a casa con lo mismo que habías llegado. O que aumentarse el pecho resultase más caro que comprarse un abrigo de piel. Era un abuso. Lo asombroso, intervino Laura, era que había quien, para poder pagarlo, se operaba primero uno, y luego iba por ahí *con una especie de cojera*, hasta poder operarse el segundo. Dani estaba haciendo burbujas con una pajita dentro de su vaso de cola. A papá una señora le había preguntado si le gustaría comérselas, anunció. Todos la miramos. «¿El qué?», dijo Abril. «Las... esas». Laura contuvo una risa. La cara de Abril enrojeció.

—Dani, los niños no intervienen en las conversaciones de los mayores —dijo—, te lo he dicho más de cien veces. ¿Por qué no te vas a jugar a las cartas al salón?

—¿Te vienes? —dijo, dirigiéndose a mí.

Exploré los rostros de las mujeres con ansiedad.

—Bueno, yo... En realidad debería...

—Mi padre juega conmigo todas las noches —insistió—. ¿Tú no juegas con tus hijos?

—¡Pero bueno! —exclamó Abril—. ¿Qué clase de modales has aprendido por ahí?

«Así son los niños», se excusó, «unos entrometidos endiablados». Contesté que no tenía importancia y di por zanjado el asunto. Sin embargo, al parecer Abril no había quedado satisfecha.

—Seguro que están mejor educados que tú —dijo, sacudiendo las puntas de los dedos bajo el grifo—. Suponiendo que los tengas, claro.

—No los tengo —dije.

—Estupendo —concluyó cerrando el agua.

Como un eco, Laura repitió:

—Estupendo.

Para salir a llamar a Diana, esperé a quedarme solo. No quería tener que hablar

con ella mientras Abril limpiaba innecesariamente el polvo cerca de la mesita del teléfono, o con esa niña merodeando por ahí. Necesitaba tranquilidad. Me temblaba el pulso desde que ambas habían salido con Laura hacia la consulta del médico, dejando tras de sí una relajante estela de quietud. Entonces fui a mi cuarto, me puse el abrigo y salí a la calle en busca de una cabina telefónica.

Había dejado de llover, pero hacía frío. A lo largo de la calle, las ramas de los robles dibujaban trazos sinuosos sobre los charcos de barro. Un ligero viento del oeste las mecía, curvándolas en una bóveda triste y gris. Dos hombres caminando a paso firme por la calle Mayor levantaron la cabeza y me rozaron con una mirada cautelosa y hostil. Viéndolo ahora, pensé que aquel no sería un rincón tan deprimente en otras circunstancias. De pronto, la idea planeó por mi cabeza. ¿Y si Diana se reuniese conmigo aquí? ¡Pues claro! Podía hacer una reserva en el hotel de San Antonio. Ella estaría aquí por la mañana, me recogería, y... O no, mejor. Mañana arreglarían el Chrysler, así que yo iría a San Antonio a dejar mis cosas en el hotel, recogería a Diana en el aeropuerto, y pasaríamos juntos el resto de la semana. La venta podría esperar. Al fin y al cabo, estaba seguro de poder lograrlo sin esfuerzo si Diana estaba allí conmigo para infundirme valor.

En cuanto estuve solo en la cabina, encendí mi primer cigarrillo en varios días, y me arreglé el cuello de la camisa frente al reflejo del cristal. Me había afeitado y perfumado. Después de hablar con Roberta, incluso me había tomado doble ración de antiinflamatorio, de modo que a simple vista mi cara parecía íntegra y normal. Me sentía observado, como si fuera el protagonista de un *reality show*. Había llegado la hora. Estaba tan excitado como si llamase a Diana por primera vez.

Saqué el número de teléfono, y marqué.

Diana contestó, directa y áspera.

—Sí.

—Hola, Diana.

—¿Víctor?

—Sí —dije.

—¡Vaya, hombre! Al fin —dijo ella. Su voz tenía un ligero tono nasal, como si estuviera resfriada—. Te llamé a casa, pero no me contestaba nadie. Esta mañana por fin pude hablar con Roberta.

—¿Te ocurre algo? —le pregunté—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien. Es sólo que he regresado por unos días y necesitaba hablar contigo. ¿Podríamos vernos hoy, o mañana?

Una anciana con perrito y abrigo de lana hasta los pies se detuvo junto a la cabina, y me lanzó una mirada furibunda. Le di la espalda, y jugueteé satisfecho con el cable telefónico. ¿Tantas ganas tenía de verme Diana?

—Me temo que no podrá ser —dije en tono casual—. Es que estoy de viaje.

—Ah, ¿has vuelto a los viajes? Me parece muy bien.

¿Muy bien? A Diana solía ponerle enferma que malgastara mi talento haciendo de

vendedor ambulante. ¿Estaba tratando de ser amable conmigo o qué?

—Verás —le dije—, las cosas me van mejor. Agar me ha dado un cargo directivo, ahora soy una especie de negociador para la empresa.

—Pero eso es más o menos lo que eras antes, ¿no?

—Bueno, sí. Pero la diferencia es que ahora gano más dinero —mentí.

—¿Y cuándo estarás de vuelta? —preguntó.

—Pues... eso depende de cuándo arreglen el coche.

—¿El Chrysler?

—Sí —contesté.

Hablaba casi en un susurro. La anciana del perrito estaba pegada al cristal, y yo me replegué aún más sobre el teléfono.

—Casi no te oigo, Víctor —dijo Diana—. ¿Dices que te has llevado el Chrysler al viaje?

—Pues sí, ¿por qué? Tú me lo dejaste.

—Pero si a ti no te gusta conducir.

—Pues ahora sí que me gusta —dije desdeñoso. Añadí—. Lo que pasa es que han sido muchos kilómetros, y debe de haberse recalentado el motor.

Qué estupidez. ¿A un par de grados bajo cero? Menos mal que Diana no podía ver los surcos en el barro y los remolinos de viento a todo lo ancho de la calle Mayor.

—No, si me parece bien. Es sólo que me ha sorprendido.

—Te sorprende que me las arregle bien, confiésalo —dije, un poco más combativo de lo que habría deseado—. Tú no crees que pueda hacer nada mejor. Que pueda prosperar, ¿verdad?

—¿De qué estás hablando?

—Pensaste que porque rechacé lo de ese relamido amigo tuyo este verano, era un fracasado, no me lo discutas.

—No quiero discutir, Víctor.

—Sin embargo —añadí—, tengo entendido que las cosas no le han ido muy bien a Sebastián, ¿no es cierto?

Diana exhaló.

—Y eso te alegra, supongo.

—Pues, sí —repliqué quisquilloso—. Es decir, no. Sólo me alegra no haber estado involucrado.

—Bien, no lo estuviste —dijo ella.

—Y a ti también debería alegrarte.

—Muy bien, pues me alegra, Víctor, pero no se trata de eso —hizo una pausa, y añadió—. Es que a veces hay que estar dispuesto a perder algo para poder ganar, y tu problema es que todo te da miedo.

—¿Ah, sí?

Me froté las manos contra el pantalón, y me quedé mirando allá afuera, a los papeles que arrastraba el viento.

Cuando volvió a hablar, la voz de Diana se había quebrado un tanto.

—A veces yo también tenía miedo, ¿sabes, Víctor? —dijo—. A veces yo también necesitaba que pensasen por mí, que me guiasen. ¿Sabes cuántas veces me he preguntado si seríamos buenos padres?

—Yo también, mi amor.

—¿Cuántas he dudado? ¿Cuántas me he sentido atemorizada pensando si debíamos hacerlo, o no? Pero tú nunca estabas ahí para darme una respuesta.

—Cariño mío, yo...

—Si por ti fuera, siempre habríamos seguido igual —se detuvo un momento, y tomó aire—. Y yo no quiero seguir siempre igual.

—Escucha, Diana, no me gusta que estés así. No lo soporto.

—¿Tú no lo soportas? Vaya, pues no tienes más remedio.

—Quiero decir que necesito poder abrazarte. Necesito estar a tu lado, Diana. ¿Por qué no...? —La anciana del perro circuló en torno a la cabina, y dio un par de toques en el cristal. La miré malhumorado—. ¿Por qué no vienes a Próspera, Diana?

—¿Qué dices?

—Podrías viajar esta noche, y mañana yo iría a recogerte al aeropuerto. O podrías venir en tren. Yo iría a trabajar por las mañanas, y mientras tanto tú podrías esperarme en el hotel, y después pasaríamos juntos el resto del tiempo haciendo turismo. Esto es muy bonito, ya verás.

Ella guardó un silencio casi audible. Cuando por fin habló su voz no vacilaba.

—Te he llamado por una razón, Víctor.

Supe enseguida que iba a decirme algo malo. De buena gana habría cortado la comunicación.

—Tenemos que firmar los papeles antes de que vuelva a marcharme.

—¿Los... papeles? ¿A qué papeles te refieres?

—Quiero divorciarme, Víctor.

—¿Divorciarte?

Un golpe de viento hizo vibrar la cabina, la sentí inestable bajo mis pies. En un momento, los toques de la mujer arreciaron y los ladridos del perro aumentaron hasta hacerse insoportables. Me volví enfurecido. Abriendo la puerta, grité:

—¡Déjeme en paz!

La anciana se alejó. Volví a encerrarme, y apoyé la cabeza entre las manos.

—Diana, si acabamos de... separarnos —le dije—. No creo ni que sea legal.

—Sería legal —dijo ella— sí los dos declarásemos que hace más tiempo que no vivimos juntos.

—¿Más tiempo?

—Sí —Diana carraspeó—. Si dijésemos que no hemos vuelto a vivir juntos desde comienzos de año, por ejemplo.

¿Desde comienzos de año? A comienzos de año habíamos comprado el nuevo aparador, que al ser trasladado había sufrido un arañazo que nunca logramos quitarle.

Nuestro aniversario era a comienzos de año. También a comienzos de año le habían extirpado ese quiste que no resultó ser nada malo, pasamos ese fin de semana en Sant Moritz, asistimos a aquella feria de artesanía rural. ¿No se acordaba Diana de todas esas cosas que habíamos hecho a comienzos de año? ¿O quizá es que lo había borrado? Sí, de eso debía tratarse.

—Estás con él, ¿verdad? —sugerí.

—Mira —dijo—, ya sé que esto te resulta doloroso. Para mí también lo es. Pero es que ya no queremos las mismas cosas, ¿no te das cuenta, Víctor?

—Yo sí sé que te quiero a ti —dije—. Escucha, Diana. Yo creo que no es demasiado tarde... Podemos intentarlo otra vez.

—No lo creo —dijo.

—Tú podrías esforzarte en comprenderme un poco más, y yo podría esforzarme en darte lo que quieres.

Me incliné sobre el teléfono, como tratando de convencerle a él. Sabía lo que tenía que hacer: me ocuparía del coche, acabaría la carrera, encontraría un trabajo mejor. Sería un padre ejemplar. Podía, si me lo proponía muy en serio. Sin embargo, mientras pensaba todo esto, una idea planeó por mi cerebro como un negro nubarrón: la de que Diana y yo jamás tendríamos un hijo. Y lo peor era que aquello en el fondo me aliviaba.

Pero lo que dije fue:

—Pídemelo. Pídeme lo que quieras.

—Basta, Víctor —me suplicó.

—Sé que puedo cambiar —insistí—. Sé que he sido desconsiderado y egoísta, pero puedo cambiar.

—Pero es que yo ya no quiero que cambies, Víctor. Ahora ya me da igual.

Lo dijo sin intención de herirme, pero con una voz firme, llena de resolución. Yo conocía muy bien esa sinceridad arbitraria y cruel de Diana. Estaba en su derecho de desear otra cosa, quería decir.

Le dije:

—Está bien. Vale. Puede que ahora no sea el momento. ¿Qué tal en...? ¿Mauritania? ¿Está él allí contigo para protegerte?

Ella suspiró.

—De acuerdo, perdona —dije, aturullándome—. Pero es que esto es muy difícil, joder. Ponte en mi lugar.

La oí cambiarse el auricular de mano.

—Pero es que yo no puedo estar en *tu* lugar, Víctor, nadie puede. ¿Por qué no pruebas a hacerlo tú?

—Ya lo hago.

—¿Que ya lo haces? ¡Venga ya! ¿Alguna vez has pensado en alguien que no fueras tú mismo? No digo que yo sea perfecta, pero, caray, Víctor, deberías haberte visto desde fuera algunas veces.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo? —Hubo una pausa—. Por ejemplo, cuando llamabas por teléfono a la consulta y te enfadabas como un niño porque yo no podía contestarte a *ciertas cosas* delante de los pacientes.

—¿Te refieres a cuando te decía «te quiero» y esperaba que me dijese «yo también»? ¿A eso le llamas «ciertas cosas»?

—O cuando organizabas uno de tus numeritos de marido ultrajado porque yo había tenido que quedarme a atender a algún pobre diablo en el hospital, como aquel viejo de las piedras en el riñón. El hombre necesitaba un calmante, Víctor, ¿tú sabes cómo duele un cólico nefrítico?, y resultó ser alérgico a la buscapina, al valium, no sabíamos a cuántas cosas más. Un par de horas, Víctor. Fueron un par de horas, nada más.

—Siempre eran un par de horas, Diana. Pero es que yo también te necesitaba.

—¿Sí? Y para qué. ¿Para calentarte la cena? ¿Para mirar juntos la televisión? ¿O para ver cómo te ibas a la cama antes que yo?

—Eso es injusto —protesté débilmente—, para lo que fuera. Eres mi mujer. Y qué culpa tengo yo si me entra sueño tan temprano.

—Siempre preocupado por mi forma de hablarte: estás enfadada, estás suspicaz, estás distante. Estaba cansada, Víctor, ¿es que no te dabas cuenta? Alguna vez me habría gustado que organizaras tú las vacaciones, que escogieses tú el restaurante. Sí sólo un día hubieses decidido ir tú mismo al banco, o hablado con los de la compañía del gas, o preparado la declaración de la renta. Si una noche, después de una apendicitis o de una próstata inflamada o de qué sé yo, me hubieses recibido con los oídos dispuestos a escuchar. Pero en vez de eso era yo quien tenía que escuchar tus quejas. ¿Sabes cuánto placer me causa que me lleven en coche? No lo sabes, ¿verdad? Tú qué vas a saber.

—Y tú sabes que yo odio conducir —dije—. Sin embargo, si he empezado a hacerlo, ha sido sólo por ti.

—Y esa es otra. A todas horas te encargas de recordarle a la gente cada pequeña cosa que haces por ellos, como si fuera un raro privilegio con el que nos indultases, cuando en realidad es tu mezquina forma de exculparte de todo.

Apoyé la cabeza en el cristal. Me sentía derrotado.

—No lo entiendo —dije—. Si tan odioso he sido, ¿cómo has estado casada conmigo tanto tiempo?

—Porque te quería, Víctor. Pero tú únicamente te dejabas querer. Y nunca tenías suficiente.

Llevé mi dedo hasta unas gotas de agua que se deslizaban por el cristal. Respiré hondo.

—Diana —dije—, yo creo que ese no es el verdadero problema.

Después de un instante, ella dijo:

—No. Supongo que no.

—Cometí el error de dudar, eso fue.

—Víctor, dijiste que *nunca* tendrías un hijo —dijo Diana, con más dulzura.

—Puede que lo dijera —continué—, pero ahora pienso de otro modo. No estoy seguro de estar preparado. No estoy seguro de nada, pero quiero intentarlo.

El teléfono emitió un prolongado pitido, y la comunicación se cortó.

—¿Diana?

No lo podía creer. Vacié los bolsillos torpemente en busca de más monedas. Los dedos me bailaban en las teclas al volver a marcar.

Vamos, coge el teléfono, pensé mientras sonaba. Por favor, cógelo.

Al tercer pitido, contestó.

—Sí —secamente, con un hilo de voz.

Forcé una risa natural.

—Me olvidé de echar más monedas —dije.

Ella permaneció callada un instante.

—Víctor —dijo—, poco antes de conocerte sufrí un aborto. Él me daba un curso de Literatura en la Escuela de Humanidades, y estaba casado. Habría tenido que dejarlo todo y... En fin, que mi padre se habría muerto del disgusto. Yo estaba en tercer curso de Medicina, por lo tanto para mí era sencillo averiguar dónde... —Aspiró profundamente el aire, y continuó—. Lo hice todo yo sola, mejor que nadie lo supiera. Estaba tan sólo de ocho semanas y a lo mejor te parece exagerado, pero pude sentir cómo la vida se iba de mi interior. Si en aquel momento alguien me hubiese ordenado parar... Si alguien me hubiese detenido... Pero nadie lo hizo, ¿comprendes? Era demasiado joven, seguro que sí, me lo he dicho más de cien veces. ¡Pero yo sé lo que sentí!

Sentí que debía decir algo, algo que hiciera saber a Diana que podía contar conmigo.

—Ya no estás sola, cariño, yo estoy aquí.

—Nunca te lo dije, Víctor, tú comprenderás por qué. Al principio me dio miedo; cuando te conocí me pareciste una persona tan vulnerable, tan sensible, quizá más de lo normal. No sabía cómo te tomarías algo así. Quizá pensases que yo era una mujer marcada para siempre, o quizá sencillamente eso te hiciese cambiar de opinión respecto a mí como madre en el futuro.

Supe que este era un momento decisivo. Agarré firmemente el teléfono con las dos manos:

—Ni eso ni ninguna otra cosa habría podido hacerme cambiar de opinión, Diana —dije, pronunciando cada palabra con solemnidad.

Diana sorbió. Sonó como si hubiese estado llorando.

—Por supuesto que no —dijo—, ya lo sé. Menuda ilusa, pensar que a ti pudiera importarte una cosa así.

—Pues claro que no me habría importado. Es decir... Me habría importado, pero no en ese sentido.

—A veces creo que si te lo hubiera contado entonces te habría hecho un favor. Habrías tenido un argumento más. «No me siento capacitado», «No quiero traer al mundo un nuevo ser para que sufra como he sufrido yo», «Piensa si realmente quieres ser madre, Diana, si abortaste una vez...».

—Pero Diana, es injusto que me acuses también de eso —protesté—. Yo ni siquiera estaba allí cuando ocurrió.

—Es cierto, eso no fue culpa tuya. Pero sí fue culpa tuya que yo me debatiera tanto tiempo en la duda, preguntándome si realmente quería ser madre o no, si no sería lícito que tú me quisieras sólo para ti, que no desearas complicarte la vida. ¿No habían sido los grandes hombres de la historia tipos solitarios y egoístas? Eso solías decir, ¿te acuerdas? Cuando algunos de nuestros amigos nos invitaban a una de esas barbacoas llenas de niños correteando, hasta me sentía obligada a fingir el mismo fastidio que tú: «Míralos, qué satisfechos». «Qué vidas tan aburridas, siempre lo mismo». «Sólo porque tienen un crío, ya sienten que han hecho algo importante». «¿Te imaginas no tener intimidad?». Pues bien, a mí no me parece tan horrible. Yo quiero eso.

—De acuerdo —dije, en tono conciliador—, ahora podríamos hacerlo juntos, es lo que trato de decirte hace rato.

Diana calló un momento.

—No, Víctor —dijo—. Juntos no.

—¿Qué quieres decir? —Se me ocurrió que... De repente mi cara enrojeció—. ¿No estarás embarazada de ese...?

—Se llama Félix —dijo ella. La oí encender un cigarrillo, y exhalar nerviosamente el aire—. Y no, no te preocupes. Esta vez pienso hacer bien las cosas. Víctor, necesito que nos veamos para que firmes esos papeles, de verdad. Me marcho la semana que viene.

—¿Y si no quiero firmarlos? —pregunté, desafiante.

Diana soltó una breve bocanada de humo. Aunque quizá fuese una risa amarga, no sabía.

—Está bien —dijo—. Si no quieres firmarlos nos llevará más tiempo, y saldrá todo mucho más caro. Nada más.

A eso se reducía todo, pensé. A firmar unos papeles. Me pregunté si ocho años de matrimonio podían acabar así, si todo lo que había habido entre nosotros podía desaparecer de un plumazo sólo porque un juez lo rubricase. Traté de imaginarme el momento en que pudiera sentir a Diana, no como lo que era, casi una parte de mí mismo, sino como una simple mujer. Pensé si podría olvidar ciertas cosas como el olor de sus jerséis, los pliegues de las comisuras de sus ojos, o la presión de su mano al caminar. ¿Llegaría un día, pasado el tiempo, en que me la cruzaría por la calle y me parecería una extraña, o aún seguiría viéndola en albornoz? ¿Podría mirarla y no recordar el lunar en forma de coco de su espalda? ¿Podía desaparecer de un día para otro todo eso sólo porque alguien firmase un papel? En cierto modo, me dije, el final

se parecía desagradablemente al comienzo. ¿No había supuesto eso al principio el matrimonio para mí? ¿Una simple firma? De repente recordé las discusiones a propósito de ello los meses anteriores a la boda, y sentí un gran vacío en el estómago que ascendió por mi pecho hasta agarrármeme como una uña en el maxilar.

—Firmaré —dije—. No tiene sentido empeñarme en que me quieras. No me quieres, y ya está.

Le oí dar una nueva calada al cigarrillo, breve, y aspirar el humo con avidez.

—Eso es, compadécete de ti mismo —dijo—. Nunca cambiarás, ¿eh? ¿Ya no te acuerdas de lo que dijiste una vez acerca de tu madre?

—No sé qué tiene que ver mi madre en todo esto.

—Dijiste que siempre habías creído que el que tu madre os dejase había sido una consecuencia de su carácter, egoísta y malvado. Dijiste que siempre lo habías visto así. Sin embargo, una vez me preguntaste si yo creía que ella había sufrido al abandonar así su casa, su familia, todo. Dijiste que nunca te habías colocado en su lugar pero que, de alguna extraña manera, ahora sospechabas que también para ella debió de ser doloroso.

Yo no había dicho eso en toda mi vida, ni siquiera entendía lo que quería decir. Metí una nueva moneda en la ranura del teléfono, y dije:

—No me acuerdo, Diana.

—Pues yo sí —siguió ella—, porque ese día pensé que a lo mejor habías cambiado, pero qué va. Eres un niño asustado y egoísta que cree que todo da vueltas alrededor de él. Si Roberta no viene a plancharte las camisas no es porque su marido se haya puesto enfermo, sino para fastidiarte a ti. Si la farmacia no está de guardia a la hora en que la necesitamos no es por casualidad, es para que tú tengas que recorrer la ciudad entera en busca de aspirinas. Siempre te has tenido por un mártir, hijo mío, todo se conjura contra ti. En un crimen tú serías el muerto; en un incendio, el quemado, y en un naufragio, el único que no sabía nadar.

—Yo no soy así —protesté—. Sólo tengo una percepción aguda de las cosas, nada más.

—No tienes una percepción aguda de las cosas, sólo tienes *tu* percepción. Y eso te hace ser cobarde, egoísta y ruin. Jamás te aventuras más allá de donde no conoces; a no ser que alguien te lleve, claro, porque de ese modo podrás echarle las culpas si algo sale mal.

—¿Y él es el Capitán América? —dije—. ¡A la mierda!

Se hizo el silencio. Al cabo de un momento interminable volví a oírla respirar.

—En fin —dijo—, estaré aquí una semana más —oí cómo aplastaba el cigarrillo contra el cenicero—. Ya tienes mi número.

Iba a preguntarle si también era el número de él, pero no lo hice. Ni siquiera me despedí.

Caminé por la calle Mayor como un sonámbulo. En cuanto hube colgado el teléfono empecé a notarme en la encía una aguda quemazón. Estaba abatido. Concentré todas mis energías en caminar derecho, a pesar de que la punzada ascendía ya hasta mi oído, y entré en una concurrida farmacia que había en la plaza de Correos a comprar algo fuerte con que aliviarme el dolor.

El año pasado, recién llegados de una semana esquiando en Sant Moritz, a Diana la habían sometido a una operación. Tenía algo en la matriz. Yo tuve que resignarme a aguardar en la sala de espera. Durante horas, lo único que pude hacer fue dar largos paseos arriba y abajo del pasillo, fumar un cigarrillo tras otro, y beber litros y litros del brebaje que expendía la máquina de café. En todo el tiempo que pasé allí solo, no hice otra cosa que pensar en qué haría si a Diana le encontraban algo en aquella intervención. Si moría. Si nunca más la volvía a ver. Y entonces me di cuenta de algo que me dejó sin aliento. Me di cuenta de que estaba solo, de que todos lo estábamos en realidad. En un momento comprendí de golpe que, por más elaborados intentos que hiciésemos por imaginarnos prolongados en otros, padres, madres, esposas o hijos, no se trataba más que de una vaga forma de ilusión, una especie de construcción temporal en la que apoyarnos mientras estábamos vivos. Entonces apareció un doctor sonriente, me condujo a una habitación del tercer piso, y yo volví a ver a Diana sana y salva. Aunque aquello no había sido más que un barrunto, sólo sentirlo me había hecho temer la locura, de modo que no había vuelto a pensar en ello jamás. Pero ahora me preguntaba qué iba a hacer, tan lejos de casa, tan solo. ¿Cómo iba a soportarlo?

El farmacéutico se dirigió a mí con su cara de carnero.

—¿Qué desea? —preguntó.

Le pedí una caja de lexatin, o cualquier otro relajante muscular.

Me apuntó con sus bovinos ojos al instante.

—¿Tiene una receta del médico? —dijo.

—Pues no —contesté. Me llevé la mano a la mandíbula—. Pero lo necesito. He perdido un diente de un mal golpe, ¿comprende?

—Será mejor que para eso consulte enseguida a su médico —dijo, en tono suspicaz—. Lo que me está pidiendo son drogas.

—Está bien —dije—. Déjelo.

Debía haber tenido en cuenta el provincianismo de aquel lugar. De modo que drogas, pensé. ¡Por amor de Dios! Pero en ese instante me sentía demasiado débil como para porfiar. Me di la vuelta para marcharme cuando vi que, a mi espalda, el local estaba lleno a rebosar de gente. Todos estaban callados, observándome como si fuera un bicho raro. Avancé hacia la puerta.

—Oiga —dijo una voz a mi espalda.

Me detuve.

—Se le ha caído un papel.

La anciana del perrito a quien había gritado en la cabina, guardando una ofendida distancia dentro de su largo abrigo de lana, señaló algo en el suelo. Me agaché, y lo recogí. Era el número de Diana.

—Gracias —dije, cabizbajo.

Me enderecé, y crucé a través de aquella turba de extraños como si anduviese entre un enjambre de abejas asesinas listas para atacar.

Abril y su hija sacaron el tablero del Monopoly y yo fui invitado a la diversión. No pude negarme. Al fin y al cabo, mi futuro dependía de aquella venta. E, indirectamente, de aquella mujer.

—¡Compro la avenida Imperial y hago barrio! —gritó, dando un golpe en el tablero—. Ah, me encanta este juego. No es por desanimaros, pero me faltan sólo dos calles más para ganar. ¿No te parece que el Monopoly es tan excitante como la vida real, eh Víctor?

La vida *real* le parecía excitante, era increíble. Sonaba como si se dedicase a organizar safaris en África, en vez de vender piensos en un pueblo de mala muerte dejado de la mano de Dios.

—¿Puedo comer un *crunchy nuf*? —preguntó Daniel.

—Está bien —dijo Abril sin perder de vista su dinero—. Pero sólo uno, o luego no cenarás. Hay que estar muy pendiente de ella, es muy delicada —me explicó cuando hubo salido, como si en realidad se refiriese a una rara especie arbórea.

A juzgar por aquellos rollizos mofletes, nadie se habría llevado esa impresión.

En cuanto Abril ganó la partida se desentendió del juego. Daniel acabó amontonando sus fichas en pirámides, y yo fui a acomodarme con una revista al sofá. Al poco rato, dando un rodeo por detrás de la mesa, ella también vino a sentarse. Mientras su madre telefoneaba, se quitó las zapatillas, se estiró del pantalón, y subió las piernas al asiento.

—Tengo una rana —anunció.

Levanté una ceja y la miré de refilón.

—Sí, creo que ya me lo has dicho.

—Le puse un cebo. Ella no se dio cuenta y cayó en la trampa, así fue como la cacé. No son muy listas —dijo, dándose importancia—. Pero no la he querido matar. Le llevo moscas para que coma. A otras niñas del colé les da asco, pero a mí no. Está en el patio de atrás. Al principio le hice una casa en una caja de zapatos, pero el abuelo me dijo que como son tan viscosas, necesitan mucha humedad. Así que la puse en un barreño.

—Mira, qué bien —dije.

Abril estaba hablando con alguien del hospital.

—Exacto, cielo, lo llevaron a reanimación —dijo—. ¿Cómo dices? ¿Mañana?

Está bien, allí estaré. Ahora, pásamelo.

Daniel prosiguió.

—¿Alguna vez has visto una de muy cerca?

—¿Umm?

—Una rana.

—Nunca.

Se empujó las gafas sobre la nariz, y me estudió.

—¿Tú dónde vives?

—Lejos —dije cortante—. En una ciudad. No tenemos bichos allí.

—Ah.

Había algo lastimoso en su forma de adelantarse para hablarme, los incisivos asomando en su boca como los de un roedor, los ojos saltones tras las gafas, los calcetines hechos un gurrño en los gordezuelos pies. Algo así como una opresión en el estómago me hizo sentir la necesidad de alejarme.

—¿Que dónde está la camioneta? —le dijo Abril al teléfono. Debían de haberle comunicado con su padre, a juzgar por el tono impaciente de su voz—. Eso me gustaría saber a mí.

Me miró un momento con los ojos en blanco. Continuó:

—Un momento, papá, no seas injusto. Si no hubiera sido por Víctor a lo mejor ni siquiera estabas vivo. ¿Cómo? Por amor de Dios, papá, es el hombre de la calefacción, ya te lo he dicho. Su coche se ha estropeado, ¿no te acuerdas? El coche que nos llevó al hospital.

Daniel miró a su madre con curiosidad, y después me miró a mí. Yo me hundí un poco más en el asiento.

—¡La culpa es tuya por haberte llevado las llaves! A quién se le ocurre. ¿Repite eso? A mí qué me importa lo que digan los demás, él sólo ha venido aquí a trabajar. Esa calefacción nos hace falta, y lo sabes. ¿Qué? Ya te lo he dicho, se quedará el tiempo que sea necesario.

Hubo un silencio. Abril me dirigió una mirada entornada que tal vez quería decir «déjame a mí».

—Papá, no seas cabezota. Uno de estos días la caldera se estropeará del todo y nos moriremos de frío. ¿Quieres que tu nieta y yo nos muramos de frío? ¿Es eso lo que quieres? Porque yo no, la verdad, así que vamos a arreglar la calefacción te pongas como te pongas. Está decidido. Bueno, adiós, papá. Tengo que dejarte, vamos a cenar.

Gracias a Dios, me dije. Al fin algo empezaba a salir bien.

Durante la cena me sentí más animado. Comí repollo requemado casi hasta reventar. Dejé que Daniel me enseñase su *colección* de *cromos* de fútbol y *cuando* Abril se fue a fregar los platos, me ofrecí a ayudarla. Cuando acabamos, corrí a mi cuarto por el maletín. Daniel me pisaba los talones. La dejé a la puerta del lavabo y me encerré para examinarme la encía. Umm, ese bulto en mi cara aún se notaba...

Hice un par de gárgaras, me estiré los carrillos, me peiné. Tal vez todo terminase al día siguiente. La impaciencia me azuzaba.

En el salón, Abril había puesto la tele y Daniel bebía con una pajita de un gran vaso de Cola Cao. Ocupé mi plaza en el sofá, el maletín en mi regazo. En cuanto esa mocosa se fuese a dormir, me dije, podríamos acabar de rellenar los formularios.

Consulté la hora en mi muñeca.

—Es bastante tarde, ¿no?

Abril, que apuntaba hacia la tele con el mando a distancia, dijo:

—Seguro que la película está acabando. ¿Dónde demonios la darán?

Carraspeé. Tamborileé los dedos. Daniel se estiró del pantalón del pijama (un pijama una o dos tallas más pequeño), y anunció:

—Él nunca ha visto una rana, mami.

—*El* se llama Víctor, cariño —replicó Abril.

—¿Puedo enseñársela?

—¿Te has vuelto loca? No puedo hacerle jugar *con* muñecas, adora a esos bichos. Vaya, ¿qué te parece? —protestó. Estaba golpeando el mando a distancia contra el brazo del sofá—. Este maldito trasto no funciona.

Me ofrecí a echarle un vistazo antes de que acabara con él. Bastó con intercambiar las baterías.

—¡Mirad, están dando *Mogambo*! —exclamó—. ¡Qué bien!

Subió los pies al sofá y a partir de ese instante se desentendió de nosotros. Cuando Daniel se dio cuenta, abandonó su silla y vino a sentarse entre los dos.

—¿Sabes cuántas veces seguidas puede saltar una rana?

—No tengo ni la menor idea —me aparté incómodo. Crucé una pierna sobre otra, y dirigí toda mi atención a la pantalla.

—Venga, di un número —insistió.

Estaba claro que no iba a dejarme en paz.

—Diez —dije, al azar.

Daniel soltó una risotada.

—Mucho más; hombre. Di otro, venga.

Contuve un gesto de cansancio.

—Un millón.

Su rostro se desinfló.

—¿Eso cuánto es?

Abril la instó a que terminase, y ella dio un microscópico sorbito a su Cola Cao. Era evidente que estaba remoloneando para no irse a dormir. Su cuerpo, pequeño y compacto, desprendía un extraño olor; como olían los cuerpos de los niños, a algo ácido y agraz. «Clark Gable debe de ser idiota para rechazar a una mujer como Ava Gardner», suspiró Abril. Tres personas en aquel sofá eran demasiadas, pensé. Incluso para miembros de la misma familia. Me pregunté si nadie salvo yo lo habría notado. Al parecer, no.

—¡Ah, eso sí que es un final! —dijo Abril cuando la película acabó—. Es tan romántico.

Daniel resopló:

—Jo, menudo rollazo.

Su madre la tomó en brazos y al fin se la llevó a acostar. Yo me recliné en el sofá, liberado, mientras Clark Gable y Ava Gardner se besaban a orillas de ese río infestado de cocodrilos.

Abril cerraba los postigos de las ventanas mientras tarareaba una canción. Era agradable oírla cantar. Había en ello algo hogareño, consolador. Yo conservaba un vago recuerdo de mi madre inclinada sobre un barreño de peltre con olor a perborato cantando boleros mientras restregaba los bajos de un pantalón. Las letras eran siempre las mismas: hombres sufriendo el desprecio de mujeres infieles que acarreaban tras ellas historias de traición. Aún podía recordar algunas: *Soy la basurita, que arrastra el tiempo*. A Diana nunca la había oído cantar, salvo aquella vez que fuimos a parar a un karaoke. Un sitio triste: sillones de escay, olor a ambientador, un montón de desconocidos imitando penosamente a algún famoso con aire entre avergonzado y digno. Ahora las mujeres no cantaban; salvaban la vida de desnutridos negritos, se emparejaban con cardiólogos, pero no cantaban. Se decía que la curación del cáncer y la telefonía móvil estaban a punto de llegar. Personalmente, yo podía pasar sin todo eso.

Abril apareció en el salón con unas copas de vino.

—He pensado que a lo mejor te apetecía algo de beber.

¿Ahora?

—Es que... no tengo costumbre —me excusé. En su cara se pintó la decepción—. Sin embargo, por una vez... —me apresuré a decir.

Al día siguiente despertaría con una sólida capa de lija en el paladar, pero qué se le iba a hacer.

Tomé la copa, y lo probé. Era un vino denso y amargo, fuerte, pero por alguna extraña razón me cayó bien.

Abril se sentó a mi lado y miró su copa al trasluz.

—Entonces... ¿Qué te ha parecido mi hija? —preguntó.

—Oh... ah... es muy... simpática —dije.

Me observó con cautela.

—¿De verdad? ¿No te habrá molestado?

—¿Cómo? No.

—Parece muy... extrovertida, pero no lo es tanto —dijo. Dejó su copa, y se sentó en el borde del sofá—. ¿Te ha parecido que soy muy dura con ella?

—Pues... no lo sé —me incorporé. Saqué los formularios del portafolios y los desplegué sobre el cristal de la mesa—. No nos llevará más que un momento acabar

esto.

—Su abuelo cree que sí —continuó—. Dice que me comporto con ella como un padre en vez de como una madre. Y qué voy a hacer, alguien tiene que decirle lo que está bien y está mal.

Bebió un par de sorbos de su copa, y se puso en pie. Se dirigió hacia el fondo de la sala a conectar el estéreo.

—Supongo que lo que necesita es un padre de verdad —continuó desde allí—. Uno que viva con nosotras.

Hizo girar el dial. Por un momento, el salón se llenó de voces entrecortadas y sonido residual, haciendo que su propia voz pareciera una más de esas interferencias de las hondas. Entonces sonó el *Crazy* de Brenda Lee, y Abril soltó el mando. Parecía extasiada.

—¡Cielos! Esto sí que era música —dijo con los ojos cerrados—, ¿no te parece?

Empezó a girar sonriente en el centro del salón, y me hizo una seña para que me levantase también.

—Ni hablar —contesté.

Sacudí la cabeza mientras ocultaba una embarazosa sonrisa. También el vino empezaba a hacerme efecto a mí.

—Oh, vamos —insistió—. No me digas que no sabes bailar.

—Pues... no muy bien.

—Eso tiene solución.

Se acercó. Me arrebató el portafolios y lo depositó en la mesa, y luego, cogiéndome suavemente de las manos, me empujó hacia sí.

—No te apures —dijo—, a mí los hombres patosos me hacen gracia.

Bailamos en el centro del salón, balanceándonos al compás de la música, moviendo apenas los pies. Al principio ella me miraba, pero poco a poco fue dejando caer su cabeza en mi hombro. Había cerrado los ojos. Después, yo también los cerré. Envuelto en una densa quietud, sentí cómo sus dedos se movían, cómo jugueteaban en mi nuca. Entonces di un paso hacia atrás, por poco no tropecé con la mesa. Bajé los ojos intentando no parecer tan sorprendido. Ella aún seguía la música con un bamboleo de hombros.

—Mi mujer murió —dije.

Lo dejé caer sin más. No había planeado decirlo, pero las palabras salieron de mi boca como si otro las pronunciase por mí. Alcé la vista del suelo para comprobar su reacción. Ella me miraba ahora. Se había puesto muy seria. Traté de sostenerle la mirada.

—Hace apenas un año.

—Lo siento —murmuró.

Puso su mano en la mía, y la oprimió con fuerza unos segundos. Yo sentí una punzada en la mandíbula, pero casi inmediatamente el dolor cesó. Entonces aparté la mano, y me la llevé a la cara.

—Este maldito... agujero —dije.

Retiramos en silencio las copas. Hasta que se fue a dormir, Abril me estuvo mirando de otro modo, diría que de un modo maternal. Quién sabía, me dije. Quizás aquello precipitase un poco las cosas, quizás no viniese mal.

Sin embargo, pensar en ello no me alivió.

VIII

EN el banco le di la vez a una muchacha increíblemente bonita a la que le colgaba un llavero del bolsillo del pantalón. El resto de la fila la formaban hombres robustos y mal afeitados, vestidos con pantalones de pana, botas y pellizas con coderas. Todos llevaban su impreso preparado. Cuando abandoné mi puesto para ocupar uno de los dos sillones que había en la oficina, me miraron desconfiadamente, ceñudos y de refilón. Apoyé la cabeza en el respaldo para descansar. Me había despertado temprano esa mañana. Hoy era el día en que arreglarían mi coche, y necesitaba dinero para pagar la reparación. De modo que me había vestido y salido sigilosamente, antes de que nadie en la casa se hubiera puesto en pie.

Cuando llevaba unos minutos recostado, noté los párpados pesados y los cerré. Debí quedarme dormido porque de pronto me encontraba hablando con Diana en las ferreterías Ciorán. Me estaba diciendo que el sexo no era tan importante.

—No sé por qué dices eso —le dije yo—. El sexo siempre ha sido muy importante para los dos.

Al parecer habíamos ido allí a comprar un pincho para rustir el pollo. Yo iba en zapatillas y Diana en camisón.

—Quizás deberíamos visitar a un psicólogo —dije con aire instruido, mientras trataba de ocultar con un trozo de tela metálica el apenas cubierto cuerpo de Diana—. Ellos son profesionales de... Bueno, ya me entiendes. Lo que para nosotros es una cuestión espinosa, para ellos es pan comido.

—«Espinosa» —repitió Diana—. ¡Menuda expresión! ¿Qué te parece éste? —dijo, mostrándome un rustidor.

—¿Has escuchado lo que te he dicho?

—Quizá sea demasiado grande, ¿verdad?

—Si lo prefieres, podríamos probar con un libro.

—¿Con un libro? —preguntó extrañada.

—Sí, joder. Un libro sobre sexualidad.

Diana avanzó hasta un acuario repleto de peces. La seguí hasta alcanzarla.

—No te enfades —supliqué—. Es que... esto no es normal.

—A todo el mundo le pasa —dijo ella—. ¡Oh, mira qué peces tan bonitos!

Supongo que saber que a todo el mundo le pasaba constituía un alivio para ella. Pero no para mí. Tenía mi orgullo, caray.

—¿Estás insinuando que soy igual que los demás? —le pregunté.

Diana apartó la vista de los peces, y me miró.

—Víctor, ya no me satisface hacer el amor contigo, eso es todo.

Mi rostro se multiplicó en las verdes paredes del acuario. Cientos de rostros macilentos, pequeños y oblongos, con los contornos imprecisos y unos sorprendidos ojos de pez. Cuando fui a gritar me desperté. Di un respingo, me erguí en el asiento y

agarré mi abrigo justo antes de que me resbalase del regazo.

La hermosa joven a quien había dado la vez se volvió. Me observó con pena desde la fila. Qué triste imagen debía de ofrecer, me dije. ¿Habría roncado? Por un momento temí que un ominoso hilillo de baba me resbalara repugnantemente por el mentón. Me palpé nervioso, me froté los ojos y me puse en pie. Traté de recuperar la compostura. Ser más alto que la media docena de hombres que aguardaba su turno en la fila me ayudó.

Antes de regresar a la casa deambulé un rato por el pueblo. En algunos sitios el agua se había acumulado y helado, formando turbios cristales de lodo. La gente caminaba deprisa y los saltaba con las manos en los bolsillos, la vista fija en los pies. Una peluquería y un salón de masajes me salieron al encuentro al cruzar la travesía del Inquisidor. Más adelante, una carnicería anunciaba una oferta. En la farmacia, la rancia figura del farmacéutico me lanzó una mirada sospechosa desde el interior. El cine Rialto. Una tienda con un maniquí demasiado voluminoso para los gustos actuales.

¿Qué sería lo que retenía allí a la gente?, me pregunté.

Huí de la calle Mayor. A la puerta del instituto, un grupo de mozalbetes haraganeaba. Fumaban cigarrillos sujetándolos entre el pulgar y el índice, y decían cosas a cada chica que pasaba. «Mira lo que tengo para ti». Algunas mujeres se asomaron a la puerta de la Repostería El Tirolés y observaron a los jovencuelos con desagrado. Una de ellas les gritó que se volviesen a la escuela. Otra aseguró al pasar a mi lado que aquella forma de hacer el vago era lo que echaría el pueblo a perder. Los chicos rezongaron con las miradas bajas, disimulando su humillación, hasta que las mujeres desaparecieron y empezaron a hacer gestos obscenos de nuevo. Era el mismo ritual de todas partes. Pensé que en aquello, Próspera no se diferenciaba en nada de cualquier ciudad.

Cuando llevaba andando veinte o treinta minutos ya había recorrido el pueblo en casi toda su extensión. Me detuve en la esquina de la calle Ródano, bajo el letrero de una pensión. La anciana que había conocido en casa de Abril, la señora Lebón, apareció de pronto en el umbral.

—Vaya, ¿usted no es ese joven...?

—Víctor Ripstein —me presenté—. ¿Cómo está usted?

Resultó que aquella era la pensión que regentaba, la misma donde el padre de Abril tenía su residencia habitual.

La señora Lebón se empeñó en que tomase un café en su «salita», una estancia decorada a modo de bar donde en ese instante desayunaban dos clientes. Cuando estuve sentado al otro lado de la pequeña barra, la anciana se puso a hablarme del señor Ros.

—Su hija no quiere que viva aquí —dijo—. Esa niña es una atolondrada, con todo lo que ha hecho por ella y por Daniel. Y ahora que estábamos a punto de montar el restaurante, ocurre esta desgracia.

Sacudió la cabeza mientras me servía unos bollos. Los rechacé amablemente pero, en cualquier caso, ella los dejó en un plato junto al café.

—No quiero ser maledicente, señor Ripstein, pero sé que hace días tuvieron una gran discusión, Samuel me lo contó. Oh, él me cuenta casi todo, somos un par de viejos, y los dos estamos tan solos... —Se llevó con coquetería la mano al pelo y se apresuró a continuar—. Yo le dije: «No deberías discutir con ella, Samuel, es tu hija». No piense usted, señor Ripstein, que porque él viva en mi casa yo me interpongo entre los dos. «Deja que ella haga su vida», le digo. Pero él dice: «Esa chica se ha creído que puede meter en casa a cualquiera». «¿A qué te refieres, Samuel?», digo yo. Y él dice: «Al mastuerzo ese de la cafetería. ¿Qué clase de ejemplo le está dando a Daniel?». Yo hago como que no me he enterado. «Abril es una persona adulta, Samuel», le digo, «y no puedes decirle cómo vivir su vida». Y él dice: «Es igual que su madre». Y después vino lo del accidente. Ella no debería dejarle conducir la furgoneta, señor Ripstein.

Todas aquellas confidencias me estaban haciendo sentir violento. ¿Pero es que no se había dado cuenta esa mujer de que yo no era más que un desconocido? ¿Acaso continuaba tomándose por un familiar? Además, Abril tenía razón: no sabía si a vaca, pero flotaba allí dentro un extraño y desagradable olor. Levanté la mano para decir:

—Tengo que irme.

—¿Ya?

La señora Lebón se irguió. Pero luego, doblando la comisura de sus labios, me tomó por el brazo y me condujo hacia el fondo de la sala.

—Venga a ver el restaurante.

—¿El restaurante?

—Está aquí mismo —dijo con una sonrisita—. Samuel pensó que sería buena idea conectarlo directamente con la pensión. Tiene grandes ideas.

Pasamos entre los dos comensales hacia unas puertas batientes donde se abrían un par de ojos de buey. Al otro lado había un local diáfano, con las paredes descarnadas y olor a humedad.

—Aquí irá el comedor —dijo la anciana—, y allí la cocina. El local fue de mi esposo, que en paz descanse. Encima está la vivienda. Hace años que nadie vive allí, pero yo la conservo amueblada, por si acaso —¿por si acaso qué?, me pregunté. La señora Lebón elevó al piso de arriba una mirada soñadora, y suspiró—. Una pensión es buen lugar para vivir, pero únicamente si se está solo, ¿no le parece?

—Supongo que sí —dije, mientras me dirigía a la puerta. Intenté pagarle el café y ella rehusó. Al alejarme, dijo:

—Supongo que nos veremos a menudo.

Lo dudaba. En un par de días como mucho partiría de allí. Saludé con la mano, y ella entró de nuevo en su pensión.

Había salido muy temprano de casa, y de regreso, me dio vergüenza llamar. Pegué la oreja a la puerta. Golpeé suavemente con los nudillos. Dentro se oyeron unos pasos. Una llave giró en la cerradura, y Daniel apareció en el umbral.

—Te he visto por la ventana —dijo sonriente.

Me precedió hasta la cocina. Eligió la silla más próxima a la puerta, y se sentó. Tuve que sortearla para entrar. Llevaba botas y pantalones vaqueros que se le arrollaban en los pies. Parecía un chico. Me explicó que su madre había salido temprano en busca de la camioneta, y que luego había ido al hospital.

—Hoy *sueltan* al abuelo —anunció mientras mojaba una galleta en su tazón de Cola Cao. Junto a ella había un cenicero repleto de pequeñas piezas. Lo miré con curiosidad.

—Es una radio —me explicó.

—Querrás decir que lo fue.

Supongo que no me entendió.

—Cuando funcione va a ser para mí —dijo—. Mamá me ha dicho que a lo mejor me ayudabas.

—¿Que a lo mejor te ayudaba? ¿A qué?

—A arreglarla.

—¿A arreglarla? —¿Esa mujer se había vuelto loca, o qué?—. No creo que eso sea posible, Daniel.

Una imperceptible rayita le cruzó el entrecejo.

—¿Por qué no?

—Pues porque eso que hay ahí no es una radio, sino un montón de... chatarra.

—Sí que lo es, era del abuelo —dijo despectivamente, como haciéndome caer en la cuenta de algo obvio—. Mamá dice que todo lo que se ha desarmado, se puede volver a armar. Dice que seguro que tú sabes cómo hacerlo.

—¿Que tu madre ha dicho...?

Miré todo aquel desbarajuste otra vez. Tal vez alguien especializado, con tiempo suficiente y las herramientas adecuadas... Pero desde luego, yo no. ¿Qué derecho tenía esa mujer a disponer así de mí? Por lo que a mí respectaba lo que había sobre la mesa podía ser el interior de un misil nuclear.

—Será mejor que le digas a tu madre que te compre una radio nueva —le dije—. Eso no se puede arreglar.

Pero tuve la impresión de que nada de cuanto pudiera decirle a esa niña la iba a desanimar. Me siguió con su taza hasta el salón. Yo me concentré en poner en orden mis papeles. Los guardé en el maletín. Le saqué punta a un lápiz. Los volví a sacar. Después de un rato, cuando vio que no iba a hacerle ningún caso se dio por vencida y se marchó.

O esa mujer me había tomado por una canguro, o por una especie de mago. Que le ayudase a recomponer una radio... ¡Menuda ocurrencia! Pero si yo no sabía ni cómo se usaba un abridor.

La idea de desarmar una cosa para volver a armarla me producía un malestar físico. El teletransportador de materia era mi idea del Horror. Diana solía decir que era debido a mi aversión por los cambios. «Si por ti fuera dormirías en el suelo con tal de no deshacer la cama», me criticaba a menudo. Una vez había intentado arreglar el televisor, y menuda la armé. Se había estropeado mientras cenábamos, durante un corte de luz. Cuando volví a conectar los plomos, la pantalla del televisor permaneció negra y vacía.

—¡Vaya, hombre! —dije.

—Ha debido de fundirse un fusible —sugirió Diana.

—Iré por la caja de herramientas.

Me miró de hito en hito.

—¿No pensarás arreglarla tú?

—Bueno, si es un fusible es cosa de poco —contesté.

—Pero, Víctor, si en tu vida has desenroscado una tuerca. La vas a estropear.

—Esa es la confianza que me tienes, ¿no?

—Está bien, está bien.

Pero supongo que hasta que no me vio cargar con ella y voltearla en el suelo, Diana no me creyó. No puedo imaginar realmente lo que se figuró al verme así, inclinado sobre el televisor como un animal sobre su presa.

Un par de horas más tarde, lo que quedaba de ella yacía sobre la alfombra como un animal sacrificado. Al día siguiente la tuvimos que tirar.

Abril llegó con varias bolsas de la compra y aire de resolución. Daniel y yo acudimos a su encuentro desde distintos puntos de la casa.

—¿A que no sabéis qué? —preguntó mientras vaciaba el contenido de una bolsa en la encimera—. Han cortado las carreteras más allá de San Antonio. Está todo cubierto por la nieve. Parece que la tormenta se acerca —sin ninguna pausa, añadió—. ¿Te apetece que lo hagamos ahora, Víctor?

El recuerdo de la noche pasada me hizo enrojecer.

—¿Hacer... qué?

—Ir a ver la caldera —explicó—. ¡Dios mío, no quiero ni pensar que se estropee si llegamos a quedar incomunicados!

—¿Incomunicados? —repetí alarmado—. ¿Puede suceder algo así?

Abril se encogió de hombros.

—Por aquí es habitual.

Yo ya me sentía incomunicado de todas maneras. Sin embargo, la idea de la nieve se me hizo claustrofóbica. Dije:

—Pero... no durará mucho tiempo, imagino.

—Oh, a veces han pasado semanas.

—¡Semanas!

—Mi padre está descansando ahora, Víctor, así que es un buen momento para ir a ver la instalación. Mira, aquí tengo las llaves. Las muy... La guerra que han dado, ¿verdad?

—Con respecto a mi coche...

—¡Ah, sí, el taller! He hablado con Laura. Dice que Poli estará de vuelta esta tarde. Por lo visto han retrasado la salida de su tren. Por la nieve, ya sabes. Dani —ordenó a la niña—, tú quédate aquí un rato viendo la televisión.

—¡Jo!

—No quiero oírte rechistar.

La niña golpeó el suelo con la punta del pie.

—Eres una mentirosa —exclamó—. Me dijiste que la radio se podía arreglar —y señalándome con rencor—, pero él dice que no.

El rictus de Abril se tensó.

—Bueno... —me defendí—. Lo que quise decir es que es algo complicado. Desarmarla es fácil, pero armarla... No sabemos si falta alguna pieza...

—No falta ninguna —replicó—. Mi padre la desmontó para que Daniel la arreglase.

—Oh, en ese caso... tal vez sí que se pueda.

—¿De verdad? —Los mofletes de la niña se tiñeron de rojo otra vez.

—Esta casa la compramos Rai y yo antes de casarnos. Yo tenía dinero ahorrado porque mi madre lo fue guardando para mí. Quería que fuese a la universidad, lo que pasa es que luego no fui porque conocí a Rai y todo eso, ya lo sabes. Pues con ese dinero dimos la entrada. Total, como casi estábamos casados, era como si el dinero fuese ya de los dos, al menos eso fue lo que pensé entonces. Qué tonta, ¿verdad? Y era un dinero que ahora me habría venido fenomenal.

Miró hacia el fondo del sótano, donde la vieja caldera traqueteaba como la locomotora de un tren.

—Espera, apartaré estos cajones para que puedas verla bien —dijo—. Agarra de ahí, ¿quieres?

Le ayudé a arrastrar unas polvorientas cajas con bidones debajo de un ventanal. Mientras yo desmontaba la tapa, se sentó encima de una de ellas, y se examinó una uña.

—Pero no es el dinero lo que me preocupa, ¿sabes? Rai está obligado a pasarle a su hija una pensión. Con eso y lo que saco de la contabilidad, tenemos suficiente. Lo de la contabilidad me salió de chiripa. Un día estábamos Dani y yo en la cafetería de la estación de esquí, y un hombre nos invitó a un batido. ¡Resultó que era... el gerente! Estuvimos hablando y, ¿a que no te imaginas? Justo estaban buscando a alguien que llevase los libros. Le digo: «Ah, yo soy muy buena con las cuentas». «Pues no se hable más», dice él. Voy por allí un par de tardes a la semana. La pega es

que Dani pasa demasiado tiempo sola. O con su abuelo, que es peor. Mi padre es bueno pero tiene un carácter horrible. Lo que Dani necesita es un padre de verdad, alguien que fuese como un héroe para ella, y Rai... Bueno, Rai no es precisamente un modelo a imitar. Mi madre siempre dijo que hacía mal casándome con él. «¿Te has fijado en que nunca te mira a los ojos?», decía. Con mi padre congeniaba. Tenían las mismas ideas machistas. Él mismo nos buscó esta casa. A mí me parecía muy grande, pero mi padre estaba de acuerdo con él en que montar un almacén agrícola en la parte trasera era una idea genial. Cuando Rai se largó con aquella mujer estuvo a punto de matarlo. No es que le pegase ni nada, pero poco faltó. Supongo que para él fue una decepción. Luego mi padre me echó la culpa a mí, decía que yo se lo había puesto en bandeja. Tiene gracia. Y ahora tengo que cuidar también de él. A veces creo que debería ser más mala. En fin, la vida te pone delante unas pruebas...

Cogió un trapo viejo del suelo. Lo sacudió frente a ella y se limpió la punta del zapato con él. El polvo quedó suspendido en el aire dentro de una columna de luz.

—¿Cómo está la caldera? —preguntó.

—Los quemadores están muy sucios. Tal vez ésa sea la razón de que se apague.

—¿Eso es todo? Pero ¿y el ruido?

—Bueno, tendré que echarle un vistazo al resto de la instalación.

—¿Y las tuberías?

—Pueden estar llenas de aire. Si la caldera no quema bien, no se alcanza la presión adecuada y...

—Pero entonces..., ¿ya no crees que haya que cambiarla?

—Eso sería lo mejor, sin duda. Sólo que tal vez no sea imprescindible. Aún no lo sé, he de seguir mirando.

—Si son viejísimas, tú mismo lo dijiste. Ya has oído el ruido que hacen. Además, Víctor, no debes dejarte intimidar por lo que te he dicho de mi padre.

—¿Eh?

Entonces se levantó y, acercándose, abrochó el último botón de mi chaqueta.

—Él no manda sobre mí. Yo también soy una mujer libre.

Retrocedí. Mi cabeza hizo un ruido seco al golpear contra la caldera.

A la señora Lebón se le había ocurrido la idea de celebrar una cena de bienvenida para el señor Ros. «Pero mi padre no puede salir de casa, aún está enfermo», le dijo Abril. Así que la anciana se organizó. A casa de Abril llegaron una furgoneta de la carnicería con lo que parecía medio ciervo, repartidores del supermercado, una tarta de la Repostería El Tirolés. En un momento, la cocina se llenó de animación. La anciana pagó el importe de todo, y se puso el delantal.

Abril la miró arrugando el ceño.

—No pensará quedarse aquí hasta la hora de cenar, ¿verdad, Julia?

—El venado es una carne muy rica —explicó la anciana—, pero muy lenta de preparar. Ya he avisado en la pensión de que hoy no se servirían comidas.

—¡Ni hablar! —protestó Abril—. Víctor y yo hemos de revisar la calefacción,

¿verdad?

—Pues...

—Oh, yo no molestaré.

—Pero es que vamos a cortar el gas. No podrá cocinar, díselo Víctor.

Otra vez se servía de mí para arreglar sus asuntos. Decidí no implicarme.

—Bueno, sí —respondí—. Pero... Abril, me parece que tu horno funciona con electricidad.

Abril me envió una mirada furibunda. La señora Lebón sonrió.

—Dani es una niña muy dulce, y muy sociable, en eso ha salido a mí. Cuando tenía sólo un año apareció en un anuncio, ¿lo sabías? No de la televisión, no vayas a pensar que era algo tan importante, sino de una revista. No creas, el anuncio era en color y ocupaba casi toda la página. Polvos de talco para bebé. Consistía en una foto que mostraba un culito todo terso y sonrosado, el de Dani, que se supone había usado polvos de talco de... ¡ah!, no recuerdo el nombre de la marca. Y a cada lado había otros dos culitos todo feos y arrugados que no usaban los mismos polvos, claro. Bueno, para ser honesta he de decir que los otros dos niños no tenían unos culitos tan feos, la foto se trucó. Pero, aún así, Dani fue elegida entre más de cien bebés. No te imaginas la ilusión que me hizo. Me acompañó mi madre; Rai no quiso venir porque decía que le daba vergüenza estar presente en un anuncio de esa clase. Y ni te imaginas lo rentables que son. Pagaban por horas, y estuvimos horas y horas. Yo quería haber guardado ese dinero para Dani, pero Rai pensó que sería mejor gastarlo en comprar la Vanette. Y todo para qué, Dios mío. Para nada, ya ves; para que ahora mi padre se dedique a estrellarse con ella.

La tubería gimió. Pasaba por el centro de su alcoba, donde yo estaba ahora tumbado debajo de un radiador. Pero Abril no dio muestras de haber oído nada.

—A Dani le haría muchísima ilusión que la ayudases a arreglar esa radio, Víctor. Su padre no pasa mucho tiempo con ella —dijo.

—Oh, emm, yo...

—No recibe mucho afecto. Mi padre es un hombre tan rudo. Significaría mucho para ella.

—Verás, Abril, es que eso puede llevar mucho tiempo, y yo no creo que esté aquí para...

—Oh, hay tiempo de sobra. Hasta que cambies todas esas tuberías. Hasta que cambies la caldera, y...

—Pero yo no las voy a cambiar. Quiero decir que, aunque hubiera que cambiarlas no lo haría yo. En cuanto tu padre o tú firméis el presupuesto, me iré.

—Qué pena. ¿No has visto cómo te miraba la otra noche?

—¿Eh?

—No está acostumbrada a que la tomen en serio.

—Bueno, yo... —vacilé. Hice girar firmemente la llave inglesa, y la tubería dejó de sonar—. Por el momento lo único que he encontrado en esta tubería es mucho aire, Abril, ninguna avería de cuidado.

Las primas de Abril vinieron de visita. Eran dos adolescentes de tez sonrosada, cabellos lacios y piernas robustas. Abril salió a recibirlas y las tres se abrazaron y empezaron a dar saltitos en el vestíbulo como si no se hubiesen visto en años.

—Menos mal que habéis venido —dijo Abril—. ¿A ver? ¿Qué es eso que traéis?

—Mamá pensó que como tienes *visita*, sería mejor que te preparase alguna cosa —dijo Anabel. Cuando me vio auscultando el radiador de la cocina se ruborizó.

—Sí, ya la conoces —rió la otra, metiendo las manos con gesto torpe en los bolsillos traseros de su pantalón—. Ha hecho una ensaladilla y un pastel.

—Conque eso piensa, ¿eh? Pues no se tenía que haber molestado —dijo señalando con fastidio a la señora Lebón—. ¿Os acordáis de Víctor?

—Hola —saludé.

Las dos habían dejado ya de mirarme, y estaban cogiendo en brazos a Daniel. «¿Cómo está nuestra enanita?», le decían. «¡Cuánto te hemos echado de menos!». Hacía mucho que nadie me recibía a mí así. Tantas muestras de cariño me hicieron sentir un poco desplazado.

—Mi padre estuvo a punto de ir a la cárcel por culpa de Rai —dijo Abril—. Mi madre y él ya no vivían juntos, ella estaba en Francia y mi padre todavía conducía, pero ya no hacía viajes largos, sólo Próspera y la región, ¿comprendes? Cosa de poco. Rai se empeñó en que debíamos aspirar a algo más que a un almacén. Se iba a subastar un terreno en el polígono industrial y, ¿te imaginas lo que quería hacer? Nada menos que montar una fábrica. Se había propuesto que fabricásemos maquinaria agrícola. *Nosotros*. ¿Te lo puedes creer? Era para troncharse. «Eso no tiene nada que ver con vender piensos», le dije, «no tenemos la menor idea sobre fabricación. Además, ¿no habría que ser ingeniero o algo así, Rai?». Él me dijo: «Pero qué ignorante eres. ¿Es que piensas que vamos a fabricarlas nosotros?». Y yo qué iba a saber. El caso es que tenía dos socios, también militares, que sí sabían lo que se hacían. Y entonces te preguntarás cuál era el problema, ¿verdad? Pues te diré: el problema era que como todos eran militares, no podían pujar por los terrenos, ya ves.

Estábamos otra vez en el sótano, esta vez con una caja de herramientas, en busca de alguna fuga en la caldera. Abril sostenía una linterna delante de mí. Lo mejor, dijo, sería que la desmontase entera para que viera que ella tenía razón. ¿No notaba ahora mismo como un olor desagradable? Eso podía provenir del quemador, aclaré. Y hacía un ruido tan raro, insistió. Mientras ella enfocaba delante de mis ojos, yo, colocado debajo, desatornillaba la tapa intentando que los tornillos no cayeran sobre mí.

Estaba empezando a oscurecer. Al otro lado del ventanal, por encima de mi

cabeza, vi caer unos cuantos copos de nieve. Era como el paisaje que vería un astronauta desde su nave espacial.

—De modo que Rai le pidió a mi padre que figurase él como comprador —dijo Abril—. A mí no me gustó la idea, pero ¿qué podía hacer? Era mi marido, ¿no? No tenía por qué desconfiar de él. Rai en el fondo tenía buena intención, sólo quería prosperar. El caso es que un día mi padre recibió una notificación de Hacienda. Rai le dijo que no se preocupase; se habían olvidado de pagar no sé qué impuesto, eso era todo. Y mi padre le creyó. Seis meses más tarde le enviaron una citación para que acudiera a los tribunales. Si le hubieras visto; yo nunca había visto tan asustado a mi padre. Me planté delante de Rai y le dije: «O solucionas ese problema, o la niña y yo nos largamos ahora mismo de aquí». Durante días no me dirigió la palabra. Sé que sus socios y él se sirvieron de métodos no demasiado legales, revendieron el terreno a no sé quién, y al final mi padre fue exculpado. ¿Y crees que le pidió a Rai ninguna explicación? Por supuesto que no. Le tuvo siempre un respeto casi idiota. Te lo aseguro, a veces me daba la impresión de que le admiraba.

Terminé de limpiar los quemadores, que tenían toneladas de grasa, y los volví a montar. Le pedí a Abril que encendiese la caldera otra vez. El piezoeléctrico emitió un pequeño chasquido que sonó a hueco en su interior. Abril y yo nos miramos. «Una vez más», le pedí. Esta vez la caldera se puso en marcha con una deflagración.

Los dos retrocedimos.

—¡Caray! —dije—. Estos quemadores no aguantarán otro invierno.

Abril se limitó a chasquear la lengua, como queriendo dar a entender que lo sabía.

—El caso —dijo—, es que esa fue una de las cosas que nos empezaron a separar a Rai y a mí. Eso, y que cada vez pasaba menos tiempo en casa. Llegaba tarde por las noches, y empezó a pasar cada vez más fines de semana en el cuartel. Yo creo que le sentó fatal que tomara partido por mi padre en el asunto ese del terreno. Y en cierto modo es normal. Yo creo que me odiaba, ¿sabes? Por lo menos, por aquella época me despreciaba. Casi no me hablaba, y cuando lo hacía era para criticarme. Si por ejemplo yo me estaba depilando, decía: «¿No puedes quitar tus asquerosos trastos del lavabo?». O me llamaba a gritos cuando Dani lloraba: «Dile a tu hija que se calle». Eso me dolía de verdad, que se refiriese a Daniel como *mi hija*, como si se desentendiera de ella. «A mí me da igual», decía yo, «pero la niña necesita que seas cariñoso con ella, sólo tiene tres años». Lo mejor que pudimos hacer fue separarnos, créeme, no habría soportado verle tratar así a Dani ni un minuto más. No es que no la quiera; sé que la quiere, es su hija. Pero no se trata sólo de eso. No hace demasiado por verla, y cuando la ve, no sabe cómo comportarse con ella, la trata como si fuera un muchacho. En Toulouse, la deja todo el tiempo con su hermana, que tiene un bar en uno de esos centros comerciales, y a veces la lleva a jugar a los bolos con él y sus amigos del cuartel. No es un ambiente para una niña de siete años, te lo aseguro, tú no sabes cómo se las gastan esos tíos acostumbrados a la disciplina militar cuando beben. Un día noté que Dani se reía al ver en la tele a una actriz haciendo de fulana.

Eso pasó hace un año o así. No quise darle importancia, es sólo una niña, pero cuando volvió a repetirlo unos días más tarde me preocupé. La obligué a contarme todo lo que había hecho con su padre, a qué lugares habían ido, hasta que me habló de un sitio donde unas señoras en *bikini* le habían dado helado y le habían dejado subir a un tiovivo hasta la hora de cerrar.

—¿Se la llevó a un burdel? —pregunté incrédulo—. Cielos, no puedo creerlo. ¿De verdad?

—Bueno, no puedo estar segura, es cierto. Él por supuesto lo negó, aunque eso no significa gran cosa. Hablé con un abogado y me dijo que si no podía demostrar que mi exmarido había causado daños físicos o psicológicos a la niña no conseguiría nada en un tribunal. «Querida amiga», me dijo, «la ley no funciona como usted se imagina. Si teme por su hija, denuncie a su exmarido por malos tratos, y entonces prepárese para enfrentarse a un juicio penal». «¿Cómo?», le dije yo, «pero si Rai sería incapaz de hacerle daño a Daniel. Yo sólo quiero que hablen con él, ¿comprende?, que le digan algo».

—Pero ¿cómo puedes estar tan segura? —le pregunté. Me había quedado escuchando con el destornillador suspendido en el aire, indignado, como si en vez de a ella, fuese a mí a quien ese hombre tratase de engañar.

—Simplemente lo sé. Rai puede ser muchas cosas: egoísta, negligente, mentiroso, pero no un depravado. Hablé con él y me juró más de cien veces que no había llevado a la niña a ningún sitio inadecuado. Si quieres que te diga la verdad, me dio pena. Se veía que estaba muy solo, y que tenía miedo de que yo le quitase a Daniel. En el fondo es cobarde, yo creo que por eso se hizo militar. Ni siquiera fue capaz de decirme a la cara lo de esa mujer. Me mandó una carta desde El Cairo junto con una foto de los dos.

—¡Una foto de los dos! ¡Menudo canalla! —dije.

—Bueno, aunque no te lo creas, pienso que esa era su forma de pedir mi aprobación. Habíamos pasado tanto tiempo juntos que supongo que se sentía como obligado hacia mí. Estaban sentados en una de esas terrazas con sillas de mimbre para los turistas, un poco apartados el uno del otro, sonrientes, pero también envarados, como si les diera vergüenza sonreír. Me hizo pensar en nuestra propia luna de miel, qué tonta. Ella parecía muy joven, tendría más o menos la misma edad que yo cuando me casé. ¿Y quieres saber una cosa? Lo más triste de todo es que fue ese absurdo detalle lo que más me entristeció. No el perderle, o el quedarme sola, ni siquiera el hecho de que se fuera con otra mujer, qué va. Fue esa humillante sensación de ser, como diría, reemplazable. Ya sabes, como el cabezal del cepillo de dientes, que cuando está demasiado usado lo cambias por otro y ya está.

Estábamos allí parados, pero Abril no sugirió que volviésemos.

—En fin, entonces vino mi padre, el que faltaba. Pensé que vendría a consolarme. Se fue derecho al cuartel, y esa noche dos tíos le trajeron a casa borracho. Le dije que lo sentía, que sentía que Rai nos hubiera defraudado así a los dos. «¿Por qué no

nacerías un muchacho?»), dijo él. Sé que su forma de demostrarme que lamentaba lo ocurrido fue comprándole su parte del negocio a Rai. Sin embargo, tiene gracia: ese otro hombre, mi padre, también me habría reemplazado de haber podido.

Movió la linterna, y su rostro se precipitó hacia mí con una expresión inesperadamente triste. Sentí el impulso de tocarla, de reparar de alguna forma lo que a lo mejor no estaba dañado para siempre.

—Yo no creo en absoluto que seas una persona intercambiable, Abril.

Ella siguió allí de pie, mirándome. Mis últimas palabras aún flotaban en el aire como una confesión infantil. Entonces me sentí obligado. Incliné el cuerpo, y la besé.

—Esto... yo... —dije.

Ella apagó la linterna, y yo di un paso para salir.

Dani estaba aburrida, así que a su madre se le ocurrió que, como había que ir a buscar a Poli para que viniese a ver mi coche, ¿por qué no íbamos los dos?

—Mejor llamarle por teléfono —sugerí.

—Ya lo he intentado, pero no contestan.

—¿Entonces?

—Oh, a lo mejor es que no lo quieren coger.

No comprendí su lógica.

—Ni siquiera sé dónde viven —insistí.

—No importa —dijo ella—. Dani sí.

Pero no era verdad. Pasamos dos veces junto al mismo buzón de correos y Daniel lo miró recelosa, apretando los incisivos contra el labio inferior, hasta que al trasponer una calle pareció reconocer dónde estaba. Repentinamente se animó, y reanudó el dichoso tema de la radio. ¿Le ayudaría a arreglarla? ¿Creía yo que tardaríamos mucho? Porque en cuanto estuviese lista quería llevársela al colegio. ¿Sabía que un amigo de mamá le había regalado una caja con destornilladores tan pequeños como alfileres? ¿Por qué se sentiría tan fascinada por las cosas de los chicos? Pensé que si no le contestaba acabaría por cansarse, pero no fue así. Siguió hablando con una voz aguda, que sonaba como un avisador.

Me pregunté si una hija mía podría parecerse a aquella. Le eché un disimulado vistazo. Posiblemente le faltaban sólo un par de kilos para tener un incipiente problema de obesidad. Usaba gafas de culo de botella. Y luego estaba ese defecto en el habla. Daba la impresión de estar tremendamente necesitada de un poco de atención, se veía en esa forma suya de volverse con insistencia hacia mí. No, decididamente aquella no podría ser mi hija.

Giramos en la calle Mayor. El viento se enroscó en nuestros abrigos, y casi tumbó a Daniel.

—Es aquí —dijo frente a un portal. Subió un par de escalones, se elevó varios centímetros sobre las puntas de sus botas, y pulsó con insistencia un botón—. No

están —dijo.

Miré algo desorientado a mi alrededor. ¿Sería realmente esa la casa? ¿No se habría equivocado Daniel?

—¿Estás segura de que es aquí?

—Claro —dijo en tono repipi.

Me subí el cuello del abrigo y, de mal humor, dije:

—Vámonos.

Hacía frío. Al meter las manos en los bolsillos me topé con algo blando y tibio que se deslizó entre mis dedos. Era la mano de Daniel.

La miré. Ella me devolvió una sonrisita.

—Mi madre no me deja cruzar sola la calle —dijo.

Cuando hubimos atravesado la desierta calle Mayor, me liberé de su mano, y seguí adelante.

Le dije a Abril que puesto que se trataba de una cena familiar, yo me iría a mi habitación. «De ninguna manera», dijo ella.

—Tienes que conocer a mi padre. Al fin y al cabo es él quien va a pagar la instalación.

El señor Ros, un hombre alto y corpulento, de piel atezada, resultó ser más ágil de lo que recordaba, pero no menos huraño. Cuando Abril nos presentó, se limitó a saludarme con un rápido apretón de manos, rehuyendo mi mirada, y luego desapareció murmurando algo acerca del almacén.

—No está seguro de que te hayas acordado de cerrar las contraventanas, Abril — indicó la señora Lebón.

—Pues claro que sí, ¿se cree que soy tonta, o qué?

—Es por las goteras.

—Sé muy bien por lo que es.

La anciana me ofreció un canapé que yo rehusé amablemente. Parecían tan contundentes como balas de cañón.

—Es que como has estado tan *ocupada* estos días —añadió lanzándome una significativa mirada—. Toma uno, corazón —le ofreció a Daniel.

Abril saltó como un rayo.

—No le dé cosas entre horas. No es bueno para su metabolismo.

—¡Qué tontería! En mis tiempos nadie se enfermaba por comer.

—En sus tiempos tampoco había teléfono, ni calefacción, ni transplantes de hígado.

—Oye, niña... —La señora Lebón se irguió ofendida—. ¿Has oído eso? Si fueras mi hija...

Noté cómo el rictus de Abril se endurecía. Parecía querer desafiar a la anciana a continuar.

La cena fue un asunto delicado. Daniel comió hasta que le dolió la tripa. La señora Lebón no cesó de repetir lo dura que había sido Abril con ella, y lo delicioso

que había resultado el asado al final. «¿Merecía la pena esperar o no?». Abril, ajena a todo, iba y venía de la mesa al mueble que tenía detrás.

—Papá, le decía a Víctor el otro día que fui campeona de patinaje, ¿verdad? Mira, esta foto es de cuando ganamos el campeonato nacional. ¿Te acuerdas de cuando me llevaste a Lyon, papá? Tenía quince años, ¿sabes, Víctor? Mi madre me hizo un vestidito precioso, blanco, con lentejuelas de color azul. Debería estar por aquí... Estaba guapísima. El equipo perdió, pero yo pasé a la final individual. Todo el mundo pensaba que iba a ser la campeona.

—¿Y qué pasó? —le pregunté.

Abril sacudió la cabeza.

—Tuve muy mala suerte; me descalificaron.

—Querrás decir que te caíste —intervino el señor Ros—. ¿Podría alguien pasarme esas patatas o tendré que levantarme?

—No me caí, papá —Abril se volvió hacia mí, y me explicó—. Salí mal de una de las piruetas, y me rompí el tobillo.

—Siempre fuiste algo flojucha —dijo su padre. Por un momento, me hizo pensar en Saturno devorando a sus hijos. Cuando él hablaba había un movimiento de rotación de cabezas hacia otra parte del salón. Nadie se atrevía a mirarle salvo la señora Lebón, que lo hacía con auténtico arrobó.

Con expresión desdeñosa añadió:

—Años después también se rompió la muñeca. Su marido la agarró así... En fin —se encogió de hombros—, a nadie se le rompe la muñeca por tan poca cosa, señor Ripstein.

—Llámeme Víctor, por favor —dije yo.

El señor Ros carraspeó.

Abril se puso en pie y miró a su padre con los ojos enrojecidos:

—Cualquiera podría haberse roto el tobillo dando vueltas a esa velocidad —dijo—. Era una parte muy difícil.

—Sólo digo que las otras chicas no se rompieron nada, sólo tú.

La señora Lebón sirvió un poco más de carne en el plato del señor Ros, y expresó su parecer de que el deporte no era cosa de mujeres. Abril la miró con sincera antipatía mientras volvía a sentarse. Me entregó un recorte polvoriento.

—Mírame, aquí estoy justo después del accidente —dijo con una sonrisa tristona—. La verdad es que doy mucha pena, ¿a que sí?

En la foto aparecía una muchacha vestida de blanco y lentejuelas, toda piernas, con el pelo rubio peinado hacia atrás y recogido en lo alto de la cabeza. Estaba sentada en un banquillo, sola, con una amarga expresión de derrota en sus ojos. Se veía que hacía grandes esfuerzos para no llorar. «¿Te dolió mucho?», le pregunté. Ella se guardó el recorte, y asintió. «Esa es mi vida», dijo. «Siempre me acerco a la final, pero nunca soy la ganadora». Sentí lástima por ella. Ni siquiera en esa foto conseguía parecer la muchacha joven que era en realidad.

La señora Lebón regresó a la pensión y el señor Ros se fue a dormir. Dani me dijo «Buenas noches, Víctor». Yo estaba recogiendo las tazas de la mesita del salón; le dije adiós con la cabeza.

Abril se acercó.

—¿Quieres que bajemos a echar un último vistazo a la caldera? Por las noches es cuando suena peor.

—Em... ¿Qué hay de tu primo... el del taller?

—Ah, sí. Ahora le telefonaré.

Se mordió una uña, y mantuvo en la boca el pedacito; luego hizo «pif», y lo escupió. Su pelo se había aplastado y dejaba al descubierto una piel lisa y moteada.

—Voy a comprar un lavaplatos —anunció—. Un día de estos, te lo juro.

Pasé junto a ella con las tazas. Ella me siguió a la cocina.

—¿En tu casa —dijo— tienes lavaplatos?

—Sí, pero... —«no lo uso desde que se fue mi mujer», iba a decir. Rectifiqué—. Uno pequeño.

—Yo también lo voy a poner, ya verás. Mira qué pila de cacharros. Quita mucho trabajo, ¿no? Por las noches me dedicaré a estudiar esteticien o algo así.

Se apoyó en la encimera, y elevó la vista hacia mí. La miré desconcertado un instante. A veces me parecía que hablaba en clave, ¿qué estaba intentando decirme? Metí las tazas en el fregadero, y añadí jabón.

—Quería decirte que lo de antes en el sótano me pareció muy bonito, Víctor.

—¡Oh...! Bueno, no quisiera que pienses... Y, además, mi mujer... quiero decir que su... bueno, está un poco reciente.

—Claro. Pero quiero que sepas que no tienes por qué sentirte mal por mí.

¿Sentirme mal por ella? Quería decirle: «Oye Abril, no me siento mal por ti, ¿entiendes? Es que aún me acuerdo de mi mujer».

Pero lo que le dije fue:

—Será mejor que vaya fregando mientras tú telefoneas al taller.

Fregué con el agua tan caliente que los cubiertos adquirieron un tono casi azul. La cocina se llenó de vapor. Diez minutos más tarde, cuando Abril estuvo de vuelta, ya había terminado de secar.

—Se han ido —anunció tranquilamente.

—¿Cómo?

Apoyó la cadera en el fregadero, y hundió las manos en las axilas.

—Laura y Poli. Acaban de salir para casa de su madre.

—¿Quieres decir que no va a venir? —pregunté incrédulo.

Abril se encogió de hombros.

—Yo también la he regañado. Pero verás, Laura ha tenido mareos, y el médico le recomendó reposo. Ella lo intentó por un tiempo. Se compró una banqueta, lo que pasa es que con la tienda y todo eso... menudo reposo llevaba, tú me dirás. Por eso se han ido a Bahía Pío. Su madre tiene una casa allí. Y menuda casa. Yo la he visto en

fotos: dos plantas, piscina...

—Pero... —La interrumpí—. Tú... tú le contaste lo de mi avería, ¿no? Que necesitaba el coche para regresar.

—Sí, claro. Pero es que si no salían ahora mismo, con la policía de tráfico a punto de cerrar las carreteras...

—¿Y no podía pasarse un momento por aquí? Caray, no lo entiendo.

Daniel entró en la cocina en pijama. Dio un lento rodeo, arrastró una silla hasta al armario y se encaramó.

Bajé la voz.

—Está bien. ¿Y cuándo regresan?

—Pues supongo que a la vuelta de las navidades. Dani, ten cuidado no te vayas a caer.

Mi cabeza emitió un extraño clic. ¡Faltaban más de diez días para Navidad!

—De todas formas, aún tenemos que hablar con mi padre y todo eso. A lo mejor están de vuelta antes de que le convenzamos —miró al suelo, y describió un lento círculo con el pie—. He pensado que en vista de los acontecimientos, Víctor, quizá deberías quedarte a pasar las fiestas con nosotros.

—¿Qué?

—Esto se pone precioso en Navidad. Tenemos un coro, y están los campeonatos de esquí. Podríamos comprar un abeto. Y un portal de Belén. Ah, y dulces, y turrón. ¡De todo! ¿Qué me dices, Víctor? ¿Por qué no te quedas?

¿Que me quedase allí? ¿Estaría bromeando? Indignado, me di la vuelta para salir. Abrí la puerta con tanto brío que la endeble silla donde Daniel se había subido trastabilló detrás de mí. Abril contuvo sonoramente el aire. Tuve suerte. Me volví justo a tiempo de atrapar su cuerpecito un segundo antes de que el vaso se hiciera añicos contra el suelo.

Un doloroso impacto sacudió mis riñones.

—Lo siento —dije con un hilo de voz.

Dani se empujó las gafas sobre la nariz.

—¿Lo hacemos otra vez?

IX

NO había más remedio, lo mejor sería dejar el coche allí. Al día siguiente tomaría el autobús, o llamaría a un taxi, o lo que fuese. Una vez en casa, avisaría al Automóvil Club para que viniesen a remolcarlo y asunto arreglado.

Me levanté de la cama y paseé nervioso por la habitación. Era preciso que hablase con Abril: debía marcharme al día siguiente.

Un momento. ¿Pero con qué excusa?

¿Excusa? Y por qué iba a tener que darle una excusa. Lo mejor era decirle la verdad. «Escucha, Abril», le diría, «aquí no necesitáis los servicios de Calor de Hogar, lo que necesitáis es un pobre hombre despistado que esté dispuesto a hacer de padre, marido... ¡Y ese no soy yo!». Ella se mordería una uña y diría «¿Umm?», o simplemente chasquearía la lengua: «Pero, Víctor, no te puedes ir. ¿Y la calefacción?».

Eso. ¿Y la calefacción?

Me senté en la cama de nuevo. Me sudaban las manos. Bah, a decir verdad esa calefacción tal vez aguantase un par de años más. Aunque esa no era la cuestión, claro. La cuestión era Agar. Qué demonios iba a decir cuando me presentase ante él con las manos vacías, después de casi una semana de trabajo. Quizá tendría que llorarle un poco, hacer de víctima... Bueno, ya pensaría en ello.

Ahora tenía que hablar con Abril.

Pegué la oreja a la puerta. Lo más probable era que estuviese levantada aún. ¿Qué había dicho que iba a hacer por las noches en cuanto tuviese un lavaplatos? Ah sí, estudiar esteticien. Bueno, ella aseguraba lo contrario, pero yo habría jurado que ni siquiera había ido al instituto. Tampoco podía imaginármela llevando una contabilidad. ¿Qué haría, pintar corazoncitos en los márgenes de los libros? ¿Atontar al jefe con su conversación?

Salí al pasillo. Crucé por delante del cuarto donde eventualmente dormía Daniel, una angosta habitación con sofá cama. Había sido desplazada allí por su abuelo, quien ahora ocupaba su habitación. Probablemente yo, a mi vez, sería la causa de que el viejo no pudiera dormir en su aposento habitual, el que ocupaba las noches que Abril tenía que salir a rescatarlo. Me pregunté cómo podían vivir así. En parte, su padre tenía razón: la casa parecía una comuna. ¿Qué distancia había entre su sentido de la hospitalidad y el caos?

La tele aún estaba puesta en el salón. Intenté apagarla, pero el mando a distancia, pegado con un trozo de celo, no funcionó. En esa casa todo tenía el mismo aspecto deteriorado y efímero. La alfombra era un trozo de moqueta con las esquinas rizadas. En el suelo había huecos sin parqué. La pintura de las paredes se caía a desconchones. Parecía que se hubiesen desentendido de ella hacía años. Algunos cables de la red eléctrica que aún discurrían por el techo, tiesos y ancestrales, se

habían desprendido antes de llegar al interruptor.

Desde la cocina me llegó la voz de Abril.

—¡Dani, vuelve a la cama de inmediato o si no...! Ah, Víctor, eres tú. Creía que te habías acostado.

Llevaba la misma bata anticuada de la noche que la vi por primera vez. Las mismas piernas como alambres asomaban debajo.

—Tenemos que hablar, Abril. Te ruego que no intentes convencerme porque no voy a cambiar de opinión. Lo siento pero yo... me marcho mañana.

Levantó la vista hacia mí.

—Verás, no sé qué demonios pinto aquí. De hecho, ni siquiera sé qué es lo que esperas que haga. Hasta hoy mismo no he visto esa instalación, y eso que llevo tres días viviendo en tu casa, ocupando la cama de tu hija. En todo ese tiempo no has mostrado el menor interés por mi trabajo y hoy, de repente, parece resultarte imprescindible que se cambie la calefacción. De verdad Abril, creo que yo no soy lo que imaginas.

Ella continuó mirándome.

—De hecho, yo no soy para nada lo que nadie espera de mí, te lo aseguro. Tengo una larga experiencia al respecto. No quiero resultar dramático, pero hasta mi mujer desistió de convencerme para que tuviéramos un hijo. Soy un cobarde y un inmaduro. ¡En casa tengo una consola de videojuegos! ¿Comprendes lo que te digo? Soy incapaz de cuidar de nadie. No sé hacerlo. Y además, no me gusta. De hecho, casi no puedo cuidar ni de mí mismo desde que ella se fue..., quiero decir desde que... murió.

Bajé los ojos. La palabra quedó flotando en el silencio que mediaba entre Abril y yo, casi como algo físico, como una piedra atada a un cordel. Me dio miedo. «Mi mujer no ha muerto», hubiera querido decirle, «lo que pasa es que soy un miserable». Pero no podía hacerlo. No podía decirle la verdad.

—Escucha —proseguí—, es preciso que me vaya. Echo de menos mi casa. Mire adonde mire no encuentro nada familiar y no puedo soportarlo, te lo juro. Yo no soy como tú crees, yo... Tengo que marcharme, de verdad.

Abril se acercó un poco más y puso su mano en la mía. Habría querido apartarla. Algo en esa mujer me provocaba un sentimiento ambiguo, como de atracción y asco a la vez.

—No tienes que explicarme nada, Víctor —dijo—. Iré a preparar café.

Afuera el viento arreció. Las contraventanas de aluminio golpearon contra sus molduras, y en la calle se oyó como un lejano murmullo de olas rompiendo en el mar. Cuando Abril apartó su mano, le dije:

—Espera.

En ese instante tuve la certeza de que me equivocaba. Debí haber dejado que se fuera. Debí soltarla, pero no lo hice. Me incliné hacia delante, y cuando ella levantó la cabeza, me acerqué un poco, y la besé. Tenía los labios secos y ligeramente dulces.

Retrocedí. Ella seguía mirándome.

—Lo siento —dije—. No debería...

Pensé en volver a mi habitación. Cuando era pequeño y tenía miedo, mi padre decía: «Sólo tienes que esperar que todo pase. Siempre acababa pasando». Sólo tenía que irme a la cama, y esperar.

Sin embargo, no fue eso lo que sucedió.

—Ven —dijo.

Tiró de mí hacia el pasillo. Mientras la seguía, me sentí un poco atemorizado. Cuando entramos en su habitación, el ruido de mis propios pasos sobre el crujiente entarimado me inquietó.

—Espera, Abril, yo...

—Es igual —dijo ella—, no tienes que preocuparte —mientras acercaba de nuevo su boca a la mía, susurró—. Esto no te obliga a nada.

¿A nada? Bueno... en ese caso... quizás podría quedarme otro día, dije. Hasta pasado o mañana, nada más. Tenía que entender que yo... «Lo entiendo», dijo ella, mientras tiraba ya de mí hacia la cama. Entonces, su mano cálida y diestra buscó sabiamente dentro de mi pantalón.

Esa noche tuve sueños extraños. Soñé con un gato gordo y peludo que se enroscaba en mis pies, proporcionándome tanto y tan agradable calor que, aunque me impedía dar un paso, yo mismo no intentaba moverme. Pero su insistente ronroneo me hizo despertar. Me di cuenta entonces de que no se trataba de un gato, sino de Abril, que hablaba en sueños. Me sentí confundido, ¿dónde estaba? Pasé la mano por debajo de su brazo, deslizando los dedos paulatinamente hacia arriba, por entre las tibias superficies de su pecho y su antebrazo. No reconocía sus formas, los huecos donde se alojaban mis muslos. Pero continué pegado ella. Al cabo de un momento ya no la oí gemir más, y me volví a dormir.

X

—¿CÓMO?

La enérgica voz de Agar me llegó acompañada del ruido de su sillón de ruedas al adelantarse bruscamente.

—No ha sido culpa mía —le dije—. El mecánico de aquí dijo que vendría a arreglar mi coche, pero se ha marchado a Bahía Pío.

—¿Me tomas el pelo?

—Claro que no. Tendré que tomar el autobús, pero eso no será hasta que reanuden el servicio.

—¿Qué servicio?

—El de autobús, cuál va a ser. Hay aviso de tormenta. Y lo malo es que Abril dice que por aquí las tormentas pueden durar varias semanas.

—Vaya, ¿con que eso dice, eh? Dime una cosa, ¿tu apretada agenda social te ha dejado tiempo para cumplir con tu trabajo?

Se quedó esperando mi respuesta. Cogí una de las figuritas de cristal de Abril y la giré. Tal como me imaginaba no era un efecto del vidrio lo que la recubría, era una fina película de polvo. Roberta habría puesto el grito en el cielo, pensé. La dejé en su sitio antes de contestar.

—¿Te refieres a la venta?

—Mira por dónde, sí. ¡Claro que me refiero a la venta! ¿Para qué otra cosa te envié?

—Ya te dije que el padre de Abril se había llevado las llaves del sótano. Hasta hace un par de días no le pude echar un vistazo a la instalación.

—Dime una cosa, Víctor.

—Qué.

—¿Te has liado con esa mujer?

—Bueno... no creo que eso sea de tu incumbencia, Carlos.

—¿Se puede saber qué demonios crees que estás haciendo? ¿Por qué no fuiste a un hotel?

—Mi coche se estropeó, te lo dije. Además, te estoy ahorrando las dietas, no hay motivo para protestar.

—Las dietas no me importan un carajo, el que me preocupa eres tú. Hablas como si te hubiesen abducido unos marcianos.

—No digas tonterías, si aún sigo aquí no es por mi gusto.

—¿Estás seguro?

Miré a un lado y a otro, y bajé la voz.

—Escucha, hay aquí un almacén... —sugerí—. Está pegado a la casa, Carlos. Me parece que debería intentar persuadirles de que lo incluyesen también en el presupuesto de reforma.

—¿Qué almacén? ¿De qué almacén me hablas?

—Es un almacén de abastecimientos agrícolas. Creo que es enorme, Carlos. Y, además, gélido.

Hubo una pausa. Agar exhaló el aire con sonoridad.

—Bueno, Víctor, no sé qué pensar —dijo al fin—. Aún creo que te han dado algo en esa casa y que no riges normalmente. Ándate con ojo, te lo advierto. Y vuelve en cuanto funcione ese autobús.

Le prometí que así lo haría. Sonreí satisfecho, y colgué el auricular.

Fui al maletero del Chrysler y busqué mi navaja multiusos. Dentro, todo estaba lleno de polvo y se había acumulado la humedad. Las puntas de los dedos se me pusieron negras. Saqué mi único pañuelo del bolsillo y me limpié con él mientras le echaba un vistazo al horizonte. El cielo estaba gris oscuro, casi negro, como la valva de un mejillón. Se aproximaba tanto a los tejados que si alguien hubiese asomado la cabeza por una claraboya se habría dado con él. Encontré la navaja en la guantera. Canturreando, cerré el coche y me la guardé.

El señor Ros, en batín, y con unas gruesas zapatillas asomando bajo las perneras de un pantalón militar, estaba parado en lo alto de los escalones de entrada. Empezaba a nevar, pero no parecía que eso lo hubiera amilanado nunca.

—Buenos días —le dije.

—De modo que ese es su coche, ¿eh?

—Así es.

Lo observó arrugando el ceño.

—Estamos a punto de comer —dijo al fin, desapareciendo en el umbral.

Subí aprisa la escalera, y cerré la puerta tras de mí. El señor Ros volvió la cabeza un instante. Le dediqué una amplia sonrisa. Ese hombre era el padre de Abril. Tenía que pagar la reforma. Mejor estar a bien con él.

Daniel abrió la puerta de la cocina y se quedó parada en el umbral.

—¿A que no sabes qué? —me preguntó.

—No —respondí, intentando sortearla.

—En el colegio nos han enseñado cómo funciona un motor de cuatro tiempos. Hay un émbolo, y la gasolina, y luego...

—Supuse que te gustaría tenerla —le dije, extendiendo la mano y mostrándole la navaja en su interior.

Se empujó las gafas sobre la nariz. Paulatinamente, su boca tomó la forma de una o.

—¿Para mí?

—Para cuando seas más mayor —dijo—. ¿Está ahí dentro tu madre?

—¡Sí! —Salió corriendo a enseñársela a su abuelo.

Encontré a Abril de espaldas, batiendo unos huevos junto a la puerta de atrás. Por

la ventana del patio vi a Eloísa, la vecina de la casa de al lado, una muchacha gorda con una forma de expresarse algo vulgar. De cada cuatro palabras que decía, dos solían ser exabruptos.

—No jodas, cariño —para muestra un botón.

—Ahora sale con que van a reformar también la casa —estaba diciendo Abril—. Los dos, ¿comprendes? Como si fueran socios o algo así.

Avancé hacia ella en silencio.

—Por si no había dado suficiente lata con lo de ese restaurante, ahora esa arpía le embauca para que se gaste el dinero en su pensión. No es que yo no apruebe que mi padre haga su vida, Eloísa, pero es que tiene más de setenta años. ¿Qué quiere, echarse un ligue a su edad?

Eloísa sacudió la cabeza.

—Son unos viejos cabrones —se lamentó—. Cuando mi padre murió, encontramos un fajo de billetes debajo de su cama. No imagino cómo pude no verlos al fregar.

—«Con lo que necesitamos en casa la calefacción, papá», le he dicho esta mañana. Pero como el que oye llover. A veces creo que no le importamos nada, te lo juro.

Me acerqué a ella, y tiré del lazo de su delantal. Eloísa me dijo: «Hey». Abril se secó las manos apresuradamente, y me abrazó como si hiciera mucho, muchísimo tiempo que no me había visto.

—¿Y esto de aquí?

—Es una escarificadora —dijo.

Abril y yo estábamos en el almacén. Por alguna razón, no había esperado que fuese un lugar tan grande. Parecía un hangar. Dije «¡Uuh!», y el eco resonó por todo el ámbito como si fuese un valle. También hacía un frío glacial.

Una barricada imponente de máquinas que no había visto en mi vida me salió al encuentro en la parte trasera. Rojas, blancas, de aluminio. Con ruedas, con palancas, con largos tentáculos en forma de signo de interrogación. Abril las fue nombrando una a una: repartidoras de abono, trilladoras, aradoras, plantadoras, roturadoras... Llevaba un largo guardapolvo y una tablilla que le daban un aire muy profesional. Giré sobre mis talones, y admiré todo aquello.

—¡Parece un parque infantil! —exclamé—. ¡Qué barbaridad!

Me subí a una especie de tobogán articulado y me puse a manipular los mandos. Abril, repentinamente seria, me hizo bajar cuando una señora entró a comprar un fumigador.

—Ella ha venido a verle —me dijo Roberta por teléfono—, está preocupada

porque usted no la ha llamado. ¿Se puede saber dónde se ha metido, señor Ripstein, que no puede hacer una simple llamada? ¿No estaba usted en un hotel?

Había telefonado esa mañana mientras me afeitaba. El brazo sin cuerpo de Abril me alargó el aparato a través de una rendija de la puerta.

—Lo siento mucho, Roberta —le dije—, no he tenido tiempo de llamarla.

Se oyó el rozagante crujido de la piel del sofá. Me imaginé a Roberta pasando enérgicamente el trapo.

—¿Es que no piensa venir a su casa a pasar la Navidad? —me preguntó.

—Las cosas se me han complicado un poco. Pensaba estar aquí sólo unos días, y ya ve. El negocio es el negocio. Usted no lo entiende, Roberta.

—Claro, yo no lo entiendo —dijo—, sólo soy la asistenta. Pero lo que sí entiendo es que su mujer ha venido a buscarle y si no llego a estar yo...

—Siento mucho que se haya visto involucrada.

—La pobre ni siquiera tenía llave. La encontré esperando en el portal.

—¡Vaya! Pues fue ella precisamente quien me la devolvió.

—Solamente le digo que parecía no tener muy buena cara.

—Estaría molesta por no hallarme allí para arrojarme a sus pies.

—Señor Ripstein, no sea niño.

—Está bien, está bien.

—¿Entonces cuándo le digo que va a volver?

—Em... pronto. Puede que esta misma semana. Se lo juro.

Naturalmente, no tenía la menor intención de cumplir mi promesa. Y sospeché que también Roberta lo supo por la forma en que colgó el auricular.

Una gitana me auguró en cierta ocasión que yo disfrutaría de un único, largo y dichoso amor verdadero. Durante mucho tiempo aquello fue un alivio para mí. Lo a salvo de complicaciones que me sentía protegido entre las cuatro paredes de mi piso, con el médico en casa, las fotos de boda en el altillo, el libro de familia en un cajón. Todo en orden. Y de pronto, un día: ¡zas! Eso que iba a durar toda la vida se fue al garete. Ah, tanto esfuerzo desperdiciado. No, de ninguna manera podía volver a pasar por todo aquello. Y mucho menos por una mujer como Abril. Tan caótica. Tan... madre de una niña, además.

Y siempre insistiendo en que me gustase. Enseguida empecé a sentirme culpable de mis sentimientos hacia Dani, cosa que nunca me había pasado con anterioridad. Me di cuenta del cuidado que ponía al hablarle; de cómo me preocupaba que nos viera; de que siempre que hacíamos el amor estaba más atento a los gemidos de los muelles del somier que a los de Abril.

Y luego estaba toda esa red familiar que la envolvía. Nunca había en la casa menos de cuatro o cinco personas. Su padre deambulando por allí como un señor feudal. Eloísa soltando tacos. Las Periquito, que habían venido a probarse unos

jerséis. Y la señora Lebón, siempre cruzando insidiosas miradas con Abril. Y yo era el tipo de hombre que necesitaba estar rodeado de quietud. (Diana solía reprocharme que dependiera tanto de las condiciones del ambiente, igual que les pasaba a los bebés). Por la tarde se me ocurrió decirle que nunca había conocido a nadie con tantos parientes y a ella le faltó tiempo para ir en busca del viejo álbum familiar. Las fotos de boda de sus bisabuelos. Las de las fiestas de Próspera. Una prima que ganó un sorteo. Un tío que emigró a Uruguay. Cuando acabamos estaba tan cansado que me habría quedado dormido en el sofá de no haber estado allí su padre.

Pero entonces, ¿por qué seguía allí? Bueno, había algo en ella... No sabía cómo expresarlo, quizás era su forma de no pensar en las consecuencias de las cosas, en el futuro. Bastaba una de esas miradas suyas que parecían querer decir «Bueno, ¿y qué?» para que de alguna manera se disolviese toda mi tensión. Tenía un modo de vivir la vida que hasta hoy me habría aterrorizado, casi fortuito, cada cosa que hacía, producto de la espontaneidad. Había ciertas imágenes que me hacían sentir un pellizco en el pecho: la generosa imprudencia de meter las pinzas en mi boca para curarme una herida, o el sonido de su voz tarareando por la noche, en voz baja, mientras el chorro del agua caliente llenaba la cocina de vapor.

Así pues, descubrí que si no me iba, no era porque aquello fuese perfecto, sino porque no lo era. Quería quedarme porque en la vida de Abril nada estaba convenido. Todo era fresco, inmediato. Allí yo no era un hombre que no se había licenciado. Era ingeniero (y podía arreglar una radio). Y no era un cobarde, sino alguien que había aparecido en el momento oportuno, en mitad de la noche, como un héroe de tebeo para salvar la vida del señor Ros.

—Pasado mañana es la fiesta de la parroquia —me dijo Abril.

—Ajá —dije.

En ese momento me encontraba en el salón, examinando uno de los componentes de la radio de Dani, mientras Abril planchaba unas camisas. Como no dije nada, volvió a insistir:

—Se celebra siempre una semana antes de Navidad. ¿Por qué no vienes?

—¿Yo?

—Sí. Hay un baile y esas cosas.

—No sé.

—Me gustaría mucho. No te creas que es algo multitudinario, sólo unos pocos, casi todos familia.

—Bueno, es que si se trata de una reunión familiar...

—Qué va, si no es nada familiar. En realidad va tanta gente que ni siquiera te darás cuenta de que están allí.

¿Que no me daría cuenta? Podía imaginarlo a la perfección: veinte o treinta pares de ojos clavados en mí, examinándome a conciencia. A estas alturas todo Próspera

debía de estar al corriente de lo nuestro. Y Abril no estaba exenta de culpa, claro («Ah, estoy tratando de convencer a Víctor de que se quede con nosotros a pasar la Navidad, señor Roel», «Díselo tú, Eloísa, ¿verdad que aquí las navidades son preciosas?»). No, no creía que me apeteciese ir.

Hice como si no la hubiera oído, y me concentré en la radio de Daniel. Sentada a mi lado, apenas podía estarse quieta.

—¿Me dejas a mí?

—Espera. Primero mira cómo se hace, ¿de acuerdo?

—Pero si ya lo sé.

—Oye, ¿quieres que la arregle o no?

Esa noche me había tocado entretenerla. Entre las siete y las nueve, era una franja horaria peligrosa. Daniel volvía del colegio y rodaba por la casa de un adulto a otro, como una moneda falsa que nadie quisiera en su poder.

—No sé, Víctor, pero me parece que podrías venir —insistió Abril—. Dani, es hora de irse a la cama.

—Jo —protestó la niña.

—Deja que se quede un momento —sugerí.

Abril alzó la cabeza.

—¿De verdad? Bueno, si quieres. Dani, préstale atención.

Me pregunté si no sería aquella forma de atosigarla la causante de que su hija anduviese siempre dando la lata a los demás.

—¿Sabes qué es esto? —dije, mostrándole una pieza.

Ella la observó.

—No.

—Es un transistor.

—¿Un transistor?

—Sí, y vamos a colocarlo en esta placa.

Lo miró con impaciencia.

—Déjame a mí —dijo.

—Espera —y lo retuve un momento en mi poder—. Antes querrás saber para qué sirve, ¿no?

—Luego —dijo.

—Ahora.

Daniel guardó un rencoroso silencio.

—Veamos —dije—. Emm... Sí. Un transistor sirve para conducir la electricidad, para llevarla hasta el corazón de la radio, eso es. Es como un puente, ¿comprendes? Imagina que has construido una gasolinera y que tienes de todo allí: surtidores, tienda de golosinas, prensa, aseos para la gente. De todo. Te vas a forrar.

Mi propia elocuencia me animó a seguir. Daniel, entre mohína e intrigada, me lanzaba miradas furtivas. Abril había parado de planchar.

—Resulta que junto a la gasolinera pasa un río —proseguí—. Es un río muy

caudaloso, no se puede cruzar a pie. Lo peor de todo es que la gasolinera está de este lado del río, y la carretera del otro. Hemos quedado en que tienes de todo en la gasolinera, ¿no es así?, pero te falta la gente. Y sin gente no hay ventas, ¿no? ¿Qué tendrías que hacer?

Daniel se rascó la cabeza.

—No sé —dijo.

—Vamos, piensa.

—Llamarla por un megáfono.

—¿Qué? No.

—Es que no sé.

—Dani, tómatelo en serio —dijo Abril—. Si no, Víctor no querrá volverte a enseñar nada.

—Verás —dije—, tendrías que construir un puente para que los coches pudieran cruzar el río y así llegar a tu gasolinera, ¿no?

—Ah, eso —resopló—. Buá.

—Pues un transistor es lo mismo; lleva la electricidad de un sitio a otro. No me mires así. ¿Lo entiendes?

Su única respuesta fue un porfiado taconeo contra el suelo.

Abril dijo:

—Bueno, yo tampoco lo he entendido muy bien, no creas.

—Pues a mí me parece que está claro.

Pero Dani empezaba a perder la paciencia. Cruzó los brazos sobre el pecho y me exhortó:

—¡Jo, has dicho que me ibas a dejar hacerlo a mí!

—Está bien —dije—, pero no lloriquees, ¿quieres?

Resultaba que, además de todo, esa mocosa estaba malcriada. Arrastró su silla hasta la mía. Tenía las bocas del pijama dispuestas en un apretado remolino sobre las rechonchas pantorrillas, y la sudadera puesta otra vez del revés. Sus ojos iban y venían nerviosos: a las piezas, a sus dedos, a mí. Finalmente, se empujó las gafas arrugando la nariz, y me interrogó con la mirada.

—¿Cómo lo hago? —dijo.

—Hazlo muy despacio —respondí—. Es una pieza muy pequeña, no aprietes mucho o se romperá.

Por dos veces trató de encajar las patas del transistor en los agujeros del circuito. La pata que ya había metido se salía cuando intentaba introducir la otra, y ésta cuando probaba con la siguiente. Sus rosados y rollizos dedos se empeñaban en no obedecer. Su cara se fue poniendo colorada, y de la raíz del pelo le brotaron pequeñas gotas de sudor. Por un momento, viéndola encorvada así sobre la mesa, me pareció que no tenía la apariencia de una niña, sino la de un enano; la de un adulto reducido. Me pregunté si no sería preferible olvidarlo todo y hacer que se fuera a dormir.

—No me sale —protestó.

Traté de mirarla sin parecer cansado.

—Oye, no te pongas nerviosa. Te he dicho que no intentes apretar.

—Si no aprieto.

—Ten un poco de paciencia con ella —dijo Abril.

El señor Ros entró en la sala, y conectó el televisor. Resultó que estaba enganchado a un culebrón. Miré a Daniel. Se pasó el dorso de la mano por la frente, y dijo «jopé». Entonces, cuando parecía que iba a ponerse a llorar de nuevo, la placa hizo «clac» y encajó. En su cara se dibujó la sorpresa.

—¡Ya está! —le dije—. Has montado el primer transistor.

Abril dejó un montón de camisas planchadas en el brazo del sofá, y sonrió como diciendo «¿No te dije que era lista?». Luego se apoyó sobre el respaldo.

—Papá, ¿verdad que la fiesta de la parroquia es algo de lo más informal? Lucas, el padre, se encarga del ponche. El resto de la cena la preparamos las mujeres; solemos llevar cada una un plato. Como el año pasado hubo dos platos repetidos, este año hemos pensado un menú.

Daniel preguntó si podíamos probar a encender ya la radio.

—¿Estás de broma? —dije, y dejé que se me escapara una risa mordaz—. Suponiendo que llegue a funcionar algún día, todavía hay que colocar un montón de piezas más, ¿lo ves? Además, con haber pinchado el transistor no es bastante, ahora habría que soldarlo. Pero no tenemos soldador.

—Mi padre tiene un soldador —dijo Abril.

Dani miró al abuelo esperanzada.

—¿De verdad?

El señor Ros movió el cuerpo en un gesto imperceptible, y siguió viendo la tele. No pensé que fuera a contestar.

—¿Y quién crees que lo desestañó —dijo—, el vecino?

Abril continuó:

—Este año viene de San Antonio un conjunto musical. Profesionales. Tocan música de baile.

Yo contesté: «¿Umm?», y levanté un poco la vista para mirar a su padre:

—No sabía que entendiese de electrónica, señor Ros.

—No entiendo —dijo sacudiendo el mando a distancia contra el brazo del sofá—. Si entendiera, ya habría arreglado este cacharro.

—Podríamos echarle un vistazo, si quiere.

—Ya veremos —contestó.

Abril se movió nerviosa a mi lado.

—Lucas dice que vengas, Víctor, está deseando conocerte. Bueno, le dije que habías venido a arreglarnos la calefacción, y que tu coche se estropeó y... ¿Entonces vendrás?

«Oh... bueno...», dije. En ese instante Daniel, que había salido a buscarlo, apareció con el soldador. Era un modelo grande, viejo y oxidado. Se volvió hacia mí,

y me preguntó:

—¿Lo enchufo?

—Primero pregúntale a tu abuelo si lo podemos usar, Dani. Este soldador es suyo.

El señor Ros se irguió en su asiento. Sacó pecho, y contestó:

—Demonios, claro.

—¿Vendrás entonces, Víctor? —preguntó Abril—. ¿Les digo que vas a venir?

No se podía decir que no fuese tenaz. «¿Qué te parece?», zarandé a Dani por los hombros, «pero si funciona y todo».

XI

LA cena anual de la parroquia se celebraba en el local de la iglesia en la plaza del Reloj. Al parecer, era siempre un gran acontecimiento. Abril empezó a apremiarnos para salir de casa un poco antes de la nueve. Dani iba abriendo camino, saltando del bordillo a la calzada y de la calzada al bordillo. Era una noche estrellada. Por primera vez en varios días se veía el cielo, pero hacía frío y la nieve caía durante la tarde había cubierto de parches blancos los coches y las tapas de registro. El señor Ros, enigmático como siempre, se desvió enseguida para ir a recoger a su casera.

—No sé por qué no ha venido con nosotros —rezongó su hija.

—¿El abuelo tiene novia, mamá? —preguntó Daniel.

Abril la miró malhumorada.

—Mira por dónde pisas, ¿quieres? No se te ocurra mancharte los zapatos, o te doy.

La había acicalado tanto que parecía un pastel. También a mí acabó convenciéndome de que me pusiera el traje. Después de tantos días, el nudo de la corbata me resultaba incómodo; pero me apetecía complacerla. Ella llevaba zapatos de tacón y un ligero vestidito de gasa color berenjena con el que no cabía duda de que se iba a congelar. Pensé que quizás había exagerado un poco, pero había que reconocer que estaba guapa.

—Parece que no tuviésemos familia —se quejó—. Dani, para ya de saltar.

—Si no salto, sólo estoy andando.

—Mira cómo te estás poniendo.

—Jopé.

—Ven aquí.

Le abrochó el cuello del abrigo hasta el último botón, y afianzó un par de rizos en su sien.

—Andar es mover un pie detrás de otro. Levantar los dos a la vez es saltar, creo yo.

—Vaaale —dijo Dani. Miró a su madre de reajo, y avanzó arrastrando meticulosamente los pies.

Ahora estábamos pasando por la plaza del mercado, frente a la Casa de los Billares, con sus cierres metálicos echados, oxidados y mudos. Toda la actividad de la mañana desaparecía por las noches. Unos banderines de colores se agitaban tiesos en los cables del tendido eléctrico, por encima de nuestras cabezas.

—Al menos, nos podría haber dejado acompañarle a recoger a esa mujer, y así llegar todos juntos —dijo Abril—. Todo el mundo va a pensar que... no sé, que no lo aprueba.

—¿Quién? —pregunté.

—Mi padre.

—¿Que no aprueba el qué?

—Pues ya sabes, que vivas con nosotros.

—Ah, eso.

Una ráfaga de viento helado y silbante nos cogió desprevenidos tras un recodo de la calle. Abril se arrebujó en su abrigo, una prenda delgada y roja que parecía de papel.

—No quiero decir que la gente piense que... bueno, que vives con nosotros en ese plan.

—Ya —dije haciendo como que vigilaba a Dani, que se había subido a un guardacantón.

—Pero todo el mundo sabe que estás en casa, claro. Además, te han visto en el almacén. Este es un lugar muy pequeño.

—Entiendo.

El nudo de la corbata se me estaba clavando en el gaznate y me lo aflojé. Abril, sonriente, se apresuró a decir:

—Y no es que a mí me importe que lo piensen, desde luego. Al contrario —hizo una pausa, y me miró—. ¿Y a ti?

—¿Eh?

—Quiero decir, en el caso de que lo piensan. ¿Te molestaría?

—¿Qué piensan que...?

—Que vivíamos juntos... en vez de que eras sólo el hombre de la calefacción.

—El hombre de la calefacción —sonreí.

Pensé en esa vieja caldera y de repente las oficinas de Calor de Hogar y su crispado ambiente de trabajo se representaron ante mí: Agar sentado en su despacho con la cara congestionada, blandiendo un manojito de informes trimestrales contra mí. Abril apuró un poco el paso para llegar a mi altura y poder mirarme.

—¿Bueno? ¿Te importaría, sí o no?

—Pues, no sé... —dije. Finalmente sacudí la cabeza, y añadí—. Supongo que no.

—¿De verdad?

—Pero si alguien pregunta esta noche —dije—, soy sólo el hombre de la calefacción, ¿de acuerdo, Abril?

—Por supuesto, si yo no digo que haya que pregonarlo.

Se detuvo en seco en la calle Mayor, indicándome el semáforo en rojo. Las tiendas ya estaban cerradas y no se veía a nadie más, pero, aún así, aguardamos obedientes a que cambiase el disco. Cruzamos después de que un enorme camión de mudanzas apareciera de improviso haciendo vibrar nuestras cabelleras. Tuve la sensación de que había sido enviado para prevenirme de algo.

Cada vez que algún perro ladraba, Dani venía a refugiarse entre los dos. Al principio, agarraba sólo la mano de su madre. Pero luego, como si creyera que yo no me iba a dar cuenta, empezó a agarrar también la mía. Parecía un pequeño ser del espacio, torpe, con su cursi abrigo hasta los pies. Me hizo sentir como un gigante a

su lado.

Pasamos frente a un escaparate ya apagado, en cuya luna se reflejaba la luz de un farol.

—De todas formas no te preocupes —dijo Abril—; para estas navidades, si te quedas, ya todos se habrán aburrido de murmurar. Porque te vas a quedar, ¿verdad?

—Pues... no lo sé —dije—. Si no han reanudado el servicio de autobús...

—Es que es una tontería que estés allí solo en tu casa, pudiendo estar con nosotros.

—Sí, tienes razón, pero... —Volví a aflojarme la corbata—. Tengo que pensar un poco, compréndelo.

—Estoy horrible —le dijo Abril al cristal. Después,ladeó un poco la cabeza, y me contempló sonriente—. Tú sí que estás guapo. Cómo me van a envidiar.

Entorné los párpados, y resoplé.

Embocamos la última calle y fuimos a dar a la amplia plaza del Reloj, iluminada con bombillas de colores. El local, un edificio relativamente moderno de ladrillo rojo, estaba pegado a la iglesia. Por la puerta abierta a la calle salía una columna de luz. Abril nos hizo limpiar los zapatos en el felpudo de la entrada, y se adentró por un pasillo hasta una oscuridad espaciosa donde parpadeaban farolillos y velas. El suelo estaba cubierto por una alfombra que parecía hecha especialmente para la ocasión: roja, con un ribete verde en el contorno y un Papá Noel dorado en cada esquina. Un joven delgado de aspecto deportivo avanzó por ella a grandes zancadas, portando una bandeja repleta de vasos de cristal.

—Hola Lucas —dijo Dani corriendo a encontrarse con él.

—Es el padre Clement —me dijo Abril.

—Oh.

—Pero casi nadie le llama así. ¿A que no parece un cura?

—Pues...

Abril ya se había quitado el abrigo, y estaba cogiéndole la bandeja al padre. Este me tendió una mano lisa y mórbida. No llevaba alzacuello ni crucifijo, ni ningún otro signo propio de su ministerio. No parecía un cura; tenía más bien el aire militante de un cantautor.

—¿Cómo estáis? —dijo—. ¿Habéis probado ya mi ponche de naranja?

—Este es Víctor, Lucas —dijo Abril, mirando del padre a mi abrigo, y de mi abrigo al suelo con una divertida expresión de azoro—. Está pasando unos días con nosotros... Bueno, ya sabes.

«Es el hombre de la calefacción», se había olvidado de añadir.

—¿Cómo está, padre? —saludé.

—Nada de padre: Lucas, por favor.

El padre Clement —Lucas— me envolvió en una mirada cortésmente curiosa, antes de volverse hacia Abril.

—Bueno —dijo—, ¿y dónde habéis dejado a Samuel?

Abril puso los ojos en blanco.

—Ay, no me hables, no sé qué hacer con él.

—El abuelo está con su novia —canturreó Dani.

Abril le quitó el abrigo, y la envió a jugar con otros niños que correteaban entre las mesas, mientras le explicaba al padre: «Está en *esa* edad», sin especificar del todo a quién se refería. Cruzamos la sala siguiendo al anfitrión, hasta que éste desapareció con nuestros abrigos seguido de cerca por las hermanas Periquito, que acababan de aparecer arrastrando el bajo de unos largos vestidos por la alfombra. Con sólo echar un vistazo podía verse que todos se habían esforzado de verdad. De suelo a techo, las paredes se habían forrado con elegantes serpentinas, alternando el color verde y el granate, al estilo inglés. La luz tenue provenía de unos faroles, nada de fluorescentes.

—¿Te gusta, Víctor? —dijo Abril, viendo que lo admiraba—. Lo han colocado los niños del internado, pero el diseño es nuestro. ¿Verdad que es precioso?

—Precioso —dije. De repente sentí una tibia oleada de orgullo—. Pero no tanto como tú.

«¿Lo dices en serio?», dijo ella un poco aturullada. Parecía tan ilusionada como una adolescente en su fiesta de puesta de largo. Me gustó.

En el centro del local empezaron a reunirse los primeros grupos de personas. Abril me tomó del brazo y, un poco incómodo, me dejé deslizar entre remolinos endomingados de tías, tíos, sobrinas y primos que Abril me presentaba en medio de su habitual locuacidad. Algunas caras las había visto ya en el almacén. Unos con suspicacia, otros con curiosidad, me fueron estrechando la mano e incluyéndome de forma vaga en sus conversaciones, algunas reflexiones inconcretas sobre el tiempo y ciertos programas de televisión, donde se requería mi aquiescencia por medio de miradas y codazos.

De algún lugar de la sala llegó un tintineo:

—¡Todo el mundo a cenar! —dijo una voz.

Nos precipitamos hacia las mesas, donde unas ceremoniosas etiquetas escritas a mano indicaban el lugar de cada uno. Dani, jadeante y despeinada, corrió a sentarse con los otros niños. Abril me condujo a la mesa número tres. Yo había esperado encontrar tablones y borriquetas cubiertos por toscos manteles de hule, y en cambio me hallaba ante la parafernalia propia de un banquete nupcial: manteles de hilo, platos y copas de cristal, cubiertos relucientes y... hasta un camarero.

Frente a nosotros, flanqueado por las ancianas Ivor, dos damas de cabello malva y voluminosos pendientes colgando de unos lóbulos blandos como goma de mascar, se hallaba el alcalde, un hombre hidropésico y afeminado que me fue presentado como el señor Arles.

—¿Umm? ¿Qué le ha pasado en el diente? —se apresuró a preguntarme.

—Oh, pues...

Pero ya estaba hablando con el padre Clement.

El camarero dejó en la mesa unas bandejas llenas de mejillones, el plato que había

preparado Abril, y ésta se precipitó sobre ellos cuchara en mano.

—Pruébalos, Víctor; ya verás cómo están deliciosos.

El alcalde, con la cara del color de una chuleta cruda, arrugó el entrecejo y clavó sus diminutos ojos en mí.

—De modo que este es el hombre que le salvó la vida a tu padre, ¿eh, Abril? —dijo con voz atiplada.

Abril observó la puerta con nerviosismo.

—¿Umm?, ah, sí. Mi padre había perdido el conocimiento, pero yo pensé que se trataba de un infarto, así que salí a la calle y...

Como si de una locutora se tratase, procedió a relatar a su manera todo lo sucedido la noche en que llegué: «Un milagro que Víctor estuviese en la puerta», «Papá, le dije, nada de vomitar aquí», «Víctor mantuvo la calma todo el tiempo», «¿Conducir con un diente roto? Nada de eso, yo lo haré».

—Si no llega a ser por él, no sé qué habría sido de nosotros.

—Bueno, yo no diría tanto —me excusé.

El alcalde se llevó una esquina de su servilleta a la boca.

—Alguien debería hablar muy seriamente con tu padre, Abril. Últimamente se comporta como un loco.

Abril se encogió de hombros.

—Ni siquiera puedo hacer que me escuche a mí —dijo—. ¿Te gustan, Víctor? La verdad es que sólo he tenido que cocerlos, bueno y después les agregué la salsa, claro. Eran unos mejillones tan frescos que se abrieron en cuanto el agua empezó a hervir. Lucas, pruébalos tú también.

—Una cosa te diré —insistió el señor Arles—, la vía pública no tiene la culpa de sus arrebatos —miró alternativamente a las dos ancianas, y bajó un poco la voz antes de dirigirse a mí—. Quizá no lo sepa, señor Ripstein, pero hace sólo una semana encontramos a Samuel... ejem... durmiendo la mona en un banco del parque.

—Vamos, Isaac —dijo el padre.

—No fue culpa suya —me explicó Abril.

—Claro, claro —dije yo.

El alcalde puso los ojos en blanco.

—¿Y entonces de quién?

—No se encontraba bien, y usted lo sabe —dijo ella, restándole importancia—. ¿Sabíais que un mejillón puede vivir más de cien años?

Ninguno de los presentes lo sabía, pero Abril se enzarzó en una larga explicación para aclarárnoslo. Me pregunté de dónde sacaría esa clase de información. Como lo oíamos, estaba diciendo, nadie diría que unos moluscos tan pequeños fueran tan obstinados, ¿a que no? El secreto, dijo, estaba en permanecer tiempo y tiempo bien anclados a un escollo, de donde obtenían el alimento y todo lo demás. «Absurdo», dijo el alcalde examinando su plato. «Lo vi en un documental», repuso ella. Cogió un ejemplar y lo exhibió. ¿Veíamos ese pequeño pie en la valva? Pues eso era todo. Era

increíble, estaban diciendo las ancianas Ivor, y lo caros que estaban, además. De pronto todos miramos a los moluscos como si súbitamente hubieran adquirido personalidad. «Ni las olas ni el viento son capaces de arrancarlos», concluyó Abril. «Qué tenacidad, ¿no?».

—Bah, —dijo el alcalde—, ¿y qué hay de esas mejilloneras donde los crían por millares?

Con un gesto displicente, Abril estiró su servilleta sobre el regazo mientras se volvía hacia la puerta. Se diría que no le tenía mucho respeto a la autoridad.

El padre Clement sirvió dos clases de vino con los entremeses, uno suave y sin grado para las mujeres, y otro fuerte para los «caballeros», según lo expresó. Al fondo, los músicos preparaban el escenario. Alguno accionó de improviso un micrófono, haciendo que los altavoces estallaran en un repentino chillido que hizo que todos diéramos un bote en nuestra silla. Tuve, la fantasía de ver erizarse el cabello malva de las ancianitas Ivor.

—Bueno, Víctor —dijo el padre—. ¿Y qué te parece esto? ¿Te gusta?

—Ah, sí.

—Si eres aficionado a esquiar, desde luego has venido al lugar indicado: no encontrarás otras pistas como estas en toda la región. ¿Has subido ya? Quizá yo pueda acompañarte.

—Pues, me temo que no sé esquiar.

—Oh... no importa, hay cosas mucho mejores que hacer por aquí, como ya te habrá contado Abril: pesca, *rafting*, acampada. Mucha gente viene sólo a hacer fotos. Pero en mi opinión, eso no es lo mejor.

Abril soltó una risita.

—Lucas adora la caza —me aclaró—. Ya te dije que no era un cura normal.

—Bah, sólo soy un *amateur* —dijo el padre haciendo unos dobleces en el mantel—. No tengo práctica.

Le escuché mientras hablaba de algunos parajes que conocía, escondidos y aún sin explotar. La verdad, no tenía aspecto de cazador, pero evidentemente hablaba en serio, porque añadió que había comprado una escopeta nueva y que iba a salir a probarla la semana siguiente.

—¿Te apetece venir? —dijo, animándose—. Iremos hacia el norte, hacia la Punta del Muerto. Puedo dejarte mi escopeta si no tienes, yo usaré la de siempre. Vamos, Víctor, ánimo.

—Pues... el hecho es que...

El hecho era que yo jamás había empuñado un arma y mucho menos apuntado con ella a un animal. Abril, que estaba troceando unas croquetas para las ancianitas Ivor, se volvió y contestó por mí.

—Claro, Víctor, ¿por qué no vas?

—Bueno... me encantaría —dije—, pero no sé si voy a quedarme tanto tiempo, ya sabes —sonreí forzosamente al padre, mientras confesaba—. Uno de estos días

tendré que regresar a mi casa.

En la cara de Abril se dibujó la decepción. Estaba a punto de preguntarle al padre si no podríamos adelantarle, cuando el señor Ros, echando los hombros hacia atrás y contemplándolo todo con despreciativo interés, apareció del brazo de la señora Lebón.

—Vaya, mira quién ha venido por fin —exclamó Abril.

La señora Lebón saludó con una risita atropellada.

—Sentimos llegar tarde —dijo.

—¿Te parece bonito haber desaparecido así, papá? Si no llega a ser por Víctor, tu nieta y yo habríamos tenido que venir solas. Cualquiera diría que estás peleado con nosotros.

El señor Ros saludó a todos con un mudo gesto de su rostro, mientras ocupaba el asiento junto al mío. Me puse en pie, y le tendí la mano. Él emitió un leve gruñido, y la estrechó.

Durante el segundo plato —redondo de ternera en su jugo, ensaladas variadas y setas rebozadas con caldo y salsa de ron— la conversación decayó un poco. El alcalde, no muy dispuesto a hacer comentarios ahora que el señor Ros estaba presente, se dedicó a comer a dos carrillos. La señora Lebón y Abril no se miraban; y todo esto parecía tener desconcertadas a las ancianitas Ivor, que continuamente se llevaban la mano a su audífono.

El camarero circuló en torno a la mesa con la botella de vino. El señor Ros le echó un vistazo.

—Umm, creo que tomaré un poco —dijo.

—Te sentará mal —protestó Abril.

—Oh, vamos, hoy es un día especial —repuso la señora Lebón—, no creo que le haga daño.

—Cómo se nota que usted no tiene que atenderle después.

—Estoy perfectamente —replicó su padre.

—Pues no seré yo quien vaya a buscarte si vuelves a salir de excursión.

Las ancianas subieron un poco el volumen de sus receptores.

—¿Excursión? ¿Es que vamos a ir de excursión, padre?

—Oh, no, Marta, no se trata de eso —dijo el padre elevando la voz—. Podemos pedir algo de sidra al camarero, Samuel, estoy seguro de que hay.

—La sidra produce cálculos en el riñón —dijo el alcalde.

De pronto tuve la impresión de no encajar. ¿Qué pintaba en medio de aquel variopinto grupo de ancianos? Yo ni siquiera me había dedicado lo suficiente a mi padre cuando enfermó. Para mí, la familia significaba un par de cenas al año, malas caras, y comida precocinada frente al televisor. Diana no lo creería si me viese.

Dani pasó corriendo en medio de una tropa de vociferantes chiquillos. Se le había soltado el lazo del vestido, y sudaba por cada poro de su piel.

—¿Eres el novio de mi madre? —me preguntó.

—Emm...

—¿Pero qué dices? —intervino Abril.

—Marian dice que si Víctor es tu novio.

La tal Marian debía de ser la pelirroja que esperaba a Dani en actitud mandona un poco más atrás. Me pregunté cuántos de los presentes estarían preguntándose lo mismo.

El camarero vino con los postres, algo muy artístico con capas de distintos chocolates, que había preparado la señora Lebón.

—Espero que les guste —dijo ésta, mirándonos con un fino velo en los ojos.

—¿Es *fondant* esto del interior? —preguntó el alcalde.

—Sí, sí; me lo traen de Avignon. La receta es de una antigua cocinera del Hotel des Bosges.

—Caramba.

Abril puso los ojos en blanco.

—Demasiado colesterol.

—Es usted toda una cocinera, ¿eh, Julia? —dijo el padre—. ¿Qué hay de ese restaurante que pensaba montar? Se haría usted de oro.

—Bueno, lo cierto es que esa es la razón de que hoy llegásemos tarde Samuel y yo. ¿Verdad, Samuel? —hizo una pausa y miró con coquetería al señor Ros—. Teníamos que hablar con el contratista: las obras del restaurante van a empezar otra vez.

A mi lado, Abril dio un respingo.

—¡Pero, papá! Creía que ya habíamos hablado de eso.

—Tonterías, no habíamos hablado de nada —se apresuró a decir su padre—. ¿Vas a comerte ese trozo o no?

—¿Y qué pasa con el almacén? ¿Ya no piensas trabajar allí?

La señora Lebón puso un codo encima de la mesa.

—Bueno, Abril, ya encontrarás a alguien que te ayude —dijo mirándome de refilón—, aún eres joven. En cambio tu padre y yo somos mayores, y necesitamos asegurar nuestra jubilación.

—Pero entonces, ¿la calefacción, qué, papá? Sabes de sobra que la necesitamos.

—¿Qué pasa con la calefacción? —dijo él.

—Pues que contábamos contigo para las obras, la instalación y... pues para todo. Lo sabes muy bien.

—¿Obras? —dijo el alcalde—. ¿Qué obras?

—El señor Ripstein vino aquí a instalar la calefacción —le explicó la anciana con un matiz de desdén—. En realidad no es más que un vendedor, ¿verdad?

Comprendí que mi presencia allí habría sido ya objeto de más de un litigio entre ambas. Si la anciana no era buena para su padre, podía haberle reprochado la señora Lebón, ¿qué demonios hacía Abril metiendo en su casa a un simple vendedor?

—Espero que no acuda a Bossost a comprar el material para esa obra, Julia —

intervino el alcalde—; hay de todo en mi almacén.

El padre Clement, mirándonos apurado, tomó su copa con aire indeciso, y se levantó.

—Brindo por que nos amemos los unos a los otros...

La señora Lebón se levantó también.

—¡Ay, padre, yo también brindo por el amor! —Y se volvió con arrobo hacia su compañero de mesa—. Bueno, creo que es hora de decírselo, ¿no Samuel?

El señor Ros emitió un gruñido, y nos miró a todos como si de hecho nos hubiésemos reunido allí para lincharle.

—Lo que queremos decirnos —prosiguió la anciana— es que Samuel y yo, bueno... hemos... ¡Hemos decidido que nos casaremos el próximo mes de abril!

Nadie emitió el menor sonido en el segundo que siguió. El silencio se extendió incluso a las mesas circundantes. Y de repente, como si de un estallido se tratase, toda la sala se convirtió en un confuso guirigay de voces, expresiones de asombro y parabienes. A mi lado, Abril observó a su padre con mudo rencor.

Durante el baile, dos hombres acabaron cayendo al suelo cuando ejecutaban el paso de una danza regional, y tres mujeres mayores, primas segundas o terceras de Abril, sufrieron un sofoco. El padre Clement se culpó de ello atribuyéndolo a la generosidad con que este año había rociado el ponche de ron. El aire se había viciado y a las doce se abrieron las ventanas. Una corriente de aire frío y nocturno atravesó la pista de baile como un torbellino, despeinando las melenas de los músicos, unos muchachos de San Antonio que tocaban algo llamado *new funk*. Los niños, un grupo heterogéneo de cabezas sudorosas, habían hecho una tienda de campaña con manteles, y cuando emergió, Dani llevaba pegados a sus ajados volantes colillas, cascarras de langostino y toda clase de porquerías que habían ido a parar al suelo. Abril la agarró por un brazo y la sacudió.

Nos marchamos algo pasadas las dos. La señora Lebón y su novio bailaban un pasodoble entrelazados a una distancia prudencial, después de que el señor Ros fuera prácticamente empujado a ello. El alcalde, sonriendo con escepticismo, discutía con el padre las ventajas de encargarle a él los materiales de construcción para las dos reformas. Mientras tanto, el padre Clement contemplaba a los novios con un gesto beatífico, como si mirase a una pareja de conversos, miembros de una remota tribu pagana, recientemente evangelizados.

En la calle hacía más frío que antes. El viento había arrancado algunos banderines de la fiesta y los arrastraba por el suelo a nuestros pies. De algún sitio llegó el lastimero y prolongado ladrido de un perro, y Daniel, rendida de tanta excitación, se apretó un poco más entre nosotros. Abril iba estremecida y callada debajo de su festiva prenda. Me quité el abrigo y se lo coloqué sobre los hombros.

—Estás pensando que estamos todos locos, ¿verdad? —me dijo tan pronto

acostamos a Daniel.

—¿Qué?

—Sí, te estamos complicando la vida, ¿a que sí? Y claro, pensarás: «¿Qué necesidad tengo yo de pasar por todo esto?».

—¿A qué te refieres con «todo esto»?

Ella me miró compungida.

—¿Qué? Pues primero mi padre casi se muere en tu coche. Luego te quedas atrapado aquí. Para colmo, la fiesta de esta noche. Ahora resulta que ese viejo loco decide casarse y dejarnos en la estacada con lo de la calefacción.

—Bueno —dije apaciblemente—, tu padre no ha dicho aún nada concreto sobre la calefacción.

Pero Abril no me escuchaba.

—De no tener a nadie has pasado a encontrarte con una auténtica familia de locos. La verdad, no me extraña que estés deseando marcharte.

—No tener a nadie no es precisamente un lujo, ¿sabes? —le dije. Y lo cierto es que lo pensaba de verdad—. Y no estoy deseando marcharme.

Pero ella se volvió para ir a cambiarse de ropa, y no añadió nada más.

Cuando más tarde apareció, en la tele no daban nada interesante y yo estaba hojeando una revista. La oí entrar en la cocina arrastrando sus pantuflas para cerrar la espita del gas. Después colgó los abrigos en el armario de la entrada, y más tarde bajó las escaleras del sótano para ajustar la temperatura en el termostato de la calefacción. Desde la sala pude oír el aumento del traqueteo en la caldera, mezclado con el impacto espumoso de los primeros copos de nieve de la noche golpeando en el cristal. De vuelta en la sala pareció sorprendida de encontrarme aún allí.

—Estoy muy cansada —dijo, parada en el umbral—. Esta noche no tienes por qué sentirte obligado a... nada.

Levanté los ojos de la revista.

—No me siento obligado a nada —«En realidad», pude haberle dicho, «me siento más culpable que obligado»—. Si estás cansada, podemos simplemente dormir.

—¿De verdad? —preguntó.

—Sí.

Entró arrastrando los bajos del pijama hasta el centro del salón, y cuando llegó al sofá, cruzó los brazos bajo el pecho y se sentó a mi lado.

—¿Puedo hacerte una pregunta sincera?

—Desde luego.

—Ya sé que te ganas la vida como vendedor —dijo—, y que has venido aquí a hacer tu trabajo, pero... supón por un momento que el Chrysler no estuviera estropeado y que te fueras mañana. ¿Volvería a verte más?

—Pues claro.

—... Porque ya estoy harta de que todo el mundo entre y salga de mi vida... —dejó caer los brazos y me observó—. ¿Lo dices en serio? —Toda la tensión que había

contraído su rostro durante las últimas horas desapareció de golpe—. Entonces, ¿te gusta?

—Pero Abril, pues claro que me gustas.

—¿Aunque mi padre no quiera pagar la calefacción?

Eso aún no lo sabíamos, dije, mientras pasaba una página de la revista donde se anunciaba una comida para perros. Pero sí, aunque no quisiera.

«¿Aunque tuviera una hija?», insistió.

Sí.

—Ay, Víctor, eres maravilloso —dijo.

Cerré la revista, y la miré.

—Pero hay algo que deberías saber sobre mí, Abril.

—Esta noche no —dijo ella, tirando suavemente de mí—. Anda, ven.

No hubo manera de impedirlo. Pero esa idea ya me aguijoneaba el pensamiento desde varios días atrás. No podía dejar que Abril siguiera contando por ahí que yo era viudo. No estaba bien.

—¿De qué querías hablarme? —me preguntó.

Estábamos en la cafetería *del* Casino. Abril se había empeñado en que viese el panorama que se dominaba desde allí. Había dejado a Dani al cuidado del abuelo, se había maquillado, y había conducido la destartada Vanette a través de las dormidas calles del pueblo, para dejarla en el aparcamiento del Casino como un par de turistas más.

—Las vistas te van a entusiasmar; es un edificio del siglo pasado —dijo, como si una cosa tuviera que ver con la otra.

Una vez dentro, la seguí hasta un mirador acristalado con un enlosado en damero que le daba cierto aire modernista donde había seis o siete mesas de tipo velador. Nos sentamos en una junto al ventanal. Al otro lado, el paisaje era escalofriante. Una serie de abruptas crestas nevadas clavándose tenazmente como colmillos en la panza de un cielo bajo y gris. Nada, salvo aquel cristal, nos separaba del vacío. Me dio un poco de vértigo y me levanté a pedir los cafés. En el espejo al otro lado del mostrador me vi pálido y rígido.

—Tienes mal aspecto —me dijo, de vuelta, Abril.

—Verás... hay un malentendido que quisiera...

En ese momento la camarera vino con los cafés. Me pareció que se demoraba demasiado en servir la leche, y le lancé una mirada fulminante. Cuando se hubo marchado, Abril me explicó que era extranjera.

En la primera ocasión que tuve, empecé a decir:

—Mi mujer...

La miré por el rabillo del ojo antes de continuar. Parecía relajada.

—¿Sí?

—Me abandonó.

Abril apretó mi mano por debajo de la mesa.

—¿De qué murió?

—No ha muerto.

Me miró perpleja un instante. Yo retuve su mano, y compuse una mueca que quería transmitir contrición.

—Lo que intento decirte es que nos separamos.

—¿Quieres decir que *sigue* viva?

—Sí.

—¡Cielos! —dijo apartándose de mí—. ¿Y por qué vas diciendo eso, Víctor?

—Verás, es algo complicado. El caso es que... no lo sé.

Me llevé las manos a la cabeza y me friccioné las sienes. El cristal de la ventana me devolvió una imagen ridículamente dramática. Abril me observó con los ojos muy abiertos.

—¿No lo sabes?

—Llegué a creerlo, supongo. Quiero decir que, durante un tiempo, era mejor así. Más lógico, ¿comprendes?

No contestó.

—Superé la muerte de mi padre. Era lo razonable, ¿no?, no había más remedio. La gente se muere y eso no se puede discutir. «Pues bien», me dije, «si Diana estuviese muerta no habría más remedio que aceptarlo». Y de paso...

Siguió mirándome con la cara vacía de expresión.

—¿De paso qué?

—Bueno... de paso... supongo que le daba algo así como su merecido, ¿lo entiendes?

—No —contestó—. No lo entiendo, y no lo quiero entender, creo. Es cosa tuya.

—Verás, comprendería que pensases que estaba un poco perturbado, pero no soy un canalla, créeme. Es sólo que no estaba preparado para que mi mujer me dejase cuando sucedió. Acabábamos de volver de vacaciones, todos los armarios se quedaron vacíos de repente, la casa se me caía encima. Diana era muy hogareña, muy detallista, y tuve que vender algunos muebles porque me recordaban demasiado a nuestra vida anterior. Me sentía muy solo. Había pasado con ella los últimos diez años de mi vida, compréndelo. Era normal que me sintiese un poco desquiciado, ¿no crees?

También hubiera querido decirle que hasta ahora no había podido superar la pérdida, pero que los últimos días habían sido para mí como un rayo de esperanza. Me habían dado ganas de vivir. Ella se volvió hacia el mirador.

—¿Todavía la quieres? —dijo.

—No lo sé.

—¿No has vuelto a verla desde entonces?

—No.

En el exterior, al otro lado del cristal, algunos copos de nieve se dejaban caer mansamente como ingrátidos fantasmas. Abril los observó.

—Será mejor que volvamos —dijo poniéndose en pie—. Está nevando otra vez.

Ya en el coche, antes de arrancar, se volvió hacia mí con expresión apenada.

—Si he de serte sincera —dijo—, también yo he deseado alguna vez que a Rai le diese un ataque al corazón. No es muy piadoso, supongo; pero es humano.

—Supongo que sí —contesté.

—¿Te gustaría volver con ella? —me preguntó después de un rato.

—Creo que no —contesté.

Y era verdad. No estaba seguro, pero creía que no.

En la noticias dijeron esa noche que se esperaba que la gran masa de nieve caída se convirtiese en hielo, y que finalmente se aguardaba la llegada del temporal. Sin embargo, a mí no me dio ningún miedo. Me sentía a salvo dentro de los muros de aquella casa en la calle Salvación. «Eso es lo que hay que hacer», había dicho durante la cena Abril, «pegarse a la vida como esos mejillones se pegan a la roca, y aguantar».

XII

ERA como uno más de la familia. Las navidades llegaron, y el servicio de autobús seguía en suspenso, de modo que no había nada que hacer. La tormenta acabó bloqueando las carreteras entre Próspera y otros pueblos del sur, y pronto quedamos incomunicados. En la radio decían que era el resultado de una persistente borrasca procedente del norte. Me imaginé uno de esos frentes dentados avanzando entre una red de isóbaras por encima del perfil recortado del país, lentamente, como en la televisión. Les llevaba un día entero dar un saltito de un milímetro sobre el mapa; dos, cambiar de dirección; tres, lograr que un huevo amarillo asomase bajo una nube panzuda.

Así pues, se hizo necesario un cambio de indumentaria. Abril me llevó a la tienda de confecciones Petra Porter en la calle Mayor, un pequeño establecimiento donde una anciana dependienta me midió pecho y cintura con una cinta de sastre. De un muestrario de jerséis surtidos me probé uno al azar. Era un abrigado modelo de ochos que bien podía haber pertenecido a mi abuelo, una o dos tallas mayor, pero tan auténtico que no me pude resistir. El calzado fuimos a comprarlo a la vieja zapatería de la plaza de Correos donde, además de unas botas con herrajes que me daban el aspecto de los primeros alpinistas, adquirí un par de pantuflas a cuadros con pelo de borrego en su interior.

—Pero si son como las que usa mi padre —dijo Abril.

—Siempre quise tener unas zapatillas a cuadros —confesé. Me acerqué un poco más al espejo para contemplarme. Parecía un dandi inglés—. Umm, ¿cómo me sentaría una pipa?

A mediados de semana telefoneó Agar. Quería saber cuándo iba a volver.

—Pues... no lo sé.

—¿No lo sabes? Pero si ya llevas ahí tres semanas.

—No quiero engañarte, Carlos; el padre de Abril es un hombre muy testarudo.

—Pero, es Navidad. ¿Es que no piensas venir a celebrarlo con los tuyos?

—¿Con qué míos? Además, sigue sin haber servicio de autobús.

—Umm... Me gustaría saber si verdaderamente existe ese servicio de autobús. Mira, si vienes podríamos ir a celebrarlo por ahí. Yo tampoco tengo a nadie.

—Pero es que ya te he dicho que no tengo forma de salir.

—Tú verás. Pero de todos modos no te entiendo. ¿Seguro que sabes cómo manejarte con esa familia de locos?

—Desde luego.

—Porque mira, podría acercarme por allí, ya que estamos de vacaciones, y echarte una mano. Estoy pensando que, después de todo, quizás he cargado demasiada responsabilidad sobre ti.

—¿Cómo dices? Ni se te ocurra, Carlos, ¿es que te has vuelto loco? Ya te he

dicho que estamos incomunicados, hombre, sería inútil.

—Está bien, Víctor, pero me preocupas. Tanta familiaridad con esa gente... ¿No estarás pensando en quedarte allí a vivir?

—No sé qué te hace pensar eso —dije, y después colgué.

Naturalmente, no tenía nada que ver el hecho de que ahora ya no durmiese en mi antigua habitación, sino en la de Abril. Con Abril, para ser más precisos. Había sido algo gradual, claro: primero el pijama, luego el cepillo de dientes, después el resto mis cosas. Parecía lo normal. Cada día me levantaba un poco antes que el viejo y Daniel, y me colaba en el cuarto de baño. En la cocina, Abril ya estaba preparando el desayuno. Desfilaba bostezando de la nevera al fogón, ataviada con alguno de sus insuficientes atuendos: una pierna flaca y desnuda asomando impudicamente bajo la bata abierta, una manga del pijama resbalando por el hombro. Pero no le hacía falta más que un sorbo de café para iniciar de nuevo su electrizante cháchara. ¿Había dormido bien? Ah, hacía falta leche. ¡Y huevos! ¿Sabía que me pasaba las noches soñando en voz alta? ¿Pero cuántos huevos podía comerse a la semana una familia normal? Por cierto, ¿quién era esa tal Roberta a quien llamaba en sueños? «¿Roberta?», preguntaba yo levemente azorado. Pero Abril, siempre dispersa, había pasado ya al siguiente tema de conversación.

Una o dos veces el señor Ros había aparecido de pronto pisándonos los talones.

—¡Que se entere! —dijo Abril—. Ya que no va a pagar la calefacción.

—Eso no lo sabemos —dije yo—. No le hemos dado la oportunidad de expresarse, Abril.

—Es un egoísta, míralo.

Pero yo tenía mis dudas. Le pedí que me dejase avanzar con su padre a mi manera.

—Creo que tú no sabes manejarlo —añadí.

Así pues, mientras ayudaba a Abril a colocar un pedido en la parte de atrás del almacén, dije de forma que su padre me pudiera oír desde la caja: «Me parece que vais a tener que olvidaros de la nueva calefacción». «¿Eh?», se sorprendió Abril. La nuca de su padre adoptó una posición alerta. «Se trata de las tuberías», continué, «están en un estado deplorable. No me extrañaría que fuese todo culpa de los cimientos». «¿Qué estás diciendo?», exclamó beligerante Abril. Pero el señor Ros ya había mordido el anzuelo. Se acercó lentamente, alineó una caja de fusibles, se quitó una hilacha del jersey. Finalmente, sin mirarme, comentó:

—Eso es imposible, se ve que no entiende usted mucho de construcciones. Los cimientos de esa casa aguantarían un alud.

—No lo dudo —dije condescendentemente—, sin embargo, una nueva instalación es otra cosa.

—¿A qué se refiere? Esta casa tiene unos muros del grosor de una iglesia.

—Claro que sí —dijo Abril—. No sé por qué te ha dado por decir eso, Víctor.

Me divirtió su ingenuidad.

—No lo sé.

—En todo el tiempo que llevamos viviendo aquí, jamás hemos tenido un problema de humedad, ¿verdad, papá?

El señor Ros me miró arrugando el ceño.

—Por supuesto que no. Esta casa aguantaría dos instalaciones nuevas. Incluso tres.

Después, el viejo llevaba a Dani al colegio y a continuación se iba derecho a casa de la señora Lebón. Abril no dejaba de hostigarle desde que las obras del restaurante habían vuelto a comenzar. A menudo los dejaba discutiendo mientras yo iba a hacer la compra. Unas veces eran cosas para la casa (papel higiénico, patatas), otras encargos de Abril (pintauñas, una revista del corazón). Lo primero que hacía al salir, era echarle una ojeada al Chrysler. Pobre. A estas alturas la nieve lo cubría ya casi en su totalidad. Con mis botas nuevas le daba una patada a los neumáticos, y la hacía caer. Algunos vecinos que echaban paletadas de sal en sus caminos de entrada me saludaban con un movimiento de cabeza. Ninguno me llamaba aún por mi nombre, pero todos me conocían. Yo me iba silbando calle abajo, sintiendo sus miradas clavarse en mi nuca hasta que doblaba la esquina de la calle Salvación.

Próspera seguía pareciéndome feo, con sus solares vacíos y sus edificios de cemento, pero me gustaba el ruido de sus calles, esos ruidos que no llegan a percibirse en la ciudad. Un perro que ladra, una tienda que echa el cierre, una canción de corro infantil.

Me gustaba deambular por ellas. Para ir al mercado atajaba por un callejón a donde iba a dar la parte trasera de un supermercado. Por lo general, estaba siempre lleno de cajones de fruta, y a la puerta se apostaba un San Bernardo que miraba lánguidamente, y cuya tristonía fisonomía hacía pensar en un ser hechizado. En la calle Mayor me encontraba con más bullicio: las empleadas de la fábrica, tipos envueltos en gruesos anoraks, algún que otro esquiador. De camino al colegio, los chiquillos se lanzaban la nieve que las mujeres habían agrupado en sucios montones contra las esquinas de sus casas. No era un pueblo bonito, y no estaba bien cuidado; pero ya no me sorprendía tanto que a sus habitantes les gustase vivir en él.

Por la tarde, si Abril tenía que ir a revisar los libros de la cafetería, yo me quedaba al tanto del almacén. Me ponía uno de los guardapolvos del viejo y me instalaba tras el mostrador, a la espera de clientes. La puerta de hierro de la entrada golpeaba contra la moldura cada vez que soplabla el viento. Me dije a mí mismo que un día de estos las tenía que arreglar, pero enseguida me acordé de que en mi vida había arreglado una puerta. «Quizá sea sólo cuestión de cambiar los pernos», me dije, y entonces me fijé en que los cristales estaban empañados por fuera, y no por dentro, y tuve la desagradable sensación de notar una gélida corriente de aire helado procedente de la parte de atrás. O arreglábamos esa calefacción, o nos exponíamos a morir congelados.

Entraban mujeres que preguntaban por Abril. Yo les respondía que en ese momento sólo podía atenderlas yo. «Seguro que puedo ayudarlas. Pregúntenme», les

decía con un poco de ansiedad. Iba a la parte de atrás a revisar los últimos lotes de pedidos recibidos esa misma mañana, y buscaba ciento cincuenta metros de cuerda, una partida de clavos, una bomba de agua o una pieza nueva para un tractor. Los hombres me tendían una mano grande y callosa después de entregarles la mercancía. A veces entraban turistas a preguntar. Yo salía del mostrador y señalaba en sus mapas con un dedo certero, con tanta seguridad como si hubiese ocurrido allí.

Al final de la tarde anotaba cosas en la tablilla de Abril, junto a mensajes de su propio puño y letra: *Márquez. Localizar temporizados Comprar 777 bocas de riego. ¿777?* Evidentemente, Abril debía de saber lo que se hacía, era su negocio; había sobrevivido hasta entonces sin mí, pero... ¿777 bocas de riego? De pronto sentí el impulso de inventariar, de revisar cada caja. No en vano había varias generaciones de almacenistas por encima de mí. Se me ocurrió que quizá podría ponerme al día con los catálogos de maquinaria agrícola y de otras cosas como piensos, fertilizantes, semillas, cosas de las que sabía muy poco. Quizá no les vendría mal un poco de organización, le dije a Abril.

A ella le encantó que me implicara, pero contestó con evasivas. Cuando se trataba de prestar atención a algo serio, daba muestras de aburrirse en cuanto yo empezaba a hablar. «¿No podríamos dejarlo para luego?», me decía haciendo una pompa con el chicle. Descubrí que quien ayudaba a Dani en los deberes era el abuelo, y no ella, con todo lo que se quejaba de él. En el fondo era perezosa, además de olvidadiza. Dentro de un cajón polvoriento, en el archivador del almacén, encontré una lista enorme de deudores que databa de... ¡mil novecientos ochenta y dos! «¡Uf!», dijo cuando le propuse hacer inventario. «Si quieres hacerlo, hazlo tú. Yo ya tengo bastante con el trabajo de la cafetería». Así que me dirigí directamente al señor Ros. Al principio el viejo me ignoró. Apilaba envases en una estantería mientras yo, armado de paciencia, volvía a repetirle nuevamente mi idea del inventario general. Sin embargo, un día, al bajar al almacén, me encontré con el cierre metálico echado y un cartel en la puerta decía: «Cerrado temporalmente». Había cedido.

Tardamos varios días sólo en limpiar. El viejo me preguntó qué tenía pensado hacer.

—Bueno, lo primero es coger esa lista de deudores y...

—No me refiero a eso —me interrumpió.

Se rascó la cabeza, y sopló el polvo de un estante.

—Ese coche suyo... Dígame, ¿cómo lo consiguió? ¿No será robado?

Vaya una idea, pensé.

—Claro que no. En realidad era de mi... —Mujer, iba a decirle. Rectifiqué—. En realidad fue de mi padre.

—¿Murió?

—Sí.

Luego, como si supiera algo que no pensaba decirme, me miró al fondo de los ojos, y me apuntó con su dedo.

—Respecto a esa calefacción... ¿Por qué demonios opina que no se puede instalar?

Cosas como esa me animaban, no podía negarlo. Y así se lo expresaba a Abril por la noche, antes de cenar.

—Creo que tu padre va a ceder.

—Ay, Víctor, ojalá, pero no creo. Tú no le conoces, es tan cabezota.

A las ocho Dani salía de su cuarto, donde había permanecido obligada a hacer los deberes, y corría a por su radio a medio terminar.

—¿Seguimos? —me preguntaba.

—Está bien —decía con cansancio yo, soltando una revista de pesticidas y abonos.

Pero el caso es que la radio estaba ya muy avanzada. Incluso yo tenía esperanzas de verla funcionar.

—Enchufa el soldador.

Y Dani se precipitaba obediente hacia el enchufe más cercano. A veces me preguntaba en qué se había entretenido hasta ahora. Fuera de los deberes, su abuelo no parecía muy dispuesto a prestarle atención. No era posible que en el colegio no hubiera alguna actividad extraescolar para ella. Natación, *ballet*, algo así. Quizá una piscina era pedir demasiado, pero en Próspera había nieve. ¿Por qué no se le había ocurrido a Abril inscribir a su hija en clases de patinaje, por ejemplo, como había hecho ella misma años atrás?

Y luego estaba esa terca propensión hacia todo lo que fuera de chicos. Tenía varios álbumes de cromos, pero ninguno de la Barbie. Uno era de coches, y otro, de fútbol.

—¿Cuál te pides? —me decía.

—¿Cuál me pido? Ninguno.

—Venga, cuál: ¿coches o fútbol?

—¿Para qué quiero yo uno de tus álbumes?

Abril dejaba de planchar, e intervenía.

—Son juegos. Se trata de que escojas un modelo de coche o un futbolista. Luego se tira el dado y se avanza, ¿comprendes?

—¡Yo me pido ser el Thunder Truck!

—¿El Thunder Truck? Anda, Dani, ¿no te gustaría que leyésemos *La Cenicienta*?

No es que a mí me gustaran las niñas cursis y emperifolladas, pero, caray, o se hacía algo con ella o acabaría con un tatuaje en el bíceps.

Más tarde, cuando abuelo y nieta se iban a dormir (el señor Ros se levantaba y se acostaba con las gallinas), Abril conectaba un rato la radio y hablaba por encima de la música.

—Es increíble, no te lo vas a creer. ¿Te importa que beba un poco de tu vino? Me ha dicho la señora Piserra, es la abuela de una amiguita de Daniel, que hoy se ha encontrado con Julia, y ¿a que no sabes qué ha dicho la muy arpía? Pues que yo

debería tener más cuidado. «¿Más cuidado?», le pregunto a la señora Piserra. «Sí», dice ella, «creo que se referiría a tu relación con ese muchacho». «Víctor», le digo yo, «se llama Víctor. Pues vaya: no te acerques que me tiznas, le dijo la sartén al cazo». «Ya sabes cómo es», dice la señora Piserra, como si yo no supiera que ella también habrá dicho lo suyo. «No es la misma desde que tu padre y ella decidieron... ya sabes, casarse». «Ay, no me hable», le digo yo. Y ella: «Pero ¿de verdad van en serio?». «Eso creo», le digo, «aunque si quiere que le sea franca, no sé hasta qué punto no habrá sido todo cosa de esa mujer».

Iba y venía con montones de ropa arrugada. Mientras deslizaba la plancha sobre una de mis camisas, su cabeza se balanceaba al ritmo de la música. A veces paraba e insistía en que bailásemos, y si yo me resistía se burlaba: «¡Ay, Víctor, en el fondo eres un presumido!». Como temía que pudiesen oírla, me levantaba llevándome el índice a los labios, y ella me arrastraba al centro del salón.

Cuando no había música solía aprovechar el momento para telefonar. Hablaba con Laura, a quien el aire del mar le estaba sentando bien. Sin embargo, las cosas con Poli iban regular. «Tienes que tener paciencia», le aconsejaba Abril, «es su madre». Sentándose en el brazo del sofá, conectaba la tele y cambiaba de canal. «Ya sé que es decepcionante descubrir que a su madre también le ha regalado una rosa, pero peor sería que no te regalara nada, ¿no crees? Piensa que él te quiere muchísimo, Laura, y que ahora está tratando de que su madre no te devore con su envidia». Pero luego, cuando Poli se ponía al teléfono, Abril le criticaba ferozmente que se comportase como un maldito Peter Pan. «Es que sois todos iguales, os creéis que un embarazo es una mala racha que hay que pasar como sea. ¡Ala, que nos las compongamos solas! ¿No te das cuenta de que ahora te necesita más que nunca?». Después estaba un rato sin hablarme, como si yo tuviera algo que ver con las desatenciones de su primo, hasta que Eloísa aparecía tocando con los nudillos en la puerta de atrás. Quería saber sí Abril podía dejarle una sierra para cortarle una rama al sicómoro. Ya sabía que no era tiempo de poda, pero es que «el muy hijoputa» estaba a punto de atravesar el ventanal. Otras veces eran las Periquito quienes se dejaban caer por allí. Normalmente venían con consultas de tipo sentimental. Teo Bas, el chico más guapo de primero, estaba por Bea, pero todo el mundo sabía que el muy cerdo se lo hacía con todas. Abril contestaba como una mujer de mundo, entrecerrando los ojos al tiempo que deslizaba la plancha por un pantalón: «Mira chata, yo creo que no te conviene nada un hombre así».

Mientras tanto yo seguía las noticias, o leía un catálogo. Si me hubiesen preguntado, les habría aconsejado que le diesen al pobre Teo una oportunidad.

Cuando al fin se habían marchado todas y nos íbamos a la cama, a Abril se le ocurrían cientos de cosas que ultimar. Descubrí que era obsesiva. Comprobaba que había cerrado el grifo cuando ya lo había comprobado. Entraba en la habitación de Dani si no la oía roncar. Sostenía que nunca había usado cosméticos, y sin embargo no se iba a la cama sin antes aplicarse toda una gama de productos antiojeras,

antifatiga, antiedad. Cuando por fin se arrebujaba a mi lado tenía los pies tan fríos como témpanos.

—Si quieres me pondré unos calcetines.

—No seas tonta, acércamelos.

—Uyyy, estás tan calentito. Pero es que me vas a odiar.

—¿Odiarte? Ven aquí, qué te voy a odiar.

Y al estrecharla contra mí, notaba que todo su cuerpo estaba helado. El vello se me erizaba, pero me sentía bien. Por la ventana llegaba el sonido de una persiana al cerrarse, el último ladrido de un perro, el lento arrastrarse del fuselaje de un avión.

La víspera de Navidad amaneció despejado. Durante todo el día lució un sol resplandeciente que se reflejaba en las nevadas aceras y casi hacía daño al mirar. Algunas carreteras se habían abierto temporalmente. Todo el mundo parecía deseoso de celebrar la Navidad. Desde primeras horas de la mañana se oyó a los chiquillos de puerta en puerta, pidiendo el aguinaldo. Grupos de adolescentes se lanzaban bolas. Había un muñeco de nieve en cada solar.

El señor Ros y yo pasamos la tarde en el almacén, acabando el inventario. Se había puesto un viejo mono de trabajo, bajo uno de cuyos holgados bolsillos vi insinuarse una botella. De vez en cuando se levantaba silencioso y desaparecía un instante, y al volver le brillaban los ojos y la nariz.

—Dígame, Víctor, ¿no le ha echado un vistazo a su coche? —dijo.

—¿Umm?, no. He contado siete como esta —dije, concentrado en las tijeras podadoras—. Anótelo, señor Ros.

—Samuel —me corrigió sin levantar la vista del cuaderno.

Sonreí imperceptiblemente.

—Samuel, ¿le parece que miremos qué hay en aquellas cajas de allí?

—Pues debería hacerlo. Quizás esté dejando que su coche se eche a perder. Se lo digo yo, que he pasado la vida conduciendo. Antes solía ser buen mecánico.

De arriba nos llegaba el ruido de villancicos en la radio. Dani estaba trasteando en la sala con un coche teledirigido, se oían las restallantes rodadas sobre el parqué. Me pregunté por qué demonios no estaría jugando en la nieve con las otras niñas de su edad. En la cocina, Abril cacharreaba preparando la cena de Nochebuena: cordero para tres. El señor Ros —Samuel— había decidido en el último momento que pasaría la noche en casa de la señora Lebón. Celebraba la Navidad con sus dos hijas, Esther y Sara, que habían venido expresamente desde Amberes a conocer al novio de su madre.

Cuando se enteró, Abril puso el grito en el cielo. Pude oírla desde el cuarto de baño, mientras me duchaba y me afeitaba, asegurándome de que la refriega no me cogiera en medio de los dos. Cuando al fin entré vestido y perfumado en la cocina, me sentí un poco desplazado. Dani aún estaba en pijama. Abril, con el delantal

puesto, tenía una mancha de grasa que le cruzaba la mejilla, y su padre sólo había cambiado el mono por una tosca camisa a cuadros y unos *jeans*. A juzgar por su aspecto, no parecía que la cena le hiciera tampoco demasiada ilusión.

—¿Qué pasa, papá? —Le estaba diciendo Abril—. ¿Es que te has olvidado de tu familia? Yo no me opongo a que tengas amistades, pero hoy es Nochebuena, por si lo has olvidado, la noche en que nació Jesús, la noche que la gente cena langostinos y cordero con los suyos, como lo hicieron María y José, y el Niño.

—Déjalo ya, ¿quieres? Ya te he dicho que sus hijas se han presentado sin avisar.

—Eran pobres, mamá; me parece que no cenaron.

Me reí.

Las tres cabezas giraron noventa grados en dirección a mí. Dani dijo:

—Hola, Víctor. ¿Hacemos un muñeco de nieve en el patio?

—Vaya, qué elegante te has puesto —me dijo Abril, y metió una manopla en el horno—. ¡Cualquiera diría que celebramos algo! Te serviré un poco de vino.

—Gracias. Quizá más tarde.

—Yo sí tomaré —dijo su padre.

—¡Ni se te ocurra tocar la botella! —Abril se volvió espátula en mano salpicando el aire de gotitas—. Y suelta ahora mismo ese langostino.

—Mamá, ¿el niño Jesús tenía dientes? —preguntó Daniel.

Abril frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando? —Después, dirigiéndose nuevamente a su padre—. Si la cena no es buena para tu amiga, tampoco lo es para ti.

—Porque si no tenía dientes no podía comer langostinos, ni nada, ¿verdad, abuelo?

—Es hora de irme —dijo el señor Ros, y atravesó la cocina para salir.

Abril dejó lo que estaba haciendo y fue tras él. Daniel y yo les seguimos hasta el perchero de la entrada, donde su hija le ayudó a ponerse el abrigo.

—Al menos vendréis después a tomar un licor, ¿no, papá?

—Hace demasiado frío, y no sé si sus hijas tendrán ganas de salir.

—Diles que también estamos solos.

—¡Por el amor de Dios, Abril!

Pero apenas había terminado de hablar cuando sonó el timbre de la puerta, y todos nos volvimos al unísono. Dani salió disparada de entre nuestras piernas y se colgó del pomo para abrir. La entrada se llenó de golpe de aire helado. Allí, debajo de un paraguas, estaba Agar. Su cara, con los párpados apretados y los labios fruncidos, mostraba una incierta expresión de extravío.

—¡Carlos! —exclamé—. Dios mío, pero ¿qué haces aquí?

Agar traspasó el umbral y cerró el paraguas, poniendo perdida de agua la alfombra del recibidor. Venía embutido en un grueso abrigo de piel, como si se hubiera pertrechado para ir a Siberia.

—Ya te dije que tenía intención de venir, Víctor. Ha sido un vuelo penoso. Tengo

un coche alquilado ahí afuera, detrás de eso de ahí —señaló tras de sí, hacia el bulto blanco por donde sobresalían los despojos del Chrysler—. ¿Podemos cerrar? Hace un frío de muerte.

—¿Cómo que me lo dijiste? No me dijiste nada, Carlos. Yo...

—Pues claro que lo hice. No ha sido fácil conducir con las cadenas. Caramba, ¿qué te ha pasado en el diente, Víctor?

—¿Ha venido conduciendo desde el aeropuerto de San Adriá? —preguntó Abril.

—No, tuve que ir a Perpignan. No había plaza en ningún vuelo.

—Ah.

De repente, todos me miraron en silencio.

—Oh, este es Carlos Agar, mi jefe. Y ellos son Abril, el señor Ros y Daniel. Estábamos a punto de cenar.

Agar echó un vistazo a la pintura del techo, a los flecos del papel. Pasó al sucio pijama de Dani, y se detuvo en la mancha de grasa de la cara de Abril.

—Quédese a cenar con nosotros, señor Agar —le dijo ella, cogiéndole el paraguas—; después de todo, en esta casa últimamente ya no celebramos la Navidad.

—Llámame Carlos, por favor. Pues, tal vez lo haga, sí. Tenía reservada la cena de Navidad del hotel, pero...

—¿El de San Antonio? —dijo el señor Ros—. Bah, eso no es un hotel.

—No había otro vacante en más de cien kilómetros —dijo Agar, dirigiéndome una mirada de reproche.

—Le cobrarán una fortuna y se come fatal —dijo Abril. Se quitó el delantal, y miró a su padre de reojo—. Además, aquí hay comida para un batallón. Mi padre tiene un compromiso y no cenará con nosotros.

Murmurando algo entre dientes, el señor Ros se abrió paso hasta la puerta, y se marchó.

—No comprendo cómo has decidido venir en unas fechas como estas —le dije a Agar mientras entrábamos—. Has podido quedar atrapado en el aeropuerto, o en una de estas carreteras. Realmente ha sido una imprudencia. Hasta hace un rato no ha parado de nevar.

—No soy ningún inexperto. Además, tenía que visitar a otro cliente por aquí.

—¿Por aquí?

Cuando nos habíamos sentado, Abril dijo:

—La cena estará lista en cuanto Dani y yo nos arreglemos. Víctor, ¿por qué no le ofreces a Carlos un vaso de vino? ¿O prefieres cerveza? Lo que quieras; hay tantas bebidas en el refrigerador que podríamos abrir un bar. Vamos, Daniel.

Agar parecía estar perplejo. Al decirle que se sentara, me miró como si no se fiara de la tela del sofá. «Vamos, no te va a morder», le palmeé en un hombro. Cuando volví de la cocina con las cervezas, examinó su vaso con recelo.

—Bueno, ¿qué te pasa? —me dijo—. ¿Es que no veías que tenías que seguirme el juego, o qué?

—¿Seguirte el...? Ah... Oh... no me he dado cuenta, perdona. Pero dime, Carlos, ¿para qué has venido hasta aquí?

—Ya te lo dije. He pensado que debía echarte una mano. Quizá fui demasiado duro contigo al obligarte a venir. Además, no tenía nada que hacer, Víctor.

—Ya.

Vació media botella en su vaso, y se repantingó en el sofá. Estaba examinándolo todo en busca de indicios inquietantes, esos pequeños detalles que no fueran exactamente de su agrado. Me pregunté para qué habría venido en realidad.

—De modo que esta es la familia de marras, ¿eh? —dijo.

—Abril es dueña de la casa, si te refieres a eso. Su padre es copropietario del almacén. Realmente no sé por qué te has molestado en venir, Carlos.

—¿Ese anciano de antes? ¿Estaba borracho o me lo pareció?

—Bueno, bebe un poco, sí. ¿Tienes ya billete de vuelta?

—¿Eh? Sí. Salimos dentro de tres días —dijo examinando su vaso a contraluz—. Estoy seguro de que entre los dos ventilaremos este asunto mucho antes.

—Yo no me voy —le dije con tranquilidad.

—Espera un momento... —empezó a decir.

En ese instante Abril apareció en el salón. Llevaba un vestido azul de manga larga con los puños y el cuello de terciopelo, que se abría un poco en los pies. Una diadema le apartaba el pelo de la cara. Por un momento me hizo pensar en una de aquellas muñecas Nancy que hacían furor entre las niñas de mis tiempos. En el colegio, los chicos nos moríamos por investigar su anatomía. Así me sentí yo en ese instante; hasta temí que Agar me hubiese visto enrojecer.

«Estás preciosa», me oí decir. Dani, con un vestido ridículamente pequeño apareció detrás de ella. Un tenso lazo de seda rosa le resbalaba en la cintura, mostrando una hilera de tirantes jaretones. Como siempre, a ella no parecía preocuparle lo más mínimo su aspecto. Cuando su madre se fue a servir el cordero la llamé a mi lado, y le quité ese absurdo lazo. «Así estás mucho mejor, caramba. No querrás parecer un Adán». Agar me contempló estupefacto cuando me lo guardé en el bolsillo.

Mientras cenábamos empezó a nevar otra vez. Eso me preocupó. Si volvíamos a quedar atrapados, ¿cómo haría Agar para marcharse? En cuestión de horas las carreteras podían volver a quedar bloqueadas. A él le pasó del todo inadvertido, enfrascado como estaba en animada charla con Abril. Llevaba ya relatados dos de sus viajes al Caribe. Al llegar a la parte antropológica no se ahorró detalle alguno acerca de las repugnantes prácticas de las tribus a las que había visitado. Sin embargo, ni siquiera tocó los langostinos, a los que miró toda la noche con la misma reserva que si se hubiera tratado de un residuo nuclear. Cuando Abril sirvió los licores se me ocurrió que tal vez podría ahuyentarlo.

—¿Te apetece ver el almacén? —le dije.

—¿Ahora?

—Tienes razón, será mejor que lo veamos mañana. Ha sido un largo viaje, y seguro que quieres descansar.

—Bueno, sí.

—Entonces, ¿qué te parece a las nueve? —dije, poniéndome en pie, y precediéndolo hasta la puerta.

Alcancé su abrigo del perchero y le ayudé a ponérselo.

—¿Mejor a las diez?

Abril dijo:

—Si quieres, puedes pasar aquí la noche, así no tendrías que conducir.

—¿Aquí? —pregunté.

—Hay sitio de sobra. Puede dormir en el cuarto de mi padre, no creo que aparezca esta noche. O en tu antigua habitación.

—¿En tu antigua habitación? —repitió Agar, mientras me dirigía una clara mirada de reproche.

—Estará mucho más cómodo en el hotel —les dije a todos—. Esta noche no tiene aspecto de que vaya a nevar más.

Pero sí nevó. Empezó de madrugada, y para cuando su *jeep* alquilado aparcó delante de la casa a eso de las diez, caían copos como puños. Dani, Abril y yo aún no habíamos acabado de desayunar. Agar se sentó en una banqueta en la cocina y aguardó mirándose las puntas de los pies. Tenía el aspecto marchito de un cazador encerrado en su propia trampa para lobos. Se había puesto un pantalón impecable, un jersey de firma, y se había peinado el pelo hacia atrás. Parecía recién salido de un anuncio de vacaciones invernales para la tercera edad.

—Muy bien —dije, frotándome las manos cuando acabé mi café—. Vamos allá.

En vez de llevarle por las escaleras del sótano, salimos a la calle y rodeamos la casa. Había parado de nevar, sin embargo, a esa hora de la mañana, había aún poca animación. Eloísa, en bata y con unos rulos en la cabeza, tendía la ropa en su patio. Levantó la mano y me saludó: «¿Qué hay, Víctor, ¿está en casa Abril?». «Allí está», contesté. Agar nos miró de reojo, mientras se subía el cuello de su chaquetón.

—¿Quién es? —preguntó.

—¿Eloísa? —dije—. La vecina.

—La vecina, ¿eh? Por lo que parece, te has integrado muy bien.

—No es más que pura cortesía, Carlos. Hay que ser amable con los vecinos.

Al pasar por un charco de la acera, chapoteé en él en vez de sortearlo. Agar me interrogó con la mirada.

—Creo recordar que en tu casa no te hablabas con ninguno.

—Tienes razón. Bueno, supongo que en las ciudades... —Hice un gesto soñador—, ya sabes.

—No, no sé. ¿Qué pasa en las ciudades?

—Que todos somos más huraños y desconfiados.

—¿Y aquí todo el mundo es el Tío Tom?

Al decir esto me di cuenta de que estaba siendo irónico. En otro tiempo habría entrado al trazo e iniciado una discusión con él, pero ahora me parecía algo pueril. Sonreí, y le dije:

—Aquí estamos. Espera, que abro el cierre.

Mientras metía la llave en el candado y tiraba con todas mis fuerzas de la malla, me sentí lleno de vigor. Podía notar la sorpresa de Agar en forma de mirada sostenida en mi nuca. Supongo que era natural, después de haberme visto desquiciado y tan cerca de perder la cordura en los meses posteriores a la marcha de Diana. Antes de que abriese la puerta, se acercó con las manos en los bolsillos, y me preguntó por la situación económica de los Ros.

—¿De verdad piensas que tienen el dinero que cuesta la instalación? —dijo con incredulidad.

—Bueno, creo que el señor Ros tiene dinero suficiente. Aunque está ese dichoso asunto del restaurante, claro.

—¿Qué restaurante?

—El que va a montar con la señora Lebón.

—¿La señora Lebón?

—La dueña de la pensión, se van a casar. Bueno, eso han dicho a todo el mundo, aunque no lo sé. En confianza, yo no las tengo todas conmigo.

Y era verdad. Últimamente estaba empezando a ver al señor Ros de otra forma. Debajo de su apariencia de erizo, parecía esconderse un hombre asustado y algo senil.

—¡Oh! ¿De verdad? —dijo Agar.

Me estaba mirando como a un alienígena que se hubiera apropiado de mi cuerpo. Terminé de abrir la persiana, que rodó por los raíles con gran chirriar, y me eché a un lado para dejarle pasar. Cuando empujó la puerta del almacén, Agar se quedó boquiabierto.

—Pero, Víctor, si esto es una especie de... hangar —dijo.

—¿Verdad que es enorme? Fíjate allí, donde están las máquinas: hay más de cuatro metros de altura hasta el techo. Es impresionante, ¿a que sí?

—¿Impresionante? Yo no diría que es impresionante. Estoy seguro de que hasta es peligroso. ¿Hay extintores aquí?

—Oh, vamos, tú no vendes extintores, así que no te preocupes de eso ahora.

—¡Que no me preocupe! Pero si tiene aspecto de irse a caer.

Era cierto que estaba todo un poco descuidado. Recordé que la primera vez que lo vi a mí también me deprimió. Los fluorescentes pendían de cables a cierta distancia del techo, y el viento que se filtraba por los resquicios del tejado los mecía y los hacía gemir. En algunas ventanas se abrían huecos tapados con trozos de cartón. El suelo necesitaba ser barrido y todo tenía un aspecto general de abandono. «Está un poco sucio; el viejo y yo nos hemos olvidado de barrer», le dije a Agar, mientras recogía una lata de cerveza vacía de un rincón.

—Debe de haber ratas por aquí —dijo Agar, agarrándose las perneras del

pantalón.

—Vamos, no seas exagerado.

Conecté el interruptor de la luz, y los fluorescentes emitieron sucesivos chasquidos. La estancia adquirió de repente el aspecto de una gran nave espacial. Agar y yo nos quedamos un rato de pie, observando en silencio, y luego yo dije: «Vamos, quiero que veas algo». Cuando la luz dejó de parpadear, vi la herrumbre que las goteras habían formado en la pared. Me dije a mí mismo que al día siguiente bajaría con unos cubos y jabón. Bien pensado, había tantas cosas por hacer, que la idea me estimuló.

En la parte de atrás, donde estaban los vehículos, me detuve satisfecho y le mostré a Agar el laberinto de hierros y cromados.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Qué demonios es todo esto?

«¿Que qué es todo esto? Pues el Paraíso», hubiera querido decir.

—¿A que nunca habías visto una escarificadora? —Sonreí.

—¿Una qué?

—Yo tampoco. Y esto, ¿qué dirías que es? Una repartidora de abono. Funciona así, mira.

Le mostré con orgullo los tentáculos de las máquinas a las que yo mismo había sacado brillo días atrás, moviéndome entre ellas como un mago en su laboratorio. Ajusté una palanca de cambio que se había quedado puesta en una marcha. Moví un cristal.

—No imaginas la cantidad de cosas que tienen aquí dentro sin saberlo siquiera —sacudí la cabeza—, ni lo imaginas.

—Oye, mira —estaba diciendo Agar. Avanzaba a pasos cortos, como si no se atreviese a alejarse demasiado—, creo que aquí estamos perdiendo el tiempo, Víctor. Ninguna empresa solvente sería capaz de pagar el equipo que hace falta instalar en este local. Por no hablar de la reforma que habría que llevar a cabo primero. Eso si no se cayese antes de empezar.

—Ni hablar. No hay más que ver las vigas del techo, Carlos. Observa: ni una pizca de humedad.

—Ni siquiera hay un hotel en los alrededores. Nos costaría más caro mantener a los técnicos mientras durase el trabajo de lo que podríamos facturarle a esta gente.

No sabía por qué aún seguía con aquello.

—No compensa. Lo mejor será irse —concluyó.

—Puede que tengas razón —dije apaciblemente—. Si no quieres arriesgarte a quedar atrapado, lo mejor es que te vayas cuanto antes.

—¿Cómo que me vaya?

Apenas había terminado de hablar, cuando alguien golpeó en la puerta. Me volví. Parado en el umbral, estaba el padre Clement.

—Espera, voy a hablar un momento con Lucas, y enseguida estoy contigo.

El padre había venido a buscar su escopeta antes de acudir a abrir la iglesia para

dar la misa de Navidad. Venía ataviado con unos pantalones vaqueros y un suéter, del que sobresalía el alzacuello. En una mano, sujetándola por las patas, traía el cuerpo aún cubierto de plumas de una perdiz. Era un regalo para mí. La semana anterior había tenido problemas al dispararle a un gamo porque su escopeta se encasquilló, y yo me ofrecí a engrasársela con el lubricante industrial que vendíamos para el motor de los tractores. «Ha quedado estupenda, creo yo», le dije, comprobando la recámara. Apoyé la culata en mi hombro, apunté con el arma, y me incliné sobre la mira. Allí estaba Agar, aguardando impaciente junto a una pila de artesas, mirándome con incredulidad. Abrí la escopeta y se la entregué al padre. Antes de irse me palmeó en el hombro. «Espero que la próxima vez sea una pieza más grande», dijo entregándome la perdiz.

Regresé a la parte de atrás. Agar se había acercado a la mesa. Le salía vaho por la boca, y estaba frotándose los brazos con las manos enguantadas.

—Por amor de Dios —dijo—, hace un frío de muerte, vámonos.

—Hoy no abrimos el almacén, por eso no he encendido la calefacción.

—Yo no me molestaría ni en encender una fogata aquí dentro —se sopló las puntas de los dedos y me observó arrugando la nariz—. Y por cierto, ¿qué has querido decir hace un momento con eso de que me fuera?

—Bueno, no quisiera que te quedases atrapado en...

—¿Es que tú no piensas venir, o qué?

—Pues... No —dije. Con un gesto de la mano, añadí—. Vamos, Carlos, iremos en tu coche a tomar algo.

Pero Agar no se movía.

—¿Cómo que no?

—Que no, que no voy a volver contigo.

—Quieres decir que te quedas a pasar la Navidad, ¿no, Víctor? Está bien, lo entiendo. Yo también me siento solo en estas malditas fechas.

—No es eso.

—Si no te encontrabas bien podías habérmelo dicho, te habría dado vacaciones. Nunca me he portado mal contigo, ¿no? Incluso podrías haber venido a mi casa.

—Me encuentro perfectamente. No es un problema de salud.

Me detuve junto a la puerta de entrada, y esperé que Agar saliera para cerrar. No podía bajar la persiana y sujetar la perdiz, y se la pasé a él, que la apartó de sí cuanto pudo con expresión de asco.

Una vez en su coche, la pusimos en el asiento de atrás. Le guíé por las animadas calles del pueblo hasta el Casino. Las campanas aún no habían llamado a misa, y el ambiente era festivo: mujeres endomingadas charlando en corrillos, abuelos con sus nietos. Todo Próspera olía a Navidad, debía de ser la nieve. Al llegar, Agar permaneció sentado un momento mirándome con aire paternal.

—Es por esa mujer, ¿no es así? —dijo.

—Se llama Abril.

—Abril, menudo nombre. Tiene nombre de... fulana.

—Déjalo, ¿quieres? —dije saliendo del coche, y echando a andar delante de él.

—Ay, Víctor, qué ingenuo eres. Ahora me doy cuenta: si ni siquiera es guapa. Si lo que necesitabas era desahogarte, habérmelo dicho a mí, hombre, tengo experiencia. Y contactos. Reconozco que has debido sentirte muy solo desde que Diana se marchó. Oye, es perfectamente humano.

—¿De qué estás hablando? No se trata de nada sexual.

—¿Que no? Pues entonces no lo entiendo, Víctor.

—Bueno, sí, también. Pero no solamente.

—Oh, vamos, no me digas que crees que te has enamorado de ella. Hasta un tonto se daría cuenta de que es la antítesis de tu mujer. Si lo que quieres es poner celosa a Diana, me parece bien, pero no te engañes.

—¿Poner celosa a...? Pero Carlos —me reí—, si ni siquiera sabe dónde estoy.

—Tarde o temprano ella volverá, Víctor, eso lo sabe cualquiera. Ahora está enfadada contigo, y probablemente con razón, porque eres un tío de lo más raro; pero volverá. Te ha hecho daño, no digo que no, y la frustración es lo que te hace revolverte contra ella.

—¿Quién eres, Freud o algo así?

—Mira, Víctor, tú ni siquiera eres consciente de ello. Lo estás haciendo todo para que vuelva Diana. Sinceramente, yo creo que esa es la razón.

—Muy bien. Pues esa será.

La escalera del Casino estaba cubierta de nieve. La subimos despacio, aferrados a la barandilla. Una vez dentro nos acomodamos en dos butacas de cuero situadas en una estancia con chimenea. Agar encendió un puro.

Entonces se lo dije.

—¿Cómo que vas a quedarte a vivir aquí? —dijo él—. ¿Pero es que te has vuelto loco?

—No —contesté.

—Demonios, Víctor. Si fuiste tú mismo quien dijo que toda esa familia estaba loca.

—Eso fue al principio, cuando no los conocía.

—Pero es que lo están, no hay más que verlos. Ella seguramente ni ha estado casada, y esa niña... ¡a saber de quién es!

—Carlos, no seas miserable. Su padre es militar, y vive en Francia.

—En Francia, ¿eh? ¿Y piensas cargar con ella, o qué? Pero si tú odias a los niños. Tu mujer te dejó porque no querías tenerlos, tú mismo me lo dijiste. No te engañes, no aguantarás ni un asalto.

—Cállate, ¿quieres?

Había venido un camarero a tomar nota de las bebidas. Agar pidió un *whisky* y yo un café.

—¿Y de qué piensas vivir, eh? —preguntó—. No pensarás que voy a pagarte

simplemente por estar aquí sacando la mierda de ese almacén, ¿verdad?

—No será necesario. Lo voy a dejar.

Agar se irguió, y apoyó ambas manos en la mesa.

—¿Me estás diciendo que vas a dejar tu trabajo?

—Sí, eso es.

—Pero ¿y tu vida? ¿Es que vas a olvidarte de golpe de todo: tu casa, tu trabajo, tu mujer?

—Ahora mi vida está aquí.

—Pero ¿por qué? —dijo—. Explícame por qué.

—Lo he decidido.

—¿Lo has decidido? ¿Cuándo?

—Estaba harto de mi vida, Agar, no me gustaba. De repente me he dado cuenta de que no me gustaba.

Agar se quedó mirando la copa que tenía en la mano, y de repente se puso en pie. Avanzó hasta la ventana y miró a través de ella.

—Hace años fui alcohólico —dijo.

Le miré.

—Fui dando tumbos de acá para allá, caí tan bajo como un hombre puede caer. Pero conseguí dejarlo, se acabó. No es algo de lo que me sienta orgulloso, sólo unas pocas personas lo saben.

—Carlos, todo el mundo sabe que fuiste alcohólico —le dije, quizás con demasiada crueldad.

Sacó un pañuelo del bolsillo, y se restregó la cara con él.

—La gente piensa que esas sectas son una cosa peligrosa, algo del diablo, pero te aseguro que si no llega a ser por ellos no sé qué habría sido de mí. ¿Sabes que a veces dos o tres hermanos venían a ayudarme con las cosas de la casa? Recogían mi mierda, Víctor, eran como mi familia. A veces, hasta dormían conmigo.

—¿Dormían contigo? Vaya.

—Para no pensar en ello solíamos cantar himnos. Oh, ellos siempre estaban cantando. Incluso grababan discos. Es una buena terapia, Víctor, deberías probar. En cierta ocasión estuvieron poniendo uno de sus temas por la radio. Pero no es eso lo que quería decirte. Lo que quiero decirte es que me dejé ayudar.

—Bueno, me alegro, pero ¿eso qué tiene que ver conmigo?

—Lo tuyo también es una especie de obsesión, Víctor, ¿no lo ves? Hace sólo un par de meses ibas diciendo por ahí que tu mujer había muerto. ¡Por favor! ¿No te das cuenta de que no estás bien?

—Sí, tienes razón, admito que no he estado muy bien. Pero por si eso te preocupa, te diré que se lo conté todo a Abril, y lo entendió. Eso me ayudó a superarlo.

Sacudió la cabeza de un lado a otro. Sonrió como si supiese alguna cosa terrible que hubiera llegado el momento de desvelar.

—Esa mujer te va a arruinar, ¿me oyes? Te vas a quedar en un sitio de mierda, a

vivir una vida de mierda, con una mujer a la que dentro de poco acabarás odiando por haberte arrastrado a ello. Y probablemente tú acabes arruinando su vida también.

Sus últimas palabras quedaron flotando en el aire tibio de la estancia. Tal vez pudiera ser verdad, me dije. Pero tal vez no. Nadie podía saberlo, al fin y al cabo.

—Vamos, Carlos —le dije—, es hora de que te vayas.

Salimos. El viento soplaba ahora con más fuerza que antes. Un perro cruzó la calle con la cabeza alta, moviendo felizmente la cola.

—Haremos una cosa —dijo Agar, mientras ponía en marcha el motor—. Quédate aquí hasta que pasen las fiestas, y hablaremos después.

—Estoy seguro de que podrán cambiarte el billete de avión —le dije—, no creo que vuele mucha gente el día de Navidad.

Agar me contempló tristemente unos segundos antes de arrancar.

—Te llamaré, Víctor.

—Espera —grité. Abrí la puerta, y recuperé mi perdiz del asiento de atrás—. Adiós, Carlos.

Levanté la mano y la agité mientras se alejaba. Su *jeep* alquilado traqueteó sobre las piedras centenarias de la plaza, y luego desapareció.

XIII

—¡ESTO es increíble! ¡Nos hemos quedado encerrados! —gritó Conrado Sapeli, el vendedor de maquinaria a quien había ido a visitar a Bossost, elevando la voz por encima del ruido de la alarma antiincendios.

Siguió aporreando la puerta.

—Vamos, no se preocupe. Enseguida vendrán a abrirnos —le tranquilicé.

—Llevo trabajando en este edificio más de quince años y nunca me había ocurrido algo así. Mire a su alrededor; todo está repleto de máquinas, algunas de ellas con los depósitos llenos. Esta puerta no se cierra nunca, no debería estar cerrada... ¡Me gustaría saber por qué demonios se ha cerrado! Si hasta tenemos un surtidor de gasolina ahí enfrente, ¿no lo ha visto? ¿Por qué suena esa alarma? ¿Y si nos abrasamos aquí dentro? Dios mío, ¿no siente mucho calor?

—¿Eh? Oh, no... son imaginaciones suyas —le dije.

Y lo eran porque, de hecho, en aquel almacén hacía un frío glacial. Pese al radiante sol de febrero que entraba por las ventanas, en la hora larga que llevábamos allí pasando revista a las máquinas, mi boca había exhalado más vaho que un decantador. Probablemente no fuera todo más que un simulacro, pero la cara del pobre Sapeli era un poema. El penetrante agudo de la alarma le hacía sudar a borbotones.

—Siento dar este espectáculo, señor Ripstein —dijo, intentado que la recia puerta ignífuga cediera bajo el peso de su hombro—. ¿Le importa que lo intente?

Cuando me volví para ayudarlo, su enclenque cuerpecillo, lanzado así contra el obstáculo, me hizo pensar en una escena de cine cómico.

—Me temo que se abre hacia dentro —le dije.

—El caso es —dijo Sapeli— que no soporto bien estar encerrado. Tengo claustrofobia.

—Vaya, lo lamento.

—Una vez permanecí una noche entera sepultado bajo la nieve en la pala de una excavadora.

—¿De verdad?

—Cosas de chicos, ya sabe.

—Bueno, no se preocupe. Aquí dentro hay aire de sobra, y parece que limpio.

—Mi exmujer siempre decía que debería ir a un psicólogo. Ella pensaba que aquello había afectado al resto de mi vida. Ahora manda a nuestros hijos a campamentos de verano para que no tengan miedo de nada —algo más calmado, Sapeli sacó un pañuelo y se enjugó la frente con él—. ¿Tiene usted hijos, señor Ripstein?

—Pues no —le dije—, también estoy separado.

—¡Vaya, vaya! —dijo—. No sé si darle la enhorabuena o decirle que lo siento.

—No se preocupe, no es ningún drama.

De repente el sonido de la alarma cesó. Me acomodé en la escalera, y Sapeli vino a sentarse junto a mí.

—De modo que separado, ¿eh? —dijo, repentinamente animado—. ¿Ve esto? —se señaló el cráneo con el dedo índice, mostrando una porción sonrosada y porosa de cuero cabelludo—. Implante. Desde que me separé soy otro hombre. Tengo la nevera llena de agua mineral y productos dietéticos. Hasta me he inscrito en una academia de baile. ¿Claustrofobia? Me importa un bledo la claustrofobia.

—Vaya, me alegro mucho por usted.

—Ah, menuda vida la de separado, ¿no le parece? Salidas, oportunidades, libertad. No me malinterprete, señor Ripstein, no soy un calavera. Lo que pasa es que uno se enamora, crea una familia con toda la ilusión y luego... En fin, la vida es así de veleta. Un matrimonio es demasiado sacrificio como para vivirlo a disgusto. ¡Se nos ha concedido una segunda oportunidad, amigo mío!

—Es estupendo, sí —contesté.

—Se lo digo a todos mis compañeros: «Yo no cometeré el error de volverme a casar», les digo. «El matrimonio no es para mí». —Claro.

Pero después de un momento dije:

—Sin embargo... —carraspeé—. Usted, por su trabajo, supongo que debe de pasar bastante tiempo solo, ¿no?

La cara de Sapeli quedó momentáneamente congelada en una sonrisa de expectación.

—Yo antes estaba separado. Quiero decir, después de que mi mujer me dejara, pero antes de venir a Próspera. Porque en realidad yo no soy de Próspera, ¿sabe?, vine aquí por negocios. Era vendedor, como usted. Al principio no me gustaba estar con ellos, con la familia con la que convivo, quiero decir. Demasiada gente, demasiado ruido: una niña pequeña, un abuelo, comidas y cenas con servilletas. Es curioso, uno se acostumbra a estar sin servilletas y luego le parece que todo eso es demasiado para él, ¿no le parece?

—No sé si le entiendo bien —dijo, reticente, Sapeli.

—Dígame, ¿a veces, cuando camina por las acogedoras calles de esta pequeña ciudad, llenas de gente paseando, comiendo pipas en el parque, sacando al perro a hacer pis, no se siente un poco solo? Seguro que se acuerda de sus hijos, ¿no?

Sapeli consideró mis palabras con un duro rictus en su boca.

—Yo no vivo en *esta* pequeña ciudad. No me gustan las ciudades pequeñas.

—Ya, por supuesto. Lo que quería decir es que a veces se echa de menos cuidar de alguien, ¿no cree?, ser generoso con...

—Veo a mis hijos cada dos fines de semana —me interrumpió—. Cumplo con mis obligaciones como padre de manera puntual, si se refiere a eso.

—Estoy seguro de que sí, pero yo le hablo de otra cosa... No sé... ¿Nunca le ha montado una radio a su hijo?

—Que yo me haga injertos de pelo no significa que mis hijos no estén bien atendidos.

—Por supuesto.

—El año pasado les regalé un equipo de música que me costó un riñón.

—Le creo. Deben de ser un continuo sacrificio.

—Lo son.

—Seguro —le dije.

Pero yo sabía bien a qué me refería, aunque no se lo había podido explicar.

Por fin, la silueta de un gorro de bombero asomó tras la puerta, y me despedí de Sapeli hasta la próxima vez. Luego busqué una cabina. Estaba seguro de que Abril se reiría cuando le contara lo que me acababa de ocurrir.

Para ir a Bossost había usado su Vanette. Era un vehículo mucho más nuevo que el Chrysler, sin embargo, parecía haber sobrevivido a una guerra. La tapa del radiocasete estaba rota, y por el hueco vacío asomaba un manojo de cables pelados. Uno de ellos me hacía cosquillas todo el tiempo en la pierna, de modo que, de regreso, detuve el motor, rematé las puntas con una navaja y los oculté. Cuando sacudí los restos de cobre del asiento, algunos quedaron presos en los agujeros de la tapicería, que parecía haber sido roída por los ratones. Al pasar por San Antonio se me ocurrió hacer que la limpiasen —había un taller de lavado a la entrada de la ciudad—, pero decidí que no. Había algo allí dentro (un indefinible olor a especias, una goma para el pelo abandonada en el asiento de atrás) que tenía el inconfundible toque de Abril.

En Próspera lucía el sol. La nieve había empezado a derretirse y en las calles se veían brillar pequeños charcos esparcidos. ¿No había un refrán que lo decía? *En febrero, busca la sombra el perro*. Pues aquí resultaba literal. Desde hacía un par de semanas, el sol resplandecía, las avispas acechaban en las cornisas de las casas, y los esquidores se dejaban caer por el pueblo ataviados con sus bermudas y sus gafas de sol.

Me detuve un momento en la plaza de Correos para comprar el periódico. El carrito de tartas de la Repostería El Tirolés, con su toldo a rayas azules, llamaba la atención. En la puerta del colmado conversaba un grupo de personas. Al acercarme, el alcalde asomó la cabeza, y me saludó:

—No le habrá mandado ese viejo a buscar cemento a Bossost, ¿verdad? —me preguntó.

—Eh... oh... No, no —le dije—, vengo del concesionario de...

—Dígale que tengo diez sacos esperando desde ayer en mi almacén.

Cuando me alejaba le oí comentar:

—Como no se den prisa con ese restaurante, van a tener que celebrar la boda en la pensión.

Pero todos sabíamos que las obras del restaurante estaban beneficiando al señor alcalde y su almacén de materiales más que a nadie.

Giré en la calle Salvación y aparqué la camioneta frente a la casa de Abril, donde el señor Ros estaba hurgando en el Chrysler. Hacía tiempo que Poli lo había dado por perdido. El motor se había gripado por haber perdido aceite durante el último viaje. Pero el viejo no se daba por vencido. Parecía fascinado por él. Tenía medio cuerpo metido dentro del capó, y de vez en cuando se le oía murmurar entre dientes. Abril y Laura estaban en las escaleras, conversando sobre el próximo nacimiento del bebé.

—Su madre quiere venir aquí cuando nazca —le decía Laura a Abril.

—No me digas.

—Naturalmente le he dicho a Poli que de eso ni hablar.

—Naturalmente.

—«Yo ya tengo una madre», le he dicho.

—Creo que has hecho muy bien —dijo Abril.

Me acerqué al coche y eché una ojeada al interior.

—¿Quiere que le eche una mano, Samuel?

«Hola Víctor», dijo Abril, y se aturulló al explicarme que su padre se había puesto tan terco, que al final había tenido que darle las llaves del Chrysler para que le echase un vistazo y la dejara en paz. Laura se llevó las manos a la tripa, e inclinó el cuerpo hacia el capó. Parecíamos cuatro supervivientes rodeando los despojos de un avión.

—¡Apartaos de aquí! —protestó el viejo—. Ya dije que este maldito trasto funcionaría, y funcionará. ¡Maldita sea!

—¿Vas a ducharte antes de comer? —me preguntó Abril, y me siguió hasta el pie de la escalera.

—Eso he pensado.

—No olvidéis lo de esta tarde —dijo Laura, y cruzó la acera para dirigirse a su coche—. El cine empieza a eso de las siete.

—Oh, no contéis conmigo —dije—. Hay una gotera en el almacén.

—Pero no puedes perderte la película. Además, prácticamente la acaban de estrenar.

—A Víctor no le gustan mucho las aglomeraciones de gente, ni la oscuridad —dijo Abril, y hundió las dos manos en los bolsillos del anorak.

—Tú verás. Pero aquí el cine es tan grande como una cocina.

Anadeaba como un pato. Abril fue tras ella y la ayudó a entrar en su Peugeot. Como siguiera engordando de ese modo, no quería ni imaginarme en qué estado llegaría al noveno mes.

Subí las escaleras, y colgué mi abrigo en el perchero. En cuanto estuve dentro me llegó un intenso olor a comida. Recorrí el pasillo hasta la cocina, de donde salían luz y música a través de la puerta. Eloísa estaba dentro. Me saludó agitando una espumadera: «Hola Víctor, ¿quieres una patata frita?». Rehusé mientras salía de allí. Seguramente, debía de tener otra vez el microondas estropeado. La mesita del teléfono estaba ocupada por envoltorios de aluminio y tápers; una bandeja de filetes

empanados mantenía descolgado el auricular. Lo devolví a su sitio, y me dirigí al dormitorio. Había cajas de zapatos abiertas, y pares desperdigados por aquí y por allá. Anabel y Bea surgieron del armario.

—A Abril ya no le sirven...

—Así que nos los ha dado...

Por lo visto, todo el mundo tomaba la casa de Abril como una parte más del almacén. A veces resultaba complicado tener intimidad. Sin embargo, cuando después de ducharme abrí el armarito del baño para coger mis trastos de afeitarse, me gustó encontrarlos en medio de todo aquel desbarajuste.

Como aún faltaba un rato para la comida, pensé en ir a echarle un vistazo a la gotera del almacén. Me puse ropa limpia, y salí a la calle. Las piernas del señor Ros aún sobresalían del Chrysler. Cuando pasé por su lado, éste se rascó la trasera de los pantalones y se hundió un poco más en el capó.

Estaba cruzando el callejón lateral cuando escuché la voz de Daniel. Más por no interrumpirla que por curiosidad, me acerqué con sigilo hasta ocultarme tras los contenedores. Otro niño y ella estaban sentados al pie de las escaleras, hablando en voz baja. Alguien llamó desde dentro:

—Álex, es hora de comer.

—Ya voy —dijo el niño.

Dani tenía un palito con el que hacía dibujos en el suelo.

—Es más grande —decía—, te lo digo yo. Un Chrysler es más grande que un *Volvo*.

—Se dice *Volvo*. Y eso depende del modelo —contestó Álex en tono sabidillo—. Además, qué más da que sea más grande si es más viejo.

—Cómo va a dar igual. Mi abuelo dice que los coches pequeños son de chica.

—Y qué. Mi madre dice que un coche grande es un signo de os... de ostent..., que es una idiotez. Yo de mayor prefiero un coche pequeño.

A Dani se le escapó una risita despectiva.

—Pues yo creía que eras un chico.

—Y lo soy —Álex se volvió hacia ella con los puños ligeramente levantados—. En cambio tú no pareces una chica.

—Y a mí qué.

—Nada. Sólo que mi madre dice que si a tu madre no le importa que vayas por ahí vestida de chico, no es culpa tuya. Y que tampoco es culpa tuya que tu madre no sepa criarte, y que le abra la puerta de casa a cualquiera.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho. Mi madre dice que tu madre es una... eso, y que debería darte mejor ejemplo.

—Vas a ver.

Álex se levantó y echó a correr escaleras arriba, pero Dani lo interceptó por el cuello. Salí de inmediato de mi escondite, y le ordené que lo soltara. En cuanto se vio

libre de ella, el niño entró corriendo en su casa y Daniel echó a andar delante de mí. Tenía el pelo alborotado; arrastraba los pies como si las gruesas botas de montaña que llevaba puestas le pesaran un quintal. De pronto me vi sorprendido por un pensamiento nuevo: ¿qué clase de gente le haría daño a un niño?

—¿Estás bien? —le pregunté.

Dijo que sí con la cabeza.

—¿Quieres contarme qué pasaba?

—No —contestó.

Pero antes de llegar a casa, aminoró el paso hasta quedar a mi altura y, sacando una goma del bolsillo, me la tendió:

—¿Me haces la coleta?

Los abonos, los pesticidas y los fertilizantes estaban colocados en el mismo estante que la comida para perros. La idea de vender comida para perros en el almacén era de Abril. «Todos los que necesitan algo del almacén tienen perro», decía, «así que, ¿por qué no aprovecharlo y que compren la comida aquí?». A mí me parecía poco higiénico. Se lo dije al señor Ros cuando éste se dejó caer por allí. «¿Umm?», dijo. Llevaba ya un rato silencioso, manoseando un set de herramientas para el jardín. Pero yo sabía que había algo más. Hacía más de una semana que no dormía en casa, había regresado a la pensión. Sospechaba que ello había tenido que ver con que unos días atrás me sorprendiera saliendo en plena noche del dormitorio de su hija, cuando él regresaba de una de sus excursiones nocturnas. Abril decía que había que tratarlo abiertamente, pero yo no tenía ánimos para hablar del asunto con el señor Ros.

—No es higiénico tener la comida tan cerca de los productos químicos —le dije—. La gente que necesita comida para perros no la busca en la sección de pesticidas, y los que vienen por pesticidas no sé hasta qué punto se fiarán de una comida que está junto a ellos, ¿no cree?

—¿Qué le parece mi hija? —me preguntó de improviso—. Le gusta, ¿no?

—Oh... ah... Es estupenda.

Guardó las manos en los bolsillos de su rebeca, y se miró las puntas de los pies.

—Y mi nieta es una niña un poco rara, pero es cariñosa, ¿no cree?

—Sí que lo es —dije—. ¿Sabe que hemos acabado de montar la radio?

Con gran regocijo de Dani, pensé, que no se había separado de ella en las últimas horas.

Tras una pausa, el viejo dijo:

—Había pensado...

—¿Sí?

—... En la calefacción.

—¿En la calefacción? —Me sequé el sudor de las manos en el faldón del guardapolvo—. Y, ¿qué ha pensado exactamente?

—Bueno... ¿Debemos instalarla? ¿Qué le parece?

—Oh, pues, no lo sé. Este almacén es muy grande, desde luego, y hace frío.

—Usted debe saberlo bien —dijo el señor Ros, que sopesaba ahora la empuñadura de una azada. Me miró arrugando la frente—. Quiero decir que, últimamente, pasa aquí mucho tiempo.

—Está bastante desangelado, sí.

—Sí —bajó los ojos otra vez—. Y la casa también, ¿verdad?

—También.

Los dos guardamos silencio. El viejo dio unos golpecitos con la hoja de la azada en el suelo.

—Tal vez esté usted esperando a que yo firme esos papeles de su empresa para marcharse.

—Verá, Samuel —le dije—, yo ya no trabajo para ellos.

—¿Ah, no? —dijo con auténtico asombro—. Nadie me ha dicho... ¿Y qué piensa hacer?

—Bueno —dije, considerando la cuestión—, debe de haber por aquí otras empresas a las que poder encargárselo. Aunque, bien pensado, no sé... También podría ocuparme yo mismo. Ahorraríamos dinero.

La voz de Abril llamó desde la cocina para que fuésemos a comer.

—¡Ya vamos! —grité.

—¿Qué quiere decir con que ahorraríamos dinero? —preguntó.

—El caso es, Samuel, que por el momento no tengo intención de marcharme.

El hombre hizo un esfuerzo por mirarme a los ojos, como si le costase fijarlos en mí.

—Entonces... —empezó a decir.

—¿Entonces?

Devolvió a la estantería la azada que había estado empuñando, y se irguió. De repente, parecía ser un hombre mucho más corpulento.

—Entonces, ¿le parece que podría encargarse usted de ello, Víctor? Yo voy a estar muy ocupado con... —Hizo un gesto vago con la mano—, el restaurante... la boda... Ya sabe a qué me refiero.

—Desde luego —dije—, no se preocupe. Yo me ocuparé.

—Si te han dicho que debes ir a un especialista, tendrás que ir, Víctor —consideró Abril.

Acababa de regresar de la consulta del dentista. El hueco donde antes se alojaba mi diente había empeorado durante los últimos días, tanto que todo el lado izquierdo de la cara se me estaba empezando a hinchar. El dentista había dicho que él no podía hacer nada. La infección se había extendido y lo más conveniente era que me viesen en un hospital.

—Pues será mejor que vayas —dijo Eloísa desde el fogón, donde estaba enseñando a Dani a hacer buñuelos, por lo que el aire de la cocina estaba lleno de humo y olor a fritanga—. Una vez leí no sé qué carajo sobre que la leucemia podía contraerse por una infección de muelas.

—Mira que eres bruta —le dijo Laura a Eloísa—. No te preocupes, Víctor, seguro que no es nada. A Poli le operaron de las muelas del juicio hace dos años. Por cierto, ¿qué horóscopo eres?

—¿Cómo?

—Seguro que Aries, ¿a que sí? Emprendedor y activo.

Emprendedor y activo... ¡Vaya! De modo que era así como me veían. Temí defraudarla al decirle la verdad. En realidad era Géminis.

—Umm. Así que Géminis, ¿eh?, las dos caras. Necesitaré saber el lugar, la fecha y la hora exacta de tu nacimiento para hacer tu carta astral.

—Coged un buñuelo o se enfriarán —dijo Eloísa, y cruzó entre todos con la bandeja.

A esa hora de la tarde, la cocina parecía la animada reunión de un club femenino. Abril, con los pies descalzos encima de la silla, rellenaba un cupón para un concurso. A Dani se le había fabricado un gorro de cocinero con una hoja de cuaderno, y estaba entregada a la tarea de voltear los buñuelos en la sartén. Mientras, Laura descansaba las piernas sobre la banqueta del baño. Inclineda sobre un montón de papeles, interpretaba la carta astral de Abril.

—Veamos, tienes a Venus en la Segunda Casa —le dijo—; eso significa que tiendes a adorar el dinero.

—Pues vaya descubrimiento —dijo Abril sin levantar la vista del cupón. Llevaba una ancha diadema y un pegote de arcilla en mitad del entrecejo, que le daba el aspecto de una hindú.

—Y Mercurio en Escorpio. Bah, de ahí debe venir tu afición a guardar las fotos de tus antepasados muertos.

—No creas todo lo que te diga —le dijo Eloísa a Abril—. A mí me aseguró el año pasado que iba a adelgazar, y mírame: aún tengo el culo como una saca de correos.

—Los planetas inclinan —dijo Laura—, no obligan. Prueba a dejar los buñuelos, y verás. ¡Vaya, vaya! Fijaos en esto: la Luna de Abril está en la Octava Casa. Eso significa gran capacidad para las relaciones: familiares, profesionales, matrimoniales...

Hubo una rotación general de ojos en dirección a mí.

—Pues no sé —dijo Eloísa—, si nos fiáramos de su experiencia pasada...

—No puedo creer que os toméis en serio esas cosas —les dije, y me dejé caer en una silla. Cuando intenté forzar una mueca, me dolió.

Empezaba a arrepentirme de no haber esperado a estar a solas para hablar con Abril.

—¿Por qué no dejas que te lea la mano —dijo Laura— a ver qué dice de tu

diente?

—Yo que tú me iría derecho al hospital —aconsejó Eloísa.

Abril levantó la cabeza del cupón.

—Tienen razón. Lo mejor es que te vean cuanto antes, Víctor. Has dejado pasar demasiado tiempo, y mira tu cara ahora: parece una magdalena.

—O un volcán —dijo alegremente Daniel.

—O un queso de bola.

—O un...

El tono general de rechifla empezaba a molestarme, de modo que me apresuré a intervenir:

—La verdad, no me explico cómo ese dentista no podía arreglarme la boca él mismo.

—Él no es especialista —dijo Abril—. Lo más probable es que tengan que intervenirme —reflexionó—, y eso sólo lo puede hacer un cirujano.

—¿Intervenirme? —dije yo—. ¿Tú crees?

Abril metió el cupón dentro de un sobre. Lamió metódicamente un sello, y lo pegó.

—Lo mejor será que vayamos a tu casa, y busquemos allí tu póliza dental —dijo—. Seguro que tienes una.

—¿Cómo que «vayamos» a mi casa?

Mi póliza dental cubría intervenciones maxilofaciales, era verdad. La había escogido Diana. Y aún la compartíamos. Es más, el hospital al que tendría que acudir era donde ella trabajaba. Y eso, seguramente, no lo sabía Abril.

—No hace falta que vayamos los dos —le dije.

—No pienso dejarte solo.

—Pero ¿qué haremos con Daniel?

—¡Yo también voy! —se apresuró a decir.

—¿Por qué no? —dijo Abril—. Iremos todos.

Rodeó la mesa andando sobre las puntas de sus pies, y vino a acomodarse en mis rodillas.

—Vengaaa. Podríamos ir en tren. Como si fuésemos una familia de verdad.

¿Qué podía decirle? Después de todo, lo peor que podía ocurrir era que... ¿Qué? ¿Que Diana me viese acompañado de ellas dos? «¿Y qué?», me dije. ¿No estaban ellas orgullosas de mí? Para ellas, yo era un tipo emprendedor. Y activo. Y era Aries. ¿A qué venía tanto miedo de dejarme ver?

Eloísa encendió la radio, y el aire de la cocina se llenó de pronto del frenético ritmo de un *rock and roll*.

—«El rey de los criollos» —canturreó Daniel.

En ese momento, la cocina se me figuró el lugar del mundo con más vida que podía imaginar.

—¿Por qué le pusisteis ese nombre? —le pregunté a Abril.

—¿Daniel? Oh, fue por una película —me contestó.

Estábamos sacando la basura. Miré al cielo; estaba despejado y sin estrellas. Esa clase de respuesta no hubiera dejado ni remotamente satisfecho a nadie con un mínimo de curiosidad.

—¿Qué tipo de película? —insistí.

—Una que Rai y yo fuimos a ver. Era francesa, en blanco y negro, e iba sobre un chiquito que vivía en los suburbios de París.

En blanco y negro y francesa, pensé. Por más que lo intentaba, no lograba imaginarme a Abril y a Rai yendo a ver una película de arte y ensayo. De hecho, yo también las odiaba (me alegré muchísimo cuando en los ochenta se puso de moda el cine de entretenimiento sin más). De todas formas, le dije, no entendía por qué le habían puesto a Dani el nombre de un personaje masculino. ¿No pensaron que un día se haría mayor?

Abril se encogió de hombros, y vació una bolsa de patatas llenas de brotes enfermizos en la basura.

Al día siguiente me llevé a Dani al cine. Daban *La princesa prometida*. Al igual que el niño de la película, estaba algo acatarrada y me dije que esta sería una ocasión magnífica de aprovechar el reestreno (en el caso de Próspera, estreno) para animarla. Le levantaría la moral con una clásica historia plagada de romance, vestidos de época, princesas secuestradas, y héroes que se baten a capa y espada por su honor. Al principio, Dani se había mostrado escéptica.

—No me gustan las películas donde hay besos —dijo.

—Pero es que precisamente en esta película casi no se besan —dije, sin demasiada convicción.

—Ya, seguro.

—De verdad. Va más bien sobre la amistad, la lealtad, el amor...

—El amor, buá. ¿Lo ves?

Sin embargo, la promesa de las palomitas y la Coca Cola la acabó de convencer.

Se puso su peto de pana y su camisa de cuadros estilo leñador y, antes de salir de casa, se guardó la radio en un bolsillo. «¿Estás segura de que quieres llevarla?», le dije. Desde que acabamos de montarla no se separaba de ella. Pero no hubo discusión, era igual de testaruda que su madre. Ya en la puerta, Abril le caló un gorro y le apretó la bufanda. Parecía que la pobre estuviese amordazada. Cuando nos hubimos alejado se la aflojé.

El cine estaba en la calle Rialto. Era un edificio cuadrado, pintado de beis, con una terraza en la azotea que en invierno desaguaba ríos de lluvia por los canalones. Dentro hacía calor y olía a humedad. Conduje a Dani hasta el puesto de palomitas. Pegó la nariz al cristal, y se estirajó del gorro dejando al descubierto una mata de desordenados rizos rubios.

—Hola Dani —dijo una voz.

Me volví y encontré a un niño canijo y sonriente que iba de la mano de una niña

algo mayor.

—Hola Leo —dijo Dani—. Hola Susi.

La tal Susi hizo un mohín despectivo, y se volvió hacia el expositor de chocolates. Iba primorosamente vestida con un vestidito de cuadros escoceses. Durante unos segundos, el rostro de Dani se ensombreció. Las comisuras de sus labios se curvaron. Reconocí de inmediato esa expresión. ¿Quién no la reconocería?

Por un momento, regresé al patio del colegio; tenía ocho años y los otros niños se reían de mí porque mi madre había envuelto mi bocadillo en una servilleta de verdad.

Me aproximé a Daniel. «¿Quieres también un chocolate, preciosa?», le pregunté. «¿De fresa o de turrón?». Y puse cuidado en que Susi me oyera.

Cuando ya habían apagado las luces me preguntó:

—¿Puedo encender la radio?

—¿La radio? Pero si hemos venido a ver la película.

—Sin voz; sólo para ver la luz.

—Será mejor que no —le dije—; podríamos molestar a los demás.

—Y qué.

—Dani, no seas cabezota. Ya verás cómo te gusta.

—Entonces... —dijo después de un rato—. ¿Me puedes dar la mano?

En la penumbra vi sus grandes y abiertos ojos temblando un poco tras los cristales de sus gafas.

—Ah, claro —le dije.

Cogí su mano y estuve oprimiendo aquellos cálidos y gordezuelos deditos hasta que ella misma los retiró para poder comer sus palomitas. Después de terminar el suyo, acabó con mi cucurucho también.

La película no le gustó demasiado, como era de esperar. Quizá era aún un poco pequeña para tanto romance, después de todo. Sin embargo, al salir se quedó embobada mirando las fotos de los próximos estrenos en el expositor. Me dijo que tenía que traerla a ver «Jurassic Park».

—¿No será demasiado violenta para ti? —le dije—. Luego tendrás pesadillas.

—Claro que no —dijo Daniel.

Sin embargo, las tuvo, y esa misma noche. Yo aún no me había quedado dormido, cuando me sobresaltaron sus gritos: «¡Mamá, mamá!». Me volví hacia el otro lado de la cama, pero Abril se lamió los labios y siguió abrazada a la almohada en su lado del colchón.

El pasillo estaba prácticamente a oscuras, sólo iluminado por la luz de la luna que se filtraba a través del tragaluz. Hacía frío. No me había calzado, y el gélido suelo me pinchaba como mil alfileres en las plantas de los pies.

Su cuarto estaba iluminado por la luz de la radio, que zumbaba como un abejorro entre las sábanas. Dani estaba reclinada contra la cabecera de la cama.

—¿Dónde está mamá? —me preguntó.

—Está dormida. Si quieres iré a llamarla.

—Se ha ido la luz —dijo, conteniendo unos hipos.

Llevé mi mano al interruptor, pero antes de pulsarlo vacilé. Llevaba puesto el albornoz de su madre, ¿qué iba a pensar Daniel? Pero volvía a hipar, de modo que me arriesgué. Por fortuna no había luz.

Fui a sentarme a su lado.

—¿Has tenido una pesadilla? —le pregunté.

No contestó. Tenía la cara enrojecida por la luz de la radio. La apagó y la volvió a encender.

—¿Quieres contármela? —insistí.

—Había un monstruo en el cuarto de los abrigos del colegio —dijo, sin levantar los ojos—. Mamá dice que no existen los monstruos, pero yo sé que sí. Le oí decir al abuelo que a él le visitaban por la noche.

—¿Los monstruos?

—Bueno, él dijo que los fantasmas, pero Alex dice que son lo mismo. Dijo: «Oigo sus», y una palabrota, «voces cada noche». Y luego dijo que no sabía cuándo le iban a dejar en paz.

Volvió a conectar la radio, y me miró implorante.

—¿Crees que van a venir por mí también?

—Pues claro que no —contesté.

Iba a decirle que no existían los monstruos, que en realidad no se trataba más que de una invención de los mayores para sustituir a... ¿a qué? ¿A los de verdad? ¡Cielos! Cómo iba a decirle a una niña de siete años que los monstruos reales, los que acechaban a su abuelo cada noche, eran en realidad mucho peores que los de sus sueños. Hubiera sido una atrocidad. Quizá por eso se habían inventado los monstruos de mentira, reflexioné. De repente me pareció comprender la utilidad de todas aquellas fantasías.

—Verás —le dije a Dani—, yo no sé si los monstruos existen o no, nunca me he topado con ninguno. Pero creo que, si existen, deben de tenerle mucho miedo a ciertas cosas.

Dani me contempló incrédula.

—¿A qué cosas?

—Por ejemplo a... —reflexioné un instante—, veamos... ¡A la amabilidad!

Hasta a mí me pareció una respuesta ñoña y desafortunada, digna de poca credibilidad. Cogí la radio, que había quedado encima de la colcha entre los dos.

—Pero ante todo, lo que no soportan esos bichos es la habilidad manual.

—¿El qué?

—Ya sabes. Arreglar cosas.

Le tendí la radio a Dani, y ella la cogió.

—Ah —dijo—. ¿Por qué?

—¿Por qué? Pues porque significa que eres lista.

Frunció el ceño y se frotó la nariz.

—Yo no soy lista.

—Bueno, estaba rota, ¿no? Y tú la has arreglado. Eso es ser lista, creo yo. Seguro que tu amiga Susi no sabe arreglar una radio.

—No es amiga mía.

—Dale tiempo, ya verás. En cuanto vea tu radio querrá serlo.

Dani tomó la radio en sus manos, y la estudió dubitativa, como si aún no las tuviera todas consigo respecto a su naturaleza especial.

—Mucho me temo que esos tipos repelentes... —empecé a decirle.

—Monstruos —me corrigió.

—Que esos monstruos no podrán ni olerte siquiera mientras tengas esta radio en tu poder.

—¿De verdad?

—Puedes confiar en mí —contesté—. Esa radio es tu amuleto.

Y me alegré de decirlo, porque así lo creía de verdad.

Me quedé con ella hasta que se durmió. De vuelta en la cama, mis pies estaban helados y los acerqué furtivamente a los de Abril, que se dio la vuelta y me abrazó. Yo también me apreté contra ella, y poco a poco, casi sin darme cuenta, me adormecí. Esa noche, tampoco a mí me visitaron los monstruos.

XIV

DESDE la ventanilla del tren veíamos alejarse las verdes y empinadas laderas. Grupos de ovejas, gordas como bolas de lana, desafiando la ley de la gravedad. Luego los prados, cercados por tapias de piedra. Una llanura amarilla de kilómetros y kilómetros de extensión, ondulada, salpicada de amapolas. En las afueras de las ciudades, el cielo se fue haciendo más oscuro. Algunos almendros en flor. Corriendo paralela a las vías, una estación, un polígono industrial, una carretera de circunvalación. Y más allá, un vertedero, como un festival de las rebajas. Con la nariz pegada al cristal, Abril señaló las primeras antenas instaladas para los teléfonos móviles.

—Tendremos que comprar uno en cuanto salgan —dijo.

Daniel bostezó.

—¿Hemos llegado ya?

—Ya falta poco —le dije.

Pero yo también empezaba a entumecerme.

Me levanté con cuidado de no estorbarles la partida de naipes, y estiré las piernas en el pasillo. Me preguntaba cómo encontraría la casa al llegar. Estábamos en marzo, habían pasado... ¡tres meses! desde que la dejé. ¿Habría habido algún problema? No, Roberta hubiera llamado. Probablemente olería a fenol, a naftalina, y en la cocina y en el cuarto de baño habría alguna que otra mancha de humedad.

En Salinas, un pequeño pueblo a cien kilómetros de nuestro destino, me bajé del tren para telefonar a casa. La estación era del tipo moderno, con cabinas que parecían secadores de pelo, y un suelo tan pulido que te reflejabas en él. No estaba muy seguro de por qué necesitaba hacerlo, pero quería asegurarme de que tendríamos vía libre y no nos encontraríamos a nadie al llegar. Al tercer pitido Roberta contestó, expeditiva como siempre.

—Vaya —dije—, no esperaba encontrarla ahí.

—¿Y para qué llama entonces? —preguntó.

—Esto... yo... Oiga, estoy en Salinas, a punto de llegar y...

—Quiero que sepa —me interrumpió—, que me parecía tonto limpiar lo que ya estaba limpio, así que he venido sólo una vez al mes. No quiero que después se sienta estafado.

—Ha hecho bien, ya arreglaremos cuentas —le dije—. Escuche, Roberta, como llegaremos... em... llegaré dentro de unas dos horas y me gustaría descansar del viaje, ¿por qué no se marcha a su casa, eh?

—Oh, yo no le molestaré, no se preocupe.

—Necesitaré sitio para deshacer el equipaje.

—Tengo las cortinas en la lavadora. ¿No pretenderá que las deje ahí?

—Ya —dije—. ¿Y eso cuánto durará?

—Lo que tarde en lavarlas y en volverlas a poner —dijo, y colgó.

Realmente esa mujer no tenía nada que envidiarle a un sargento. Si a mí se me hubiese ocurrido hablarle así a mi jefe...

Pero tenía razón en una cosa. ¿Por qué me preocupaba tanto que estuviese allí cuando llegásemos? Debían de ser reminiscencias de la vida de casado. ¿Qué me importaba eso ya? Una vez de vuelta en mi asiento, le dije a Abril que lo más probable era que nos tropezásemos con la asistenta al llegar a mi casa. «¿Tienes asistenta?», me preguntó. Sí, dije acomodando mi cabeza en su hombro para descabezar un último sueñecito. (A las siete tenía hora en el hospital, y luego había prometido llevarlas a cenar a un restaurante del centro).

—¿Y le pagas por limpiarte la casa —dijo Abril—, aunque ya no vivas en ella?

—Es que no sabía que iba a estar fuera tanto tiempo.

—Bueno, entonces es mejor que la despidas ya —dijo en tono despreocupado.

¿Despedir a Roberta? Caray, me dije. Desde luego, últimamente Abril se estaba volviendo de lo más resolutiva. Como lo de su padre. Sólo había hecho falta que pasara fuera un par de noches, para que recogiera todas sus cosas y las mandara de vuelta a la pensión. O lo de las clases de patinaje. Era evidente que Daniel pasaba mucho tiempo en casa, y que le convenía relacionarse con otras niñas de su edad. ¿Qué tal unas clases de patinaje?, le sugerí a Abril. En eso no estuvo tan de acuerdo. «No le va a gustar», dijo. Pero se equivocaba. Al contrario de lo que su madre había predicho, a Dani le encantó patinar; y aún más ponerse leotardos y falditas de vuelo. Ya la había pescado un par de veces examinándose en el espejo del recibidor. Hasta parecía que empezaba a pronunciar bien las erres.

El tren tenía que llegar a las tres, sin embargo, cuando al fin metimos la maleta en el taxi eran cerca de las cuatro. Mi calle me pareció más tranquila que nunca. Las hojas de las acacias empezaban tímidamente a brotar, y los primeros vencejos sobrevolaban los tejados. La música del telediario llegaba procedente de algún televisor. Del portal de enfrente vi salir a un anciano tirando de la correa de su perro, que se desperezaba tan violentamente como si acabasen de sacarlo de un cajón. «Buenas tardes», dije. Perro y dueño me miraron recelosos, como si fuera un extranjero. Por un momento tuve la fantasía de haber estado fuera una eternidad. De algún modo, en lo que para mí habían sido meses, los vecinos habían tenido tiempo de envejecer. Hasta habían inventado una leyenda sobre mi desaparición. Seguramente esperaban verme llegar algún día convertido en un anciano como ellos. Y sin embargo, allí estaba yo, rejuvenecido y con más energía que nunca.

—La cita es a las siete —le dije a Abril, cuando el portero hubo cerrado la puerta del ascensor.

—Ya.

—Aunque, la verdad es que ahora mismo no me duele nada...

—Sí, pero tienes que ir.

—Ya lo sé.

—No me habías dicho que vivías en una casa tan lujosa —dijo Abril. Miró hacia abajo, y ordenó—. Dani, no saltes por favor; este ascensor debe de ser del siglo pasado. No, no me lo habías dicho —dijo, mirando en torno suyo otra vez—. Si hasta hay portero.

—No es lujosa, sólo es una finca antigua.

—No me importaría vivir en un sitio así —dijo—, no señor. Paredes de mármol, mira.

—Es un sitio aburrido, está lleno de viejos.

—Fíjate en esas columnas de ahí, qué bonitas. Y qué puertas. Me gustaría que me viera esa tonta de Julia, con esos aires de grandeza que se da. Se caería de culo si un día me viera instalada en una casa así.

Me paré en el descansillo delante del umbral.

—Si un día yo le abriese la puerta de esta casa, por ejemplo —dijo Abril.

Parecía encantada. Echó la cabeza hacia atrás y sonrió como si de hecho se encontrase en el Ritz. Se había recogido el pelo, y con la cara limpia de maquillaje tenía un aire colegial. Me sentí orgulloso.

Antes de meter la llave en la cerradura, la puerta se abrió. Roberta quedó enmarcada en el umbral. Estaba tan sorprendida que al principio no se apartaba y tuve que hacerla a un lado para que pudiésemos entrar. Aún llevaba su bata rosa de trabajo; los guantes de goma colgando del cinturón. En su cara había una mueca difícil de clasificar. Por un momento tuve la fantasía de que les impidiera el paso a Dani y a Abril.

—Creí que nunca iba a llegar —dijo al fin, sin apartar la vista de las dos.

—Ya le dije que se fuera.

—¡Vaya si lo hizo! —exclamó—, pero aquí estoy. Soy Roberta —se restregó una mano en la pechera, y se la tendió sonriente a Abril—. ¿Y quién es esta señorita de aquí?

—Ah... ellas son Abril Ros y su hija Dani.

—Conque Dani, ¿eh? Seguro que quieres una galleta, ¿a que sí? —dijo precediéndonos hasta la cocina—. Pero como en esta casa no hay nunca de nada, bajaré ahora mismo a comprar.

—No se moleste —dijo Abril—, ya hemos tomado algo en el tren.

—No es ninguna molestia.

—Es que no quiero que coma entre horas.

—Hace muy bien, diga que sí —Roberta se volvió hacia mí con una mirada desdeñosa y el puño ligeramente levantado—. ¿Ha oído? Cuántas veces le he dicho a usted que se alimentaba fatal. Unos sándwiches a deshora son su concepto de una dieta equilibrada —le dijo a Abril en tono confidencial.

—Seguro que se le está haciendo tarde —dije a Roberta, interponiéndome entre ella y Abril.

—No sé si creer que por fin le ha entrado a usted la razón.

Roberta ya se había quitado la bata, y me miraba con una expresión de reserva que no pude descifrar. Después se despidió de Abril y Dani con un beso en cada mejilla. Le consentía demasiado a esa mujer.

Cruzamos en otro taxi el congestionado centro de la ciudad. La hora punta estaba en pleno apogeo: la salida de los empleados de oficina, las aglomeraciones en la zona comercial, las bocas de metro escupiendo ríos de gente. Para colmo llegábamos tarde. Miré a Abril, pero ella parecía disfrutar. Al primero que encontramos al llegar al hospital fue a un traumatólogo amigo de Diana que había estado en nuestra boda, y del cual yo no recordaba el nombre. «¿No te habías mudado de ciudad?», dijo, y tras él apareció una enfermera que nos interceptó en el caos de acceso a la zona de consultas. Cuando quise darme cuenta el traumatólogo se había ido.

—Vengo a la consulta del cirujano maxilofacial —le informé.

—Sala número tres —respondió ella—. Espere a que alguien le nombre —y alzando apenas las cejas hacia Abril y Daniel—. Ustedes no pueden pasar.

Por un momento, en medio de aquel desconcertante guirigay, tuve la sensación de que me despedía de ellas para siempre.

—No te preocupes —dijo sonriente Abril—, te esperaremos aquí. Mira Dani, allí hay una máquina de Coca Colas.

—Supongo que no tardaré —contesté cuando ya se alejaban.

Tragué saliva y avancé pasillo adelante. Cuando era pequeño me mortificaba que mi madre quisiera acompañarme a la consulta del doctor. Sin embargo luego, cuando se marchó, me moría de miedo y las rodillas me temblaban cada vez que esperaba mi turno en la sala de espera.

Ahora aquí llegaba el doctor Gesto, el cirujano que me iba a examinar. Era un hombre muy bajito, casi enano, y tuvo que apoyarse sobre las puntas de sus pies para llegar al sillón. «Veamos qué se cuece aquí dentro», bromeó. Yo sonreí torcidamente. ¿Por qué un hombre como él no había escogido otra especialidad?, me pregunté. Internista, por ejemplo, algo que no requiriese dar la cara, o mejor dicho, *estar de pie*. Pero parecía ser bueno. Me clavó una fina aguja sin que me diera cuenta y me inyectó el anestésico, y ahora debía de estar saizando la encía a juzgar por la gasa impregnada de sangre que vi salir. Pero no sentí ningún dolor. «Bueno, esto ya está listo. ¿No ha sido para tanto, verdad?», dijo relajándose y perdiendo de paso unos centímetros de estatura. Yo dije: «Qué bien». Pero al incorporarme noté una ligera sensación de mareo. «No se preocupe, es por la proximidad con el nervio auditivo. Ha estado a punto de rozarlo». De camino a la salida me explicó todo el proceso: la raíz del diente roto infectada, el proceso de inflamación, la sangre acumulada pudriéndose. No se ahorró ningún detalle. Me vino a la cabeza la imagen de un filete en mal estado, estuve a punto de vomitar. El alboroto que reinaba en el vestíbulo no me ayudó.

—No sé si me entiende —decía un hombre en Atención al Paciente, a donde me dirigí para recoger mis recetas— pero las muletas que le han dado a mi mujer están usadas.

—Pues claro, no pensaré que le damos un par nuevo a cada paciente.

—¿Y los microbios, los parásitos, los procesos contagiosos...?

Dani se había encaramado al busto conmemorativo que se alzaba en mitad del *hall*. Abril estaba sentada junto a los ventanales. Una anciana señora de pelo malva parecía sostener con ella una animada conversación. Y Diana, que acababa de salir de una puerta donde decía «Personal», me daba dos besos y me preguntaba por mi diente.

¡Diana!

—Bueno, tuve un pequeño accidente en la carretera... aunque no es nada —le estaba diciendo yo.

Pero en realidad no sabía muy bien qué decía. No podía creer que después de tanto tiempo, de tanto pensar en ella, la tuviese finalmente ante mí. Se había cortado el pelo, que ahora se curvaba en una suave honda sobre las hombreras de la bata. Estaba bien: los ojos brillantes, las mejillas coloreadas.

—Pensé que no querías hablar conmigo, Víctor —dijo mirándome a los ojos—. Como no me llamaste.

—No, no; que va, es sólo que he estado un poco aislado.

—No te preocupes por la boca, en cuanto cicatrice la herida te podrás poner una prótesis dental.

—¿Ah, sí? Qué bien. Últimamente empezaba a sentirme como un anciano desdentado.

—Nada, ni notarás que antes hubo un hueco ahí. A lo mejor hasta es bueno que te haya pasado; quizá se había empezado a echar a perder ya.

Se giró un poco para mirar hacia atrás, y pude percibir su olor. El aroma conocido de su perfume, *Ivresse*, llegó hasta mí mezclado con la fragancia ácida del jabón que usábamos para lavar la ropa. Por un momento la vi claramente en albornoz, llenando el tambor de la lavadora. No parecía que hubiese pasado tanto tiempo desde aquello. Volvió hacia mí su sonrisa de siempre y dijo:

—Así que... ya estás de vuelta, por lo que veo.

—Pues... sí.

—Entonces, quizá podríamos...

En ese momento, como si lo intuyese, Abril se aproximó hasta los dos:

—No me había dado cuenta de que ya te habían soltado —dijo.

Me aturullé un poco al presentarlas.

—Diana, esta... em, es Abril. Abril... Diana.

Las dos se sonrieron. Luego, Abril miró hacia atrás, y dijo:

—Iré a buscar a Dani para que nos podamos marchar —y se despidió.

Diana la miró mientras se alejaba.

—¿Piensas volver a marcharte? —me preguntó.

—Ah, pues... sí, así es.

—Agar me lo dijo. No podía imaginarte viviendo en un lugar tan frío, con lo que

odiabas esquiar.

—Pero antes, si quieres, podemos firmar esos papeles.

—Oh, eso. Aún no los tengo.

—Ah, bueno. ¿Y tú? ¿Vuelves con la ONG? —le pregunté.

—No, no; me quedo. Por el momento... —Pareció dudar—, por el momento he terminado con los viajes.

Se subió las mangas de la bata mientras se acercaba para besarme otra vez. Ni siquiera el tacto de su piel había cambiado.

Por un momento tuve la fantasía de oírla decir: «¿Nos vamos?», como había oído tantas veces en el *hall* de ese mismo hospital.

Por el rabillo del ojo vi que Abril esperaba cerca de las puertas de salida, un poco más allá. Con el abrigo puesto le hacía señas a Dani para que dejara de jugar y viniera a reunirse con nosotros.

XV

—NUNCA me dices que me quieres —dijo Abril.

—¿Qué? —contesté.

—Nunca me lo dices. Supongo que me quieres porque si no, no vivirías aquí conmigo. Pero nunca te lo he oído decir.

—Pues claro que te quiero.

—Ya. Pero *cómo*.

—¿Cómo que *cómo*?

—Sí. ¿Me quieres como Clark Gable quería a Grace Kelly o como a Ava Gardner?

—¿Qué?

—¿Como si yo fuera la única chica en el mundo a la que podrías querer, o más bien así en plan segundo plato?

—¿Te has vuelto loca, Abril? Cómo voy a quererte en plan segundo plato.

Tras una pausa, insistió:

—¿Me quieres más que a ella?

—Más que a quién.

—Que a Diana.

—Pero... por favor, Abril.

—Sí o no.

—Claro que sí —contesté.

Me miró de reojo, con aire funesto, mientras se hacía a un lado para que yo pudiera subir un bote de pintura de exteriores a la última balda del estante.

Era lunes por la tarde y acababa de llegar un gran pedido al almacén. Durante los últimos meses había conseguido adecentarlo y organizado un poco, trabajo del cual me sentía orgulloso de verdad. Ahora tenía otra vez el aspecto de un castillo bombardeado, con todas esas bolsas de abono por en medio. El padre Clement —que se ocupaba también de la jardinería en la parroquia— tenía que venir a llevárselas. Mientras le esperaba fumando un cigarrillo en la puerta de atrás, vi pasar un largo camión con matrícula de Hungría. «Budapest», decía a todo lo largo del remolque. Debajo había dibujada una jaula con alas. Supuse que se dirigiría a la frontera. Para bordear la isleta de la plaza y tomar Promesa hacia la calle Mayor, tuvo que detenerse y realizar la maniobra en varios tiempos. Una ráfaga de viento levantó la lona, y durante un instante pude ver el interior. Dentro había una jaula con una pareja de flamencos. No se movían. El más grande tendría la estatura de un hombre, y su cuerpo estaba cubierto de un hermosísimo plumaje. Jamás en mi vida había visto algo tan bello. Cuando el camión se puso en marcha extendió las alas parapetando a su pareja, como si quisiera protegerla de un peligro exterior.

Por fin llegó el padre Clement y le ayudé a cargar los sacos. Me estaba diciendo

algo sobre una potra que había visto nacer la noche anterior. «Asombroso», decía, «la forma en que apenas han salido al mundo y ya se ponen de pie». Pero yo no le prestaba atención. Mi ropa fue adquiriendo un desagradable olor a estiércol y cuando el padre se fue, en vez de ir corriendo a ducharme me quedé allí, mirando la calle por donde se había marchado ese camión.

¿Sabrían esos pájaros adónde iban? ¿Por qué habría dicho Diana que por el momento se había acabado lo de viajar?

El abuelo se llevó a Daniel a su clase de patinaje, y nos preparamos para ir a Bossost. Abril quería mirar allí el regalo de bodas para su padre y la señora Lebón.

—Me gustaría comprarle un gran sillón de orejas.

—Pero ¿ese regalo no sería sólo para tu padre? —le pregunté.

—Tal vez. ¿Y qué? Por más que piense, no se me va a ocurrir nada que pueda gustarle a esa mujer —dijo encogiéndose de hombros—. Dios mío, no sabes la suerte que tienes de ser huérfano.

Probablemente era cierto, pensé; aunque, ¿era necesario decirlo así?

—Entonces, hay que ir a una tienda de muebles —dije yo.

—No, iremos al híper. Aún no lo conozco.

—¿Qué híper?

—El hipermercado de Bossost.

—Bueno.

Nunca me habían gustado esas grandes superficies donde ibas a comprar bonito y acababas saliendo con una máquina de taladrar. Pero últimamente, desde que vivía en Próspera, me había aficionado a acompañar a Abril y a Dani a todas partes. Esperándolas en el pabellón de hielo, había trabado ya amistad con un conserje y varios vigilantes que ahora venían a comprar al almacén.

Conduje despacio por la calle Mayor, donde habían empezado a sembrar algunos macizos de flores. En las puertas de las tiendas ya colgaban las cortinas de flecos, y del interior de las casas salían ruidos domésticos y voces. Se veía que todo el mundo había guardado los abrigo y tenía ganas de expandirse. Un hombre estaba tirado en el suelo debajo de su camión, de donde salía una animada música, mientras otros dos, en mangas de camisa, le daban instrucciones. En el centro, un obrero cavaba una zanja a pecho descubierto, resbalándole por el cuello gruesas gotas de sudor. Laura tomaba el sol en la escalera de su casa, con una tripa tan grande y redonda como una pelota de playa.

—¿Cómo estás? —le preguntó Abril.

—Ah, no me hables. Algunas veces me dan ideas de tirarme a la piscina y quedarme todo el día allí, flotando como un corcho. ¿Adónde vais?

—A Bossost —dijo Abril—. A conocer el nuevo híper.

—Vaya, qué suerte —dijo Laura—, si yo me pudiera mover... ¿Podría haceros un encargo? —dijo, dirigiéndose a mí—. Resulta que el otro día mi suegra va y me dice: «¿Has preparado ya la bolsa que vas a llevar al hospital?». «Sí», le digo. Y me suelta:

«Te habrás olvidado de los pañales, como si lo viera». Naturalmente ni había pensado en ellos, pero no se lo dije, claro. Así que, ¿podrías comprarme un paquete?

—¿Los quieres para niño, o unisex? —le preguntó Abril.

—Pues... no sé, tú entiendes más que yo —dijo Laura—. ¡Pañales unisex, Dios mío! Ni siquiera sabía que existiesen. Y Poli no me ayuda nada. ¡Es que no sé si voy a ser buena madre, esto es tan difícil!

Dejé a Abril consolándola mientras yo iba a echar gasolina al final del pueblo.

El hipermercado de Bossost estaba en la carretera general. Aparcamos la Vanette delante de las puertas de cristal, y entramos. El centro estaba prácticamente vacío, recorrido por la suave y aséptica sintonía del hilo musical. La sección de muebles, que ocupaba casi todo el fondo, estaba estratégicamente colocada entre los electrodomésticos y los equipos de alta fidelidad. Abril se sentó en varios sillones de orejas, y probó también las mecedoras.

—Mira, este sofá es como el de tu casa —me dijo.

—Ah, sí.

—¿No has pensado que podrías traer aquí tus cosas?

—¿Mis cosas?

—Quiero decir, tus muebles. Bueno, los que te hayan tocado a ti. No nos vendrían mal unos muebles nuevos para el salón.

—¿Los que me hayan tocado a mí? —repetí—. Pero Abril, si ni siquiera estoy aún formalmente separado.

—Sí, eso ya lo sé.

Empecé a sentirme un poco inquieto porque se acercaba la hora de ir a recoger a Daniel. Terminamos de pasar revista a los sillones y nos internamos en la zona de cocinas y baños. Intenté averiguar el mecanismo de funcionamiento de un sistema de hidromasaje que se acoplaba a la bañera. Era una especie de alfombrilla llena de orificios por donde salían finos chorros de agua a presión. Sólo imaginarlo me hizo sentir un escalofrío de placer.

Abril señaló una lavadora con muchos numeritos dentro de una pantalla digital.

—¿Qué te parece? —me preguntó.

—Si te gusta más que el sillón de orejas...

—No para mi padre —dijo—. Para nosotros.

—Pero tú ya tienes lavadora, ¿no?

—Sí, pero si vamos a hacer obra en la cocina, habrá que comprar una lavadora nueva también.

Solté la alfombrilla de hidromasaje.

—¿Desde cuándo vamos a hacer obra en la cocina?

—Bueno, verás, el otro día hubo un escape en el grifo y llamé al fontanero que trabaja en el restaurante de Julia para que le echara un vistazo —dijo ella. Se acercó un poco más a mí, sin perder de vista la lavadora—. Dijo que iba siendo hora de cambiar las tuberías, Víctor.

—Las tuberías son sólo una parte de la cocina, que yo sepa.

—Si, pero ya que cambiamos las tuberías...

—Estoy sin trabajo, Abril, ¿o lo has olvidado?

—No estás sin trabajo —dijo ella—, trabajas en el almacén.

Y desde que tú estás, las ventas van mejor.

—No podemos, y ya está —dije, y eché a andar pasillo adelante—. Un grifo se estropea y tú pretendes echar abajo la cocina.

Y no sólo eso, sino comprar otra lavadora. Después querrás cambiar la nevera, y luego el lavaplatos...

—El lavaplatos no —me interrumpió, caminando un par de pasos tras de mí—. No se trata de un cambio porque antes no teníamos ninguno.

Me detuve.

—No querrás decir que has comprado uno, ¿verdad?

—Tú sabes que lo necesitábamos, Víctor. No es como si fuera uno nuevo. Iba a decírtelo.

—Pero... ¿y la calefacción? ¿De dónde... de dónde piensas sacar el dinero para todo?

—Ah, es muy sencillo —dijo Abril.

De repente un zumbido taponó mis oídos y por un momento dejé de oírla. Su voz me iba llegando a ráfagas.

—Verás, he pedido presupuesto a los del restaurante para que arreglen toda la casa —dijo Abril—. Me han dicho que si les contratamos para que lo hagan todo, nos harían un precio especial. Ellos instalarán la calefacción, cambiarán las tuberías, el sistema eléctrico, y tal. Ah, Víctor, y lo mejor de todo: ¡Pintarían el almacén completamente gratis!

Atravesamos el pasillo de los televisores, todos sintonizados en el mismo canal: docenas de Heidis corrían descalzas a lanzarse en los brazos de llorosos abuelos. Un niño pequeño permanecía frente a uno de ellos con la nariz pegada al cristal.

—¿Es que no ves que es un reclamo? —dije.

—¿El qué?

—Mira que eres ingenua. ¿De verdad crees que no te lo van a cobrar? Te atraen con el reclamo de que van a pintar gratis el almacén, cuando todo el mundo sabe que se lo cobrarán de sobra con las otras partidas. Y tú te lo crees, Abril. De verdad, mira que eres ingenua. ¿No podías haberme dicho lo del lavaplatos, eh? ¿Es que yo no cuento? ¡Deberías haberme consultado!

—Lo siento, Víctor. No creí que te lo fueras a tomar así.

De pronto estábamos en la sección infantil. Dos niños se estaban peleando mientras sus madres permanecían hablando un poco más allá. Abril, enfrascada en la búsqueda de los pañales, avanzó por el pasillo.

—A ver... para más de dos meses... no. Más de un año... Ayúdame anda, Víctor. No me moví.

—Date prisa —le dije—, Dani va a salir de su clase.

—Y qué.

¿Y qué? Pero cómo podía ser tan despreocupada. Pues que su abuelo no estaba hoy para recogerla, y si no íbamos nosotros la pobre niña no tendría con quien volver, hubiera debido decirle. Pero no me molesté en contestar. Me acerqué a una mesita donde había unos catálogos, y cogí uno al azar. Leí algo sobre un programa de vacunación infantil. No era aconsejable vacunar al niño contra la rubéola si ésta no se había pasado por alguno de los padres. ¿Cómo pretendían que unos padres inexpertos comprendiesen un galimatías como aquel? Me senté en unos de los bancos infantiles y jugueteé con una sonaja de madera que alguien había abandonado allí.

—No te enfades conmigo, Víctor —dijo Abril, que de pronto había aparecido a mi lado.

Me limité a hacer callar el sonajero.

—Te prometo que a partir de ahora te lo consultaré todo, venga.

—No estoy enfadado —dije—. Es sólo que me parece que dispones demasiado alegremente de las cosas.

—Vamos, Víctor, ¿no ves que de todas formas la casa tenía que arreglarla ya? Es muy vieja.

—Tenemos que irnos, Abril, Dani nos espera.

—Y resulta que mi padre se ha ofrecido a pagarlo todo, ¿qué te parece?

—¿Tu padre?

Se sentó a mi lado en el banco y subió los pies en él. Las rodillas le tapaban la boca. Parecía una niña pequeña.

—Supongo que es su manera de disculparse por casarse con esa bruja. Ya sabes cómo es. ¿Me quieres todavía?

—Mira...

—Podrás organizar el almacén como te parezca, te lo prometo. La comida para perros lejos de los pesticidas. Me quieres, ¿sí o no?

—Abril, yo...

—Venga, no te enfades —dijo—. Si lo prefieres, instala tú mismo la calefacción. Pero dime que me quieres, anda.

Emití un gruñido.

—Desde luego, es que...

Abril siguió hablando de la reforma. La casa se fue llenando de revistas de decoración; tenía que apartarlas de la mesa, del mármol de la cocina, del sofá. Una noche encontré la cama ocupada por todo un muestrario de telas. Tejidos de colores chillones, terciopelos, cretonas para tapicería. Cuando le pregunté a Abril qué era todo aquello dijo que estaba ayudando a Laura a elegir una tela para la habitación del bebé. (Era evidente que unos ositos hubieran sido lo apropiado, y no aquellos

sofisticados arabescos de Cachemir). Me regaló una recopilación de música clásica que venía en un juego de catorce CD, y cuando le pregunte, algo perplejo, dónde se suponía que íbamos a escucharlos si no teníamos reproductor, sonrió con aire casual: «¿Qué tal en el equipo de alta fidelidad que hay en tu casa? Nadie lo usa».

Desde luego era tenaz. Y qué técnicas de persuasión. ¿Cómo se las arreglaría para salirse con la suya sin necesidad de enzarzarse en discusiones inútiles? Un cara dura vino un día al almacén pretendiendo que le habíamos vendido una tierra con nitratos, a consecuencia de lo cual ahora tenía la casa llena de hormigas. «Bueno», le dije, «¿y cómo sabemos que esa tierra la compró aquí?». El tipo amenazó con descargar frente a la tienda un camión lleno de estiércol si no le dábamos una solución. No supe qué hacer, estaba claro que mentía; de buena gana le habría atizado un puñetazo en la nariz. Pero Abril dijo: «Ah, le entiendo muy bien». El hombre la miró con beligerancia mientras ella le sonreía como una profesora de preescolar: «Ahora mismo se lleva usted unos sacos nuevos sin nitratos, y ya está». «¿Cómo?», protesté. Pero Abril ya se lo llevaba hacia el fondo de la tienda. «Y tome también este insecticida universal de regalo», le dijo. El tipo se largó mirándonos hacia atrás con expresión alerta.

Después que se hubo marchado me encaré con ella.

—Jamás había visto a ese hombre por aquí —le dije—, está claro que lo único que quería era llevarse unos cuantos sacos gratis. ¡Estarás satisfecha! Aún debe de estar riéndose de nosotros.

Abril se encogió de hombros.

—Como ahora ya le conocemos no volverá más. Así que, ¿por qué preocuparse?

Pero sí me preocupaba. Me sentía ridículo. No sabía si lo que quería era castigar a ese tipo por reírse de nosotros, o que Abril confesase que había hecho el ridículo igual que yo. Pero, ni hablar, ella era distinta. Abril era capaz de salir a la calle en pantuflas, señalar con el dedo o escupir sin preocuparse lo más mínimo por lo que pensarán los demás. Y uno podía estar seguro de que se sentía tan aceptada como la persona más convencional del mundo. Sentí una repentina oleada de admiración hacia ella, y también algo de envidia. Ella se limitó a darme las llaves para que cerrase mientras ella iba poniendo la mesa para cenar.

—He pensado que podríamos ir a la playa en las vacaciones de Semana Santa —me dijo mientras planchaba el domingo por la tarde. Obiols está cerca.

—Umm... No estaría mal. Tú y yo tomando una pina colada debajo de una sombrilla frente al mar. ¿Te gustaría?

—Ay, me encantaría, Víctor. ¡Y Dani jugando en la arena con su bañador!

—¿Dani? Pensaba que le tocaba pasar esos días con su padre.

—Bueno, sí. Pero me parece que no va a ir.

—¿Y eso?

—Es que quiero que venga con nosotros.

Aparté la vista de la tele, y la miré.

—¿Y su padre está de acuerdo?

—Oh, bueno —dijo ella en medio de una nube de vapor—, se enfadó un poco cuando se lo dije. Pero ya le advertí que tenía que ir haciéndose a la idea de que Dani pasará cada vez más tiempo contigo. Al fin y al cabo, ahora somos una familia.

—¿Le has dicho eso? Quiero decir que... Abril, no debiste hablarle así a Rai.

—¿Por qué no? Es la verdad. ¿O no somos una familia?

—Me parece que esta vez te has pasado un poco. Dani no tiene más remedio que ir, caramba. Además, yo no soy su padre, su padre es él.

Abril dejó de planchar y me miró.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Podría demandarte... acusarte de secuestro.

—¿Qué quieres decir, Víctor? —me interrumpió—. ¿Somos una familia o no?

Carraspeé.

—Bueno...

—No es tan difícil, me parece. Dime, ¿te parece que somos una familia?

—Caray, Abril, no sé por qué estás tan enfadada.

—¿O quizá es demasiado serio para ti?

No contesté.

—Supongo que sí —continuó—. Supongo que en realidad nunca has estado dispuesto a cargar con nosotras, ¿verdad?

—Oh, vamos, no seas melodramática.

—¿Melodramática? Para empezar, no me gusta que nadie se quite de encima a mi hija como si fuera un paquete. Y además, estoy convencida de que si te hablara de tener nuestro propio bebé, te librarías de mí tan rápidamente como te libraste de Diana. —Levanté un dedo para protestar.

—Oh, claro, es verdad —dijo ella—, tú no la mataste, fue Diana la que te dejó. Aquel día en el hospital pude ver que aún seguía viva y coleando, ya lo creo. Al menos para ti.

—Todo esto es...

—Déjame que te lo diga yo —me interrumpió—. Todo esto es para decirte que, decidas lo que decidas, te portes de una vez por todas como un hombre.

—¡Está bien, me portaré como un hombre, pero no soy su padre, joder! —dije.

En una décima de segundo recorrí mentalmente la casa en busca de Daniel. Avergonzado, rogué que mis últimas y mezquinas palabras no hubiesen llegado a sus oídos.

Después de comer, Abril se encerró en el cuarto de baño a probar su nuevo secador. Entretanto, como forma de expiar mis culpas, le propuse a Dani jugar una partida de cartas. Pasaron más de tres manos hasta que su madre, con el pelo cayéndole en hondas demasiado repeinadas sobre los hombros, salió cabizbaja y de

mal humor. Fingí que no me daba cuenta y la seguí al dormitorio. Se estaba maquillando. Le pregunté:

—¿Vas a ver a Laura?

—No —contestó—. ¿Crees que no tengo otros sitios adonde ir?

Me senté silencioso en una esquina de la cama.

—Para que lo sepas —continuó—, antes de que tú vinieras, tenía mi propia vida social. Y no pienses mal, que te conozco. Nunca he hecho nada de lo que mi hija pudiera avergonzarse.

—Ya lo sé —dije—. Sé lo difícil que debe haber sido para ti. Eres una buena madre.

Se volvió y me apuntó con una sandalia de tiras que no le había visto hasta ahora.

—No puedes olvidarte ni un momento de que tengo una hija de otro, ¿verdad? Y por eso nunca llegaremos a ser una familia, ¿cierto?

—Pero si yo sólo...

—¡Déjame en paz! —me gritó.

El resto de la tarde lo pasé en las obras del restaurante en casa de la señora Lebón. Pensaba encontrar allí a Abril, pero no estaba. El señor Ros se extrañó de vernos aparecer solos a la niña y a mí. Dijo: «Tengo casi arreglado su coche, Víctor». «¿De verdad?», contesté. Pero no me importaba el coche; lo que de verdad quería preguntarle al viejo era cómo se las arreglaba él para tener satisfecha a su novia. Dani se hizo una herida en la pierna al jugar a equilibrios sobre la borriqueta del pintor, y nos marchamos a casa. Cuando llegamos, Abril ya estaba allí. Durante la cena, estuvo muy silenciosa. Cuando su hija le explicó que el abuelo y la señora Lebón se habían peleado porque el abuelo había vuelto a beber, la miré. Ninguna mueca de satisfacción, ningún reparo, como habría sido de esperar. Hasta regañó a Dani por haberse hecho una herida. Esta debió de olerse la tormenta, porque dio las buenas noches y se fue a la cama. Abril desapareció en la cocina, y yo me quedé remoloneando en el salón. No conseguía estarme quieto. Había un pie marcando el ritmo todo el rato, o el incesante subir y bajar de un dedo.

Me deslicé hasta la cocina. Abril estaba hablando con la señora Lebón. Debía de haber entrado por el patio trasero, y ahora tenía acorralada a Abril, que escuchaba mientras metía la ropa sucia en la lavadora. Le decía:

—Eso es cosa suya, Julia, yo no puedo ayudarla.

—He pensado que quizás deberíamos adelantar la boda —dijo la señora Lebón—. Tal vez tu padre esté nervioso.

—Si usted cree que eso lo arreglaría...

—Desde luego, hija, no sé qué te pasa últimamente, pero te has vuelto de lo más apática —se quejó la anciana—. Y si yo fuera tú no le podría tanto suavizante a la colada, estropearás las sábanas y la ropa interior.

Abril se irguió lentamente.

—No se preocupe por mi ropa interior, Julia, está en perfectas condiciones. ¿Sabe

lo que creo que debería hacer? No se lo tome a mal, pero debería relajarse un poco. Está usted muy tensa. Mire, no se escandalice por lo que le voy a decir, pero si yo estuviera en su lugar me iría de compras. Me compraría uno de esos pantalones cortos, como los que llevan los turistas. Y me cortaría el pelo. Se sorprendería de lo que puede hacer por una un corte más informal. Después iría a una agencia de viajes y reservaría dos billetes para la Costa del Sol, o las islas griegas, o las Seychelles, lo que más le guste. Con todo incluido y tal. Se ve a las claras que aún debe usted tener buen cuerpo en bañador. ¿Verdad que sí, Víctor?

Se había quedado con uno de mis calzoncillos en la mano, y la apuntaba con él. Fui a su lado, y pasé mi brazo alrededor de sus hombros. Ella también me abrazó.

—Hágame caso, y no espere a la boda —le dijo a la señora Lebón.

Esa noche descansé. A la mañana siguiente, mientras estaba en el almacén, llamó una chica que realizaba una encuesta telefónica. Quería saber qué marcas de desodorante, dentífrico y otros productos por el estilo usábamos. La suya era una perfecta voz nasal, aburrida y mecánica, que delataba que había pronunciado ya esa misma canción unos dos o tres millones de veces. No tenía mucho trabajo a esa hora, de modo que le respondí. Mientras lo hacía, por la puerta de cristal de la tienda veía pasar a los chicos del instituto, apurando el tiempo del recreo.

La operadora había llegado a la parte de los datos personales. Al preguntarme cuántos éramos en casa y si yo era el cabeza de familia, me aturullé. «Disculpe, no le he entendido», dijo la chica en un tono que me pareció menos mecánico y más familiar. Me aclaré la garganta: «Digo que sí. Claro que soy el cabeza de familia. ¿Quién iba a ser si no?».

Los albañiles salían de tomar medidas a la casa. Se dirigieron a mí para decirme que volverían al día siguiente con un presupuesto. «¿Presupuesto?», pregunté. Entré en la cocina en busca de Abril, mirando hacia atrás con reticencia. Abril estaba hojeando un catálogo de pinturas y papeles pintados. Levantó la vista y dijo:

—Quiero que veas esto.

—¿Por qué no me habías dicho que iban a venir?

Ella se limitó a dar un golpecito en la otra silla.

Más ideas sobre la reforma, supuse. Me senté a su lado; apoyé la barbilla en la palma de la mano, y dejé vagar la vista por la página a todo color. Había una foto de un dormitorio infantil pintado en azul celeste desde el techo hasta la mitad de la pared. A partir de ahí, un zócalo de madera en forma de cercado rodeaba toda la habitación, dándole el aspecto de un jardín.

—¿Y esto? —le pregunté a Abril.

Ella se mordió una uña y sonrió.

—¿Te parece demasiado cursi?

—Pues no lo sé, Abril, yo no entiendo de estas cosas. ¿Por qué no le preguntas a

Laura?

—Estaba pensando en redecorar el antiguo cuarto de Daniel.

—Pero si Dani odia esas cosas infantiles —dije. Me serví un vaso de Coca Cola, y bebí un trago—. Y no me extraña, la verdad. Esos ositos no son tan propios de su edad como tú te figuras.

Ella volvió otra hoja.

—No sería para Dani, sino para el bebé.

—¿El bebé? —pregunté—. ¿Qué bebé?

—El nuestro.

Sentí que el líquido se espesaba en mí gaznate.

—¿El nuestro? ¿No estarás insinuando que tú...?

—Claro que no, Víctor. Sabes perfectamente que no haría una cosa así sin consultarte.

Volví a sentirlo circular.

—Oye, Abril...

—Estoy segura de que serías mejor padre de lo que tú te crees, Víctor. Pero si Dani te adora.

—No nos precipitemos, yo no...

—No nos precipitaríamos. Yo había pensado en el próximo verano. Así cuando naciese sería... umm, vamos a ver... ¡Piscis!

—¡Basta ya, Abril! ¿Es que no te das cuenta de la seriedad de lo que dices? No es como comprar un secador, caray. Lo que estoy tratando de decirte es que no puedo. No puedo, Abril. Ni siquiera fui capaz cuando... —me interrumpí.

—Cuando Diana te lo pidió —completó ella—. Era eso lo que ibas a decir, ¿verdad?

Así era; justo lo que iba a decir. Ella era mi mujer, pensé. Aún lo era, de hecho.

—Vamos, Abril... —dije conciliador.

—Pero que no pudieras hacerlo entonces, no quiere decir que no puedas hacerlo ahora, Víctor.

—Abril...

—¡Mierda! —dijo, con los ojos brillantes—. Me gustaría que decidieses de una vez por todas si me quieres o no.

Se levantó haciendo rechinar la silla, y se perdió por el pasillo. Yo me quedé allí sentado, viendo como cada vez menos cantidad de burbujas de Coca Cola alcanzaban la superficie del vaso y desaparecían tras una explosión.

El jueves por la mañana el señor Ros emergió triunfante del interior de un viejo coche rojo. ¡Era el Chrysler! El motor petardeaba, pero no había duda de que estaba en marcha, sí. Del tubo de escape se elevaba una rizada columna de humo azul.

—¿Qué le parece, eh? —me dijo—. Le dije que lo arreglaría y aquí está.

—¡Vaya, Samuel!: —bajé las escaleras del porche, y circulé en torno al vehículo. Con cara de admiración, le pregunté—. ¿Cómo lo ha conseguido?

—No ha sido fácil. El cigüeñal tenía una pequeña rebaba en la parte interior, por eso en el taller querían cambiarlo. Pero yo dije: «Oye, chico, en mis tiempos esas piezas no se cambiaban, se limaban». A buenas horas íbamos a gastar dinero en una pieza nueva si se podía arreglar. De modo que, eso fue lo que hice, limarlo. ¡Demonio! Era casi imposible alcanzarlo, pero con mucha paciencia... Emm... Pues eso, aquí lo tiene.

—¡Oh, papá, es maravilloso! —dijo Abril, en bata, desde la ventana de la habitación.

Daniel había abierto la puerta del copiloto, y tenía ya medio cuerpo dentro.

—¿Puedo subirme? —preguntó.

—¿Por qué no le pides al abuelo que te lleve en coche al colegio? —le dijo Abril.

El señor Ros carraspeó. Se apartó del Chrysler, y se quedó mirándolo a una distancia prudencial.

—Bueno... este coche no es mío, Abril —dijo—. He disfrutado arreglándolo, pero ahora... El coche es suyo, Víctor. Debería probarlo usted.

—Vamos, papá, no seas tonto —dijo Abril—, a Víctor no le va a importar, ¿verdad que no?

—Claro que no —dije—. Lléveselo usted.

El viejo esperó a que su nieta subiese y arrancó el motor. El suyo me pareció un sonido nuevo, limpio, noble. Me gustó. Sentado al pie de la escalera, los vi alejarse calle abajo. Me pregunté qué pensaría Diana si pudiese ver el Chrysler funcionando nuevamente. Si pudiese verme a mí. En lo alto del plátano, donde las hojas habían empezado a brotar, un mirlo trino y echó a volar.

Abril iba a ser la madrina en la boda de su padre. Hacía días que su traje, una eclosión de volantes y capas de seda color malva, colgaba de la puerta del armario. Por la noche, al volver del almacén, vi que a su lado había aparecido la levita de un chaqué. Cuando le pregunté a Abril contestó que lo más apropiado era que yo fuese el padrino de la señora Lebón.

—¿Yo? —pregunté.

—Sí, tú —dijo ella—. Ser padrino no te compromete a nada, creo yo.

—Pero si la señora Lebón ya tiene hijos, Abril.

—Hijas —me corrigió—. Además, lo lógico es que si yo soy la madrina del novio, tú lo seas de la novia.

—No entiendo por qué. Aparte de que yo apenas la conozco.

—Caray, Víctor, ni que fueses a casarte con ella —protestó—. No pretenderás que la pobre camine sola hasta el altar, o lo que quiera que haya en un juzgado.

—No sabía que de repente te importase tanto esa señora. Yo creía...

—¿Creías qué? —me interrumpió—. Pues ya ves que sí me importa. Además, no quiero que después de la ceremonia nos sienten separados a cenar.

No me pareció oportuno discutir.

Un par de días más tarde apareció cargada de bolsas. Mientras Dani y yo veíamos un partido de fútbol en la tele, lo fue extendiendo todo en el sofá. Un surtido de medias para ella. Un par de zapatitos blancos para Dani. Una docena de calcetines negros para mí. Una chistera.

—¿Qué es... eso? —acerté a decir.

—A que es preciosa —dijo Abril.

—¡Una chistera! —exclamó Dani, abriéndose paso entre el improvisado mercadillo del sofá—. Déjamela ver, mamá.

Todavía no daba crédito a mis ojos.

—¿Te has vuelto loca? —balbuceé.

—Ay, Víctor, en cuanto la vi me enamoré. ¿No estarías guapísimo con tu traje y tu chistera puesta, como Fred Astaire?

—¡Abril, esto ya es demasiado! —grité—. No pienso vestirme como un payaso sólo porque a ti te parezca divertido. Yo no soy tu pelele, ¿me oyes? Ya es suficiente que te acompañe a esa boda, aunque en rigor ni tendría por qué ir, y demasiado que tenga que hacer de padrino. Pero por lo que no pienso pasar es por que me traigas y me lleves por donde tú quieras, de eso ni hablar. Y menos aún vestido así.

Hubo un silencio lleno de sorpresa. Dani se había quedado con la chistera en la mano. Abril, con un ligero temblor en su mandíbula, me miraba sin expresión.

—Era una broma —dijo, al fin—. Mira, es de papel.

Opté por deslizarme lo más silenciosamente que pude hasta mi cuarto, donde me sentí igual que un reptil. Así y todo... ¿Lo habría hecho aposta Abril?

Desperté a medias de un sueño. Oí el lejano traqueteo de un camión, el gemido de un perro, un portazo. ¿Un portazo? La voz de Abril que me decía: «Están llamando». Vi que todavía era de noche, pues sólo la luz de la farola se filtraba por el ventanal. El silencio me envolvió de nuevo y me dormí. Mi padre estaba frente a mí. Mientras se alejaba, la manga de mi americana se llenaba de pliegues y arrugas, y se hacía tan larga que no podía sacar la mano a tiempo para decirle adiós.

Al cabo de lo que parecieron horas (aunque no debía de haber transcurrido ni siquiera un minuto), sentí un codazo en las costillas. Abril me miró un segundo con los ojos en blanco, como los perros durmientes de los dibujos animados. «Hay alguien en casa», dijo.

—¿Umm?

De pronto se oyó un nuevo portazo en el salón. ¡Cielos!, era verdad. Alguien había entrado en casa.

Me levanté con cuidado de no despertar a Abril —«Diles que la boda es por la

tarde», se quejaba en sueños—, y saqué al pasillo la cabeza, después una pierna, luego otra... Me pregunté si estarían armados. Cogí un bastón del paragüero, y lo empuñé tembloroso. Al primero que asomase... Pero, un momento. ¿Y si Dani era sonámbula? ¿Y si había empezado ya a salir con chicos y ahora estaban...? Pero si sólo tenía ocho años, por favor.

Un inequívoco ronquido disipó de golpe todas mis dudas.

El viejo se hallaba repantingado en el sofá, evidentemente borracho. Tenía el aspecto de un naufrago al que una ola hubiera devuelto a tierra. Su pelo estaba alborotado. Su pantalones, sucios. Había dejado un reguero de huellas en la alfombra del recibidor.

—Samuel, ¿se encuentra bien? —susurré.

Abrió un poco los ojos.

—¿Umm? —dijo—... no ha sido culpa mía, Víctor. Su coche...

—¿Cómo?

Abril entró en el salón abrochándose la bata. Encendió la luz, y el viejo pestañeó y fijó la vista, como si hubiera intuido un bulto en la distancia.

—Ay, papá, ¿pero cómo se te ocurre beber hoy? ¡En el día de tu boda!

El señor Ros se inclinó hacia nosotros de forma nada equilibrada.

—Se lo pagaré —dijo, encogiéndose de hombros—. Ha sido un... hip... accidente.

—Samuel —le dije—, ¿qué ha ocurrido? —Aunque a estas alturas empezaba a imaginármelo—. ¿De qué coche me habla?

—¡Dios mío! —dijo Abril—. ¿Has tenido un accidente de coche?

Él volvió la cabeza y miró hacia el otro extremo de la habitación. Seguí su mirada pero sólo encontré la pared.

—Emm... Dígame, Samuel —le pregunté—, ¿dónde...?

—En el barranco —contestó, con voz pastosa.

Nunca me había dado por pensar que el Chrysler acabaría así. Últimamente lo veía regresando otra vez a manos de Diana.

El viejo apoyó la cabeza en el respaldo, y se adormeció.

—Este novio tuyo es de lo mejor que hay, Abril.

Había algo en esa boda... que me echaba para atrás. A las siete llevábamos de nuevo al viejo al centro de salud (¡otra vez!), donde la misma enfermera que nos había atendido meses antes volvió a registrar sus datos. Suerte que no nos reconoció. El médico recetó al viejo un alka seltzer y lo envió de vuelta a casa. Abril protestó todo el camino; su dedo acusador iba y venía como un péndulo. «Menos mal que a partir de ahora ya no eres más cosa mía, papá», cabeceó. Yo, concentrado en conducir, no dije nada. La cara regordeta de Dani me observaba todo el tiempo desde el espejo retrovisor. Todo esto parecía divertirla. Junto a ella, el señor Ros dormitaba.

Tal como nos había dicho, el Chrysler se hallaba en el fondo de un profundo barranco. Abril y yo fuimos a buscarlo en la Vanette. Desde lo alto de la carretera

parecía una insignificante lata de Coca Cola arrugada. Me pregunté cómo demonios habría podido el viejo salir indemne de allí. «En fin», me dije, «tal vez no fuese un mal final para un coche». Muerte en acto de servicio. Como morir con las botas puestas o algo así.

Abril, hundida en el asiento del copiloto, me observaba con la cara tensa: «Haremos que lo arreglen, y ya está», dijo.

No quise hacer ningún comentario.

En casa, las Periquito estaban esperando a Abril.

—Mira lo que nos ha pasado —estaban diciendo. Levantaron unos vestidos con cara de preocupación—. Nosotras los habíamos metido en la lavadora para que mamá los lavase, pero ¿qué crees que hace? Va y mete el resto de la colada con ellos. Los paños de la cocina, las bragas, los monos de trabajo de papá, todo. Y les pasa el programa largo. Ah, y al menos tuvimos suerte de que no usara agua caliente. Pero es que, no contenta con eso, después va y los seca. Imagínate, unos vestidos que nos costaron un ojo de la cara, comprados en Avignón. Estuvieron hora y media larga dando vueltas en la secadora. Haría falta un *lifting* para alisar estas arrugas, mira. ¡Qué vamos a hacer!

Hora de revolver el armario y pasar revista a los trapos de Abril. La entrada en el dormitorio me quedó vedada hasta nueva orden. Una confusa montaña de telas de diferentes colores empezaba ya a amontonarse en la cama y por el suelo. En el baño tampoco se podía entrar, ya que estaba ocupado por Daniel. Últimamente se negaba a que la bañase su madre y, empeñada en hacerlo sola, la labor podía demorarse durante horas. Abrí una lata de cerveza y me senté en la cocina a esperar.

Abril apareció taconeando. Venía con los dedos separados, soplándose las uñas.

—¿Qué tal estoy? —me preguntó.

—Estás muy bien —le dije. Y era verdad, aunque en ese momento, lo que más me preocupaba era la hora.

—¿Puedo vestirme ya? —le pregunté.

Pero Dani entró descalza chorreando agua por el pelo.

—¿Me peinas? —le preguntó a su madre.

—¡Ahh! —gritó Abril—. Si me acabo de pintar las uñas.

—Yo lo haré —me levanté.

Miré la hora de nuevo: las tres. Y la boda era a las cinco. A no ser que nos desplazásemos a los juzgados en una máquina teletransportadora, no me explicaba cómo pensaban llegar.

Me preguntaba cómo se las arreglaba Abril para aplazar siempre todo a última hora. Sólo a ella se le ocurría pintarse las uñas en este momento, en vez de haberlo hecho el día anterior.

Para cuando me llegó el turno de entrar en el baño, el tanque de agua caliente se había vaciado. Tuve que ducharme con agua fría. La piel me tomó un ligero tono amoratado, y los pelos de las piernas se me erizaron como a un puercoespín. Me

afeité. No había tiempo para más, así que me pasé el peine por el pelo mojado, y lo dejé tal cual. Al mirarme en el espejo para anudarme la corbata me recordé a uno de esos bañistas de principios de siglo. Con una toalla, lo alboroté.

A las cinco menos cuarto nos apretamos los cuatro en la Vanette. Dani llevaba un sombrero en forma de casco que su madre se había empeñado en ponerle, y que no le sentaba nada bien. Iba enfurruñada, rascándose la cabeza y echándose todo el rato para atrás. El señor Ros, por su parte, miraba por la ventanilla con aire soñador. O no se había despejado del todo, o iba muerto de miedo. Al menos, su chaqué alquilado le sentaba infinitamente mejor que a mí.

Los juzgados estaban en San Antonio. Los habían abierto aquella tarde expresamente para la señora Lebón, que era miembro del Instituto Femenino desde hacía años. Eran un edificio de una planta, sombrío, con pósteres admonitorios sobre el sida y otros males colgando de la pared.

La Sala Capitular estaba al final de un pasillo. (¿A alguien se le había olvidado encender la luz?). Al fondo se oía un murmullo contenido, como el de gente cuchicheando en la iglesia. Allí estaba todo el mundo: las *Periquito*, el alcalde, las ancianitas Ivor. El padre Clement iba de *sport*, pero el resto de invitados parecía haberse acicalado para la boda de un príncipe. La señora Lebón brillaba como un árbol navideño. Una de sus hijas llevaba un vestido berenjena que me recordó mucho a un pareo de Diana. Por un momento me la imaginé, el escote lleno de pecas, oliendo a *Ivresse*.

—Lo importante —le estaba diciendo una mujer a otra— es que antes de meterlo todo en el horno reserves las tripas.

—¿Las del pollo?

—Son estupendas para teñir las combinaciones cuando empiezan a amarillear.

En el altavoz comenzó a sonar la Marcha Nupcial. La señora Lebón se aferró a mi brazo y me empujó para avanzar. Por el rabillo del ojo vi a Abril como una mancha blancuzca, unos pasos más atrás, cogida del brazo de su padre. El resto de la comitiva nos adelantó desordenadamente por los flancos para ir a coger posiciones frente al improvisado altar, donde el funcionario, un hombrecillo calvo de sonrisa beatífica, se aclaraba la voz.

—Queridos ciudadanos —empezó a decir—, nos hemos reunido aquí...

El fotógrafo encendió su antorcha justo delante de mis ojos. Le fruncí el ceño a un macizo de gladiolos, y descubrí que Abril me estaba mirando fijamente. Me aflojé la corbata, que se me clavaba en la nuez. Había sido un regalo de Diana. Aquella corbata era la única cosa mía que llevaba puesta hoy; todo lo demás había sido alquilado o comprado. De repente, sentir su roce en los brazos, en el cuello y las muñecas, me produjo una sensación desagradable. Me volví en busca de algo familiar.

—¿Quién entrega a esta mujer? —pronunció entonces el juez.

Debía contestar que yo. Hice un esfuerzo por mover los labios, pero la única

respuesta que obtuve fue la presión de los cinco dedos de la novia en mi antebrazo. Me invadió una oleada de calor. Me quedé muy quieto, y por fin hice una mueca y dije: «¡Yo!». Todo el mundo me miró.

Esa misma noche, mientras veíamos las noticias, Abril dijo:

—Piensas que somos unos paletos, ¿a que sí?

—Ay, Abril —dije, intentando oír al locutor.

—¡Confiésalo!

—No es cierto.

—¿Entonces por qué no has dicho una palabra en toda la noche?

—Supongo que estoy cansado.

—Todo el mundo se ha dado cuenta de que no has querido bailar.

—Abril...

—¿De verdad que no es por alguna razón?

—¿Qué razón? Anda, tonta, ven aquí.

La atraje hacía mí. Ella hundió su cabeza en mi cuello, y aspiré el aroma a laca de su pelo hasta que acabó la programación. Entonces mi hombro empezó a entumecerse y le pedí que se apartase. Recogimos las copas, apagamos la tele, y nos fuimos a dormir.

XVI

CUANDO sonó el teléfono, estaba sentado en el suelo, leyendo el libro de instrucciones del nuevo aspirador. Abril y Dani habían salido en busca de bronceadores y cremas para el sol. Abril tenía la teoría de que, aunque nos lo ocultaban, los experimentos de la luna eran la causa de la destrucción de la capa de ozono y del paulatino aumento de la radiación solar. «¿Qué experimentos?», se me ocurrió preguntarle. ¿Bromeaba? Si tenían allí construida hasta una ciudad, dijo ella. Yo podía hacer lo que quisiera, desde luego, pero ella y Dani no pensaban pisar la playa sin una buena protección. El teléfono volvió a insistir con su machacona cancioncilla, y me estiré para alcanzarlo.

—¿Diga?

—¿Víctor? ¿Estás ahí?

Al principio no le reconocí. Apoyé una rodilla en el suelo, y me incorporé.

—¿Carlos? —Mi voz salió nasal y animada—. ¡Hombre, cómo estás!

Agar parecía algo azorado.

—No sabía si aún... seguirías ahí —dijo.

—Debería haberte llamado antes, Carlos; pero es que aquí se aísla uno fácilmente. ¿Cómo te van las cosas?

—Pues de eso precisamente quería hablarte, Víctor. Hemos hecho algunos cambios en la empresa.

«Ah», contesté. Me imaginé las tristonas oficinas de Calor de Hogar, S. A. convertidas en las picantes cabinas de un *sex-shop*. Sonreí al pensarlo.

—Vamos a ampliar el negocio —estaba diciendo Agar—. Ha habido una nueva inyección de capital y, entre otras cosas, tenemos el proyecto de abrir una sucursal nueva.

—Qué bien.

—Quería ofrecerte que fueses el subdirector.

La noticia me cogió desprevenido.

—¿El subdirector, dices? ¿Yo?

—Sí, tú. ¿Qué me dices?

Tiré del cable telefónico, y me aparté ligeramente de la puerta. Me sentía extrañamente regocijado, como si fuese en realidad mi propio padre que me requiriese para sucederle en el trono.

—No sé qué decir, Carlos.

—Di que sí.

—Bueno, verás yo... francamente, no veo cómo podría ser el subdirector.

—No empieces a menospreciarte, Víctor —dijo Agar. Ya no estaba distante; su voz había adquirido el tono marcial y enérgico de siempre—. Sabes de sobra que no te lo ofrecería si pensara que no eras tú el indicado. Las cosas han ido muy bien este

año. Hay mucho trabajo por aquí.

Hubo una pausa. Agar dijo:

—¿Cuándo te parece que podrías venir para que hablásemos?

—No lo sé —le dije.

—¿Te parece que después de Semana Santa?

—Pues...

—Bueno, no quiero apremiarte, chico, pero haría falta que vinieses cuanto antes.

¿Puedo contar contigo a final de mes?

—La verdad, me parece que no, Carlos.

—¿Que no? ¿Por qué no?

—Ahora estoy muy ocupado aquí.

—¿Ocupado? ¿Cómo se puede estar ocupado en un sitio como ese? Lo único que tienes que hacer es guardar tus cosas en la maleta y regresar.

—Es bastante más complicado que eso.

De hecho, no sabía hasta qué punto era complicado, pensé. Como si me hubiese escuchado, Agar dijo:

—Por cierto. No sé si lo sabes, pero tu mujer me llamó.

—¿Diana?

—Su padre ha muerto.

Sin saber muy bien por qué, oír aquello no me extrañó. Lo que realmente me extrañó fue que Diana no me lo hubiera comunicado ella misma.

—¿No crees que deberías llamarla? —me preguntó Agar.

—Tal vez.

—Escucha. Faltan exactamente... —Su voz se apagó un poco, como si hubiese estirado el cuerpo para consultar el almanaque al otro extremo de la mesa—. Faltan exactamente tres semanas para la ampliación. Tienes todo ese tiempo para pensarlo.

—Bueno... no sé —le dije.

Pensé si no estaría siendo muy vacilante. Agar a lo mejor se dio cuenta, porque después de otra pausa, dijo:

—Piénsalo. Te volveré a llamar.

Entonces colgué.

El hombre que ocupaba el sillón de al lado en el bar del hotel de Obiols tenía la piel tan quemada como yo. Noté el olor a *aftersun* antes de fijarme en su antebrazo. Estaba mirando por el ventanal, desde donde se veía la hilera de sombrillas en la playa, y le oí soltar sonoramente el aire por la nariz. Cada movimiento que hacía lo acompañaba de un quejido. Aproveché que el camarero me traía los helados que habían pedido Abril y Dani, y le miré. Era un sesentón bien cuidado, con una buena mata de cabello gris. Llevaba una camiseta de tirantes, y tenía unas ampollas en los hombros del tamaño de pelotas de *ping pong*.

—¿Cree que este sol de justicia es propio del mes de abril? —dijo, formulando una queja más que una pregunta.

—Hace un tiempo veraniego, sí —dije yo.

—Odio la playa. Quemaduras. Aglomeraciones. ¿Se ha fijado en todas esas sombrillas? Debe de haber lo menos mil.

Miré de nuevo hacia la costa. Había muchas sombrillas, era cierto. En esta época del año era temporada alta por aquí, le dije, lo había leído en una revista del hotel. Yo por ejemplo había esperado encontrarme un mar ruidoso, con olas grises y encrespadas, y en cambio... había resultado ser una balsa de aceite. Al echar una nueva ojeada al hombre para ver cuál era su opinión, me di cuenta de que se estaba bandeando.

—¿Se encuentra bien? —le pregunté.

—Creo que tengo fiebre. Estas quemaduras deben de ser de segundo grado por lo menos.

—Espere —dije yo.

Abrí la bolsa de playa y entre las cosas de Abril (una vieja Polaroid, dos paquetes de chicles, la carcasa vacía de un casete de Michael Jackson) busqué el tubo del unguento para las quemaduras. Lo había comprado esa misma mañana en la farmacia. Al preguntarle a la vendedora por una buena pomada, me aseguró que ella lo usaba cuando su hijo de ocho años se desollaba las rodillas, y al final yo había acabado hablándole de Daniel. Al desenroscar el tapón le dije al hombre: «Me temo que nuestra piel no esté... preparada para esto». Él no contestó. Intentó coger su bebida, pero desistió con una mueca de dolor. «Pruebe esto», le dije. Lo cogió con remilgo, y se aplicó un poco de unguento en una ampolla.

—Gracias —dijo—. Me llamo Lorenzo Costa. ¿No es paradójico, con lo que odio el mar?

—Víctor Ripstein —sonreí—. Deduzco que no es de por aquí.

—Oh, no; no viviría aquí ni que me pagasen una renta vitalicia, me gusta la altitud. Sólo mirar el mar, y ya me siento deprimido.

—¿Se marea?

—No, pero toda esa cantidad de agua... me molesta, ¿sabe? Le invade a uno la sensación de ser tan sólo una mota de polvo en el universo.

El modo de expresarse del señor Costa me divirtió. Sin embargo, yo no estaba tan seguro de que no se estuviese mareando. Ahora mismo, a pesar de lo encendido del resto de su piel, su cara tenía un tono cerúleo. Apoyó el codo en el brazo del sillón y se llevó la mano a la frente.

—¿Quiere que avise a alguien? —le pregunté.

No pareció que me entendiera. A lo mejor no viajaba con nadie, me dije, y mi pregunta le había hecho creer que quería averiguar a dónde debíamos enviar su cadáver si ocurría lo peor.

—He venido con un grupo —dijo—. Pero no conozco a nadie.

—No se preocupe —le dije—. Sólo es un poco de insolación.

Al tratar de incorporarse, el plástico recalentado del asiento se despegó dolorosamente de su piel. Pensé que se iba a desmayar. Me acerqué a él y vertí un poco más de unguento en su espalda. El anciano giró el cuello y me miró con los ojos arrugados. Pero poco después los cerró.

—¿Nota alivio? —le pregunté.

—Ahh —dijo, sin que se supiera a ciencia cierta si se quejaba o era una exclamación de placer.

Continué extendiendo la pomada. Al pasar los dedos por sus quemaduras, noté de manera alarmante el aumento de calor.

—Quizá debería verle un médico —sugerí.

Entonces una pareja de ancianas entró en la sala y el señor Costa se dominó. Se enderezó en el asiento, se apartó de mí, miró hacia la pantalla apagada del televisor. Había vuelto a encenderse un poco la piel alrededor del cuello y en la cara.

—¿Está mejor? —le pregunté.

—Parece que me he mareado un poco —dijo, tomando su bebida y cruzando animosamente una pierna sobre otra—. Ha sido como tirarse en paracaídas y estar cayendo siempre —se rió.

Pero cuando la pareja de ancianas acabó de elegir unas revistas, el señor Costa volvió a hundirse en el sillón. Pensé que lo mejor sería avisar a un médico. El camarero dijo que había uno en el hotel. Le pedí que me guardase los helados mientras acompañaba al señor Costa a su habitación. Cada vez que en el pasillo nos cruzábamos con alguien, el anciano se apartaba de mí y trataba de mantenerse en posición erguida. De tanto en tanto daba un traspie y entonces aceptaba mi brazo y atenazaba los dedos en torno a él, dejándome en la piel unas señales blancas.

—No se preocupe —le dije—. Míreme, yo también he cogido una buena insolación —le conté cómo hacía para no aburrirme—. Miro a la gente de la playa, ¿sabe? Tengo unos prismáticos. Le aseguro que es cien veces más interesante que la televisión.

El señor Costa me miró reticente, y dijo que había traído un libro sobre setas.

Una vez en la cama no tardó en adormecerse. Me senté a esperar al médico en una butaca de mimbre igual a la que había en nuestra habitación. Me di cuenta de que no sólo el mobiliario era el mismo, sino que también el señor Costa había apoyado su maleta contra la misma pared. Ahora estaba más calmado, pero de vez en cuando en el pasillo sonaban pequeños ruidos que lo hacían sobresaltar. Una puerta. El trapaleo de unas chanclas. El chirrió del ascensor. A cada nuevo aproximarse de pasos yo decía: «Aquí está el doctor», y luego: «Bueno, ya no puede tardar». El señor Costa me miraba con ansiedad, como si temiera que fuese a marcharme. En cierto momento me levanté; las cortinas, agitadas por la brisa, se habían hinchado como las velas de un barco. El señor Costa se incorporó. «¿Se va?», preguntó, pero le dije que tan sólo iba a cerrar la ventana. Me senté en una esquina de la cama y le conté que, en

realidad, la brisa había sido la culpable de mis propias quemaduras y no el sol, ya que el primer día, precisamente por estar nublado, lo había pasado jugando a las palas sin preocuparme de las radiaciones.

—¿Sabía que la culpa de que aumenten la tienen esos experimentos en la luna? —le pregunté.

—¡Experimentos en la luna! —exclamó él—. ¡Dios mío, que me dice!

Le dije que estaba bromeando, y sonreí. Como el médico no llegaba, acabé aplicándole más unguento. Una vez, cuando aún iba al colegio, también me había ocupado de una niña que se había mareado en el autobús. Era una niña muy guapa. Al llegar a casa me había sentido orgulloso de mí mismo. A decir verdad, sospeché que ahora estaba también más satisfecho con la imagen de samaritano que el señor Costa iba a llevarse de mí, que auténticamente preocupado por su salud.

Dejé al señor Costa en manos del médico y fui a recoger los helados. Ahora, la playa estaba llena de animación. Sorteé sombrillas, castillos de arena, perros eufóricos persiguiendo frenéticamente un balón. Una niña hizo «ay» y aterrizó en mis pies cuando iba persiguiendo su pelota. La ayudé a ponerse en pie, y localicé nuestra sombrilla entre la multitud. Me tumbé en la toalla al lado de Abril, que tenía la piel brillante de bronceador. Abrió un poco los ojos, y me miró haciendo pantalla con la mano. «¿Por qué has tardado tanto?», dijo. No le hablé del señor Costa. Estaba orgulloso de mí mismo y sentía que utilizarlo en mi defensa habría convertido lo ocurrido aquella tarde en una excusa vulgar.

Entraba en casa cargado de maletas cuando oí sonar el teléfono del recibidor. Solté los bultos y tropecé con algo en la penumbra. Dani había dejado allí su tabla, y había vuelto a salir. Su madre y Laura estaban fuera viendo las fotografías de la playa. El teléfono sonó nuevamente. Llegué a tientas hasta él y levanté el auricular.

—Diga —contesté.

—¿Víctor?

—¡Diana!

Sí. Sin duda era su voz.

—Espero no molestarte —dijo.

—¿Eh? Oh, no. Iba a llamarte yo... Ah... —Cerré la puerta con el pie—. Sentí mucho lo de tu padre, Diana. Agar me lo contó.

—Lo sé, Víctor, muchas gracias. Fui a verle porque necesitaba que me aconsejasen sobre un problema con el aire acondicionado de mi piso. Esa casa es un desastre, no sabes, y pensé que quizá vosotros podríais darme una solución.

—Ah —le dije—. ¿Eso es todo?

—Bueno, ya sé que a lo mejor te sonará extraño, Víctor, pero necesitaba hablar contigo.

—Ya.

—Espero no causarte algún problema.

—No, no.

Se hizo un silencio. Yo dije:

—¿Cómo te encuentras?

—Ahora estoy bien —dijo ella—, he tenido tiempo para asimilarlo. Ya lo sabíamos. A mi padre le diagnosticaron la leucemia hace más de seis meses.

—Caramba, Diana. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Bueno, no sé qué hubieras podido hacer tú.

—Nada, supongo. Pero al menos podría haberte servido de, no sé, de descarga, quizá.

La oí cambiarse de mano el auricular.

—Me alegra oírtelo decir, Víctor, porque la semana que viene se celebra el funeral y había pensado que quizás no te importaría acompañarme. Es decir, si no tienes nada que hacer.

—Pues...

—Agar me dijo que ibas a estar aquí, y por eso se me ocurrió preguntártelo.

—¿Eso te dijo?

—Oh, sí. Dice que te ha ofrecido el puesto de subdirector de una nueva sucursal. Eso es estupendo, Víctor —dijo alegremente.

—Bueno, no creo que acepte —contesté—. Pero es probable que vaya a verle, aún no lo sé.

—Comprendo —dijo ella. Después añadió—. Entonces, ¿vendrías?

Hubo una pausa.

—Bueno... —dije—. ¿Cuándo es?

—El sábado. El día treinta. Por la tarde.

Tiré del cable del teléfono, y me senté a oscuras en la única silla del recibidor.

—Si decido ir, me pasaría, claro. Tendrás que decirme dónde es.

—Si quieres yo podría ir a buscarte —dijo Diana—. Me coge de camino a la iglesia.

—Pues —me aclaré la voz—, no creo que haga falta.

—O quizá podrías pasarte tú un poco antes por el hospital. Te presentaría al doctor Moran y mataríamos dos pájaros de un tiro. El doctor Moran —dijo, como para que yo hiciese memoria—. A lo mejor no te hablé de él cuando nos vimos. Tiene una clínica de ortodoncia. Yo creo que es la persona ideal para lo de tu implante.

—¿Mi qué? —pregunté.

—Tu implante —dijo—. El colmillo. Te aseguro que en su clínica te lo harían mucho mejor que en cualquier otro sitio. La mayoría no son muy de fiar.

—Es que yo, de momento, no tenía pensado hacerme nada.

—¿Por qué? No irás a dejarlo así. A la larga se te podría infectar.

—Pues... no dispongo de dinero, la verdad.

—Ay, perdona. No pretendía entrometerme, te lo juro.

—Da igual.

—No tengo remedio —se rió—. Ya sabes, no cuelgo la bata ni que me maten.

«Ya sabes», había dicho Diana, como aludiendo a ese invisible depósito común de vivencias, recuerdos, bromas e íntimos sinsabores que hasta ahora había permanecido en tan dolorosa cuarentena. Me eché hacia atrás en el respaldo.

—¿Y tú? —me preguntó a continuación—. ¿Cómo estás tú, Víctor?

—Pues... bien —contesté.

—Me alegro —dijo Diana. Entonces añadió—. Por cierto, con respecto a *esos papeles* de que hablamos, he pensado que lo mejor es dejar que las cosas sigan su curso normal.

—¿Su curso normal? —pregunté.

—Sí, ya sabes. Claro que, en cuanto tú me digas, iniciamos los trámites de la separación legal. Supongo que después de eso, el divorcio sería cuestión de unos meses.

¿En cuanto *dijera* yo? No recordaba esa tolerancia en la última conversación que hubo al respecto.

—Ah —dije—. No había pensado en ello, pero me parece bien. Dime lo que quieres que firme y ya está.

Oí a Diana exhalar el aire de un cigarrillo.

—Es extraño, ¿no? —dijo.

—El qué.

—Pues hablar así. Es como si no hubiera pasado nada. Quiero decir que, ¿cuánto tiempo hace ya? A veces parece imposible borrar ciertas cosas, pero luego...

—Te tengo que dejar, de verdad —la interrumpí—. Espero que estés bien.

Por nada del mundo quería continuar esa conversación. Le dije que estaríamos en contacto, y colgué.

—¿Lo has pensado? —me preguntó Agar.

—No.

—Sabrás al menos si vas a venir. —Aún no.

—Bueno, pero ¿qué te parece la idea? ¿Abrimos la nueva oficina en otra ciudad, o aquí?

—No lo sé, Carlos. Eso es cosa tuya.

Estaba en el almacén, revisando el último pedido enviado por una empresa de fabricación de aspersores. El cable telefónico estaba ya tan tenso que tuve que dejar el trabajo y acercarme a la mesa para hablar con Agar. Era la cuarta vez que llamaba esa semana.

—No te estoy pidiendo que decidas —me explicó—, sólo que me digas tu opinión. Si abrimos la nueva sucursal en una ciudad diferente ganaremos una clientela potencial; pero también nos enfrentamos a un mercado desconocido.

—Está bien, como quieras: yo me arriesgaría —dije mientras anotaba en la libreta el número de aspersores que había contado—, pero no es mi negocio. Estoy seguro de

que hay por ahí empresas que se dedican a hacer ese tipo de estudios, Carlos.

—Claro. Y ya hemos consultado a una.

—Bueno. ¿Y qué dicen?

—Es complicado. Dicen que Calor de Hogar debería expandirse geográficamente, y hay que dar el salto ya. Por otro lado, y es aquí donde yo no las tengo todas conmigo, tomar esa decisión supone estar dispuesto a afrontar ciertas pérdidas más que potenciales, durante no se sabe cuánto tiempo.

—Pues ahí lo tienes —le dije a Agar.

—El qué.

—Tenéis que expandiros, ya lo ves.

—No sé cómo lo ves tan claro, Víctor. Tenemos mucho que perder. Nuestra seguridad actual, por ejemplo.

Ah, la seguridad. ¿Quién había sido hasta ahora más experto que yo en materia de seguridad?, me dije. Faltaban dos aspersores; lo anoté en la hoja de pedido y le dije a Agar:

—Si quieres estar seguro, quédate en casa. Pero si lo que quieres es crecer, tendrás que asumir cierto riesgo. No se puede ganar si no se está dispuesto a perder algo también.

—Sí, eso dijo tu mujer.

—¿Diana?

—Vino aquí ayer. Su apartamento tiene un problema de...

—Sí, sí, ya sé.

—Ella también piensa que deberías aceptar. ¿Te das cuenta del nuevo rumbo que tomarían las cosas, Víctor?

—Bueno, bueno. De todas formas, no me gusta que nadie se meta a resolver mi vida, Carlos.

Al día siguiente la telefoneé. Acababa de apagar las luces del almacén, antes de subir a cenar.

—Yo sólo le dije que me parecía que debías aceptar —dijo Diana—. Está claro que quiere que vuelvas a trabajar con él.

—Sí, eso creo yo —contesté.

—Y... ¿lo harás?

—Pues la verdad es que no lo sé.

Mientras hablábamos, encendí un cigarrillo bajo el cono de luz de la única lámpara que permanecía encendida sobre el mostrador.

—¿Qué tal el Chrysler? —me preguntó—. ¿Aún sigues conduciéndolo?

—Pues... no exactamente —le dije—. El Chrysler no está para muchos trotes ahora mismo.

—Ah, sí. Estabas esperando una pieza o algo.

—No, quiero decir que hace unas semanas pasó una cosa. Hubo un accidente y...

—¿Un accidente? —me interrumpió—. ¿Pero tú estás bien, Víctor?

—Sí, yo ni siquiera iba en él.

—¿Ah, no?

—Quedó completamente destrozado.

—Pues mucho mejor —exclamó—. Era ya una reliquia. Hace tiempo que debíamos habernos deshecho de él.

—Tal vez sí —contesté.

Se hizo el silencio. Luego ella continuó:

—Pues esta semana he hecho una cosa. He hablado con el doctor Moran.

—¿El doctor Moran?

—El cirujano maxilofacial. El del implante.

—Ah, sí.

—Dice que no debes preocuparte por nada relacionado con la operación. Que la clínica se hará cargo de todo.

—¿Te refieres al dinero?

—Sí.

—Pero, Diana...

—Déjame hacerlo por ti —dijo ella—. Pero, si en realidad no te estoy haciendo ningún favor.

Ya estábamos otra vez como siempre. Yo intentando resistirme, y ella cuidando de mí. Probablemente, no habría sentido que hablaba con el mismo hombre de haberme opuesto a su proposición. Supongo que por eso dijo:

—¿No crees que llevas ya mucho tiempo fuera, Víctor? Algún día... Bueno, algún día tendrás que regresar, ¿no? Además —añadió alegremente—, Agar se volverá loco si no estás aquí para ayudarlo.

—No exageres —dije yo.

—No exagero —dijo Diana. Y a continuación, añadió—. ¿No has pensado que quizás esté dispuesto a hacer cualquier cosa para que vuelvas con él?

Era el último día del mes, y me había desplazado a Bossost a entregar el impuesto de actividades económicas de Abril. Delante de mí había tres hombres. Uno de ellos, con coleta, tenía aspecto de regentar un *pub*. El segundo era un sacerdote. (No imaginaba qué podía estar haciendo allí. ¿Pagaban impuestos los curas? Tendría que preguntárselo al padre Clement). El tercero era un muchacho que se había salido de la fila y estaba apoyado en la columna aguardando su vez. Hacía rato que me observaba. ¿Me conocería del almacén? Al sacarme el formulario del bolsillo, me di cuenta de que le sangraba la nariz. Levanté la mano para avisarle; él se irguió.

—Eh, eh, eh —dijo, adelantando una mandíbula cuadrada.

El cura se volvió.

—¿Perdona? —le dije al muchacho.

—Te he dejado ponerte en la fila, tío listo; pero ni te imagines que te vas a colar.

—Oh... em...

—¿Qué pasa? —preguntó la funcionaría tras la ventanilla.

—No ocurre nada —dije yo.

—¿Te crees más listo que nadie, verdad? —insistió el chico.

A estas alturas, no sólo el cura y la funcionaría, sino también el impasible propietario de la coleta habían vuelto la cara para mirar.

—Te sangra la nariz —dije afablemente dirigiéndome al muchacho.

Este estaba ya a mi altura. Por un momento pareció desconcertado. Se llevó un dedo al bigote y comprobó que le decía la verdad. Su mandíbula se retrajo, y su boca adquirió de repente una vacilante expresión de timidez. Le alargué mi pañuelo, señalándole la puerta de los lavabos más allá.

—Será mejor que vayas —le dije—. Yo te guardaré la vez.

Se alejó tímido y achicado, la cabeza echada hacia atrás.

Tras salir de la oficina, tomé la dirección del aparcamiento donde había dejado la Vanette. Era aún muy temprano y el cielo tenía un tono intensamente azul. Mientras caminaba, seguía viendo la expresión de ese chico cuando regresó del lavabo; avergonzada, y tan infantil. En la calle Unión, pasé junto a una cabina telefónica y pensé en telefonar a casa. Si Abril contestaba, seguramente me pediría que la llevase a la cafetería para no tener que tomar el autobús. No; no tenía ganas.

Llegué al aparcamiento y saqué las llaves, pero no abrí. Di media vuelta y desanduve mis pasos hasta la calle Unión. En la cabina telefónica marqué el número de Diana. Todavía era temprano. Si me daba prisa, aún podía coger algún vuelo y llegar a tiempo de acompañarla al funeral.

XVII

ESTABA sentado en un despacho de las oficinas de Calor de Hogar, cuando entró una de sus vistosas secretarias. Traía consigo una nueva carpeta para mí.

—Más sobre la ampliación —dijo monótonamente antes de salir.

La puse sobre la pila de informes que tenía acumulados, y bostecé. Busqué la ventana, olvidando que el cuartito que Agar me había asignado temporalmente no tenía ninguna. Mi nombramiento de subdirector se retrasaba, al igual que las nuevas oficinas de Calor de Hogar, S. A. Pero no era eso lo que me tenía tan mustio, sino la inactividad. Echaba de menos el trabajo duro del almacén; recibir pedidos, ordenarlos, atender a los clientes. Desde que había regresado, mis tareas se reducían a repasar la larguísima pila de informes que las secretarias de Agar iban engrosando para mí.

—Estas cosas son lentas —me había dicho el día que llegué. Estaba repantingado en su escritorio, probándose unas corbatas nuevas—. Aún estamos discutiendo si es mejor expandirse o abrir la nueva oficina aquí.

—Pero ¿no habías decidido eso ya? —le pregunté.

—Qué prisa te ha entrado por trabajar, Víctor. Tómallo con calma unos días. ¿Cuál te gusta más, la de cuadros o la azul?

—¿La de cuadros no es una servilleta?

—Muy gracioso. De todas formas, me pregunto si has pensado cómo iba a hacer Diana si tuvieseis que mudaros de ciudad.

—Ya hemos hablado de eso.

—¿De verdad? Pero ella tiene aquí un buen puesto, ¿no?

—Yo me iría primero, hasta que ella encontrase plaza en otro hospital.

Efectivamente, fue lo que acordamos. Bueno, fue más bien Diana quien lo decidió. Yo me había mostrado dispuesto a quedarnos; podía pedirle a Agar un puesto equivalente al cargo de subdirector. Sin embargo, Diana estaba resuelta. «Quiero ayudarte», me había dicho el día que me reincorporé. Me acompañó a la puerta de Calor de Hogar, y luego volvió a meterse en su taxi. Yo permanecí en el vestíbulo diciéndole adiós con la mano, como un escolar.

Era casi la una y media, y Diana tenía que estar al llegar, íbamos a comprar un coche nuevo. Decidimos hacerlo a la hora de comer; por la tarde teníamos cita en el hospital para hablar con el doctor Moran acerca de mi dichoso implante. Durante el trayecto al concesionario, Diana fue pasando las hojas de un catálogo.

—Tampoco estaría mal uno de esos coches con carrocería de fibra de vidrio que pesan tan poco —dijo—. Para la ciudad es lo mejor.

—Pero son un peligro —contesté.

—¿Un peligro?

—Sí; no tienen estabilidad.

—Ah. Entonces un coche alemán, ¿no te parece? Son los más robustos.

—Umm. Quizá demasiado.

Diana cerró el catálogo, y le dijo al taxista que torciese a la derecha en la siguiente calle.

Miré por la ventanilla lateral, por donde entraba una suave brisa de aire tibio. A esta hora, las calles del centro estaban llenas de animación. Camionetas de reparto, motocicletas, modernos autocares soltando riadas de turistas. Me acordé de Próspera y los asiduos visitantes de las pistas de esquí.

Cuando llegamos al concesionario, la recepcionista estaba comiendo un bocadillo de espaldas al mostrador.

—¡El vendedor no llega hasta las dos! —dijo con la boca llena.

Diana pasó la mano por un flamante Ford, y chasqueó la lengua.

—A lo mejor hacían descuento entregando un coche al comprar otro. En algunos sitios lo hacen.

—Eso creo —dije yo—. Pero no tenemos otro coche.

—Lo llaman *Plan Renovación* o algo así. Fíjate, ahora el Chrysler nos habría venido fenomenal.

¿A qué venía hablar del Chrysler ahora?

—Calor de Hogar nos prestará el dinero —le dije—. Esta tarde hablaré de ello con Agar.

Fuimos a hacer tiempo al bar de enfrente. Diana volvió a hojear el catálogo. Luego se abanicó con él.

—Qué fastidio —dijo—. No sabía que fuesen a hacernos esperar.

—Qué más da, así estamos juntos más rato —dije yo.

Su cara se redondeó al sonreír. Algo en su rostro se había ablandado en este tiempo. En cierto modo, no parecía la misma mujer. O quizá era yo el que no le parecía el mismo a ella, y por eso Diana me miraba así. Quién sabía.

—Había pensado que podría acompañarte a la oficina —dijo—, y luego nos vamos juntos al hospital.

—Eres un cielo —sonreí.

En el bar, la tele sonaba a todo trapo. Era la hora del concurso de Abril. ¿Lo estarían viendo ahora?, me pregunté. Ah, qué solas debían de sentirse las dos, en ese caserón desangelado.

Una muchacha entró con un carricoche y una niña de cinco o seis años y se sentaron en el mostrador. La madre estaba pendiente del bebé, mientras que la niña se mantenía a una ofendida distancia de ambos. De repente, el cochecito se estremeció en un nervioso molinete de piernas y brazos. La madre tomó al bebé y se dirigió a Diana con cara de desesperación.

—¿Le importaría vigilar a Patricia mientras...?

—¡Claro que no! —me apresuré a contestar.

Diana me miró sorprendida.

Le ofrecí a la niña nuestro platito de patatas, pero ella las rechazó, demostrando una gran sensatez al provenir de unos extraños. Sacudió la cabeza, e hizo un mohín.

—Hace eso todo el rato —dijo.

—¿Eh? Oh... Ah, entiendo —le dije—. Eres la mayor, ¿no?

Tras una pausa, asintió.

—Dentro de poco crecerá, ya lo verás. Entonces podrás jugar con él. Y si se pone pesado, podrás llamarle enano.

En el momento de irnos, Patricia sacó una pajita de su naranjada y sopló a través de ella hacia mí. Esquivé las gotas mientras le decía adiós con la mano. De vuelta en el concesionario, Diana abrió la boca para decir algo pero en ese momento el vendedor nos abordó.

—¿Puedo ayudarles?

—Andamos buscando un buen coche —dije en tono decidido.

—¿Tienen alguna idea? ¿Algo pequeño? ¿Familiar?

Casi en el mismo instante en que Diana decía «pequeño», yo contestaba «familiar».

—¿Estás seguro? —me preguntó.

—Bueno, si tú lo quieres pequeño...

—Oh, no... yo... no sabía que prefirieses un modelo familiar.

—Pues sí. Me gustaría un coche grande. ¿Y a ti?

—Bueno, sí. Me da igual.

El vendedor dio dos tironcitos de sus mangas, y carraspeó.

—Si eso les ayuda a decidirse, podría dejárselo probar. ¿Qué les parece este Voyager?

—¡Ah, eso sería estupendo! —exclamé.

Quedamos esa misma tarde a última hora.

Hacía tan buen tiempo que antes de pasar por la oficina le propuse a Diana que fuésemos a remar.

—¿A remar?

—Y tomar unos helados.

En el estanque, la gente echaba de comer a los patos y tomaba el sol. Soplaban una brisa casi náutica que me recordó a los días de Obiols. Le dije a Diana que si alguna vez volvía a nacer pensaba hacerme marinero.

—¿Crees que el doctor Moran sabría cómo ponerme un diente de oro?

Diana me dirigió una mirada indefinida, mezcla de adhesión e incredulidad.

Alquilamos un bote de remos, pero una vez dentro del lago, el vaivén de la embarcación me mareó. En el muelle, unos chicos tuvieron que ayudarme a salir. Cuando volvíamos a la oficina, de repente me acordé de algo que tenía que hacer.

—He decidido que voy a volver a inscribirme en la universidad —anuncié. Un corrillo de chicos con carpetas me lo había recordado.

—¡Víctor, qué bien! —dijo Diana—. No me habías dicho nada.

—Quiero acabar lo que empecé.

Ella me aguardó en el vestíbulo mientras yo entraba en Secretaría. Todo seguía igual que en mi época de estudiante. Fluorescentes parpadeando en el techo, baldosines deslucidos, pupitres mancos. A través del cristal esmerilado de la ventanilla distinguí una silueta de mujer, delgada, con un penacho de pelo en lo alto de la cabeza. Estaba hablando por teléfono. «¡Un momentito!», chilló, y después siguió relatándole al invisible auricular algo sobre una cita. «Ni siquiera se presentó. El muy cerdo me dejó allí plantada, después de haberle traído esas hojas de trocadero que tanto me dijo que le habían gustado la última vez. ¿Qué tengo de malo, dímelo?».

«¿Qué tengo de malo?», me había dicho Abril la mañana que me marché. Su voz no tenía un tono de reproche, sino más bien de pesadumbre. «¿Es por algo que he hecho? ¿Que no he hecho? ¿Tendría que ser más alta, más guapa, más inteligente? Dímelo. ¿Es por Daniel? ¿O es que de pronto has descubierto en mí algo que no encaja con tu modelo ideal? Sí, eso debe de ser, pero... ¿Qué es? Dímelo, Víctor, porque me gustaría saberlo para estar preparada la próxima vez». Cuando la empleada de la secretaría asomó la cabeza vi que no se parecía en nada a Abril. Esta persona era mucho mayor, y tenía una voz desagradable. Sin embargo, me tendió amablemente los papeles de la inscripción y me ofreció un bolígrafo para rellenarlos. Cuando acabé de hacerlo, le di las gracias y me marché.

En la oficina, Agar nos hizo pasar a su despacho. Llevaba puesto un traje blanco de lino; parecía un traficante de esclavos de la época colonial. Besó a Diana en la mejilla y volvió a sentarse en su escritorio mientras yo le comentaba el asunto que nos había traído allí.

—Umm. Así que queréis comprar un coche, ¿eh? Yo podría conseguir uno a buen precio.

—No —se apresuró a decir Diana—. Preferimos hacerlo nosotros.

—Os podría ahorrar mucho dinero.

—Además, queremos un coche nuevo, ¿verdad, Víctor?

—Pues...

—Pero si no vas a notar la diferencia —insistió Agar—. Estos coches son importados, kilómetro cero de verdad. Garantizado; yo mismo tengo uno. Es una necedad pagar más por tener exactamente lo mismo, ¿no crees?

Parecía razonable. Sacudí la cabeza y asentí: «Sí, claro». Pero Diana dijo:

—¿Qué sacas tú de todo eso, Carlos?

—¿Yo? —Agar se echó a reír, y me miró—. Imagínate: yo. Nada de nada. Trato de echaros una mano, eso es todo. Me gusta preocuparme por los demás.

—Si tanto te preocupan los demás —dijo desafiante Diana—, ¿por qué no le asignas el cargo a Víctor de una vez?

—Bueno, hay un montón de preliminares que tú...

—¿No será que lo que te gusta es *ocuparte* de los asuntos de los demás? —le interrumpió.

—Caray Víctor, no dirás que tu mujer no se preocupa por tus intereses. Me dais envidia —dijo abriendo los brazos—, de verdad que sí. Hacéis una pareja fenomenal. Siempre lo he dicho. ¿Sabes una cosa, Diana? Serías un estupendo vendedor.

Entramos en el hospital por urgencias. Recordé todas las veces que había aguardado a Diana allí; el murmullo tenso de las horas nocturnas, el ir y venir de celadores, médicos, enfermeras.

—Ni te vas a enterar de la operación —dijo Diana—, en un par de días podrás hablar y masticar otra vez.

—Ya, pero... no irá a hacerlo ahora, ¿verdad? —le pregunté.

—No. Sólo va a reconocerte.

—Es que... bueno, no estoy muy seguro de que sea necesario, en realidad. Me he acostumbrado, ¿sabes? ¿Para qué quiero otro diente si ya tengo un montón?

—No seas tonto, no vas a sentir nada.

—¿No será que te avergüenza que me vean así? —dije en tono suspicaz.

Diana me miró casi ofendida.

—Si de verdad piensas eso, es mejor que nos vayamos —dijo.

—Bueno, bueno —dije yo—. Tampoco sería tan raro.

—¿Cómo se te ocurre algo así, Víctor? Con diente o sin diente, eres mi marido.

Sí; eso, desde luego, era verdad. Pero sonaba tan poco romántico.

Una enfermera se acercó a un joven moreno y guapo que estaba de pie en medio de un numeroso grupo de gitanos, y le tocó suavemente en el codo. Cuando acabó de hablar con él, todo el grupo estalló en un abrazo común.

—Da gusto ver cómo las personas cuidan las unas de las otras —le dije a Diana.

—Bueno, no es tan idílico —me contestó—. El chico al que esperan le pegó un navajazo a otro. El pobre no está tan bien.

—Vaya, hombre —dije yo.

Entonces apareció el doctor Moran.

Tardó en reconocermme menos de un cuarto de hora. Me recetó unas pastillas para ir reblandeciendo la zona, y me citó un mes más tarde en su clínica para la operación.

Como el turno de Diana no empezaba hasta las cuatro, fuimos a la cafetería del hospital. Cada colega suyo que pasaba le tocaba en el hombro, haciendo que tuviera que volver continuamente la cabeza para saludar. Yo pedí un *whisky* con hielo, y ella nada; pero al cabo de un momento dio un sorbito a mi vaso y comentó: «Si alguien me ve...». Le brillaban los ojos. A mí se me empezó a trabar la lengua. Me resultó desconcertante que, después de tanto tiempo, hubiésemos escogido para emborracharnos un sitio como el hospital.

Diana me sonrió un poco extraviada.

—Hay una cosa que quería preguntarte —me dijo.

—El qué.

—Todo ese tiempo que estuviste allí... —desvió la mirada un instante y volvió a posarla en mí—. ¿Estuviste viviendo con... esa mujer? Me gustaría saberlo. No me voy a enfadar.

—¿Tú? ¿Tú no te vas a enfadar? —Mi voz sonó algo más fuerte de lo que hubiera querido—. Si fuiste tú quien me dejó para marcharse con otro.

Diana sacudió la cabeza con pesar.

—Durante algún tiempo sentí que necesitaba distanciarme, lo sé. Todo se había vuelto demasiado conocido. Las cosas importantes se daban por supuesto y ninguno de los dos parecía dispuesto a cambiar.

Al decir esto pestañeó y sus grandes ojos grises me revelaron algo que no había visto hasta entonces: miedo. Cogí su mano y la oprimí.

—Diana...

—Víctor, cuando uno vive con alguien mucho tiempo hay una parte grande del otro que ya no necesita tener presente porque la lleva incorporada. Por mucho que hagamos, nosotros llevamos incorporada cada uno la del otro. Y eso es lo que nos hace ser uno.

«No hay nada tan comfortable como un viejo par de zapatillas completamente amoldadas a la forma del pie». ¿No era eso lo que yo le había dicho a Abril en cierta ocasión? Y, sin embargo, ahora me parecía un error. Quizá uno se sintiera más cómodo teniendo seguro al otro, pero no mejor. Ni más vivo.

—Creo que lo que no se puede perder, ni siquiera existe —le dije a Diana.

—¿A qué te refieres?

—¿Sabes que cuando te fuiste me inventé que habías muerto? No podía soportar que no estuvieras. En cierto modo era como si te hubiera matado con mis propias manos.

—Pero ahora estoy aquí, Víctor. Nos tenemos el uno al otro, y todo volverá a ser como antes.

Hubiera querido decirle a Diana que no deseara eso, que como antes no.

La dejé en el hospital, y yo regresé a casa hasta las ocho, hora en que habíamos quedado de nuevo con el empleado del concesionario para probar el Voyager.

Salí al balcón y me fumé un cigarrillo. La tarde estaba cargada de humedad; una humedad urbana, tóxica, nada parecida a la de Próspera, con sus rojas hilachas de nubes surcando el horizonte.

Estaba aburrido. Apagué el cigarrillo en una maceta del antepecho, y decidí acercarme al centro comercial. A esa hora, las tiendas estaban llenas de gente. Algunas me eran conocidas: el supermercado, la tienda de fotografía, la óptica. Pero otras no estaban cuando yo me fui, como una pajarería de donde salían por la puerta toda clase de alaridos.

Entré en la juguetería. Me paseé por allí un buen rato, recorriendo los estantes,

mirando los coches, abriendo las cajas de los juegos de construcción. Al final compré un reloj del ratón Mickey con sus manos enguantadas haciendo de manecillas.

Y luego fui a la tienda de discos y compré el *Crazy* de Brenda Lee.

Cuando llegué a casa lo puse todo en el altillo, donde Diana no lo pudiese encontrar. Después me preparé café. Lo tomé de pie, junto a la encimera de mármol, mientras pasaba las hojas de una revista de decoración. Tuve que dar la luz. La nevera dio un respingo, y cesó su sorda combustión de gases. A lo lejos se oía el runrún amortiguado de una radio.

Encendí la tele en el salón. Estaban dando un documental sobre distintas religiones. Me sorprendió oír que hubiera tantas. Pero tenía sentido. ¿Por qué pensar que todo el mundo compartía el mismo dios? ¿Que todo el mundo a lo largo y ancho del planeta hiciera las mismas cosas, y pasara la vida igual?

Sonó el timbre de la puerta. No podía ser Diana, aún era pronto. Me apresuré por el pasillo, tratando de no correr. Parado en el umbral estaba el vecino de abajo. Nunca había hablado con él, pero había visto más de cien veces su calva desde nuestro balcón.

—Espero no molestarle... —comenzó a decir.

—Qué va —dije yo.

—... Pero es que tenemos una mancha de humedad en nuestra alcoba.

—Vaya —abrí la puerta de par en par—. ¿Cómo está usted? Soy Víctor.

Le tendí la mano. Él la estrechó.

—Encantado, yo me llamo Isaac. Mire, creo que en su baño debe de haber un escape o algo. Se ha formado una gran mancha amarillenta en nuestro techo.

—No me diga. Pero pase, pase, por favor. Veamos, dice que en el baño, ¿no? Acompañeme, Isaac.

En cuanto le echó una ojeada a la bañera detectó la avería de inmediato. Se veía que Isaac era un manitas.

—Está mal sellada —dijo, estirándose la piel sobre la calva—. Tendrá que ponerle silicona.

—Umm, es cierto —dije pasando la mano por los azulejos—. ¿Y tú crees...? No te importa que nos tuteemos, ¿verdad, Isaac? ¿Tú crees que poniéndole silicona aguantará?

—Sí, sí. No hay otra solución.

—De todas formas avisaré al fontanero para que nos quedemos tranquilos.

—Oh, bien.

—Cuando él haya comprobado que no hay ningún otro tipo de daño, la sellaré.

—Pues muy bien, entonces...

—Supongo que la compañía de seguros mandará uno enseguida.

—Umm, es de suponer que sí.

—Es increíble, Isaac. Llevamos tiempo viviendo aquí, más de ocho años, y no habíamos hablado hasta hoy. Este dichoso ritmo de vida —sacudí la cabeza—. ¿Te

apetece un café?

—Pues ahora mismo mi mujer y yo íbamos a salir. Vamos a casa de mi cuñado a recoger unos sacos de abono para...

—¡Abonos! Yo puedo aconsejarte sobre abonos, Isaac. Antes trabajaba en un almacén.

Aún tenía medio cuerpo asomado a la escalera cuando oí cerrarse la puerta de Isaac. Entré en casa de nuevo. Qué suspicaces éramos todos en la ciudad. «¿Por qué no te quedas a pasar la noche aquí?», había dicho Abril el día que nos conocimos, tras volver del hospital, sin ni siquiera saber quién era yo. Qué insensata. Mira que si hubiera sido un psicópata, un desaprensivo que quisiera hacerles daño a ella o a Daniel. Claro que, bien pensado, reflexioné, de todas formas les había hecho daño igual.

Me puse a fregar los platos del desayuno. Cuando acabé, saqué un frutero de la nevera donde se reblandecían dos plátanos, y también lo fregué. Tanto silencio me abrumaba. Pensé en la casa de Abril, siempre llena de ruidos. La tele encendida, la caldera petardeando en el sótano. Podía ver la cocina llena de gente, Eloísa, las Periquito, Laura... ¡Laura! ¿No debía de haber tenido ya a su hijo a estas alturas? Quizás debería llamar para preguntar por ella a Abril.

Me sequé las manos en un trapo de cocina y marqué el prefijo de Próspera.

—Hola —dije, cuando oí su voz.

—¿Víctor?

—¿Cómo estás?

—Bien —contestó con sequedad—. Creí que nunca ibas a llamar.

—¿Todo va bien por ahí?

—Pues sí, supongo.

Hubo un silencio. Luego dije:

—¿Y tu padre y la señora Lebón? ¿Han vuelto ya de la luna de miel?

—Sí, aunque están muy raros. Creo que se llevan fatal.

—No me digas.

—Pues sí.

—¿Y cómo está Dani? ¿Está ahí?

—No, no está aquí.

—¿Está patinando?

—Pues no, no está patinando. ¿Qué quieres?

Me hubiera gustado decirle que echaba de menos el bullicio, la vida que palpitaba entre aquellas cuatro paredes. Como si me hubiese escuchado, preguntó:

—¿Vas a volver?

La pregunta me pilló desprevenido. No supe cómo decirle que no.

—Em... Abril, ya habíamos hablado de eso...

—También podría ir yo. ¿Lo sabes, verdad?

—Esto... me parece que no eres consciente de...

—No tendrías que hacerte cargo de nada —me interrumpió—. No tendrías que ser nada, ni el padre de Daniel, ni nada. Ni siquiera tenemos por qué vivir juntos, ni tener un bebé, ni...

—Por favor, Abril —le rogué. Me dolía de veras oírla rebajarse así.

—Está bien, perdona —dijo, sobreponiéndose—. Supongo que no hay nada que hacer, y ya está.

Después de un silencio yo dije:

—En realidad yo llamaba para preguntar por Laura. Ya ha debido de dar a luz, ¿no? ¿Ha sido niña? Me parece que ella quería una...

—No ha sido nada —me cortó Abril—. Lo ha perdido. Fue un embarazo perfecto, un parto perfecto, todo marchaba bien y sin embargo... Nació muerto. Quién lo hubiera dicho, ¿no? Y lo peor es que no podrá volver a tener hijos nunca más.

—¡Cielos! —dije—. ¿Y ella está bien?

—Qué pregunta, Víctor, claro que no está bien. Ninguno de los dos está bien. Pero al menos se tienen el uno al otro, que ya es mucho.

No me atreví a decir nada más. Tras otro silencio, Abril dijo:

—Has vuelto con ella, ¿verdad?

En ese momento sonó el timbre de la puerta y le pedí que esperase.

—No es necesario —dijo.

Y colgó.

Aún permanecí un rato con la oreja pegada al auricular; oyendo el vacío al otro lado de la línea. Sabía que, en rigor, hasta que yo no colgase no se cortarían la comunicación. Pero seguían llamando a la puerta, y no tenía sentido esperar.

Esta vez era Roberta.

—He venido a llevarme las alfombras y a decirle que mañana no vendré. He de cuidar de mis nietos.

—Ah, muy bien.

Las alfombras estaban apiladas en el tendedero, perfectamente enrolladas y atadas con un cordel. Después de llevarlas una a una al recibidor, Roberta y yo iniciamos el lento descenso, primero en el ascensor, luego hasta su coche. Mientras bajábamos observé con asombro su inusual vigor. «¿Cuántos tiene?», le pregunté. «¿Cómo dice?», dijo ella. «Nietos». De repente me di cuenta de que nunca le había preguntado por ellos. Roberta se pasó un pañuelo por la frente: «Oh, demasiados. Tres del mayor, cuatro del segundo...».

Cuando se hubo ido regresé de nuevo al sofá. Me acodé en las rodillas; apoyé la cara entre las manos. En algún lugar de la casa alguien accionó un taladro. Más tarde, uno, dos, tres, cuatro golpes de martillo. Me pasé la mano por el pelo, y me recosté. Una mosca se posó en un cenicero. Siguió su vuelo hasta la tele, y desapareció tras un jarrón. Yo continué allí sentado.

—¿Te vas? —me había preguntado Dani el día que me marché. Sentada en el borde de la cama con las manos detrás, parecía esconder algo. Yo estaba haciendo la

maleta y no me atreví a pedirle que se hiciera a un lado para coger un calcetín que asomaba bajo su pantalón. La miré con las cejas un poco arqueadas y dije:

—Sí.

—¿Y cuándo vuelves?

No estaba preparado para esto. Había podido explicarle a Abril que me iba porque no estaba seguro del rumbo que estaba tomando mi vida, porque necesitaba reflexionar. Demasiados cambios en tan poco tiempo, había dicho, demasiada presión. Pero entonces me di cuenta de lo absurdas que habrían resultado esas palabras para Daniel. Palabras de adultos, pura conversación.

Acaricé sus rizos.

—Pues... no lo sé, Dani.

Ella reunió ambas manos sobre su regazo, y me mostró lo que escondía en ellas. Era la radio.

—¿Quieres llevártela hasta que vuelvas? Por si tienes miedo de estar solo.

Experimenté una sensación parecida a dividirme, a disgregarme en una multitud de pequeños pedazos de mí mismo, y como si cada uno de ellos saliese despedido en una dirección.

—De eso nada —contesté—, la radio es tuya.

Cuando vi que sus ojos volvían a iluminarse de nuevo, sentí en el pecho un pequeño pellizco de decepción.

Abril, que lo había presenciado todo desde la puerta, sonrió vagamente y me ayudó a transportar mis maletas a la calle. ¿A qué hora era mi vuelo? ¿Llamaría cuando llegase para que estuviesen tranquilas? Yo dije:

—Te lo prometo.

—No hace falta que me lo prometas —había dicho ella—. Es sólo para estar tranquilas, después, puedes hacer lo que quieras.

Y durante todo el viaje no había hecho otra cosa que repasar mentalmente mis promesas en busca de alguna traición. Nada, siempre había sido claro. Nunca le había prometido nada a Abril. Y por lo que respectaba a su hija, todo cuanto le había prometido a ella (montar la radio, llevarla a ver «Jurassic Parck»), lo había cumplido. No había nada que se me pudiera reprochar. Y entonces, si tan tranquilo estaba, ¿por qué agarré con tanta fuerza mi maletín cuando el avión se alejó por la pista dando tumbos, ganando velocidad, hasta despegarse del suelo?

Diana llegó a casa a las siete y media. Me encontró con el abrigo puesto, listo para salir.

—Me apetece mucho probar ese coche —le dije.

—Ya lo veo. Nunca te había visto tan entusiasmado.

Llegamos al concesionario algo pasadas las ocho. El vendedor nos dio las llaves del Voyager, y muy finamente nos preguntó si preferíamos probarlo los dos solos.

—Oh, no... —empezó a decir Diana.

Pero mi mirada la alertó.

—O tal vez sí.

Un rato después, mientras yo conducía por la carretera que llevaba al viejo aeródromo, me preguntó por qué le había hecho esa señal.

—No quería tener a ese hombre pegado a nuestra nuca, eso es todo. ¿No te parece que suena fenomenal?

—Lo que me parece es que vas demasiado deprisa, cariño —dijo abrochándose el cinturón—. Caray, quién te ha visto y quién te ve.

Dejamos atrás las casas, y salimos a campo abierto. Filas de grandes chopos menudeaban más allá, a ambos lados de un regato. El aire que penetraba por las ventanillas revolvió el pelo de Diana. Las pecas veraniegas que moteaban sus mejillas brillaban como lentejas al sol.

—Deberíamos volver ya —dijo—. Ese hombre va a pensar que nos hemos fugado.

—Sólo un momento —dije yo.

Estaba tan emocionado como un chiquillo; la velocidad me impedía dejar de sonreír. En un cartel de señalización aminoré la marcha, me eché a la derecha y puse el intermitente para salir.

—¿Se puede saber adónde vas? —me preguntó Diana.

—¿Ya no te acuerdas del aeródromo? —dije con una significativa mirada, mientras el coche se introducía despacio entre la espesa vegetación.

—Víctor; nosotros nunca vinimos *aquí* —dijo Diana, mirando desconfiadamente a un lado y otro—. Teníamos una casa para hacer el amor.

—¿Nunca vinimos?

—Claro que no, por Dios. ¿Te das cuenta de que cualquiera puede venir y hacernos algo?

—Pero ¿quién querría...?

—Y además, este no es nuestro coche.

—No, no lo es.

En un recodo del camino di la vuelta. Las zarzas rozaron en los bajos del Voyager cuando avanzamos por el camino para salir.

—No sé cómo se me ha pasado por la cabeza —le dije a Abril—. Ha debido ser la excitación.

Yo servía vino en unas copas mientras ella ponía el asado en una fuente. Hoy venían a cenar los Briz. La perspectiva hacía que me picase el cuello de la camisa en el gaznate. Diana se secó una mano en el delantal, y tomó una copa.

—Ya sé que no te agradan —me dijo—, pero es que se han portado muy bien conmigo estos meses.

—No te preocupes —contesté. Cogí un delantal—. ¿Qué tal si preparo unos canapés? Como signo de buena voluntad.

—Oh, ya lo hago yo —dijo ella.

Abrí la nevera.

—Umm, veamos. Podría mezclar las gambas que sobraron ayer con un poco de salsa de guacamole.

—¿Las gambas de ayer? Déjalo, Víctor, hoy no es buen día para improvisaciones.

—¿Por qué no? —dije por encima del hombro.

—Ay, Víctor, ¿por qué no eres buen chico y esperas sentado en el salón?

—¿Por qué no es buen día para improvisaciones? —insistí. No me explicaba el enfado que de pronto me cogió—. En fin, Diana, no sé por qué tienes que coartar así mis iniciativas.

—¿Vamos a tener una discusión? —preguntó ella.

—No soy ningún *chico*, sé hacer muchas cosas. Es más, me gusta hacer cosas. No tienes por qué ir recogiendo mi ropa tan pronto me la quito. No tienes que decirle a Agar lo que debería decirle yo. Tienes la manía de querer hacerlo todo por mí, y eso no me gusta, Diana. No le gusta a nadie.

Las puntillas del delantal temblaron sobre sus hombros cuando se acercó para decirme:

—No eres nada justo, Víctor. Llevas toda la tarde desentendiéndote de esta cena, así que, ¿qué quieres que haga, que espere a que se prepare sola?

—No quiero que hagas nada, es lo que trato de decirte.

—Ya estamos otra vez como siempre. Cómo te gusta dramatizar. Pues, ¿quieres saber una cosa? Aún así, te quiero.

Cerré la nevera, y me quité el delantal. Me pareció descender del banquillo de los acusados, abochornado y hostil.

Con los Briz vinieron también sus dos hijos. Eran un chico y una chica, Tomi y Marta, de ocho y cuatro años de edad. Me pegué a ellos como una lapa, y así no tuve que hablar con Sebastián Briz. No había vuelto a verle desde la desafortunada convención médica del verano anterior, pero por lo visto, no había cambiado mucho. Aún seguía hablando de inestabilidad y de crisis como si fuera un psicólogo. Cuando comparó uno de los canapés de Diana con la última reforma del gobierno, me fui a sentar con los niños. Les pregunté si les apetecía que pusiera un videojuego en el televisor. A los dos se les iluminó el rostro.

—¿Cuál tienes? —me preguntaron.

Uno de comecocos, dos de marcianos...

—¿Podemos, mamá? —preguntó el mayor.

Su madre me dedicó una enternecida sonrisa. Mientras jugábamos, Tomi soltó su *joystick* para estirarme del polo porque una de mis aeronaves destruyó de un solo tiro todas las de él. «¡Tramposo!», gritó, «Ahora verás». La pequeña Marta se había sentado en mis rodillas. Daniel acudió a mi mente como un fuerte bofetón. Esta niña

era mucho más pequeña, y también más liviana, pero ambas tenían esa vocecilla aguda que recordaba un poco a la de la gente que ha inhalado helio. «Si tanto te gustan los niños, Víctor, ¿a qué esperáis?», dijo Silvia Briz. De repente, me acordé de la pobre Laura. Tal vez, como no había llegado a tenerlos, nunca sabría realmente lo que se iba a perder. Un segundo después me sentí idiota. Por esa regla de tres, tampoco yo debería echarlo de menos.

Durante la cena, Sebastián me interrogó:

—¿Qué me dices de tu trabajo, Víctor? Nos dice Diana que están a punto de ascenderte.

—Van a nombrarme subdirector de una nueva sucursal —le dije. Sonó esnob e impreciso—. Pero, vamos —me encogí de hombros—, básicamente sigo haciendo lo mismo.

—Pues más vale que te apresures —dijo él—. El tiempo corre que vuela. Llega un momento en que, si no has tomado posiciones, si no has hecho lo que debías hacer, es ya demasiado tarde para hacerlo. Los niños, la vida... —dijo, haciendo un gesto vago hacia sus hijos—. Juegan en tu contra.

—¿En mi contra? —le pregunté, creyendo por un instante que se refería a mi caso particular.

—En tu contra, en la mía... En la de todos, Víctor. Mientras ellos vienen tú te vas. La vida se pasa. Ellos están ahí para envejecerte.

Me daba escalofríos oírle hablar, pero asentí.

Mientras Diana ponía el lavaplatos, salí a la terraza a fumar. Levanté la vista y aspiré. La noche estaba llena de aromas que presagiaban el verano. Humo de cocina, ozono, jazmín. En el cielo se vio el manchón lactescente de una estrella fugaz.

Para cuando me metí en la cama, Diana dormía. La oí respirar fuerte, como cuando uno tiene taponada la nariz. Crucé los brazos sobre el embozo, saqué un pie. Me volví bocabajo en el colchón. A lo lejos, sonó el ruido amortiguado del motor de un autobús y yo me vi subiendo en él. Montones de niños gritaban y saltaban de un asiento a otro, tirándose papeles y zapatos. Circulamos en torno a una plaza, y luego, poco a poco, dejamos atrás la ciudad. Nos bajamos en un campo de juegos lleno de amapolas que se parecía mucho a un dibujo de Daniel. Todos corrimos a subirnos a un columpio, pero los niños no hacían más que caerse.

—¿Es que no piensas ayudarlos? —me dijo una voz.

No acababa de coger a uno que se había encaramado a una valla, cuando ya había otro trepando a un árbol, o lanzándose por un tobogán.

—¡No puedo estar pendiente de todos! Yo también quiero jugar.

—Pero entonces, ¿quién va a cuidar de ellos?

—¿Y de mí? ¿Quién va a cuidar de mí?

Desperté sobresaltado. Me levanté, y salí de nuevo a fumar. Isaac había tenido la misma idea que yo. Vi su mano sujetando el cigarrillo en la terraza de abajo, apoyada en el brazo de la tumbona. Qué tranquilizador resultaba que otros tampoco pudiesen

dormir, pensé. Me quedé allí hasta que la incandescente pavesa se extinguió. En realidad, aún seguí allí un rato más.

XVIII

EL mes de julio estaba resultando asfixiante y cargado de humedad. La gente que no se había ido aún de vacaciones se agolpaba en los lugares públicos refrigerados: centros comerciales, restaurantes, cafés. La ciudad entera parecía un inmenso campo de refugiados expulsados de su hogar.

Al entrar en casa me sacudió una bofetada de calor. Solté el maletín en el pasillo, y abrí de par en par las ventanas, con la esperanza de que el aire circulase. Pero no había aire. Me precipité hacia el lavabo en busca de algo contra la jaqueca. Al mirarme al espejo, mi cara me pareció demacrada y azul. Quizá fuese consecuencia de esas amodorrantes pastillas que me había recetado el doctor Moran.

Sonó el teléfono y salí a cogerlo al recibidor.

—¿Diga?

—Hola Víctor.

Esa voz...

—¿Abril?

—Exacto.

—¿Pero qué...? —Aunque estaba solo en casa, bajé instintivamente la voz—. ¿Qué sucede? ¿Cómo se te ocurre llamarme aquí?

—Perdona, pero es por un asunto estrictamente profesional.

No dije nada. Podía verla claramente: llevaba puesto un pantalón corto de su hija y una camiseta dada de sí.

—Necesito que vuelvas a acabar tu trabajo —dijo.

—¿Mi trabajo?

—Sí, instalar la calefacción. ¿Acaso no habías venido a hacer eso?

—Pero... ¿Cómo se te ha podido ocurrir semejante cosa, Abril? ¿Es que no tienes dignidad?

—¿Dignidad? —repitió. Lo hizo sonar como el descabellado nombre de algo—. No sé. ¿No fue digno abrirte mi puerta y acogerte sin conocerte de nada? ¿Atenderte, poner mi casa a tu disposición? ¿Incluso para que más tarde te marches así? Si eso no fue digno, no sé yo a qué clase de dignidad te refieres, la verdad.

No supe qué contestar. Estaba mirando la puerta, por donde Diana aparecería de un momento a otro.

—Escucha —le dije a Abril—, ahora ya no podría ir aunque quisiera, ¿me oyes? Ya no me dedico a esas cosas. Me han... —Me produjo cierta vergüenza pronunciar la palabra «ascendido», como si ello revelase al miserable que había en mí. Me limité a decirle que me habían cambiado de puesto—. Me parece que tendrás que llamar a otros.

Oí el sordo manoseo de Abril al cambiar de mano el auricular.

—¿Ah sí? —dijo, con fingido aire casual—. Pues, en cambio, tu jefe no opina de

la misma manera.

—¿Es que has hablado con Agar? ¡Dios mío! ¿Qué habrá pensado?

—Que necesito la nueva instalación, qué va a pensar —dijo Abril—. Ya sabes que enseguida llega el invierno, y no quiero que esta vez nos coja desprevenidos como el año pasado.

—¡Pues tal como te habrá informado Agar, ahora eso ya no es de mi incumbencia! —exclamé.

—¿Qué no? Pero si Agar se ha mostrado encantado. Como le he dicho que estamos reformándolo todo, la casa y también el almacén, opina que ahora es un proyecto lo suficientemente importante como para que vengas.

—¿Qué? ¿Quién? Yo... ¿Agar te ha dicho eso? —acerté a decir.

—Sí —dijo tranquilamente Abril—. Bueno, ahora debo dejarte, tengo un montón de cosas que hacer. Entonces, ¿cuándo vas a venir?

Mi cara enrojeció. Me froté la sien izquierda con el envés de la mano.

—Mira, Abril, no sé cómo aún puedes seguir insistiendo con eso. Pero lo que menos comprendo es que tu padre te lo permita... En fin, sólo puedo decir que lo lamento.

—¿Mi padre? —repitió—. Mi padre no está. Se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido? Querrás decir que ahora vive en la pensión, con su mujer.

—No. Bueno, antes sí, claro, pero ahora se ha ido. Ha desaparecido. Nos tememos que haya dejado a Julia.

Hubiera podido decir que me apenaba, pero no que no me esperase algo así. De algún modo inexplicable siempre lo había sospechado.

—Vaya, lo siento —dije—. La pobre Julia debe de estar destrozada.

—Sí. Bueno, ahora te dejo —concluyó Abril—. Tendrás cosas que preparar. Adiós, Víctor.

Y colgó.

Qué increíblemente insensible y expeditiva podía llegar a ser. Su padre había desaparecido y allí estaba ella, pendiente únicamente de si yo iba o no a volver. Pobre señora Lebón. Ah, esa chica no era normal. Podía imaginarla limándose las uñas, con la barbilla bien alta, mientras la anciana, con su voz monótona y censora —aunque ahora implorante, quizá—, intentaba sonsacarle el paradero de su padre.

Me deslicé por el pasillo hasta mi cuarto. Tendido en la cama, conecté el televisor. Daban Saber y Ganar. «Capital de Laos», dijo un locutor. «Malpica». «¡Nooo!». La apagué. Me distraje siguiendo las listas de la persiana en el techo, a una mosca; pero no servía de nada. En mi cabeza seguía oyendo a Abril. «He hablado con Agar». Era un fastidio que hubiese llegado tan lejos, pero por otra parte me halagaba, no podía decir que no. Me pregunté qué estaría haciendo ahora. Seguramente preguntándose si me habría convencido. Qué segura estaba de que iba a considerarlo siquiera... ¡Como de hecho estaba haciendo!

Me levanté de un salto. Estiré las arrugas de la cama, y me metí en la ducha, dejando correr el agua helada sobre mi piel.

Llamé a Agar por la mañana. Tenía intención de ponerle los puntos sobre las íes. Pero a pesar de que me había citado a las once en su despacho, me hizo esperar. Por su puerta desfilaron Mambi y no sé cuántas secretarias más antes de que pudiera oír su voz enérgica invitándome: «Pasa, Víctor».

Así que lo tuve delante, puse los brazos en jarras, y sin más preámbulos se lo pregunté. ¿Había hablado con Abril, sí o no? Y quería la verdad.

—Sí —contestó sin ambages.

Le miré con perplejidad.

—¿Cómo que...?

—Quiere que terminemos su instalación, Víctor, dice que la dejamos a medias. Y en eso tiene razón, tendrás que admitirlo.

—¡Pero si ni siquiera la empezamos! Además, tú mismo dijiste que no era rentable desplazarse hasta allí.

—Eso era antes. Pero es que ahora piensa reformar íntegros la casa y el almacén. Quiere echarlo todo abajo e instalar un sistema de aire acondicionado además de la calefacción. Comprenderás que no es moco de pavo.

Dejé atrás el sillón de las visitas, y quedé frente a Agar.

—¿Aire acondicionado? —repetí con escepticismo—. Pero tú no conoces a esa mujer, Carlos. ¿No ves que el hecho de que lo diga no significa nada?

—Pues esta vez habla en serio, Víctor —Agar se echó hacia un lado para sacar algo de un cajón—. Mira. Ha enviado un giro con el anticipo de la señal.

—¿Que ha hecho qué?

Incrédulo, le arrebaté el papel de las manos. No lo podía creer. Era un cheque de verdad.

—¡Pero qué manera de despilfarrar! —exclamé. Estaba escandalizado—. Abril se ha vuelto loca.

—Bueno, Víctor, nosotros nos dedicamos al negocio de la calefacción, no somos sus consejeros. Por otra parte, ella ya no es asunto tuyo. No sé por qué te preocupas tanto.

—¿No lo sabes? Pues deberías saberlo —le dije de mal humor—. Creí que eras amigo mío. Te recuerdo que fuiste tú el que insistió en que volviese. ¿Y para qué?, es lo que me pregunto. Porque, que yo sepa, ese puesto de subdirector sigue sin materializarse de la nada.

Agar rehuyó la pregunta concentrándose en desenroscar la tapa de su estilográfica.

—Vamos, Víctor, ya sabes cómo es esto. Los asuntos de palacio van despacio.

—¿Sabes una cosa? —le dije—. Estoy empezando a creer que Diana tenía razón

respecto a ti. Eres un manipulador.

Alzó la cabeza y me miró.

—¿Eso piensa Diana?

Por su gesto sospeché que no se lo esperaba. Me dolió hacerle un comentario tan ruin, pero lo merecía. Me acerqué a la ventana. Por encima de las casas de enfrente se veía brillar un cielo veraniego sin asomo de nubes, completamente azul. Di la vuelta a la mesa, y le dije:

—¿No te parecía tan «horrible»? ¿No dijiste que era vulgar, y que tenía nombre de fulana? ¿Qué ha pasado? Me parece que estás resultando un hipócrita.

—¡Está bien, Víctor, está bien! —dijo Agar, mirándome como a una planta que de pronto hubiera enfermado de algún mal desconocido—. Si vas a tomarlo así, será mejor que mande a otro.

—A otro, ¿eh? Ahora quieres mandar a otro. Como si no supiera que eso no es más que otro de tus trucos para hacerme aceptar.

—Nada de eso, Víctor —Agar buscó en la agenda de cuero que Calor de Hogar, S. A. regalaba a sus ejecutivos cada año. Yo ni siquiera tenía la mía aún—. No quiero que esto nos cueste la amistad, lo digo en serio. Pensé que habías superado lo de esa mujer. Sí lo hubiera sabido...

—¡Un momento, un momento! —le interrumpí—. Claro que *lo he superado*, ¿qué te has creído? No pensarás que tengo miedo de volver allí.

Agar siguió hojeando su libreta.

—No quiero arriesgarme —dijo—. Será mejor que vaya otro.

—De ninguna manera, iré yo.

—Pero Víctor, no te entiendo —protestó Agar.

—Pues está bien claro; he dicho que iré yo, y ya está —dije, dirigiéndome ya hacia la puerta. Desde allí me volví por última vez para apuntarle con el dedo—. Y zanjaré este asunto de una vez por todas.

Empecé a preparar lo necesario esa misma mañana. Formularios, manuales, herramientas, permisos. ¿Qué se pensaba Abril que iba yo a hacer a Próspera, flirtear? Pues estaba muy equivocada. Trabajar, eso es lo que iba a hacer. Trabajar, y nada más que trabajar. Se iba a llevar una enorme sorpresa cuando se encontrase con el despliegue de medios del que pensaba rodearme. Y esta vez no iba a dejar al azar la cuestión del alojamiento. Llamé al servicio de información de San Antonio, y me dieron el número del hotel. Pensaba reservar la mejor habitación que tuviesen. Sin embargo, estábamos ya a primeros de julio, temporada alta en la estación de esquí. La voz monótona de la recepcionista me informó de que todo estaba reservado hasta septiembre, y me recomendó que probara en algún hostel. «Es igual», me dije. Me alojaría en la pensión de la señora Lebón. Le diría a Diana que me recetase algún remedio contra las chinches, por si acaso, y...

Un momento. Me había olvidado de Diana.

¿Cómo iba a decírselo?

Levanté el teléfono, y la llamé. A veces quedábamos para comer en un pequeño Mc Donald's a medio camino entre mi despacho y el hospital. Pero hoy hacía falta algo mejor que el Mc Donald's, así que le propuse ir a La Venta del Mar, una mejillonería a dos manzanas de la Estación.

—Si a ti no te gusta el marisco —dijo ella.

—Ah... em... Sí que me gusta. Ahora sí.

El restaurante estaba prácticamente vacío, pero aún así nos hicieron esperar. Mientras Diana iba al lavabo, me observé en un espejo. Tenía el nudo de la corbata torcido. Además, el hueco de mi diente parecía más notorio entre aquel lujo. Me di un tironcito de las mangas, y dejé de sonreír.

Diana regresó y nos condujeron a la mesa.

—Qué bien que podamos hacer esto de vez en cuando —le dije.

—Si, es verdad —dijo ella.

Cogí su mano. Tenía las uñas cortas, casi por debajo de la piel. La estreché entre las mías, y dije:

—Hay algo que no te he dicho. Voy a tener que salir de viaje otra vez.

—¿Adónde? —me preguntó.

Me aflojé el nudo de la corbata.

—Pues... a Próspera, me temo.

Diana se limpió las manos en la servilleta, y las cruzó sobre el mantel.

—No es que a mí me apetezca, cariño. No me apetece en absoluto, pero prácticamente me han obligado a ir.

—¿Estás seguro? —me preguntó.

¿Que si estaba seguro? Pues claro que estaba seguro, le dije, ella era el amor de mi vida, ¿es que no me creía? Ahora que estábamos juntos, nada en el mundo podría volver a separarnos.

Carraspeé.

—Lo que pasa es que A... em... el señor Ros ha solicitado que terminemos la instalación. Al parecer ha mandado dinero y ya sabes, a Agar se le han puesto los dientes largos.

Una imperceptible arruga surcó el ceño de Diana.

—No comprendo que Agar no mande a otro, la verdad —expresó con dureza—. A veces me pregunto qué clase de ética profesional tiene ese hombre.

—Bueno —dije yo—, en realidad él se ofreció, ¿comprendes? Pero en vista de que había sido un error mío, yo... bueno, me sentí obligado a...

—Sí, ya sé qué clase de ofrecimiento sería ese —me interrumpió. Sacudió la cabeza, y jugueteó con el pie de su copa de agua mineral—. Uno de sus subterfugios, desde luego.

—Eso pensé yo —dije—. Entonces, ¿no estás enfadada?

Después de una pausa, Diana me miró a los ojos y dijo:

—Me parece que está muy claro lo que pasa, Víctor. Yo me he dado cuenta

enseguida.

Me puse tenso.

—Diana, te juro que yo... —empecé a decir.

—Está claro que Agar quiere que te olvides del puesto de subdirector —concluyó. El camarero vino con una fuente de mejillones, y Diana se sirvió.

Chicos y chicas sentados en los soportales del Ayuntamiento. Autocares de ruta aparcados en la plaza del Reloj. Turistas guarnecidos de cámaras inundando las terrazas de los bares, con sus toldos aleteando al viento. En los dos meses que había estado fuera, Próspera había sufrido una transformación. Iba conduciendo mi Citroën de alquiler a diez por hora, sin poder apartarla vista de las calles. En el pórtico de la iglesia, unos novios bajaban la escalinata de piedra bajo un mar de confeti. Parecía más grande y más alta; y los novios y los invitados, actores y actrices que estuviesen rodando un culebrón.

Hacia los alrededores, el ambiente se volvió más silencioso. Hilachas de nubes rojizas se descolgaban por poniente. Algunos grajos pasaban diciendo «quiá». Detuve el coche a la entrada de la calle Salvación, donde un contenedor lleno de escombros ocupaba el sitio de dos coches, y llamé a la puerta de Abril. Nadie me contestó. Espié por la ventana con cierto embarazo, y al volverme, un coche embocó la calle y se detuvo enfrente. Abril descendió de él envuelta en un ligero trajecito de verano.

El coche se marchó sin que pudiera ver quién iba en su interior y Abril avanzó decidida sobre unos altos tacones que iba mirando mientras caminaba. Cuando llegó a mi lado, levantó la vista como si de hecho no esperase hallarme allí.

—No te esperaba tan pronto —me dijo.

—Te llamé —le dije yo—. Pero nadie me contestaba.

—Claro. Ya hemos empezado las obras y la casa está hecha un desastre.

Los dos permanecemos de pie, muy cerca el uno del otro. El aire movía su cabello, haciendo que algunas hebras amarillas me rozasen la camisa, y me aparté.

—No sé por qué has hecho esto —empecé a decirle.

—Ven, pasa —me interrumpió—, quiero enseñártelo todo.

Abrió la puerta y entró en casa, o más bien, en lo que quedaba de ella. Habían desaparecido los muebles, las lámparas, los interruptores de la luz. En los dormitorios ya no había ventanas. Las paredes, desnudas, aparecían surcadas de rozas, lo cual le daba al conjunto la apariencia de un hormiguero con sus caminitos roídos y sus galerías de ventilación.

—¡Te has vuelto loca! —exclamé—. Pero si has tirado la casa abajo.

—¿Verdad que es impresionante? —dijo ella—. Los primeros a los que contraté, los que trabajaban en el restaurante, ¿te acuerdas?, dijeron que era suficiente con unos arreglos aquí y allá. Sanear las paredes, barnizar el suelo, arreglar algunas cosas de la fontanería. Pero yo no me quedé conforme y les consulté a los chicos que trabajaban

en la cafetería de la estación de esquí. Son rusos o algo así, pero hablan muy bien el español. Vinieron a ver la casa y me dijeron que aquí hacía falta remover de verdad. Han sido muy honrados, no creas que han intentado aprovecharse de mí. Ellos fueron los que me dijeron que la instalación de la calefacción y todo eso debía encargársela a una empresa especializada. Dijeron que, sin planos, hacía falta un ingeniero.

—¡No me digas que no tienes los planos de la casa! —exclamé—. Desde luego, Abril, qué descuidada eres. ¿Seguro que no estarán por ahí?

—Uy, qué va. Yo no creo que esta casa tuviera planos, en serio.

—Todas las casas tienen planos, Abril.

—Pues te aseguro que cuando la compramos, nadie nos dio unos planos ni nada parecido.

—Umm. Eso lo complica todo un poco más —reflexioné—. En fin, me voy. Aún tengo que ir a casa de la señora Lebón, quiero decir de... ¡cielos!, ¿cómo he de llamarla ahora? Bueno, voy a alojarme allí. Y espero que esto no sea también motivo de discusión, Abril.

—¿Discusión? —Cerró con llave la puerta de casa, y salimos a la calle—. Si yo también estoy viviendo allí.

Me puse tenso. Dije:

—¿Qué dices?

—¿No pensarías que íbamos a estar viviendo entre todos estos escombros?

Pues ciertamente lo había pensado, sí.

Llegamos a casa de la señora Lebón cuando el sol se ocultaba ya en el horizonte. Abril cogió un manojito de llaves de un cajón y cerró los postigos de la puerta. Luego encendió las luces de un salón. Me extrañó que la señora Lebón no lo considerase una injerencia por su parte, y así se lo comuniqué.

—Es que no le queda más remedio —me explicó Abril—, teniendo en cuenta que no está.

—¿Y dónde está?

—¿Me ayudas a cerrar las ventanas del primer piso? Me da un poco de miedo subir sola.

Arriba me explicó que el padre Clement y la señora Lebón estaban en Niza buscando al señor Ros, ya que la última vez había llamado desde allí. Cada vez que entrábamos en una habitación, Abril me agarraba de la manga.

—¿Y Dani? —le pregunté.

—Está en casa de su padre —dijo Abril—. Ahora que ha terminado el colegio era la mejor solución. Al menos, mientras duren las obras.

—Pero eso puede ser mucho tiempo, Abril. Quizá pasen varios meses antes de que acaben aquí. ¿No lo has pensado?

Abril dejó una persiana a media asta, y se volvió hacia mí.

—Bueno, es su padre, ¿no? Tú lo dijiste, acuérdate.

Me aparté a un lado, corrido y mudo, mientras ella terminaba de cerrar.

Después de la cena llegaron un par de turistas que desaparecieron enseguida en su habitación. Me pregunté dónde se habrían metido el resto de inquilinos. Como si me hubiese oído, Abril me explicó:

—Aún no hay mucha gente, pero espera a ver dentro de un mes, cuando empiece la temporada de verdad.

Me condujo a mi habitación, algo lleno de cretonas y cojines, en la primera planta del edificio.

—¿Te gusta? —me preguntó.

—Estará bien, supongo.

—Si necesitas algo, no tienes más que dar un golpe en la pared. Mi habitación está justo aquí al lado.

Debía haberlo supuesto, claro.

—No necesito nada, me voy a acostar ahora mismo —le dije—. Quiero dormir.

Abril me miró de reojo mientras corría las cortinas. Pasó el dedo por un marco. Sacudió un almohadón.

—Si quieres, me puedo quedar contigo un rato —dijo.

—No —respondí.

—Pues entonces podríamos mirar la tele. Esta noche dan una película de...

—¡Te he dicho que no!

La última sílaba quedó vibrando en el aire como la grave nota de un bordón. Me pregunté si la pareja de turistas me habría oído.

—Lo siento —me excusé—, pero tienes que entender que no he venido aquí a liarme contigo, Abril, sino a trabajar.

Ella me miró sin contestar; las comisuras de los labios curvadas ligeramente hacia abajo. Después giró suavemente el picaporte de la puerta y salió.

El tictac del carillón del pasillo se oía tanto que no me dejaba dormir. De pronto, cuando estaba a punto de lograrlo, recordé que no había llamado a Diana. Salté de la cama, y bajé las escaleras de dos en dos. Marqué el número de casa: un pitido, dos, tres; nadie contestó. Aliviado, regresé a la cama. Sin embargo, todo el rato imaginaba que oía a Abril, también desvelada, en la otra habitación. Había sido un cretino yendo allí, ahora lo veía. ¿Qué intentaba demostrar? En el cajón de la mesilla hallé un libro. Lo hojeé. Era una edición juvenil de *Mujercitas*. «Una historia sobre la búsqueda del verdadero amor», decían las líneas de la contracubierta. ¿A quién sino a una mente femenina podía ocurrírsele una historia donde todo girase en torno a la búsqueda del amor?

Para poder tomar medidas de la casa tenía que pelearme con pintores, electricistas, albañiles, fontaneros. Desenrollaba la cinta métrica caminando hacia atrás, me volvía un momento y... ¡ya había allí dos o tres pares de pies pisándola! «*Demasiado gente trabajar*», decía el capataz, un ruso de cara enjuta y pómulos

salientes. Misteriosamente, mis lápices acababan siempre en sus bolsillos. Pero tenía razón: había demasiada gente y demasiada actividad. Cuando me soné la nariz me di cuenta de que en el pañuelo había restos de un polvillo pardusco parecido al yeso.

Pasé la tarde en la ducha arañando capas de roña. Salía del cuarto de baño, cuando vi a Abril en la escalera. Llevaba otra vez uno de esos atuendos suyos (un pantalón pirata, una ancha cinta en el pelo, un top). Iba cargada con un enorme cesto de mimbre que le tapaba la vista. Un trapié de los suyos y hubiera rodado escalera abajo. «Espera», le dije. Se volvió, y dejó la carga en el suelo.

—Ah, Víctor qué bien que estás aquí —dijo al verme—. Iba a poner esto en el almacén con el resto de las cosas.

Me ofrecí a ayudarla. En la puerta me cargó con un par de bultos más, uno de ellos un peluche. Lo metimos todo en el coche, y fuimos a la calle Salvación. Abril abrió el almacén y sonrió satisfecha.

—Bueno —dijo, haciendo un gesto con la mano—. ¿Qué te parece?

Parecía un mercadillo. Donde antes estaba el expositor de las pinturas, había un juego de tresillos cubiertos por un plástico azul. Un frigorífico, un aparador, una cama con un colchón desembalado, una inmensa mesa redonda con ocho sillas encima colocadas del revés. Vasos, lámparas, cubiertos, una alfombra enrollada que parecía salida de las mil y una noches. Junto a las máquinas segadoras estaba la lavadora con números digitales que habíamos visto en el hipermercado de Bossost.

—¿Pero qué es todo esto? —le pregunté.

—Pues aquello es la mesa nueva para el salón. Irá debajo de la ventana, bueno, de donde antes estaba la ventana, porque ahora la vamos a mover. Y aquello son dos sofás. ¡Y mira! Quiero que veas esto —dijo presa de la excitación—. Es el equipo *hi-fi*. Fíjate, tiene reproductor de CD. ¿Qué te parece? ¿Te gusta, Víctor?

—Pero Abril, ¿cómo has podido gastar tanto dinero? ¿Tú crees que vas a poder pagar todo esto? Cielos, los plazos no te van a dejar ni respirar. Y el almacén... Mira todos esos sacos de cemento al lado de los abonos orgánicos. Qué desastre. Con lo bien que lo habíamos dejado tu padre y yo.

—Ah, eso tiene arreglo —dijo Abril. Estaba sentada en el colchón, probando a dar saltitos sobre él—. Además, ahora está cerrado —dijo—. Mientras duran las obras, todo el que quiere piensos o algo de primera necesidad, me llama por teléfono, y yo abro un momentito y se lo doy.

—Pues vaya una solución —dije, y me senté en una esquina de la cama—. ¿Y de qué vas a vivir mientras tanto?

—Ya te dije que mi padre nos ha dado el dinero —dijo Abril. Se estaba estirando—. Y está lo que gano en la cafetería.

—En fin, tú sabrás. Pero me parece que has tirado la casa por la ventana. Deberías guardar algo por si acaso.

—¿Por si acaso qué? —saltó de la cama y se arregló el pelo frente a un espejo apoyado en la pared. La miré mientras lo hacía—. Anda, vámonos —dijo—. He

preparado la cena en el restaurante.

—Ah, vale —dije—. Tengo hambre.

Resultó que no éramos los únicos a cenar. En una de las mesas del fondo estaba la joven pareja del día anterior. Un viajante leía el periódico en el centro del salón y en la mesa situada junto a la cocina, cinco sonrosados turistas bisbiseaban.

De primero hubo una exquisita crema de puerros. Me pregunté quién habría en la cocina ayudando a Abril. A continuación, ella misma salió empujando un carrito con varias piernas de cordero servidas bajo una campana de cristal.

—Umm —dije—. Estaba todo buenísimo. ¿Quién te ha enseñado a hacerlo?

—Nadie —contestó Abril—. Sólo hay que seguir la receta, cambiando una cosa aquí y allá, claro. Como el ejemplo del libro es para seis, y esta noche íbamos a ser nueve, he tenido que dividir las cantidades por dos, después agregarle eso al total, y después recalcularlo todo. ¿Quieres que te sirva más vino?

—Pues estoy impresionado; de verdad, Abril —hice un gesto de admiración con la mano—. Las mesas, la decoración, hasta la manera de cortar las zanahorias, con esta forma de... ¿Qué son?

—Corazones —dijo ella—. Se hacen con una herramienta especial. La compré en el híper de Bossost.

—Supongo que la señora Lebón te estará correspondiendo por todo este esfuerzo que haces, ¿verdad? Ahora no te vendría mal un sobresueldo.

—Oh, no; no lo hago por dinero.

—Caray, Abril, pues me parece que en este momento no te puedes permitir muchos arranques como estos de bondad.

—La verdad es que me entretiene, ¿sabes? Sin Dani aquí me aburro mucho. No sé si voy a aguantar tanto tiempo sin verla, tú tenías razón. Anoche, después de hablar contigo, tuve que hacer un esfuerzo para no llorar.

—Serán los primeros días.

—Supongo que es algo que sólo nos pasa a las madres —suspiró—. Tú no lo entiendes.

También yo me acordaba de Dani, hubiera podido decirle; de sus maneras de chicozo, de su inadvertida forma de hacerse notar.

Abril se levantó a servir el postre: fruta y yogur. Llevaba un vestido de tirantes que le marcaba los omóplatos. Parecía un poco frágil. Después de sentarse, se apartó el pelo de la cara y sonrió.

—¿Y a ti cómo te va con tu trabajo? —me preguntó.

—Oh... bueno... —contesté—. Estoy pendiente de que Agar me confirme en el nuevo puesto de...

—No, si me refería aquí —me interrumpió—. Si no tuvieras mucho qué hacer mañana, podríamos ir a nadar. Ahora el lago está precioso.

—Ya sabes que no puedo, Abril —le dije.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Pero es que sin Dani, y con el almacén cerrado, me aburro mucho todo el día. No sé qué hacer.

—Puedes dedicarte a esas gestiones que uno nunca tiene tiempo de hacer.

—Ya, pero sola...

—Llama a Laura.

—Pobrecilla —se lamentó. Sacudió la cabeza con pesar—. Ahora, cada vez que hablo de Dani delante de ellos dos me parece que he metido la pata. Con todas esas cositas tan monas que habían comprado para el bebé. Si vieras; da una pena entrar en esa habitación.

—Lo superarán, ya lo verás.

—No lo sé, Víctor. Tenían tanta ilusión. A lo mejor, demasiada.

—Quién sabe —le dije—, algún día quizá puedan adoptar a un bebé.

—No es lo mismo —dijo Abril.

—Ya sé que no es lo mismo, pero estoy seguro de que en cuanto lo tuvieran delante, lo querrían igual.

Ella siguió mirándome atentamente.

—Qué más da de dónde venga, ¿no crees?

—Dices eso porque no te ha pasado a ti —dijo Abril.

—No lo sé. Tal vez tengas razón.

—Pero de todas formas, me alegro de que lo pienses, Víctor.

Sí; yo también me alegraba.

Después de la cena nos metimos cada uno en nuestra habitación. Miré por la ventana. A continuación, me senté en una esquina del colchón, y me desvestí pausadamente, como si con ello pretendiera mantener acallada a alguna fiera en mi interior. En la cama permanecí inmóvil, pero me sentía inquieto; todo el rato me veía abandonando mi cuarto y entrando en la habitación de Abril. En una ocasión me levanté a beber agua y, como si aquello aún formase parte del sueño, giré el pomo de su puerta. Suerte que no se abrió. (¿Se había encerrado con llave?). Por la mañana, me escurrí como un ladrón. Mejor no encontrarla en el desayuno. Salté dentro de mi coche y fui a la calle Salvación donde, para mi sorpresa, no había obreros trabajando. Tuve la casa para mí solo. Como nadie me estorbaba, en un par de horas acabé. Ahora sólo quedaba dibujar los planos y... Un momento: tenía que dibujarlos, pero me había olvidado de comprar papel. Qué contrariedad. Esperaba que hubiera algo que me sirviese en el híper de Bossost. Recogí mis cosas y salí al vestíbulo, y allí me di de bruces con el señor Ros.

—¡Samuel! ¿Dónde se había...? ¿Cómo está?

El viejo me miró con aire ausente.

—Me han dicho que había vuelto usted, Víctor.

—Esto... em... sí.

—Quería hablarle.

—¿Sabe ya su hija que está aquí? —le pregunté.

Pareció desconcertado. Después de una pausa, añadió:

—¿Le parece que tomemos algo?

Caminamos hasta el bar más cercano, y nos sentamos en una mesa al fondo del local.

—Verá, Víctor —dijo el viejo, tamborileando los dedos en la superficie de la mesa—. Creo que el matrimonio... —Me miró—. Me parece que es demasiada responsabilidad para mí.

—Bueno...

—Lo que quiero decir —me interrumpió— es que llega un momento en la vida a partir del cual ya no está bien... esperar ciertas cosas de uno, ¿me comprende?

—Pues... no estoy seguro, Samuel.

Bajó la vista hasta su taza, y la hizo girar.

—Soy un hombre mayor —confesó—. Hace mucho que no tengo que demostrarle nada a nadie, ya me comprende, y ahora... Bueno... Esa mujer manda mucho, es exigente, ¿no la conoce usted? ¿Qué espera de mí? ¿Y si la decepciono? —Sacudió la cabeza, y me miró angustiado—. ¿Y si la decepciono, dígame?

Me acomodé un poco más en la silla, en donde había permanecido algo rígido, y carraspeé.

—Puede que ella sienta lo mismo que usted, Samuel.

—Umm.

—Es una mujer de carácter; pero también es cariñosa. Y le quiere mucho, salta a la vista.

—A veces, que le quieran a uno es una gran responsabilidad —reflexionó.

—En cierto modo sí —dije yo.

Miré hacia la ventana del bar, por donde asomaba la rama tupida de un arbusto. Entre las hojas, una abeja se mantenía suspendida en el aire, milagrosamente, como si algo la mantuviese así.

—Tómelo poco a poco —proseguí—, no como si tuviese que sujetar usted solo la mampara de una presa, sino como si de vez en cuando pudiera abrir las compuertas y dejar escapar un poco de agua cada vez.

Cuando salimos del bar, el señor Ros me dio un apretón de manos, y se alejó presuroso calle abajo. Parecía más animado. Me alegré. Sin embargo, tenía la sensación de haberle engañado un poco, de no haber sido del todo honesto con él. Yo ni siquiera me acercaría a un embalse.

Me puse en camino hacia Bossost. También el paisaje había cambiado en estos meses: ya no había nieve en las cumbres, ni niebla, ni hielo en la carretera. El verano había poblado de hojarasca los flancos del camino y derretido los arroyos, que venían a desaguar, con un ruido de cascada, casi hasta el mismo arcén. Durante unos

instantes, un halcón planeó cerca del coche por delante de mí. Lo admiré. ¡Qué ligereza! ¡Cuánta libertad! Mientras se elevaba, me pregunté cómo se vería todo desde semejante altitud.

Fue entonces cuando apareció la curva. Oí los frenos chirriar. El coche dio un tumbo, y se precipitó barranco abajo.

Hasta un rato después no supe nada más.

Cuando me recuperé del susto estaba tendido en la tierra. La espalda me dolía un poco y sentía un extraño zumbido en los oídos. Probé a incorporarme y el dolor cedió.

Miré hacia arriba. Debía de haber caído lo menos cincuenta metros. Afortunadamente, la vegetación me había frenado, pero no impidió que el coche quedase hecho un acordeón. Era imposible volver a subir. Tendría que continuar bajando hasta ver qué me encontraba.

Al cabo de pocos minutos, el silencio se hizo casi audible y empecé a sentir temor. Era pleno día, sin embargo... ¿qué clase de animales merodearían por allí? El padre Clement cazaba perdices y conejos, pero en alguna ocasión había mencionado también jabalíes. Miré a mi alrededor con aprensión. Hasta ahora había tenido la esperanza de que me tropezaría con algún guarda forestal, en verano se redoblaba la vigilancia antiincendios. Pero ¿y si no hallaba a nadie? ¿Y si tenía que pasar la noche allí? En torno a mí las sombras se estrecharon. Me pareció que mil ojos me acechaban. ¿Qué habría hecho Abril en mi lugar? Y pensar que esa mañana me había alegrado de poder darle esquinazo. Era un pensamiento ruin, lo sabía, pero me habría gustado de veras que estuviese allí conmigo.

Unos metros más abajo me pareció ver algo entre la espesura. Tal vez fuese un *jeep* del servicio forestal, me dije. «¡Eh!», grité mientras me dejaba caer. No tardé en darme cuenta de que lo único que había descubierto era un regato de aguas poco profundas. ¿Y ahora qué?, me pregunté. ¿Seguía la corriente, como hacían en las películas, hasta llegar al mar? Al menos una cosa sabía: el mar no podía estar a más de cien kilómetros. ¡Cien kilómetros! En coche no era más que una hora de trayecto, pero a pie... ¡Y quién sabía cuántas vueltas daría el río!

Estaba empezado a perder la calma cuando oí claramente una voz. Me volví de inmediato. Tras el meandro que formaba el cauce a mi derecha aparecieron un hombre y una mujer. El hombre levantó la mano y dijo «*Bon soir*». Me precipité hacia ellos. Ya empezaban a retirarse cuando se detuvieron, y me examinaron una vez más. Yo me señalé las ropas y vocalicé: «¡He tenido un accidente de automóvil!». Imaginé que fueron mi atuendo y la palabra *automóvil* lo que les alertó. Les dije: «Si tuvieran un vehículo con el que pudieran llevarme a la ciudad». No sabía si me habían entendido, pero el hombre dijo: «¡*Oh, mon dieu!*», y cada uno me tomó por un brazo.

Su campamento estaba sólo un poco más allá. Cuando llegamos, la mujer abrió una bolsa de nailon y sacó de dentro un botiquín. Era tan blanca que unas venas

azuladas se le transparentaban en algunas zonas de la piel. Me hizo sentar en una silla de tijera, y me limpió un rasguño que me había hecho en el codo al caer. De repente, me di cuenta de que tenía los pantalones rotos. Me sentí avergonzado. «Han debido desgarrármese al caer», expliqué. No supe si me habían entendido hasta que vi aparecer al hombre con un viejo vaquero y una camiseta. «*Loui*», dijo golpeándose en el pecho. Y luego, sonriendo aún, dio otro golpe a su mujer: «*Marie*». Yo dije: «¡Víctor!», señalándome también. Era la clásica escena de Tarzán y Jane. «¡Víctor!», repetí.

Comer fue fácil puesto que no hacía falta hablar. Aun así, me enteré de que habían venido a pescar y pensaban estar allí hasta el día siguiente. Por la tarde, desaparecieron con sus cañas río arriba, y ya no volví a verlos a hasta la hora de cenar. En ese rato debí quedarme dormido. Soñé que Abril venía a buscarme al cuarto de la pensión. «He soñado que tenía un accidente», le decía yo. Al abrir los ojos sufrí un instante de desconcierto. Era de noche y me hallaba al raso, cerca de una fogata que crepitaba como un volcán en erupción. Entonces, era verdad. De golpe recordé el accidente, y a Loui y Marie, que ahora me contemplaban con una sonrisa despistada, quizá la misma con que les contemplaba yo. A la hora de irnos a *la cama* descubrí horrorizado que habían desplegado sus sacos de dormir a la intemperie para cederme su iglú. Cuando intenté rehusar, me encontré con una andanada de cortesés «*No, monsieur*». Accedí entre mil expresiones de gratitud.

Loui y Marie me dejaron en Bossost. «Son ustedes la gente más amable que he conocido», les dije mientras les estrechaba la mano. Después les vi alejarse calle abajo, y me metí en una cabina a telefonar.

Cuando ya había marcado las primeras cuatro cifras del número de la pensión, pulsé la horquilla. Volví a teclear, esta vez el de casa. Suerte que Diana aún no se había marchado al hospital. Su voz sonó despierta y bien modulada.

—¡Diana! —dije—. Menos mal.

—¿Víctor?

—Sí. Te llamé anteanoche, pero no estabas. No sabes qué alegría me da oírte.

Una interferencia me impidió oír su última frase. Le di un golpe al auricular.

—¿Qué dices? —grité.

—¿Qué pasa, Víctor? —dijo ella—. ¿Ocurre algo?

—Ah, ahora te oigo. No pasa nada. Bueno, sí. He tenido un accidente de coche.

Una moto petardeó. Empujé la puerta de la cabina con el pie.

—¿Diana? —pregunté.

—¡Víctor! —la oí exclamar. Su voz se alejó un instante, cómo si se cambiara de mano el auricular—. Digo que si te encuentras bien.

—Sí, sí. No me ha pasado nada. Me caí por un terraplén. No veas qué salto. Allí se ha quedado el coche. Me pregunto cómo lo sacarán.

—Víctor, ¿seguro que estás bien? ¿No te duele la cabeza?

—No, no me duele. Ayer noté un ligero dolor en la espalda, pero debió de clavármese una pina del suelo al caer o algo así, porque enseguida se me pasó.

—No te confíes. A veces en caliente los golpes no duelen, pero una vez que...

Otra vez la perdí. Sin embargo, pude imaginar lo que decía: «una vez que se enfrían...».

—No te preocupes —le dije—, estoy bien. Pero ha sido toda una aventura. He pasado la noche en el campamento de unos franceses, en pleno bosque. He dormido dentro de un iglú.

—¿Dentro de un qué? No te oigo bien, Víctor. ¿Has dicho un iglú?

Una pareja de policías se detuvo junto al semáforo en rojo, y me observó. Levanté la mano, y les saludé.

—Oye, cariño —dije inclinándome sobre el auricular—, voy a alquilar otro coche y salgo hoy mismo para allá.

—No. Es mejor que pases primero por el hospital —dijo Diana.

—Pero si aquí sólo hay centros de salud. Además, estoy bien. Y tengo ganas de verte. Por cierto, ¿dónde estabas la otra noche?

—Pues acude al centro de salud —insistió—. Con estas cosas nunca se sabe. Podría ser algo grave.

—Caramba, Diana. Menudos ánimos me das.

—Sólo quiero que estés bien —dijo ella.

—Estaré bien cuando esté allí. Un beso —dije. Y colgué.

En la agencia de alquiler de coches no pusieron muy buena cara cuando les conté lo ocurrido, pero conseguí que me alquilaran un pequeño Peugeot para volver.

Por el camino me pregunté qué habría hecho en mi ausencia Abril. Conociéndola, seguro que estaría preocupada. Habría mirado en mi cuarto, y al ver que mis cosas aún seguían allí, habría avisado a la policía local. Podía imaginarla dándole mi descripción a un agente, y a éste, dibujando un retrato robot. ¡Cielos! Tal vez hasta se hubiese puesto en contacto con Diana. ¿Qué le habría dicho? Un momento, ¿no estaba yendo yo un poco lejos? Acababa de hablar con ella y no le había notado nada anormal. No; Abril era peculiar, pero no estaba loca.

Y además, ni siquiera estaba en casa cuando llegué. En mi cuarto todo estaba tal como yo lo había dejado el día anterior. Las persianas bajadas, mi americana en la misma posición sobre el sillón. Después de todo, Abril no se había molestado en entrar. Tal vez ni siquiera estuviese preocupada. Sentí una oleada de decepción. Cogí mi maleta y bajé con ella al restaurante. Al menos, tendría que avisarle de mi marcha. La encontré leyendo una revista en el bar.

—¡Vaya! —dijo al verme, levantando apenas la vista del papel—. ¿Se puede saber dónde te habías metido?

—Será mejor que no hagamos una escena, Abril.

—Estaba preocupada. Tu jefe llamó para no sé qué, y no te encontraba ni en la casa, ni aquí.

—Pues no tenías que preocuparte tanto —dije—. Yo ya soy mayorcito.

Solté la maleta en el suelo, y fui a colocarme frente a ella al otro lado del mostrador.

—Me marchó, Abril —dije con solemnidad.

Abril arqueó las cejas como si fuese a mirarme, y continuó leyendo.

—Muy bien —dijo.

Carraspeé.

—Quiero decir, para siempre.

—Ah, ¿ya has terminado en la casa? —me preguntó. Y entornó los ojos para decir—. Pero, aún te falta el almacén, ¿no?

—No insistas, Abril, porque no me voy a quedar.

Abril se limitó a reanudar su lectura con la cara vacía de expresión. Un perro se paró en la puerta, ladeó la cabeza en actitud tristonosa, y se marchó.

—¿Es que no vas a preguntarme qué me paso anoche, o qué? —le pregunté. Había hecho el esfuerzo, pero ya no me era posible callar más.

—¿Para qué? —dijo ella—. ¿Haría eso que te quedases a terminar tu trabajo?

—Me estoy dando cuenta de que eres una mujer de lo más interesada —repliqué—. Para que lo sepas, he tenido un accidente de coche.

Abril dejó de leer la revista y me miró.

—Pues para que lo sepas tú —dijo echando chispas por los ojos—, yo he pasado toda la noche muerta de preocupación preguntándome dónde estarías. No sabes lo ridícula que me sentí esperándote para cenar. Y no te cuento hace un momento, cuando te he visto aparecer tan campante.

Dejé caer los brazos a lo largo del cuerpo, como si me pesaran.

—Podías haberme preguntado, ¿no?

—Sí —dijo ella. Salió del mostrador, y se puso a ordenarlo todo como para una inspección—. ¿Cómo estás?

—Pues me hice un poco de daño en la espalda al caer.

—A lo mejor te clavaste tu orgullo.

—Ya veo que no te preocupa en absoluto —le dije.

—Pues no —contestó.

Deseé agarrarla por el cuello, y estrujar. O tal vez no era eso. Mientras arrancaba el coche y me ponía en marcha tuve la sensación de que si giraba la cabeza la vería allí. Me volví de mala gana. «Idiota», pensé. El mismo perro de antes me observó.

Diana y yo habíamos quedado en ir al concesionario a las diez. Estaba tan cansado que tuvo que llamarme varias veces para que me levantase.

—He estado pensando —dijo desde el cuarto de baño mientras se maquillaba—. Podríamos hacer un viaje para probar el coche, ¿qué te parece? Hace mucho que no tenemos unas vacaciones de verdad.

—Me parece bien —bostecé.

Ahuequé la almohada, y di media vuelta en el colchón. Diana asomó la cabeza.

—Cariño, son más de las nueve. Si no te das prisa no vamos a llegar.

—Muy bien —contesté.

—Te abro el grifo de la ducha, ¿de acuerdo?

—Sí.

Vi cómo su mano descorría la mampara, se introducía en la bañera y accionaba el grifo adelante y atrás.

—Así le haríamos el rodaje —continuó—. Es mucho mejor hacer el rodaje de un coche por carretera que por ciudad. La velocidad constante le va mucho mejor al motor. Acuérdate de lo que le pasó a Agar con ese Volvo que tuvo hace años. Por cierto, ¿sabes que llamó ayer?

—¿Carlos? ¿Y qué quería?

—Pues estuvo muy raro. Le dije que no estabas, pero me contestó que era conmigo con quien quería hablar. Estuvo dándome toda clase de explicaciones acerca de tu nombramiento.

—¿En serio?

—¡Uf! Si no estuvo lo menos media hora. Parecía como si hubiera adivinado que no me fío de él.

—Bueno...

—Esto ya está caliente, Víctor —dijo Diana.

Entré en la ducha mientras ella hacía la cama. Durante cinco minutos, dejé de oírla hablar.

—A veces ese hombre me desconcierta —continuó cuando salí—. Unas veces parece un canalla, y otras tiene detalles hasta generosos.

Me senté con la toalla en el borde del colchón.

—¿No te vistes? —me preguntó—. No sé qué te pasa hoy, estás muy despistado.

—Ya voy.

—¿Adónde te gustaría ir? —me preguntó.

—¿Eh...? —Durante un segundo de desconcierto, no supe a qué se refería.

—¿Montaña? ¿Playa?

—No lo sé —le dije—. Como acabo de volver.

—¿De verdad te apetece?

—Claro.

—Es que como estás tan indeciso.

—Supongo que estoy cansado —y lo estaba. Me dolía la cabeza.

—No hace falta que sea lejos —dijo ella—. Puede ser aquí cerca.

—Sí, mejor cerca.

—¿Qué te parecería un balneario? —sugirió.

—Oh, sí. Sería estupendo.

—Pues no se hable más.

El taxi que nos condujo al centro no tenía aire acondicionado y llevaba todas las ventanillas bajadas. El aire penetraba a raudales, caliente, alborotándonos el pelo.

—Mañana tendremos que ir a la financiera a firmar los papeles —dijo Diana por encima del ruido.

—Ah.

—Entonces, ¿qué te parece si después salimos de viaje?

—¿De viaje?

—Sí, Víctor. ¿Ya no te acuerdas? El balneario.

—Ah, sí.

Hizo un mohín.

—Voy a tener que hacer algo, últimamente no me prestas mucha atención.

—Lo siento, cariño, yo...

—Ponerme a dieta o algo así.

—¿Cómo que a dieta?

—O renovar mi vestuario.

Me incorporé un poco en el asiento, y tomé sus manos entre las mías. Me aclaré la voz:

—Está bien, cariño —dije—, entendería que quisieras saber lo que pasó. Pero no pasó nada, de verdad.

—Te equivocas, Víctor, no se trata de eso. No me importa lo que pasó.

—¿Ah, no? ¿No te importa si ocurrió algo o no? Pues debería importarte.

Diana echó una tensa ojeada a la nuca del taxista.

—De acuerdo —dijo, bajando la voz—. Sí me importa.

—¿Entonces?

—Qué.

—¿Vas a preguntarme?

—Está bien. ¿Os habéis acostado?

—¿Qué?

—Me has dicho que te preguntase.

—¿Y eso es lo que quieres saber? ¿Si nos hemos acostado? ¿No quieres saber si estoy enamorado de ella?

—Si no supiera la respuesta no estaría aquí, Víctor.

—¿La sabes? ¡Vaya! ¿Y cómo puedes estar tan segura?

Puso una mano sobre la mía, y la apretó.

—Te conozco, Víctor, sé que no aguantarías mucho tiempo con... esas personas. Tú nunca has cuidado de una niña, y por lo que parece, esa mujer...; bueno, tarde o temprano te cansarías de tener que hacerte cargo de las dos.

—No las conoces —dijo, casi ofendido.

—Eres tú quien necesitas que cuiden de ti, Víctor. ¿No ves que siempre has sido un niño pequeño?

—¡Oh, vamos, Diana! He cambiado. La gente puede cambiar.

—Lo sé, yo también he cambiado. ¿Por qué crees que estoy aquí? Porque te echaba de menos. Porque quiero recuperarte.

—Pero es que...

—Tener que llamarte para ir a trabajar, recordarte tus citas con el médico, hacer por ti la declaración... A veces me sentía más tu madre que tu mujer. Y sin embargo ahora... En fin, el tiempo me ha demostrado que hay cosas peores que esas.

—¿Y eso es todo?

Hizo una pausa, y sonrió.

—Déjame que cuide otra vez de ti —dijo.

—Ay, Diana, es que yo no quiero que cuiden de mí. Quiero otra cosa.

—¿Y qué es lo que quieres? —exclamó—. ¿Acaso lo sabes tú?

El taxista frenó junto al bordillo, y Diana se apeó.

El coche nuevo estaba lleno de detalles. Elevalunas eléctricos. Espejos direccionables. Reloj digital. Jamás en mi vida había estado dentro de un vehículo tan reluciente, estaba impresionado. Cuando llegamos a casa, fue Diana quien quitó las protecciones de plástico al encendedor, a la tapa del cenicero, al galáctico cuadro de mandos del radiocasete. A mí me dio no sé qué. Todo era tan nuevo que daba un poco de miedo estrenarlo.

Reflexioné que, bien pensado, me había pasado la vida haciendo lo mismo: huyendo de lo nuevo. Más bien, temiéndolo. Mi negativa a aprender a conducir. Mi dependencia de Diana. El trabajo en Calor de Hogar, S. A. Todas eran muestras de mi miedo a abandonar el pasado y avanzar. Realmente, si había llegado donde estaba, había sido a base de oponerme a ello.

¿Habría alguna forma de olvidarme de mi miedo?

Quizá Diana no estuviese tan desencaminada, y el secreto para no sentirlo estuviera, precisamente, en cuidar de los demás.

—¿Te has vuelto loco? —dijo Agar—. ¿Ahora que estabas a punto de conseguir el puesto de subdirector?

—Vamos, Carlos —le dije—, deja ya eso, ¿quieres? Además, yo no quiero ser subdirector.

—¿Me estás diciendo que te vuelves con esa mujer?

—Sí.

Agar me apuntó con el dedo y exclamó:

—¡No te doy ni un año!

—Bueno. Un año ya está bien.

Se levantó de la mesa. Su cara brillaba y en cada axila tenía un círculo de sudor.

—Pero ¿por qué? —me preguntó.

—Mira, no sé exactamente por qué. Lo he decidido y ya está. No digo que sea perfecta, pero a mí me gusta.

—¿Te gusta? Ay Víctor, ¿no ves que tú aún quieres a Diana? ¿Has olvidado lo mal que lo pasaste cuando te dejó? Es tu mujer. No vas a poder olvidarla así como así.

«¿De verdad crees que vas a poder olvidarte de todo tan fácilmente?», me había preguntado Diana sólo una hora antes. «¿Y tu operación?», me dijo. «¿Vas a abandonar la idea de volver a estudiar ahora que te habías decidido?». Había sido fácil tomar la decisión, incluso hacer la maleta. Pero olvidar... Bueno, le dije a Diana, eso no lo creía posible. «Lo siento mucho», susurré ya en el umbral. Todavía podía sentir el olor de su pelo en mi cara mientras nos despedíamos. El eco de la puerta al cerrarse tras de mí.

De pronto me parecía comprender. No se podía hacer nada por evitar que unas capas de vida se superpusiesen a otras, sin llegar a reemplazarse jamás. Era imposible borrar los pasos dados, como era imposible no seguir dando traspies durante el resto de la vida. Y en cierto sentido era consolador.

Agar continuaba mirándome con una muda interrogación.

—Bueno, sólo quería despedirme de ti —le dije, y empecé a andar hacia la puerta.

—Piénsalo seriamente, Víctor. Te vas a equivocar.

Cogí mi chaqueta del perchero, y me volví.

—Espero que todo te salga bien, Carlos. Hasta la vista.

Para el viaje a Toulouse paré a repostar en una estación de servicio próxima a la frontera llamada Confín. Mientras el empleado llenaba el depósito del Voyager, bajé a estirar las piernas. Cuando acabó revisó también el nivel del aceite y comprobó la presión de las ruedas.

—Buen coche.

—Nada del otro jueves, un modelo familiar —contesté orgulloso—. Pero no está mal, ¿eh?

El muchacho levantó el dedo pulgar mientras acababa de pasarle un trapo al parabrisas. Dio un toquecito al capó a modo de despedida cuando terminó.

A la salida de la gasolinera una joven hacía autoestop. Le pregunté dónde iba, pero me dijo que viajaba con su perro. Después de echar un vistazo dentro del coche, dijo que le parecía que no había suficiente espacio para los dos. Delante de mí había un cabrio. El conductor tocó el claxon y la chica se le aproximó. Llevaba un atuendo peculiar: una especie de pareo encima de un pantalón, y una camisa de flecos tipo *hippy*. Era atractiva. El tipo le abrió la puerta, y ella pasó delante. Un segundo después, de la nada surgió un enorme san Bernardo que saltó a la parte de atrás. El tipo estiró el cuello y puso cara de horror; por un momento pensé que iba a echarlos.

Pero detrás se había formado una pequeña cola. Alguien dio un bocinazo, y el cabrio arrancó.

Una hora más tarde, el tráfico empezó a hacerse más denso. A los turismos abarrotados de bultos que iniciaban las vacaciones, se sumaban los lentos camiones que atravesaban el país de punta a punta. Me coloqué detrás de uno de ellos que llevaba pintada una gata en el volquete, y me relajé. No había prisa. Contemplé el paisaje monótono por donde, de cuando en cuando, menudeaba algún pinar. Empezaba a apretar el calor, pero dentro del Voyager el aire acondicionado funcionaba a toda máquina. Puse una cinta de Los Ramones en el radiocasete, y tararé bajito una canción. A mi lado, Abril hizo un puchero y se desperezó:

—¿Hemos llegado ya? —preguntó.

—Aún no —contesté—. ¿A qué hora le dijiste a Dani que estaríamos allí?

Abril bostezó.

—A la hora de comer.

Su voz me llegaba como a través de una mordaza. Le dije:

—¿Estás segura de que te entendió?

—Que sí.

Aparté la vista de la carretera, y la miré. Estaba hecha un ovillo; la cabeza apoyada contra la ventanilla y los pies en el asiento. Le retiré un mechón de la cara. Fijé la vista en la carretera antes de dirigirme a ella otra vez.

—¿No vas a darme charla mientras conduzco? —pregunté, con suavidad—. Esta carretera es muy aburrida.

—¿Umm? Claro —dijo. Pero no se movió.

Al cabo de un momento, la llamé:

—Abril.

—¿Sí?

Sonreí.

—Te quiero.

—¿Umm?

No importaba. Bajé un poco más la música para que pudiera dormir.

Unos kilómetros más allá, el cabrio de la gasolinera nos adelantó. Le eché un rápido vistazo cuando estaba a nuestra altura: vacío. Puso el otro intermitente, y se alejó veloz.

Me pregunté qué habría sido de su carga.

Abril tenía una franja de riñones descubierta, y la tapé con su jersey. Así sentada, con los pies descalzos y todo el pelo tapándole la cara, me pareció una autoestopista a la que acabara de recoger. Agarré el volante con las dos manos, y sonreí. Me agradó la sensación de que aún faltaba mucho mucho tiempo para que algo en ella me resultase completamente familiar.



CRISTINA CERRADA (Madrid, 1970) realizó estudios de Sociología en la Universidad Complutense y en la Uned y, actualmente, es entre otras cosas profesora de escritura creativa en los talleres de Fuentetaja. En 2003 publicó su primer libro de relatos: *Noctámbulos*. En los dos últimos años, Cristina Cerrada ha logrado con sus relatos el premio Casa de América (otorgado por un jurado en el que estaban Clara Sánchez, Jorge Volpi y Héctor Abad Faciolince), este premio Caja Madrid (en cuyo jurado se encontraban Soledad Puértolas, Julio Llamazares, Javier Reverte y Juan Manuel de Prada) y el premio NH al mejor cuento (con Espido Freire, José María Guelbenzu y Gustavo Martín Garzo en el jurado). Su estilo inconfundible la convierte en la cuentista más importante de las últimas promociones literarias.